

DR Eloy Gilman Tometan

Jose Vicente Abreu 347636  
Clinica Baruta No. 111 de Sabana 4/Am

# GUASINA

DONDE EL RIO PERDIO LAS 7 ESTRELLAS

3725 98



RELATOS DE UN CAMPO DE CONCENTRACION DE

## PEREZ JIMENEZ

EDITOR JOSE AGUSTIN CATALA

CARACAS - VENEZUELA



José Vicente Abreu, venezolano, nació en San Juan de Payara, Estado Apure, el año 1927. Casó en 1958 en Caracas con Beatriz Catalá y es padre de cuatro hijos.

Durante su vida ha ejercido los oficios de zapatero, talabartero y tipógrafo. Es periodista titular de la Universidad Central de Venezuela, graduado en la Promoción "Leoncio Martínez" en 1949, y profesor de Castellano y Literatura del Instituto Pedagógico Nacional, el año siguiente.

A los 17 años se inició en la lucha política. Fue Secretario Juvenil de Propaganda y Organización del Partido Acción Democrática en la primera etapa de la clandestinidad, y compañero de Leonardo Ruiz Pineda, Alberto Carnevali, Antonio Pinto Salinas y demás combatientes de la Resistencia, hasta caer en manos de la policía política del régimen de Pérez Jiménez —la Seguridad Nacional— en mayo de 1952. Después de ser sometido a las peores torturas, fue enviado a la Cárcel Modelo de Caracas y a los campos de concentración y trabajos forzados de Guasima y Sacupana. Posteriormente, fue trasladado a la cárcel de políticos de Ciudad Bolívar, donde permaneció más de cinco años hasta su expulsión a México. En esta cárcel y con la colaboración de su editor, amplió y concluyó este trabajo de simples apuntes, que hoy se publica en forma original, después de 16 años. Durante su permanencia en la Cárcel de Ciudad Bolívar, en diciembre de 1953, se separó del Partido Acción Democrática y posteriormente tomó militancia en el Partido Comunista de Venezuela.



LOS LIBROS DE LA RESISTENCIA

2



JOSE VICENTE ABREU

# GUASINA

DONDE EL RIO PERDIO LAS SIETE ESTRELLAS

RELATOS DE UN CAMPO DE CONCENTRACION  
DEL REGIMEN DE

**PEREZ JIMENEZ**

Editor

JOSE AGUSTIN CATALA  
Caracas - Venezuela 1969



*De esta primera edición se ha hecho en solo ejemplar  
numerado, destinado al General (R)*  
MARCOS PEREZ JIMENEZ

CARTA - PI

Queda hecho el depósito de Ley

---

Impreso en Caracas/Venezuela



en solo ejemplar  
eral (R)  
NEZ

## CARTA - PROLOGO

o de Ley  
enezuela



## DE JOAQUIN GABALDON MARQUEZ AL EDITOR

Joaquín Gabaldón Márquez, un "hombre de ideas moderadas, de reacciones pacíficas, pero susceptible de indignación moral", como se ha definido a sí mismo, ratifica esta última característica al aceptar el pedimento de prologar este libro, cuyas páginas se enaltecen con su firma de venezolano ilustre y respetable.

Miembro de la generación estudiantil del veintiocho, Gabaldón Márquez se alzó en armas, al lado de su padre, el General José Rafael Gabaldón, contra la dictadura de Juan Vicente Gómez; estuvo dos años preso en la cárcel de "Las Tres Torres", en Barquisimeto, y otros cuatro confinado a trabajos rurales, hasta que, a la muerte del Dictador, se graduó de Abogado y Doctor en Ciencias Políticas, el año 1936. Pasó luego a los Servicios Consular y Diplomático en Francia y Argentina (1937-1941); Diputado al Congreso Nacional (1943-1945); Magistrado del orden fiscal en el Impuesto sobre la Renta (1951-1958), donde marcó su actuación por importante jurisprudencia en materia petrolera; Magistrado de las Cortes Federal y de Casación y Suprema de Justicia de la República, hasta 1963, cuando renunció por "razones de conciencia"; articulista de los diarios "El Nacional", de Caracas, y "Panorama", de Maracaibo, con intermitencias involuntarias en el primero, durante 24 años; Profesor de Economía Política, Historia de Venezuela y Ética del Perio-



CARTA AL EDITOR

para escribir ese libro, allí, donde  
circunstancias que lo produjeron, y co  
ranza, en el sueño, y en la lucha po  
había que ser todo eso tan grande  
ahí mismo se revela.

El libro mismo habla, pues, recho a quitarle al lector ningún corto por el tamaño, muy largo para entrar en la selva de estas vi-

Vaya, pues, el lector, pronto, contrará la razón y raíz de muchísimo sentir, para que, cuando la mayoría de los venezolanos, las conozcan, que aquellos hechos infamantes no se repitan nunca más en nuestra tierra, y en n

Segundo: En un libreo o librerías de las recientes elecciones no ha intentado —entre otras cosas posibles—, justificar el régimen que produce la “Guasina”, y después de describirlo mediante la siguiente máxima (si no es máxima falacia): “Sin el orden material el soslayo y la poca moral, lo sensible, lo espiritual, lo humano

Ese "soslayo", esa "despreoc  
"lo espiritual", de "lo humanitar  
justificar mediante los miles o mi  
armado o desarmado —parte del  
las piedras ensangrentadas que t  
trágicas los hombres venezolanos

X



MAQUIN GABALDON MARQUEZ

ión de Prensa con intermitencias involuntarias, durante 25 años, el Central de Venezuela, y Decano de Humanidades y Educación autor de variados trabajos de y fiscal, de historia y de literario recogido en diversos libros publi-

Caracas: 7 de Febrero de 1969.

ción de que escriba, ya el prólogo, dos, para la edición de este libro, la del autor y del título y con para mí suficiente razón para a decir lo que pienso de él y de de su publicación en estos mis-

poema-tragedia—, y una novela caracteres de sangre y fuego —sano látigo, de merecido castigo—, no debieron suceder nunca en Venezuela que algunos pocos, aunque paquisiesen olvidar de ex-profeso, nunca, para que no vuelvan a acon-

descripción de las torturas, de los ahí se narran con tan vivo y bribeta, de patriota y de hombre, del sé Vicente Abreu. Baste decir que

## CARTA AL EDITOR

para escribir ese libro, allí, donde se escribió, dentro de las circunstancias que lo produjeron, y con el alma levantada en la esperanza, en el sueño, y en la lucha por la humanidad y por la patria, había que ser todo eso tan grande de patriota y de hombre que ahí mismo se revela.

El libro mismo habla, pues, de todo ello, y nadie tiene derecho a quitarle al lector ningún largo tiempo del mismo —muy corto por el tamaño, muy largo por la intensidad—, que necesita para entrar en la selva de estas vigorosas páginas.

Vaya, pues, el lector, pronto, a esas páginas, en las que encontrará la razón y raíz de muchas cosas que deben pensar y sentir, para que, cuando la mayoría —o siquiera una gran parte— de los venezolanos, las conozcan, se siembre la determinación de que aquellos hechos infamantes no vuelvan a producirse ni una vez más en nuestra tierra, y en ninguna parte.

Segundo: En un librejo o libraco que circuló por ahí en vísperas de las recientes elecciones nacionales (Diciembre 1968) se ha intentado —entre otras cosas igualmente inmorales e imposibles—, justificar el régimen que produjo la ocasión que da lugar a “Guasina”, y después de describir horrores de muchas índoles, mediante la siguiente máxima (si así puede llamarse, tal vez porque es máxima falacia): “Sin embargo, es justo proclamar que Pérez Jiménez, a pesar de sus numerosos yerros, contrapesó en el orden material el soslayo y la poca preocupación demostrada hacia lo sensible, lo espiritual, lo humanitario”.

Ese “soslayo”, esa “despreocupación” de “lo sensible”, de “lo espiritual”, de “lo humanitario”, eso es lo que se trata de justificar mediante los miles o millones de toneladas de cemento armado o desarmado —parte del cual era el que se extraía de las piedras ensangrentadas que transportaban en sus carretillas trágicas los hombres venezolanos que fueron víctimas de aquellas



torturas, de aquellas crueldades, de aquellas infamias frías y sangrientas.

Ahora bien, o mejor dicho, ahora mal: Ese librucho híbrido —híbrido porque hacía una mezcolanza inmoral de mentiras inmensas y de verdades medianas, y grandes, también, algunas y de otras muchas, mínimas—; ese librachito, de cuyo nombre nadie querrá acordarse y de cuyo autor, ni el propio autor, o los propios autores se atrevieron a dar el rostro; ese libracito que “no osó decir el nombre” verdadero de su padre, o de la mezcolanza de los padres que lo engendraron contra-natura; ese libro, indigente de autor cierto, trató de colocarse bajo el manto de un nombre honorable, mediante un prólogo de un prologuista fingido, que tampoco se atrevió a decir cómo se hubiese querido llamar —para sus fines utilitarios y protervos, solamente, ¡claro!—; ese librito —más aborto de libro que libro verdadero—, se atrevió a usar ciertas particularidades de mi persona real y de mis acontecimientos personales auténticos, para fingirse honorabilidad que ciertamente no tenía, puesto que buscaba la de los demás por modo fraudulento; ese librajito, digo, no ha sido desautorizado por aquellos a quienes se trató de endilgar sus imposibles beneficios electorales, los cuales parecían ser de la misma índole de los que apañaron quienes “se hicieron a curules”, y a otras cosas, bajo el manto de la misma falacia, del mismo sofisma, de las mismas mañas.

Debe, por tanto, ser repudiado por quienes nada tuvimos que hacer con su maroma, y ninguna mejor oportunidad que ésta, cuando se presenta a Venezuela, con la cara descubierta y limpia, un libro verdadero, cuyas páginas impugnan y destruyen no sólo como hechos sino como juicios del espíritu, aquellas mismas mentiras y aquellas mismas maniobras.

Venezuela debe, en efecto, impregnarse cada vez más hondamente de la convicción clara y precisa de la fraudulencia del

argumento que se ha fundamentado transcrito del libro en referencia.

Porque del engaño de ese argumento, males que no sólo la tortura de sus mejores y más nobles hijos, sino el fluyendo errores funestos —en lo jurídico, en lo material mismo—; los resultados de esas elecciones en cuya aprobación —en parte muy menor— debió ser definitivamente condenada.

Porque del engaño de ese argumento, “compensando” el horror de las violaciones de los derechos fundamentales, digo, mana el que el pueblo, en los sectores más ingenuos —por su ignorancia, mala fe—, haya sido inducido a arrojar infames—, cuando habría debido votar con libertad de votos puros, orientados hacia la honestidad.

Mas no paraba ahí la infamia, la autoridad de mi persona —fingida— se me hacía escupir contra el que fue y es de mi mayor admiración, el de Mario Briceño Iragorry. Y a pesar de poco de haber pronunciado en el Parlamento de Caracas, hoy Central de Venezuela, aquel trujillano y venezolano insignificante, meses después de que aquel encendido Briceño Iragorry, merecía a mi amigo Carlos Rivas —el candidato, precisamente, interesado, utilitaria y pérfidamente, y no —de mala, perversa e inútil manera—



s, de aquellas infamias frías y

, ahora mal: Ese librucho híbrido  
mezcolanza inmoral de mentiras in-  
as, y grandes, también, algunas y  
e libracho, de cuyo nombre nadie  
r, ni el propio autor, o los propios  
stro; ese libraco que "no osó decir  
padre, o de la mezcolanza de los  
tra-natura; ese libro, indigente de  
bajo el manto de un nombre ho-  
de un prologuista fingido, que  
o se hubiese querido llamar —para  
, solamente, ¡claro!—; ese librito  
ro verdadero—, se atrevió a usar  
persona real y de mis aconteci-  
para fingirse honorabilidad que cier-  
ouscaba la de los demás por modo  
no ha sido desautorizado por aque-  
lgar sus imposibles beneficios elec-  
r de la misma índole de los que  
a curules", y a otras cosas, bajo el  
el mismo sofisma, de las mismas

udiado por quienes nada tuvimos  
nguna mejor oportunidad que ésta,  
a, con la cara descubierta y limpia,  
nas impugnan y destruyen no sólo  
del espíritu, aquellas mismas men-  
ras.

o, impregnarse cada vez más hon-  
a y precisa de la fraudulencia del

## CARTA AL EDITOR

argumento que se ha fundamentado en la pequeña frase que hemos transcrito del libro en referencia.

Porque del engaño de ese argumento han emanado, para Venezuela, males que no sólo la torturaron en la carne de muchos de sus mejores y más nobles hijos, sino porque de ello siguen fluyendo errores funestos —en lo moral, en lo espiritual, en lo jurídico, en lo material mismo—; errores que culminaron en los resultados de esas elecciones en cuanto parecieron dar un voto de aprobación —en parte muy menor, por cierto—, a aquello que debió ser definitivamente condenado.

Porque del engaño de ese argumento —toneladas de hierro "compensando" el horror de las torturas, y del fraude, y de la violación de los derechos fundamentales del hombre—, de ese engaño, digo, mana el que el pueblo mismo, en algunos de sus sectores más ingenuos —por su ignorancia misma, acaso, y no por mala fe—, haya sido inducido a arrojar en las urnas votos —votos infames—, cuando habría debido esperarse del pueblo una totalidad de votos puros, orientados hacia el bien, hacia la justicia, hacia la honestidad.

Mas no paraba ahí la infamia del librucho de marras. Bajo la autoridad de mi persona —fingida y vergonzantemente prologuista— se me hacía escupir contra el nombre de un venezolano que fue y es de mi mayor admiración y de mi mejor afecto. Tal el de Mario Briceño Iragorry. Y aquello se hacía, precisamente, a poco de haber pronunciado en el Paraninfo de la "Universidad de Caracas, hoy Central de Venezuela", el más encendido elogio de aquel trujillano y venezolano insigne. Aquello se hacía a pocos meses después de que aquel encendido homenaje mío a Mario Briceño Iragorry, merecía a mi amigo el Doctor Miguel Angel Burelli Rivas —el candidato, precisamente, a quien se pretendía beneficiar interesada, utilitaria y pérfidamente, con la maniobra del libro mañoso —de mala, perversa e inútil maña— merecía, digo, a Miguel



Angel— el juicio que me dijo al pie de la tribuna del Paraninfo: “Esto es lo mejor que se ha dicho sobre Don Mario”.

Ya yo he repudiado esa fingida paternidad de prologuista, dos veces: En carta que dirigí al Doctor Manuel Rafael Rivero, Presidente del Consejo Supremo Electoral, y que fue publicada en “El Nacional” de Caracas; y en artículo de mi columna semanal Cartas al Zulia, que aparecen en “Panorama” de Maracaibo hace ya cerca de veinte años.

No era necesario que yo lo repudiara sino para quienes —por mi insignificación personal en plano público— desconocen mis modos de actuar y mi manera de ser. Los pocos que leyeron el papel encuadrado a que hacemos referencia manifestaron de inmediato, quiénes su repulsa de aquello como cosa mía, quiénes su duda, por no conocerme suficientemente. Para los que no me conocen en absoluto escribo esta tercera repulsa propia.

Pero no es ello inútil, porque hay aspectos —ya he señalado alguno— que hacen necesario que la “tesis —si así puede llamársela— que allí se plantea, sea definitivamente repudiada, a su vez, de los planteamientos de la política venezolana.

El uso de tales planteamientos tiende a falsificar la democracia mediante el engaño de vastos sectores de la población que carecen de un criterio político —y aún más, moral—, ajustado a los más altos y mejores niveles o modelos que el pueblo debe tener siempre ante sí para poder decidirse en el momento de ejercitar sus derechos, y especialmente, el derecho fundamental del voto.

Y para prevenir también a la República contra los peligros que significa en una nación en pleno desarrollo, y de cuyo desarrollo forma parte, y es factor importante y hasta necesario, cierto sector que podríamos llamar de aluvión inmigratorio —hasta de aquella llamada inmigración “golondrina”, que no viene a nuestro

país, que no arraiga en nuestra tierra profunda y profunda en nuestra República, y que embelesar por el señuelo falso de sí mismo —de ocasión utilitaria—, han sido criterios engañosos puedan tener con nosotros momentos de la vida pública. efecto, cómo, precisamente en la época y en ocasión en que se hacía uso de solidez a situaciones que no tenían ni nacional, ni moral profundos, se de tales sectores, para quienes —nuestra República, la Democracia, la Moral Nacional— poco; y para quienes el todo es el de falso o falsificado orden público y libertad social o política.

Para esos, que no sabían nada, portaba lo que sabían, poco o mucha publicidad a los hechos que en este ellos mismos desesperamos los que la realidad humanitaria del hombre.

Para esos es, muy especialmente Abreu. Para ellos es, también, el falso dicho, cuando lo repudiamos, como que lo tiren a la basura cuando lo

Tengo otras muchas cosas José Agustín Catalá. Otra vez ser esta primera ocasión.

Affmo.

Joaq



pie de la tribuna del Paraninfo:  
o sobre Don Mario".

ngida paternidad de prologuista,  
al Doctor Manuel Rafael Rivero,  
Electoral, y que fue publicada en  
artículo de mi columna semanal  
"Panorama" de Maracaibo hace

repudiara sino para quienes —por  
plano público— desconocen mis  
de ser. Los pocos que leyeron el  
nos referencia manifestaron de in-  
quello como cosa mía, quiénes su-  
temente. Para los que no me co-  
ercera repulsa propia.

que hay aspectos —ya he señalado  
que la "tesis —si así puede lla-  
ea definitivamente repudiada, a su  
política venezolana.

entos tiende a falsificar la demo-  
astros sectores de la población que  
—y aún más, moral—, ajustado a  
es o modelos que el pueblo debe  
er decidirse en el momento de ejer-  
mente, el derecho fundamental del

a la República contra los peligros  
a pleno desarrollo, y de cuyo desa-  
importante y hasta necesario, cierto  
de aluvión inmigratorio —hasta de  
olondrina", que no viene a nuestro

## CARTA AL EDITOR

país, que no arraiga en nuestra tierra, que no tiene interés pro-  
fundo en nuestra República, y que se deja por tanto embelesar y  
embelesar por el señuelo falso de síntomas de prosperidad o de pro-  
greso —de ocasión utilitaria—, hasta para prevenir, digo, que esos  
criterios engañosos puedan tener consecuencias funestas en determi-  
nados momentos de la vida pública venezolana. No se olvide, en  
efecto, cómo, precisamente en la época a que nos estamos refiriendo,  
y en ocasión en que se hacía uso de mañas electorales para dar  
solidez a situaciones que no tenían ningún fundamento jurídico,  
ni nacional, ni moral profundos, se hizo instrumento a tales fines  
de tales sectores, para quienes —necesario es repetirlo—, la Repú-  
blica, la Democracia, la Moral Nacional, no significan nada, o muy  
poco; y para quienes el todo es el progreso de cemento armado,  
de falso o falsificado orden público, de falsa o engañosa tranqui-  
lidad social o política.

Para esos, que no sabían nada de "Guasina", o no les im-  
portaba lo que sabían, poco o mucho; para esos, hay que dar pu-  
blicidad a los hechos que en este libro se pintan, porque ni de  
ellos mismos desesperamos los que tenemos fe superior en la vir-  
tualidad humanitaria del hombre.

Para esos es, muy especialmente, este libro de José Vicente  
Abreu. Para ellos es, también, el falso libro, cuyo nombre no he  
dicho, cuando lo repudiamos, como lo acabamos de hacer. Para  
que lo tiren a la basura cuando lo encuentren.

Tengo otras muchas cosas que decir, sobre todo esto,  
José Agustín Catalá. Otra vez será. Gracias por haberme dado  
esta primera ocasión.

Affmo.

Joaquín Gabaldón Márquez



**HISTORIA DE UNOS VIEJOS PAPELES**



## PARRAFOS DE INTRODUCCION

¿Cómo empezar una nota informativa y explicativa sobre estos papeles? ¿Cómo fueron escritos, cómo salieron a la calle, cómo se conservaron? ¿Por qué animarlos ahora y echarlos a andar? No deja de ser tentador volver sobre la vieja fórmula concebida en el campo de concentración y trabajos forzados de Guasina y Sacupana: "Querida C.:"

Y decir, por fin, quién es Carmen. Los ojos se llenan de picardía siempre que me preguntan por ella. No sólo a mi me han temblado las manos ante Carmen. Pero esa tentación la apuraremos al final. Ahora debo explicar otras cosas.

Fuera de los guasineros, ¿habrá gente que recuerde a Guasina? Ocurre en este país que cada generación ha tenido su propio campo de concentración. ¿Quién recuerda La Rotunda, Las Tres Torres, los castillos, las carreteras y Palenque? ¿Quién recuerda a Jobito? Muchos jóvenes presos en la Isla de Tacarigua se negaban a creer que hace apenas 16 años existía un campo de concentración y trabajos forzados en una isla del Delta del Orinoco llamada Guasina. No creían, ¿para qué? En Venezuela un campo de concentración ha sido el mejor sepulturero de otro campo de concentración.

Sepulturero y partero.



Una vez llegué preso a la Digepol. Un oficial —ex-guasinero— saltaba de alegría. Con dolor pensaba en una venganza pequeña. Decía con una sonrisa maligna:

—Aquí está... aquí está, ahora sí...

—¿Ahora qué?

—Los camaradas jóvenes no quieren creer que Guasina existió y que yo estuve allí... No creen ni en mis cicatrices...

¿Quién iba a creer?

Leonardo Ruiz Pineda nos contaba algo de su infancia: el paso de los asilados en 1925 para inaugurar el Puente Internacional Bolívar. Pasaron 17.000 exilados. A los pocos días, en su mayoría, estaban en altos cargos, al lado de sus carceleros. Leonardo decía:

—Yo no podía entender aquello...

Y ahora, ¿habría entendido Leonardo?

Sí, Guasina existió. Hay malos y buenos testimonios de su existencia. ¿Acaso es una ley que las nuevas cárceles nos hagan olvidar las viejas? José Agustín Catalá tenía ese temor.

—Esto debe escribirse para que no se olvide —nos decía a los jóvenes acariciándose su barba en la Cárcel de Ciudad Bolívar—. Que no se olvide. Y nos animaba a escribir.

Los carceleros siempre se han encargado de borrar las huellas de sus antecesores. Pero, ¿se puede borrar la huella del preso? El carcelero toma medidas, registra, requisita, indaga, castiga, humilla, asesina. Fuera de su sombra, nada debe quedar atrás. Los presos no pueden escribir, pero ¿existe algún preso que no pueda burlar su carcelero?

Y debíamos dejar un testimonio de esta prisión. Las cárceles nuevas no pueden ocultar las viejas.

Estos papeles fueron escritos en 1953 en la cárcel nueva de Ciudad Bolívar. Pero decirlo así, no expresa nada. Ciudad Bolívar no fue una larga temporada vacacional: un lugar de meditación y reposo.

¡Maldito reposo!

¿Qué palabras mágicas pueden dar la Ciudad Bolívar? Escribía a media noche. Los perros ladran ordinarios de la noche. Los perros ladran y dejan un mensaje de miedo y de muerte. Las garitas donde un guardia silba o cuenta de ayer con una puta tuerta. Los grillos, la pestad lejana y de pronto el silencio. Me

—¿Sonó la reja?

—No. Alguien golpeó la cama dormida.

Escribo otra frase. Recuerdos. Las pitos en el campo de trabajos forzados.

—Sonó la reja...

Y diez pitos a la vez.

—¡Formación!

Los guardias en tropel por los pasillos. Gritos de gente que reproduce su tortura.

—¡Formación!

—Baja... déjamelos a mí —me dicen.

Pero no hay tiempo. El guardia con la punta de la pica nos conmina a bajar con la punta de la pica.

Formamos una larga fila. Trescientos presos temblando en el sopor de 30 grados.

—Los papeles...

—No te preocupes.

Catalá sale de la fila tambaleándose. Los presos dicen:

—Está enfermo, guardia.

Levanta la peinilla y amenaza. Pero...

—Está enfermo...



epol. Un oficial —ex-guasinero—  
a en una venganza pequeña. Decía

ta si...

nieren creer que Guasina existió y  
en mis cicatrices...

ataba algo de su infancia: el paso  
ar el Puente Internacional Bolívar  
os días, en su mayoría, estaban en  
ros. Leonardo decía:

lo...

onardo?

y buenos testimonios de su exis-  
uevas cárceles nos hagan olvidar las  
e temor.

ne no se olvide —nos decía a los  
Cárcel de Ciudad Bolívar—. Que  
bir.

encargado de borrar las huellas de  
orrar la huella del preso? El car-  
sa, indaga, castiga, humilla, asesina.  
uedar atrás. Los presos no pueden  
ue no pueda burlar su carcelero?

onio de esta prisión. Las cárceles

a 1953 en la cárcel nueva de Ciudad  
a nada. Ciudad Bolívar no fue una  
ar de meditación y reposo.

¿Qué palabras mágicas pueden dar la imagen real de la cárcel de Ciudad Bolívar? Escribía a media noche. Catalá vigilaba, oía los ruidos ordinarios de la noche. Los perros ladran, un pájaro nocturno pasa y deja un mensaje de miedo y de muerte. Crujen las maderas de las garitas donde un guardia silba o cuenta a otro guardia sus andanzas de ayer con una puta tuerta. Los grillos, los sapos, un rumor de tempestad lejana y de pronto el silencio. Me levanto asustado de la silla:

—¿Sonó la reja?

—No. Alguien golpeó la cama dormido... sueña.

Escribo otra frase. Recuerdos. Las moscas de Santiago Díaz. Los pitos en el campo de trabajos forzados.

—Sonó la reja...

Y diez pitos a la vez.

—¡Formación!

Los guardias en tropel por los pasillos y los calabozos. Alarma. Gritos de gente que reproduce su tortura en sueños.

—¡Formación!

—Baja... déjamelos a mí —me dice Catalá.

Pero no hay tiempo. El guardia con ojos desorbitados y rayados nos conmina a bajar con la punta de la peinilla.

Formamos una larga fila. Trescientos presos desgredados, asustados, temblorosos en el sopor de 30 grados de calor.

—Los papeles...

—No te preocupes.

Catalá sale de la fila tambaleándose, cayéndose. Simulando. Los presos dicen:

—Está enfermo, guardia.

Levanta la peinilla y amenaza. Pero...

—Está enfermo...



—¡Suba! —grita el guardia.

Seis horas para ver las tripas y la mugre de los colchones entre maldiciones soñolientas, cantos de gallos y ladridos de perros. Los grillos y los sapos se asustan y guardan silencio. Imagino los ojillos asomando en los pozos y la hojarasca, descubriendo los pasos de las botas sobre las cosas de los presos. Tiemblo, descanso sobre un pie, fumo, miro la candela del cigarrillo y no puedo disimular que tengo miedo. Miedo. Mil veces la misma escena y mil veces el mismo miedo renovado, terrible, que me seca la garganta, me duele en los riñones y me reproduce la imagen de mi mismo bajo la peinilla con los ojos desorbitados, anhelante, tratando de atrapar la vida que se me escapa con la sangre.

No buscan cuchillos, ¿para qué? Hurgan en los escondrijos. Buscan libros, papeles, fórmulas de bombas (los presos políticos siempre somos asesinos y terroristas), recortes de periódicos, radioreceptores. Pero como generalmente no encuentran nada, arremeten contra las cartas y los retratos de los familiares. En ocasiones las requisas se realizan durante semanas enteras. Y luego la calma de un mes para volver y abrir de nuevo las colchonetas al lado de los costurones anteriores.

¡Maldito reposo!

Hay un reflejo de temblores con el pito y los gritos de la requisa. Porque no se trata solamente de romper las cosas de los presos sino de romper a los presos. Periódicamente —de una manera caprichosa— sacan dos de la fila y los golpean con las peinillas. Desnudos van a los calabozos de castigo. Uno espera a cada instante la punta de la peinilla en el pecho y...

—¡Tú, afuera!

Me salvo esta vez. Quiero subir corriendo al calabozo. Pero camino con pasos pesados, indiferente, tranquilo, con cierta alegría en los ojos.

Catalá me recibe sonriendo.

—¿Quieres café? —me dice.

—¿Y los papeles?

Se me acerca y me dice al oído, p

—Están en el fondo del termo.

Y en tres noches no puedo escribir. Siento pasos, veo una sombra, cerca de mí. No puedo recordar nada: sólo una imagen terrible de la formación. Sin duda voy a poder escribir.

Así fueron escritos estos papeles. Quiero robar a los demás presos. (Me parecían abundantemente sin escribir y fugaces).

Sin embargo, faltaba lo más importante: sacarlo a la calle.

Letra de hormiga. Catalá "editor" en una letra mínima, diminuta, ilegible. Editor clandestino, de editor de libros. Encontró la forma de conservar estos papeles por eso ésta puede ser la segunda edición. Fue para la conservación, en la caligrafía.

¿Cómo sacar esto a la calle?

Los presos empezaron a tejer, a hacer jeres y las novias en trozos de maderones, hamacas de nylon, para enviarlos. Los estimulamos. Lograron permiso. Un cartón que volvían con comestibles y, entonces, en los primeros tiempos, Y envié una mienda a Carmen. La caja volvió intacta. Otro envío: una cartera tejida en algodón, dinario, que a los presos les parecía un postdata: vale más la caja, la caja de la vida. Contestó: conservaré estas cosas. Hasta que no estás.

Y así sacamos los papeles. Catalá



y la mugre de los colchones entre gallos y ladridos de perros. Los guardan silencio. Imagino los ojillos asca, descubriendo los pasos de las s. Tiemblo, descanso sobre un pie, o y no puedo disimular que tengo escena y mil veces el mismo miedo garganta, me duele en los riñones mismo bajo la peinilla con los ojos e atrapar la vida que se me escapa

¿Qué? Hurgan en los escondrijos. Buscamos (los presos políticos siempre portes de periódicos, radioreceptores. encuentran nada, arremeten contra las es. En ocasiones las requisas se reanuego la calma de un mes para volver al lado de los costurones anteriores.

con el pito y los gritos de la requisas. romper las cosas de los presos sino mente —de una manera caprichosa— a con las peinillas. Desnudos van a era a cada instante la punta de la

abrir corriendo al calabozo. Pero ca-  
nte, tranquilo, con cierta alegría en

Se me acerca y me dice al oído, para que no oigan los demás presos:

—Están en el fondo del termo...

Y en tres noches no puedo escribir. Siempre oigo abrir la reja, siento pasos, veo una sombra, cerca del pasillo —pero no es un gato—, no puedo recordar nada: sólo una imagen y los pitos intermitentes y terribles de la formación. Sin duda uno necesita cierta seguridad para escribir.

Así fueron escritos estos papeles. No había tabaco. Debíamos robar a los demás presos. (Me parecían detestables los presos que fumaban abundantemente sin escribir nada. Odios pequeños, insignificantes y fugaces).

Sin embargo, faltaba lo más importante: conservar lo escrito y sacarlo a la calle.

Letra de hormiga. Catalá "editaba" pacientemente los originales en una letra mínima, diminuta, ilegible a simple vista. (El viejo oficio de editor clandestino, de editor de las sombras, de editor del diablo, encontró la forma de conservar estos escritos en letra de hormiga). Y por eso ésta puede ser la segunda edición de estos papeles. La primera fue para la conservación, en la caligrafía del diablo.

¿Cómo sacar esto a la calle?

Los presos empezaron a tejer, a grabar el nombre de las mujeres y las novias en trozos de madera, a inventar cofres, carteras, cinturones, hamacas de nylon, para enviarlos a sus casas como recuerdos. Los estimulamos. Lograron permiso. Las remesas iban en cajas de cartón que volvían con comestibles y calzoncillos. Una vía segura entonces, en los primeros tiempos. Y Catalá le envió la primera encomienda a Carmen. La caja volvió intacta. Los papeles entre los cartones. Otro envío: una cartera tejida de nylon, un cofre burdo, ordinario, que a los presos les parecía una maravilla. Y en la carta una postdata: vale más la caja, la caja de cartón como recuerdo. Entendió. Contestó: conservaré estas cosas. Hasta los cartones son valiosos ahora que no estás.

Y así sacamos los papeles. Catalá estaba alegre. No importaba la



falta de tabaco. Había un testimonio en la calle. ¿Acaso no habíamos burlado al carcelero?

Después, años después, todo fue fácil. Una secretaria y una lupa. Lentamente fue apareciendo la transcripción. Yo no quería dar esto a la publicidad. Fueron los apuntes de un preso que no quiso dejar todo a la memoria. Aquí hay material para varias novelas. También hay cosas cursis. Pero no podía ser de otra manera.

Para esa fecha yo era militante de AD. Ese mismo año, 1953, me separé y pedí militancia en el Partido Comunista de Venezuela, en la cárcel nueva de Ciudad Bolívar. Pero sigo comprometido con mis viejas prisiones, con mis amigos muertos, con una tortura y unos secretos que conservo.

Y por fin, Carmen. Yo puedo decir con todos los presos de la tierra que Carmen es el sueño. Siempre la hemos soñado en las celdas, en las torturas, cuando todo es oscuro a nuestro alrededor. Pero Carmen existió en carne y hueso también. Ahora es mi mujer.

Yo estoy seguro que hoy, en un nuevo campo de concentración, un preso, un joven, alguien que sueña, ha empezado de nuevo con la vieja fórmula: Querida C.

Y detrás de los perseguidores, de los carceleros, aparecerá algo más que su sombra.

Caracas, marzo de 1968.



## RELATOS DE GUASINA

la calle. ¿Acaso no habíamos

cil. Una secretaria y una lupa.  
pción. Yo no quería dar esto  
un preso que no quiso dejar  
para varias novelas. También  
otra manera.

AD. Ese mismo año, 1953, me  
Comunista de Venezuela, en la  
sigo comprometido con mis  
es, con una tortura y unos se-

cir con todos los presos de la  
la hemos soñado en las celdas,  
a nuestro alrededor. Pero Car-  
Ahora es mi mujer.

nuevo campo de concentración,  
ha empezado de nuevo con la

los carceleros, aparecerá algo

acas, marzo de 1968.



# I

Setiembre, 1952

Querida C.:

Desde mi llegada a esta isla de tormento y hambre he buscado, con una calma de pordiosero, un medio de comunicación contigo. Pacientemente me dediqué al estudio de todas las grietas y fisuras posibles en el sistema de incomunicación permanente. Fracasé, con la guardia, los funcionarios de SN y el radiotelegrafista, casi con consecuencias funestas. Sordos, impacientes por poner en práctica una nueva tortura, apenas permitían una palabra, un pequeño descanso, algo sólo relacionado con el trabajo y las más salvajes formas de flagelación humana. Un fracaso sin ruido, apenas perceptible, pero en fin de cuentas una esperanza recién nacida y sepultada. Busqué entre la tripulación de los lanchones de piedra y alimento que cumplen su contrato quincenal con el Campo de Concentración: sólo silencio. Las bocas selladas, los labios sólidos, caídos en una expresión de indiferencia y miedo. Y sin embargo, en los ojos reflejaban un dolor reprimido, una pasión escondida, unas palabras tiernas que temían el filo tenebroso de los sables. En el pecho les dolían nuestras llagas, no comían, comer era dejar de compartir el hambre. Una vez le dije a uno:

—Se puede hablar sin mover los labios. Sólo moviendo los brazos en el trabajo. ¡Que la voz se confunda con el rumor del río! Que se con-



funda. ¿Oye? —Asintió mirando en todas direcciones—. No veo nada. Hágase indiferente, ¿entiende? —Asintió con la mano—. ¿Quiere sacarme una carta? —Me arriesgué.

Negó con la cabeza mirando el río con calma.

—No tenga miedo. Aquí se nace mil veces de cada muerte que disponen. ¿Margariteño? —Y cambié el tema buscando confianza.

Asintió temeroso.

—¿La carta? —insistí.

—Lo registran todo —susurró, quizá era del río la voz.

Llené otro saco de piedra —según la medida establecida —y añadí:

—Se esconde en las maderas.

Negó de nuevo.

—Aquí hay ratas y, sin embargo, nadie las ve.

—El Capitán es una rata —dijo— conoce todos los agujeros.

Me callé. El ruido de la pala entre las piedras, ahogaba la voz del río. En la popa un retazo de canción marinera. El río —de vez en cuando un mensaje de peces.

Otro fracaso —me dije—. Entonces buscaré otro camino.

En mi niñez había leído en algún cuento infantil un medio de comunicación intrascendente y efectivo. Sonreí mientras recordaba entre pala y pala. Lo usaban los piratas. Vi el río y busqué en sus crespos lechos de brisa y agua, algo que sólo había existido en mis sueños de infancia. Una botella taponada de corcho y brea —para mayor seguridad— conteniendo un mensaje. Iba de ola en ola, a veces espuma solamente, hasta ser recogida, descifrado el mensaje, interpretado el clamor, la angustia y tomando el rumbo indicado en un plano cifrado de misterio. Paré mi trabajo para secarme el sudor y ver el río en toda su extensión: indiferente, pasaba junto a mí, debajo de mis plantas. Achacoso,

una ola mayor, con más pulmones, con látigo en la mano, severa, rezongaba y había algunas gotas. Iba a llover. Vi de nuevo la pala mientras me decía:

—¡Sí! Margariteño. ¡Son tercetos como

Cantaba el río un preludio de lluvia. su camino— oiríamos alguna canción profundo y turbulento del río: un me

Enfrente, en las islas de enfrente habían recían casas de aristas adheridas a los vegetales. Otra esperanza vaga. Si p ellos, darles la carta y regresar. Mi i la aventura. En un tronco, con la no un rubí, que a veces veía cambiar de s con tabaco y sal para ofrecerles a ca ¿Pero hablarían este idioma? Quizá r lecto. Agregué este nuevo fracaso. A ni conozcan qué es "correo", si es c

—A lo sumo entenderán —me dije— pájaro que habla.

—¿Y por qué —me dije un día de o los días de optimismo son de poco so de comunicación familiar que permite no hacerlo?

Indagué en dos días, a grandes zancas comunicación que permitían. Busqué —a nosotros no nos dejaban escribir "disciplina" nos hacían esa concesión quince días, letra grande, palabras cor sola carilla de papel, a la madre y a l



JOSE VICENTE ABREU

todas direcciones—. No veo nada.  
Asintió con la mano—. ¿Quiere

con calma.

mil veces de cada muerte que dis-  
el tema buscando confianza.

á era del río la voz.

a medida establecida —y añadí:

adie las ve.

conoce todos los agujeros.

las piedras, ahogaba la voz del río.  
arinera. El río —de vez en cuando

s buscaré otro camino.

cuento infantil un medio de comu-  
onreí mientras recordaba entre pala  
río y busqué en sus crespos lechos  
existido en mis sueños de infancia.  
orea —para mayor seguridad— con-  
en ola, a veces espuma solamente.  
nsaje, interpretado el clamor, la an-  
o en un plano cifrado de misterio.  
dor y ver el río en toda su exten-  
í, debajo de mis plantas. Achacoso,

RELATOS DE GUASINA

una ola mayor, con más pulmones, corría detrás de otra, más chica, un látigo en la mano, severa, rezongaba del tiempo y la lluvia. En verdad había algunas gotas. Iba a llover. Vi de lleno al margariteño y tomé de nuevo la pala mientras me decía:

—¡Sí! Margariteño. ¡Son tercios como un arrecife!

Cantaba el río un preludio de lluvia. En la noche —si el aire no torcía su camino— oiríamos alguna canción, lejana, como surgida de lo más profundo y turbulento del río: un mensaje de los marinos del lanchón.

Enfrente, en las islas de enfrente había varios ranchos de indios, parecían casas de aristas adheridas a los verdes distantes que hacían los vegetales. Otra esperanza vaga. Si pudiera alcanzarlos. Navegar hasta ellos, darles la carta y regresar. Mi imaginación hizo todo el gasto de la aventura. En un tronco, con la noche, una lucecilla del tamaño de un rubí, que a veces veía cambiar de sitio, me guiaría. Debía ir desnudo, con tabaco y sal para ofrecerles a cambio del servicio. Y les hablaría. ¿Pero hablarían este idioma? Quizá no. Yo no conozco guarao, su dialecto. Agregué este nuevo fracaso. Además —ahora razonaba— tal vez ni conozcan qué es “correo”, si es que me entienden.

—A lo sumo entenderán —me dije— que “correo” es un pájaro. Un pájaro que habla.

—¿Y por qué —me dije un día de optimismo y poco sol, porque aquí los días de optimismo son de poco sol— no utilizar los escasos medios de comunicación familiar que permiten nuestros carceleros? ¿Por qué no hacerlo?

Indagué en dos días, a grandes zancadas y a media voz, cómo era la comunicación que permitían. Busqué a los viejos presos, los veteranos —a nosotros no nos dejaban escribir aún, al mes de permanencia y “disciplina” nos hacían esa concesión. Me informaron que era cada quince días, letra grande, palabras conocidas, nada de “literatura”, una sola carilla de papel, a la madre y a la mujer solamente.



JOSE VICENTE ABREU

—Porque —decía con risa complacida el censor— cuando regresen, ¡sí acaso!

—Y —picaba un ojo a su vecino— ya no habrá novias y quién sabe —daba vuelta en su propio lodo— si ¡ni mujeres! —Y dejaba oír una carcajada que trituraba.

No se debía poner nunca la palabra "Guasina". Sólo: "Colonia Sacupana". Las palabras "enfermedad", "dolencia", "malestar", "quebranto" y los nombres propios de estas calamidades de la salud, estaban terminantemente prohibidos. Más tarde supe que la palabra "tifus", mencionada en una conversación cualquiera, equivalía a cinco planazos, quince días de calabozo y "carretilla doble". Muchas veces estas mismas cartas que redactaban siguiendo todos los códigos de la discreción, las veíamos elevadas, en la punta de los torbellinos de arena y viento que se formaban en el río. Era un saludo cotidiano entre nosotros.

—Vi una carta tuya que iba agua abajo —decía uno que venía del río.

—Menos mal —respondía— siquiera llegará al mar.

Pensé que no era un sueño tan infantil como parecía el modo de comunicación pirata. Sólo que ahora iría sin botella, sin corcho, sin brea, las palabras disueltas en el agua, absorbidas como un tónico de ternura por el río, migaja a migaja el papel depositado en muchos buches de bagres y arenques. Pero iría al padre océano. ¡Seguro estoy! ¡En un lenguaje que sólo entiende el río!

Sin embargo, puse mi fe de pordiosero en esto. Comencé a hacer y probar la fórmula que acordamos para la correspondencia "legal". Una tras otra. Hice provisión y esperé nuestro turno para escribirte. Repetiría el mismo contenido de una carta varias quincenas seguidas, hasta que te llegara una o todas. Un medio precario, pero al fin y al cabo un medio.

Estaba convencido de utilizar este método, cuando lo descarté por otro

RELATOS DE GUASINA

más eficaz aún. Me vino con los momentos forzado. (Desde entonces confío en el trabajo de la máquina de los milagros, no hay tiempo para realizarlos). Cuando apenas quedaba espacio para el agua campeaba en los mejores terrenos de las autoridades escogieron entre nosotros varios dados de Caracas, otros por cuenta propia. Sacupana para ser aniquilados lentamente en pequeños grupos a las cinco de la mañana y de la noche. La travesía en lancha. El río, en la oscuridad, casi un reflejo mimético, pero —no de agua— tormentosa, llena de voces. Yo tararé las incidencias de estos viajes.

Por supuesto que en el primer viaje nos encontramos a mí entre los veinte.

—Procuremos quedar en la misma cuadrilla. En la columna de formación, cojamos la primera, así no nos pueden separar.

Paró el motor de la lancha. Llegamos a la orilla, pesca y cultivo —más pesca, ¡claro!— arriba y en seguida la montaña. Ni tiempo sólo fugazmente las casas medio-oscuras, ceremonial permanente al río, algunas caídas. Pero siempre inclinadas, el techo fruncido al río", querían decir.

Quedamos en la misma cuadrilla: hacha y despertaba en los nidos y los enjambres de despertarla en las raíces. Tiraba el hacha, saba, una lluvia de mosquitos succionaba tranquilos, silenciosos. Rafael protestaba:

—Pero vean, ¡qué camaradería la de esas palmadas violentas en todo el cuerpo.



el censor— cuando regresen,  
no habrá novias y quién sabe  
ni mujeres! —Y dejaba oír una

Guasina". Sólo: "Colonia Sacu-  
polencia", "malestar", "quebran-  
alamidades de la salud, estaban  
le supe que la palabra "tifus",  
ciera, equivalía a cinco planazos,  
doble". Muchas veces estas mis-  
todos los códigos de la discre-  
de los torbellinos de arena y  
a un saludo cotidiano entre no-

—decía uno que venía del río.  
llegará al mar.

como parecía el modo de comu-  
botella, sin corcho, sin brea, las  
as como un tónico de ternura por  
ado en muchos buches de bagres  
¡Seguro estoy! ¡En un lenguaje

ero en esto. Comencé a hacer y  
la correspondencia "legal". Una  
estro turno para escribirte. Repe-  
varias quincenas seguidas, hasta  
precario, pero al fin y al cabo un

todo, cuando lo descarté por otro

## RELATOS DE GUASINA

más eficaz aún. Me vino con los momentos más agotadores del trabajo forzado. (Desde entonces confío en el trabajo forzado, como en una máquina de los milagros, no hay tiempo para ver los imposibles que realiza). Cuando apenas quedaba espacio para dormir en Guasina —el agua campeaba en los mejores terrenos de flagelación y agotamiento— las autoridades escogieron entre nosotros varios grupos —unos recomendados de Caracas, otros por cuenta propia— que debían trasladarse a Sacupana para ser aniquilados lentamente con el trabajo. Nos sacaban en pequeños grupos a las cinco de la mañana y nos regresaban a las siete de la noche. La travesía en lancha. El río, apenas una silueta de cristal en la oscuridad, casi un reflejo mimético, podría ser más bien de noche —no de agua— tormentosa, llena de voces y misterio. Luego te contaré las incidencias de estos viajes.

Por supuesto que en el primer viaje nos embarcaron a José, a Rafael y a mí entre los veinte.

—Procuremos quedar en la misma cuadrilla —decía José, muy bajo—. En la columna de formación, cojamos la punta o la cola, nunca el centro, así no nos pueden separar.

Paró el motor de la lancha. Llegamos a Sacupana, un pueblo pequeño, pesca y cultivo —más pesca, ¡claro! Tomamos una calle cuesta arriba y en seguida la montaña. Ni tiempo de ver un rostro de pescador, sólo fugazmente las casas medio-oscuras, cenicientas inclinadas en un ceremonial permanente al río, algunas caían a él de cansancio o vejez. Pero siempre inclinadas, el techo fruncido en un tributo al río, "sólo al río", querían decir.

Quedamos en la misma cuadrilla: hacha y machete. La montaña fría —despertaba en los nidos y los enjambres de insectos, el hacha tenía que despertarla en las raíces. Tiraba el hacha con denuedo; cuando pasaba, una lluvia de mosquitos succionaban mi sangre calmosamente, tranquilos, silenciosos. Rafael protestaba:

—Pero vean, ¡qué camaradería la de estos mosquitos! —y se daba palmadas violentas en todo el cuerpo.



JOSE VICENTE ABREU

El guardia estaba lejos, no entraba en la montaña por temor a los mosquitos y las culebras. Despreocupado nos había señalado la faena y se fue al camino.

—Alto debe andar el sol —dijo José—. ¡Tengo sed!

A lo lejos rumor de mucha agua, el río. Me sangraban las manos. Recién comenzaban a formárseme callos, pero ahora eran unas pequeñas bolsas que estallaban contra el cabo del hacha.

—¿Desocuparían el pueblo para traernos? —dijo Rafael—.

—No creo —respondió José—, ¿para qué tanto cuidado?

—Apariencias —replicó.

—¿Apariencias a esta distancia de Caracas? A los pobres habitantes de aquí, ¡ni gente la consideran ya!

Un ruido —apenas mecido— de hojas secas paralizó las palabras que ya empezaba Rafael. Llevó el índice a sus labios y callamos.

—¿Una culebra? —susurré.

—Puede ser. O un pequeño animal en cacería.

Vi hacia el lugar y sólo una ramita pestañeaba. Tupida de monte menor y bejuco, poco profundizaba con mis ojos. Sin embargo, calma y silencio.

Volvimos a nuestro trabajo y veíamos de reojo el lugar. De repente, en un solo instante, surgió una carita mugrienta y oscura: un niño indígena. Brotaba de las hojas y los tallos. De las raíces, porque tenía el color de las raíces, de la tierra negra y fértil. Desnudo. En las manos una jarra de aluminio. El abdomen voluminoso y chorreado. Ocho años a simple vista.

—¿Ustedes son presos? —dijo mirando el suelo, ahogado por el miedo.

—Sí —dije. No tengas miedo. Lejos de aquí, muy lejos... tengo un hijo que se parece a ti.

RELATOS DE GUASINA

—Mi mamá le manda —y extendió la jarra—. Era café. Aún estaba caliente.

—¿Cómo se llama tu mamá? —interrogó.

Me vio y bajó los ojos cuando se encontró.

—No quieres decir porque tienes miedo.

Me vio otra vez y dijo el nombre de la mamá margariteña en la voz. Hice ademán de apartarme de los clandestinos.

—Sólo la memoria —me dije— y no más.

Pensé en esto como el mejor medio de comunicación, un nombre, una carta. He aquí la experiencia de padre para ganarse la amistad. Buscó en sus bolsillos algo, ¿qué bolsillos? y sólo tropezó con su lápiz a codo y se lo dejó en las manos.

—Para que aprendas a escribir —le dijo—. Seguí adelante con mi proyecto.

—Dile a tu mamá que venga mañana a escribir y hablar con ella. ¿Te acordarás?

—Sí —dijo.

Repetí varias veces el mensaje. Como un insecto y sedoso el paso, desapareció entre las hojas.

—¿Crees que sirva para lo tuyo? —interrogó.

—Sí. Muy poco se pierde con probar. Si hay simpatías. Debe venir de buenas maneras que siempre han dado todo.



JOSE VICENTE ABREU

en la montaña por temor a los  
bado nos había señalado la faena y

— ¡Tengo sed!

río. Me sangraban las manos. Re-  
s, pero ahora eran unas pequeñas  
del hacha.

ernos? —dijo Rafael—.

ra qué tanto cuidado?

aracas? A los pobres habitantes de

as secas paralizó las palabras que  
a sus labios y callamos.

en cacería.

estañeaba. Tupida de monte menor  
ojos. Sin embargo, calma y silencio.

os de reojo el lugar. De repente,  
a mugrienta y oscura: un niño in-  
llos. De las raíces, porque tenía el  
a y fértil. Desnudo. En las manos  
a voluminoso y chorreado. Ocho

do el suelo, ahogado por el miedo.

s de aquí, muy lejos... tengo un

RELATOS DE GUASINA

—Mi mamá le manda —y extendió la jarra.

Era café. Aún estaba caliente.

—¿Cómo se llama tu mamá? —interrogué.

Me vio y bajó los ojos cuando se encontraron con los míos.

—No quieres decir porque tienes miedo —dije.

Me vio otra vez y dijo el nombre de la madre precipitadamente. Tono margariteño en la voz. Hice además de anotarlo y recordé mis tiempos clandestinos.

—Sólo la memoria —me dije— y no mucho. ¡No mucho!

Pensé en esto como el mejor medio de comunicación: un pueblo, una dirección, un nombre, una carta. He aquí el eslabón débil de la cadena de incomunicación. Bebimos el café y José puso en práctica toda su experiencia de padre para ganarse la amistad del muchacho. Exitó completo. Buscó en sus bolsillos algo, ¿qué puede tener un preso en sus bolsillos? y sólo tropezó con su lápiz a creyón. Lo vio por última vez y se lo dejó en las manos.

—Para que aprendas a escribir —le dijo.  
Seguí adelante con mi proyecto.

—Dile a tu mamá que venga mañana a esta misma hora. Tenemos que hablar con ella. ¿Te acordarás?

—Sí —dijo.

Repetí varias veces el mensaje. Como un indio, sin hacer ruido, menudo y sedoso el paso, desapareció entre las hojas y el viento.

—¿Crees que sirva para lo tuyo? —interrogó José.

—Sí. Muy poco se pierde con probar. Si se arriesgan con el café, allí hay simpatías. Debe venir de buenas manos ese café. Manos humildes que siempre han dado todo.



JOSE VICENTE ABREU

Al día siguiente vino la madre. Hablamos. De acuerdo. Dentro de tres días te irá ésta. Aparte van las instrucciones. No temas y espera.

Ahora conoces todo el trayecto recorrido para encontrar el eslabón en esta larga cadena de incomunicación. De paso te presento a Guasina a grandes rasgos y en la forma menos alarmante que he podido. Ya la conocerás en las entrañas, ya la sentirás palpar en lo más íntimo, ya tomará tus sueños cada noche como un tentáculo invisible, insaciable, loco de purulencias y de llagas. Te la daré desnuda, el río apenas un cinturón de espanto y tormento, una cinta de alambre, líquida, cristalina, ahogada de rumores y, sin embargo, viva: una arteria que nutre las montañas, la sed de los raudales, los hocicos del hambre, el hombre, esa raíz que canta mientras le van cortando los tendones.

Pero iniciémonos en el principio. A Guasina se viene en un barco, un barco negrero, esclavista, todo el trayecto nos hace recordar y vivir el látigo, el grillete en el pie, la cadena, un tambor que retumba en las manos contra el remo de las galeras. Y la peste. Olor a orín, a boñiga, a mierda fermentada y ácida. De los sobacos sale una culebra de sábila y alquitrán: quema los cornetes de la nariz, se estira, se revuelve, cae como sudor por las costillas hasta los calzoncillos y fatiga, restándonos una maldición en la boca. Mil voces, junto con el zumbido de la caldera, de la lona, del agua cortada en espumarajos por la quilla, arañan en el tímpano, retuercen, penetran en el cerebro, pesadas, calientes, la cabeza, puntiaguda por el occipital, parece que se escapa. Los labios tiesos, inmóviles, como un mástil caído. Pegajoso el cuerpo. Estirar un pie es dar en una costilla vecina. El vaho asfixia, da náuseas. Sobre mis ojos, arriba, por un agujero de la lona, una estrella que guiña: parece un ojo, un ojo suelto, sin órbita.

—Canopus —pienso.

Tengo la impresión de un polluelo consciente reducido a las paredes de su cáscara. Una cáscara de acero enmohecido, herrumbroso, negro casi todo, sostenidas las planchas por costillas de acero también, costillas remachadas; a veces brilla blanquecina la sal en el óxido. Un cascarón

RELATOS DE GUASINA

de acero. Estamos muy por debajo de los metros de acero nos separan de las pr... suena un arrecife —ese ruido de la mu... Entonces hay dolor, temor, escalofrío... venir el agua de un momento a otro y... gigante de fumigar insectos. Cuando c... ruido se me ha concentrado en el cerebro... nada, ni el ruido siquiera. Salobre la a... espacio. Hacinados somos montones de... mo fardos de sal, de maíz, de café: algo... o ganado vacuno, fardos que apenas resp... porque al calor natural hay que sumar... horas, mugrientos, arambel de esclavo

—Un taparrabos —pienso.

Y la angustia de Guasina, de la muerte del día que se vive. ¡Ni nombrarla! ¿F... muerte a un moribundo?

Trato de cambiar de posición sin moles... con el codo le doy en la cara.

—¿No duermes? —Me pregunta Rafael... el lugar que dio mi codo.

—No.

—Trata de hacerlo —dice José—, maña

Teníamos que orientar y dirigir nuestra... mos liquidar en nosotros la espontaneida... que había caracterizado a los primeros... do: nuestra conducta frente al trabajo, f... castigo, el entrenamiento de masas, el eje... que nada se escapara. Sabíamos ya por... libertad —en nuestro tiempo de calle—... delo, las incidencias de otros grupos. Er



ablamos. De acuerdo. Dentro de tres  
trucciones. No temas y espera.

corrido para encontrar el eslabón en  
n. De paso te presento a Guasina a  
nos alarmante que he podido. Ya la  
entirás palpar en lo más íntimo, ya  
no un tentáculo invisible, insaciable,  
e la daré desnuda, el río apenas un  
una cinta de alambre, líquida, crista-  
bargo, viva: una arteria que nutre las  
los hocicos del hambre, el hombre,  
cortando los tendones.

A Guasina se viene en un barco, un  
trayecto nos hace recordar y vivir el  
fena, un tambor que retumba en las  
as. Y la peste. Olor a orín, a boñiga,  
los sobacos sale una culebra de sábila  
de la nariz, se estira, se revuelve, cae  
los calzoncillos y fatiga, restándonos  
ces, junto con el zumbido de la cal-  
en espumarajos por la quilla, arañan  
n en el cerebro, pesadas, calientes, la  
l, parece que se escapa. Los labios tie-  
caído. Pegajoso el cuerpo. Estirar un  
El vaho asfixia, da náuseas. Sobre mis  
a lona, una estrella que guiña: parece  
a.

o consciente reducido a las paredes de  
enmohecido, herrumbroso, negro casi  
r costillas de acero también, costillas  
uecuna la sal en el óxido. Un cascarón

## RELATOS DE GUASINA

de acero. Estamos muy por debajo de la línea de flotación. Sólo milímetros de acero nos separan de las profundidades. De vez en cuando suena un arrecife —ese ruido de la muerte— en algún sitio del casco. Entonces hay dolor, temor, escalofrío: miedo, concretamente. Puede venir el agua de un momento a otro y arrinconarnos, como una bomba gigante de fumigar insectos. Cuando cierro los ojos creo que todo el ruido se me ha concentrado en el cerebro. Abro, veo, y casi no entiendo nada, ni el ruido siquiera. Salobre la atmósfera de la bodega. No hay espacio. Hacinados somos montones de hombres. Fardos humanos, como fardos de sal, de maíz, de café: algo, solamente. O más bien cerdos, o ganado vacuno, fardos que apenas respiramos. En interiores solamente porque al calor natural hay que sumar el de las calderas. A las pocas horas, mugrientos, arambel de esclavos, harapos, mугre:

—Un taparrabos —pienso.

Y la angustia de Guasina, de la muerte. No se quiere pensar más allá del día que se vive. ¡Ni nombrarla! ¿Para qué? ¿Acaso se nombra la muerte a un moribundo?

Trato de cambiar de posición sin molestar a José y Rafael. Imposible: con el codo le doy en la cara.

—¿No duermes? —Me pregunta Rafael mientras se pasa la mano por el lugar que dio mi codo.

—No.

—Trata de hacerlo —dice José—, mañana tenemos que trabajar duro.

Teníamos que orientar y dirigir nuestra conducta en Guasina. Debíamos liquidar en nosotros la espontaneidad y el abandono individualista que había caracterizado a los primeros grupos. Todo debía ser dirigido: nuestra conducta frente al trabajo, frente a las autoridades, ante el castigo, el entrenamiento de masas, el ejemplo, la salud, la alimentación: que nada se escapara. Sabíamos ya por algunos que habían llegado en libertad —en nuestro tiempo de calle— y luego en traslado a la Modelo, las incidencias de otros grupos. Era fácil asumir una posición de



JOSE VICENTE ABREU

dignidad y al mismo tiempo de enseñanza permanente. Era nuestra mayor preocupación esa noche. Sin embargo, a mi alrededor, rondaba la muerte: desde el primer instante que Guasina se me hizo presente, desde que me llamaron con los demás que ahora íbamos aquí —allá en la Modelo— hasta este amontonamiento de cadáveres, no tuve de Guasina sino una imagen de la muerte. Era una isla de la muerte, nada más, ni llegué a pensar nunca cómo se moría allí. Sólo sabía que era la muerte. Con calma me puse a recordar cómo surgió la muerte en mí. Fue esa misma noche, el mismo día que envié mi última nota. Nos fueron llamando por una lista alfabética, larga lista, 136 en total: AD y comunistas, 85 a 17 años de edad. Formamos en una columna de a dos en el pasillo de la cárcel. Un silencio de requisa. No debía quedar ni una pastilla de vitamina, ni papel, ni pluma, ni retratos, ni cartas, ni libros. Sólo la ropa. En todos los lugares visibles e invisibles, una subametralladora, unos ojos, un casco, una sombra vertical, inmóvil con sus cañones apuntando a los pechos de la columna. Sólo como un roce de telas llegaba la voz:

—¡Guasina. ¡A Guasina!

Me dolían el apéndice y los riñones. Fumé y sentí amargo el sabor del humo. No sentía ningún temor, sólo me molestaba el apéndice. Lo maldije y procuré olvidarlo pensando en nuestra llegada a Guasina. Hacía algún tiempo que quería conocerla. Pero ahora me molestaban el apéndice y los riñones, “precisamente ahora que más requiero de mi salud y mi vida”, me dije con amargura. Pensé que podía morir en el barco, morir de apendicitis como años atrás. Una punzada más violenta me hizo cambiar de color y sudar frío. Con mis dedos apagué la candela del cigarrillo. José que me observaba me preguntó alarmado:

—¿Qué te pasa?

—Otra vez el apéndice —respondí.

—¿Por qué no le decimos a esta gente?

—No entenderán. Son mierdas y no entienden de eso.

RELATOS DE GUASINA

—Pero podemos hacer algo.

—No vale la pena. Ya pasará. Estoy por Siempre me da en situaciones parecidas.

—¿Y si no es?

Iba a responder cuando me llamaron. Te hacia el sitio de la voz. Era quien me eléctrico:

—¿Qué tal? ¿Cómo te ha ido? —me c tiva y burlona.

No respondí. El dolor comenzaba a bajar pierna.

—Nervios solamente —trataba de autoc ninguna expresión a mi interlocutor.

—¿Todavía no quieres hablar? —dijo s lo has querido. ¡Te mandamos a Guasina nunca más.

Seguí con los ojos fijos en él por toda r dormida la pierna.

—Después de muerto —continuó— vier gusanos —y rió de su propia ocurrencia.

Me llevó con otros a un autobús del Mini riendo aún como una hiena.

En La Guaira, en el muelle para turista monstruo panzudo, estornudaba restos d una chimenea. Parecía una erupción de c sin dientes, como una boca de lagarto, fixiante.

En todos los rincones, en todos los altos y



añanza permanente. Era nuestra  
bargo, a mi alrededor, rondaba  
e Guasina se me hizo presente,  
que ahora íbamos aquí —allá en  
o de cadáveres, no tuve de Gua-  
Era una isla de la muerte, nada  
moría allí. Sólo sabía que era la  
r cómo surgió la muerte en mí.  
que envié mi última nota. Nos  
ca, larga lista, 136 en total: AD  
Formamos en una columna de a  
cio de requisa. No debía quedar  
i pluma, ni retratos, ni cartas, ni  
res visibles e invisibles, una sub-  
na sombra vertical, inmóvil con  
la columna. Sólo como un roce

umé y sentí amargo el sabor del  
me molestaba el apéndice. Lo  
en nuestra llegada a Guasina.  
la. Pero ahora me molestaban el  
ahora que más requiero de mi  
ra. Pensé que podía morir en el  
atrás. Una punzada más violenta  
o. Con mis dedos apagué la can-  
aba me preguntó alarmado:

nte?

ntienden de eso.

## RELATOS DE GUASINA

—Pero podemos hacer algo.

—No vale la pena. Ya pasará. Estoy por creer que es cuestión nerviosa. Siempre me da en situaciones parecidas.

—¿Y si no es?

Iba a responder cuando me llamaron. Tomé mi viejo maletín y caminé hacia el sitio de la voz. Era quien me había interrogado con el cable eléctrico:

—¿Qué tal? ¿Cómo te ha ido? —me dijo con alguna efusión despectiva y burlona.

No respondí. El dolor comenzaba a bajarme poco a poco por toda la pierna.

—Nervios solamente —trataba de autoconvencerme, mientras veía sin ninguna expresión a mi interlocutor.

—¿Todavía no quieres hablar? —dijo sonriente— ¡Bueno! Tú mismo lo has querido. ¡Te mandamos a Guasina para eso! Para que no hables nunca más.

Seguí con los ojos fijos en él por toda respuesta. Sentí casi totalmente dormida la pierna.

—Después de muerto —continuó— vienes a decirme el color de tus gusanos —y rió de su propia ocurrencia.

Me llevó con otros a un autobús del Ministerio de Educación y se largó riendo aún como una hiena.

En La Guaira, en el muelle para turistas, estaba el barco. Negro, un monstruo panzudo, estornudaba restos de vapor, humo y brasas por una chimenea. Parecía una erupción de cocuyos. Las bodegas abiertas, sin dientes, como una boca de lagarto, dejaban escapar un vaho asfixiante.

En todos los rincones, en todos los altos y bajos, una subametralladora,



unos ojos, un casco, una sombra vertical, inmóvil, mortecina, acechante como un reptil hambriento. Un silencio de muchas pisadas, ni una voz, acaso sombras inconclusas de la vida. Y, sin embargo, en cada sombra palpitaba un corazón, un hombre. un recuerdo, la angustia de los hijos. En la cubierta —sobre las planchas de acero— los pies hacían crujir la arena. Firmes los pasos. Yo no pensaba. El dolor me envolvía en un sudor frío. Mecánicamente bajé por la escalera de madera hasta el fondo de la bodega. Casi sin luz. Quedé parado un rato al pie de la escalera. La arena recogida en los zapatos me caía sobre la cara insensiblemente, como una lluvia seca. Veía solamente el movimiento a gatas sobre la escalera, ni un rostro. Casi paralizada la razón, veía las cosas sin encontrarles ninguna relación con su existencia. En el autobús fue lo mismo. Todo vacío, distante, sin contenido. Sólo el apéndice y los riñones parecían un mensaje de la muerte. Sólo la muerte. Una idea fija, semejante a un parche en la conciencia.

Poco a poco comencé a recuperarme. Primero sentí las cosas como en un sueño. ¡Un sueño nada más! Ahora las veía y las palpaba. Cuando me encontré con José me recuperé del todo. Casi sin dolor en la pierna. —¿Dónde te metes? —me dijo—. Desde que llegamos te he buscado con Rafael por toda la bodega. Pedro nos espera en el sitio que tomamos para dormir.

-Orinaba —respondí al descuido.

—¿En qué autobús venías? —preguntó Rafael.

—En el primero —respondí recordando que habíamos venido hasta el barco en autobús.

—¡No puede ser! ¡En el primero veníamos nosotros dos!

—Entonces en el segundo —lejano el pensamiento.

—En el segundo venía Pedro que no te ha visto hasta ahora.

—Bueno; en cualquiera —dijo de mal tono—. ¡Se puede venir en cualquier autobús! ¿Acaso no es lo mismo? ¿No veníamos de todas maneras?

Iba a decir algo pero José lo interrump

—¿Y el apéndice? —me dijo.

—No me dejó en todo el viaje. Pero ya

—Menos mal... Menos mal... Por lo vivos —dijo y suspiró.

—¿Te dolía el apéndice?, preguntó Ra-  
culpándose.

—Sí —respondí—. Por eso apenas recue

—¡Ah! Comprendió del todo.

—Vamos mejor a nuestro puesto. Allí ha

Muchas voces, gritos, estornudos, toses, y  
que elevar la voz para dejarnos oír. Parecía  
monstruosa.

Saltábamos por encima de unos pies, de  
lamente.

Cuidábamos de pisar una mano. De vez en

Alguien que, ya acostado, quería hacernos  
sonrisa:

—¿Entonces? —preguntaba y entreabría  
temor.

Mecánicamente respondía con cierta firmeza, pero la propia angustia tenía que ocultarla tras una gran fuerza:

—¡A Guasina! —decía—. ¡La conquistar  
sotros!

Después, en la cama, en el suelo o simplemente por una calle ¡que viniera la angustia con



JOSE VICENTE ABREU

cal, inmóvil, mortecina, acechante  
io de muchas pisadas, ni una voz,  
Y, sin embargo, en cada sombra  
recuerdo, la angustia de los hijos.  
e acero— los pies hacían crujir la  
aba. El dolor me envolvía en un  
escalera de madera hasta el fondo  
rado un rato al pie de la escalera.  
caía sobre la cara insensiblemente,  
e el movimiento a gatas sobre la  
la razón, veía las cosas sin encon-  
cia. En el autobús fue lo mismo.  
Sólo el apéndice y los riñones pa-  
la muerte. Una idea fija, semejante

Primero sentí las cosas como en  
ra las veía y las palpaba. Cuando  
l todo. Casi sin dolor en la pierna.  
Desde que llegamos te he buscado  
o nos espera en el sitio que toma-

ntó Rafael.

ndo que habíamos venido hasta el

ñamos nosotros dos!

el pensamiento.

o te ha visto hasta ahora.

al tono—. ¡Se puede venir en cual-  
smo? ¿No veníamos de todas ma-

RELATOS DE GUASINA

Iba a decir algo pero José lo interrumpió.

—¿Y el apéndice? —me dijo.

—No me dejó en todo el viaje. Pero ya pasa.

—Menos mal... Menos mal... Por lo menos debemos aspirar a llegar vivos —dijo y suspiró.

—¿Te dolía el apéndice?, preguntó Rafael comprensivo y casi disculpándose.

—Sí —respondí—. Por eso apenas recuerdo cómo llegamos hasta aquí.

—¡Ah! Comprendió del todo.

—Vamos mejor a nuestro puesto. Allí hablaremos más cómodos.

Muchas voces, gritos, estornudos, toses, un retazo de canción, teníamos que elevar la voz para dejarnos oír. Parecía el interior de una colmena monstruosa.

Saltábamos por encima de unos pies, de unos brazos, un tronco solamente.

Cuidábamos de pisar una mano. De vez en vez un saludo en las piernas.

Alguien que, ya acostado, quería hacernos ver donde estaba —y una sonrisa:

—¿Entonces? —preguntaba y entreabría los labios en una sonrisa de temor.

Mecánicamente respondía con cierta firmeza y confianza en la voz. Mi propia angustia tenía que ocultarla tras una sonrisa decidida, de mucha fuerza:

—¡A Guasina! —decía—. ¡La conquistaremos! ¡Nada podrá con nosotros!

Después, en la cama, en el suelo o simplemente caminando sin objeto por una calle ¡que viniera la angustia con sus garras! ¡Que me sobrevi-



JOSE VICENTE ABREU

nieran los temores! ¡Que la noche se me tejiera de palabras y frases y me estrangulara el sueño, la tranquilidad, la vida! Muchas veces he permanecido en tal estado. Y ésta, era una noche de angustia, de insomnio, de quebranto interior. Siento en mis venas la respiración de todos. Casi más fuerte, más exacto que el ruido enloquecedor de las calderas. Ni un solo movimiento. Duermen, mueren o aparentan morir. Me exalto. Si me dejaran morir por todos ya no habría contradicción en mí. Y, sin embargo, morir no es la solución. La solución es vivir, luchar, vaciar un contenido en lo que ahora está vacío. Podría reír y hablar sin que nada me quedara como una lava interior quemándose, desintegrándose, haciéndome cenizas mis fuerzas, mi pasión, mi conciencia. Por un instante tuve que dejar de lado mis preocupaciones. Mi vecino de los pies se sentaba con las manos en la cabeza. Permaneció así hasta que le hablé.

—¿Qué tienes?

—Me duele la cabeza y tengo ansias... —respondió.

—Espera —dije.

Busqué mi chaqueta y hurgué entre el forro y el cuero de un bolsillo clandestino.

—Es un calmante —le dije— milagrosamente escapó de la requisa.

Lo tragó sin agua y se acercó más a mis pies. Comprendí que quería hablarme y se sentó a mi lado.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó.

—Sí —respondí volviendo a mi antigua inquietud.

—¿Crees que volvamos?

—¿Por qué no? —Forcé una sonrisa.

—Nos mandan a morir.

—Pero volveremos. Tenemos que volver —ratifiqué con prisa.

—Un deseo nada más. Siempre ha sido un deseo.

RELATOS DE GUASINA

Sabía a qué se refería. Hacía casi un año para que cumpliera una tarea del Partido de un plan insurreccional. Un nuevo golpe como toda la fracción de izquierda, pero tuamos y fuimos cómplices del desastre por sus hijos, su mujer. Era latonero. Vivía en El menor no caminaba aún y, sin embargo deduje que esperaban el octavo. De esa t

—Un deseo —repetió.

—Es cierto. Pero ahora todo depende de rrotar esta vez, es porque nos cruzamos de que no dice nada” —me repetía para mis do, añadí convincente.

—También es cierto —era una tabla de

—¿Sigue el dolor?

—Un poco —dijo—. Me duelen más m nozco. ¿Usted recuerda?

—Sí.

—Yo sé que usted no cree. Pero ¿quiere mos?

—¡Claro! —dije efusivo—. ¿Cómo se llan

Seguimos conversando casi hasta el aman pude dormir. Algo así como un complejo era el único en el barco que contribuía a Sus rostros se me presentaban esqueléticos en conjunto, siempre cadavéricos. Y det fardo, los hijos, las mujeres, las madres, en retorcido de dolor, de profunda depresión ojos buscando un escape en la realidad cir gido por la brisa fría del mar que empez



## JOSE VICENTE ABREU

se me tejiera de palabras y frases y  
quilidad, la vida! Muchas veces he  
era una noche de angustia, de insom-  
en mis venas la respiración de todos.  
el ruido enloquecedor de las calderas.  
nueren o aparentan morir. Me exalto.  
a no habría contradicción en mí. Y,  
ución. La solución es vivir, luchar,  
ra está vacío. Podría reír y hablar sin  
lava interior quemándome, desinte-  
s fuerzas, mi pasión, mi conciencia.  
lado mis preocupaciones. Mi vecino  
os en la cabeza. Permaneció así hasta

ias... —respondió.

re el forro y el cuero de un bolsillo

lagrosamente escapó de la requisa.

is a mis pies. Comprendí que quería

có.

antigua inquietud.

arisa.

volver —ratifiqué con prisa.  
sido un deseo.

## RELATOS DE GUASINA

Sabía a qué se refería. Hacía casi un año que lo había sacado de su casa para que cumpliera una tarea del Partido. Una tarea que formaba parte de un plan insurreccional. Un nuevo golpe. Yo estaba en desacuerdo, como toda la fracción de izquierda, pero nos dejábamos arrastrar. Actuamos y fuimos cómplices del desastre posterior. Aún recuerdo su cara, sus hijos, su mujer. Era latonero. Vivía en el Cerro Marín. Siete hijos. El menor no caminaba aún y, sin embargo, por el vientre de la mujer deduje que esperaban el octavo. De esa tarea no regresó a la casa.

—Un deseo —repitió.

—Es cierto. Pero ahora todo depende de nosotros. Si nos dejamos derrotar esta vez, es porque nos cruzamos de brazos ("Una respuesta vaga, que no dice nada" —me repetía para mis adentros). Otros han regresado, añadí convincente.

—También es cierto —era una tabla de salvación.

—¿Sigue el dolor?

—Un poco —dijo—. Me duelen más mis hijos. El último no lo conozco. ¿Usted recuerda?

—Sí.

—Yo sé que usted no cree. Pero ¿quiere ser el padrino cuando salgamos?

—¡Claro! —dijo efusivo—. ¿Cómo se llama?

Seguimos conversando casi hasta el amanecer. Pero después tampoco pude dormir. Algo así como un complejo de culpa me asediaba. El no era el único en el barco que contribuía a mi turbación. Había muchos. Sus rostros se me presentaban esqueléticos y acusadores. Uno tras otro, en conjunto, siempre cadavéricos. Y detrás de todo esto, como un fardo, los hijos, las mujeres, las madres, en un solo rostro descompuesto, retorcido de dolor, de profunda depresión como en un duelo. Abrí los ojos buscando un escape en la realidad circundante y vi a Pedro enco- gido por la brisa fría del mar que empezaba a penetrar en la bodega.



Desaparecían las imágenes y se tornaban más confusas que antes. Me senté y traté de recuperarme.

Despiadada noche. Inhumana, ni un momento de quietud en medio de tal inmovilidad. Ni un minuto de sueño. Definitivamente amanecía. Largo el amanecer aquí abajo en la bodega. Aclara el día cuando el sol está muy alto allá afuera. José se desperezaba y me veía extrañado.

—¿Otra vez el dolor? —preguntó.

—No. Algo más. No pude dormir.

En pocas palabras y en voz muy baja le conté mis pensamientos de la noche anterior. Cansado, agitado, lleno de temores a la vez. Quería agotar el tema y, sin embargo, aparecía embotado, inconexo, un párrafo, frases a veces sin sentido. No podía explicarme. Se repetía como un maniático la única conclusión que había extraído de toda aquella noche de miserias interiores.

—La autocrítica. Necesitamos de la autocrítica. No podemos continuar así.

Y a todas sus preguntas respondía con lo mismo. Años de lucha, de agitación sin tregua, de entrega total, de desesperación se me agolpaban en el cerebro en un solo instante. Toda la vida concentrada allí en un segundo, en un átomo de tiempo, sin otra distancia, sin otro lugar, sin otro espacio que el proceso de mi propio organismo, no tiene expresión, no puede entregarse con la voz, ni con el gesto, ni con ningún otro medio, sin que mengüe y se desvanezca en una sombra inconclusa, incolora, sólo aristas, sólo esqueleto, sólo rasgos distantes. ¿Cómo concentrar en una cápsula todo aquello? ¿Cómo expresar una vacilación que no vacila, un convencimiento y un trabajo hecho sin fe contra las propias convicciones? ¿Ser un revolucionario y dejarse arrastrar por las más horrendas falsificaciones de la revolución? No podía explicarme. Cuando José me apremió más, sólo le dije:

—Imagínate solamente el hecho de alguien que no es un suicida, que lucha contra eso y está convencido de que no debe negarse en esta

forma sino proliferando. En su casa o en la bodega, él mismo recomienda a sus clientes la vida. Les aconseja, les recomienda. Tiene seminarios, cursos y selecciones. Pero también —y al mismo tiempo— en la bodega se lo exija, hace todo lo contrario. Recomienda la destrucción a la vida. Y un día, se suicida. Yo soy partidario del suicidio. Así somos nosotros. En la bodega los dos aspectos de nuestro destino. El producto de nuestro contenido revolucionario. Una práctica malsana de la que no estamos seguros. Otros estamos presentes, aun en contra de

Hicimos entre nosotros el silencio. La mayoría. Sabía que muy pocos lograron el sueño. Era una utopía, que compartíamos por igual, cada uno en su propia cueva. Nadie íntimamente podía conciliar los días perdidos, la madre, los hijos, la ciudad, la calle, todo lo que quedaba a la espera de despedida. Los errores más insignificantes, las noches no vividas, sólo soñadas, se tornaban más remotas, quizás inalcanzables como los granos de arena en la retina. En algunas noches, con las manos condidas en el puño de la mano o depositadas en el piso de la bodega. Me dediqué entre el ruido de colmenas, algunos diálogos. A veces, un chiste, una canción, un retazo de poesía. A veces, caras tratando de ocultar cada uno sus sentimientos. Una larga mentira contaba alguna vez una seriedad que le era posible. Matizaba de vez en cuando desviaba hacia otro tema. Valentín, en las reuniones, inventaba sus historias de Don Juan. Él se trataba de sonreír y de burlarse de sí mismo. Yo tenía novia y reían. Volvía sobre la guita, pero sólo la confesión de todo aquel asedio incesante.

—Mi mamá —decía uno muy joven—



ban más confusas que antes. Me

momento de quietud en medio de  
o. Definitivamente amanecía. Lar-  
a. Aclara el día cuando el sol está  
ba y me veía extrañado.

le conté mis pensamientos de la  
no de temores a la vez. Quería  
a embotado, inconexo, un párrafo,  
explicarme. Se repetía como un  
ía extraído de toda aquella noche

utocrítica. No podemos continuar

on lo mismo. Años de lucha, de  
al, de desesperación se me agol-  
nte. Toda la vida concentrada allí  
mpo, sin otra distancia, sin otro  
de mi propio organismo, no tiene  
la voz, ni con el gesto, ni con  
y se desvanezca en una sombra  
o esqueleto, sólo rasgos distantes.  
do aquello? ¿Cómo expresar una  
miento y un trabajo hecho sin fe  
un revolucionario y dejarse arras-  
ones de la revolución? No podía  
más, sólo le dije:

alguien que no es un suicida, que  
de que no debe negarse en esta

forma sino proliferando. En su casa o en una clínica particular siempre recomienda a sus clientes la vida. Les alecciona día a día en este sentido. Tiene seminarios, cursos y selecciones de lectura con este fin. Pero también —y al mismo tiempo— en la universidad, sin que nadie se lo exija, hace todo lo contrario. Recomienda el suicidio como solución a la vida. Y un día, se suicida también; sin embargo, no era partidario del suicidio. Así somos nosotros. Por aquí andan en esta bodega los dos aspectos de nuestro desdoblamiento. Los unos, producto de nuestro contenido revolucionario. Los otros, resultado de una práctica malsana de la que no estamos convencidos. En unos y otros estamos presentes, aun en contra de nuestra propia voluntad.

Hicimos entre nosotros el silencio. La máquina y algunos monosílabos. Sabía que muy pocos lograron el sueño. En medio de la tragedia colectiva, que compartíamos por igual, cada uno tenía su pequeña dolencia auestas. Nadie íntimamente podía conciliar su vida con aquello. Dolían los días perdidos, la madre, los hijos, la mujer, la novia, la hermana, la ciudad, la calle, todo lo que quedaba atrás, ni siquiera con un sabor de despedida. Los errores más insignificantes latían en el corazón. Las noches no vividas, sólo soñadas, se tornaban distantes, más oscuras, más remotas, quizás inalcanzables como el sueño. Los ojos pesados, con granos de arena en la retina. En algunos, lágrimas silenciosas escondidas en el puño de la mano o depositadas gota a gota, boca abajo en el piso de la bodega. Me dediqué entre ratos a aislar, en medio del ruido de colmenas, algunos diálogos. A veces, entre los jóvenes un chiste, una canción, un retazo de poesía. Luego silencio. Se veían las caras tratando de ocultar cada uno sus sentimientos más íntimos. Otra canción. Una larga mentira contaba alguno poniendo el mayor tono de seriedad que le era posible. Matizaba detalles sin sentido, siempre se desviaba hacia otro tema. Valentín, en un grupo de camaradas jóvenes, inventaba sus historias de Don Juan. Luego callaba entristecido, trataba de sonreír y de burlarse de sí mismo. Todos sabían que no tenía novia y reían. Volvía sobre la guitarra y por último no hubo sino la confesión de todo aquel asedio interior que los consumía:

—Mi mamá —decía uno muy joven, de dieciocho años apenas,



que con sus anteojos de carey tenía aspecto de seminarista— sufre del corazón. Cuando me negué a firmar la caución, bajo la amenaza de mandarme a Guasina y oferta de libertad si rectificaba, necesitó de muchos cuidados y medicinas. Ni entonces me la dejaron ver. Querían amedrentarme, intimidarme: ¡matar a mi madre también! ¡Eso fue con la amenaza de Guasina! Ahora...

—No creo —rebató Valentín pensando en su propia madre—. No creo que ahora... ¡muera! ¡Las madres tienen una inagotable capacidad de sufrimiento!

—¡Ojalá! —suspiró el camarada— ¡Tengo tanta necesidad de mi pobre vieja! ¡Estos malditos perros! —y miraba hacia el techo de la bodega— no tienen ni madre ni conciencia.

—La mía —dijo Valentín— está ciega. No sabe que estoy preso. Cree que estudio en Maracaibo. A mi regreso —trataba de incorporar la mayor fe en sus palabras— quiero contarle todo.

—¿Y por qué no le han dicho? —preguntó el que tocaba la guitarra apretando las cuerdas inconscientemente.

—El médico no quiere. Una emoción violenta puede ser fatal.

Permanecieron callados. Trataban de no verse los ojos entre sí.

—¿Y la tuya, catire? —preguntó Valentín al de la guitarra.

—No tengo madre. Me crió una tía que tampoco vive.

—Entonces no tienes ningún problema.

—No tengo —dijo distraído. Pero trató de buscar un sonido en las cuerdas y no pudo. Dejó la guitarra a un lado y vino hasta donde yo estaba. Eramos viejos amigos. Hacía dos años que habíamos permanecido en la misma concha. Intimamos, nos comprendimos mutuamente y comenzamos a estudiar juntos. Más tarde me invitó a su matrimonio. Su mujer era profesora de inglés, parecía enamorada tiernamente de Miguel. Cuando yo iba por él, me atendía con esmero y trataba, con sus atenciones de ama de casa, de excusar a su marido. Nunca le oí

un reproche, ni una frase de disgusto. Un día, en la luz un varón, moreno, del color de la tierra, estaba en manos de S.N. Duró poco. Después la presión sindical salió en libertad. A los pocos días, nada nuestra lectura habitual, me dijo s

—¿Puedo quedarme aquí esta noche?

—¡Claro! —le respondí, creyendo que

—Te tengo que decir algo...

—¿Te buscan otra vez? —me adelanté

—No. Ya no tengo mujer —dijo bruscamente, con naturalidad.

—¿Cómo? No creo.

—Después de mi última prisión hemos estado un tiempo tarde sucedió lo que esperaba desde el momento de escoger entre el Partido y ella. Tú sabes que yo amo a mi hijo, cómo me duele abandonar todo el hogar.

—Te lo dijo sólo para saber cómo reaccionarías. No me dejó concluir.

—Yo reacciono con los hechos. Si reacciono por unos meses. Una paz de tensión nerviosa, fuerzas para volver un día con nuevos ánimos de ablandamiento.

—No digo nada en contrario. Yo haré todo lo posible para barse cualquier método de convencimiento.

—Eso sería posible si no mediara el matrimonio. Cuando me casé con ella, ella me enseñó el mismo la traje y la hice dar los primeros



## JOSE VICENTE ABREU

aspecto de seminarista— sufre del  
ar la caución, bajo la amenaza de  
libertad si rectificaba, necesitó de  
tonces me la dejaron ver. Querían  
a mi madre también! ¡Eso fue

sando en su propia madre—. No  
madres tienen una inagotable ca-

Tengo tanta necesidad de mi pobre  
iraba hacia el techo de la bodega—

ga. No sabe que estoy preso. Cree  
regreso —trataba de incorporar la  
contarle todo.

preguntó el que tocaba la guitarra  
ente.

n violenta puede ser fatal.

e no verse los ojos entre sí.

Valentín al de la guitarra.

que tampoco vive.

ma.

trató de buscar un sonido en las  
a un lado y vino hasta donde yo  
a dos años que habíamos perma-  
nos, nos comprendimos mutuamente  
s tarde me invitó a su matrimonio.  
parecía enamorada tiernamente de  
atendía con esmero y trataba, con  
excusar a su marido. Nunca le oí

## RELATOS DE GUASINA

un reproche, ni una frase de disgusto contra Miguel. Al año dio a  
luz un varón, moreno, del color de la madre. Dos días antes Miguel  
estaba en manos de S.N. Duró poco tiempo, cuatro meses. Por  
presión sindical salió en libertad. A los pocos días, después de termi-  
nada nuestra lectura habitual, me dijo sin ninguna turbación en la voz

—¿Puedo quedarme aquí esta noche?

—¡Claro! —le respondí, creyendo que lo buscaban de nuevo.

—Te tengo que decir algo...

—¿Te buscan otra vez? —me adelanté.

—No. Ya no tengo mujer —dijo bruscamente y con la mayor na-  
turalidad.

—¿Cómo? No creo.

—Después de mi última prisión hemos discutido frecuentemente. Esta  
tarde sucedió lo que esperaba desde hacía mucho tiempo: me dio a  
escoger entre el Partido y ella. Tú sabes cómo la quiero, cómo quiero  
a mi hijo, cómo me duele abandonar todo esto que nunca he tenido: un  
hogar.

—Te lo dijo sólo para saber cómo reaccionabas, pero sin intenciones...

No me dejó concluir.

—Yo reacciono con los hechos. Si regreso, todo pasará y habrá paz  
por unos meses. Una paz de tensión nerviosa, de acumulación de  
fuerzas para volver un día con nuevos ímpetus, con nuevos métodos  
de ablandamiento.

—No digo nada en contrario. Yo haría lo mismo, pero podría pro-  
barse cualquier método de convencimiento.

—Eso sería posible si no mediaran las condiciones de nuestro ma-  
trimonio. Cuando me casé con ella, era militante del Partido. Yo  
mismo la traje y la hice dar los primeros pasos. Además, le había en-



JOSE VICENTE ABREU

señado a qué atenerse conmigo en este sentido.

—¿No hay nada que hacer entonces?

—Por mi parte ¡nada!

—¿Y el hijo?

—Quedará con ella. El Tribunal no permitiría otra cosa, yo no tengo un hogar que lo cobije. Mi único hogar es esto —y señaló su chaquetón de cuero.

Toda esa noche hablamos del asunto. Parecía que el dolor que le producían sus sentimientos, le daba más firmeza, más solidez, más fuerza en sus resoluciones. Ni un solo momento perdió la serenidad. Apenas se inició el divorcio, cayó de nuevo en manos de S.N. Ahora aquí, camino de Guasina, lo torturaba el hijo, la mujer, ese inmenso cariño individual que recién se iniciaba en él. Tenía un rostro insensible, juvenil, sin arrugas, apenas una que otra cana en el pelo; nunca expresaba nada en sus facciones. Parecía un chino por la frialdad de sus ojos. Cuando me vio en mi observatorio de la bodega sintió deseos de comunicarme sus últimos sentimientos. Se había retirado del grupo para evitar sus propias palabras. Miguel, entre la juventud, era querido y admirado por todos. Casi nunca reía aunque siempre gustaba de andar entre los más divertidos.

Cuando estuvo frente a mí, le dije:

—¿Entonces sin problemas?

—No tengo madre.

—¿Y problemas?

—¡Tú sabes cuáles!

Permanecimos un rato en silencio. Recordé su hijo, moreno, bastante desarrollado y la profesora de inglés que fue su mujer. Un día, poco antes de nuestra partida, le llevaron el hijo a la cárcel. Ese día me buscó por todo el penal para comunicarme su alegría. Su rostro inex-

RELATOS DE GUASINA

presivo parecía más joven. Despeinado, me dijo:

—No me conocía. ¡Quiere comenzar a mordió aquí... y me enseñó poco más pulgar. Ella me dijo que lo traería todo.

Aquella vez hablamos largo tiempo sobre ningún comentario. Sabía que, como yo, cárcel y se la repetía en su cerebro como era también una manera de entendernos y la mirada perdida en algún punto. No esa noche dos cigarrillos que quedaban. recorrido, se incorporó al círculo de jóvenes calma. Cantaron a coro con las novias co-

—No le temen a Guasina —me dije—. desprecio a esa amenaza de muerte!

Muy cerca de los jóvenes se destacaba por campesinos, sencillos, roídas las camisas parecían remover su conuco en la memoria de la guitarra. Ni un movimiento. blanqueados por los días sin sol de los retornaban de vez en cuando una sonrisa con alguna tristeza en los ojos. Los conocía juntos y separados a la vez. Se entendían recordaban en voz alta su vida pasada. labares en el Campo de Carabobo.

—Tenía una mujer, compañero —me dijo el viejo, el mes pasado se fué con otro. que es Comisario Mayor de por allá. Lo padre. Nueve en total. Doce años juntos.

Semanalmente vendía sus malabares en V cuando hacía su venta habitual en el comisario, fue detenido por S.N.



n este sentido.

es?

o permitiría otra cosa, yo no tengo  
hogar es esto —y señaló su cha-

unto. Parecía que el dolor que le  
ba más firmeza, más solidez, más  
solo momento perdió la serenidad.  
de nuevo en manos de S.N. Ahora  
taba el hijo, la mujer, ese inmenso  
ciaba en él. Tenía un rostro insen-  
na que otra cana en el pelo; nunca  
parecía un chino por la frialdad de  
ervatorio de la bodega sintió deseos  
ientos. Se había retirado del grupo  
Miguel, entre la juventud, era que-  
nunca reía aunque siempre gustaba

dije:

Recordé su hijo, moreno, bastante  
és que fue su mujer. Un día, poco  
on el hijo a la cárcel. Ese día me  
unicarme su alegría. Su rostro inex-

presivo parecía más joven. Despeinado, revuelto el cabello castaño,  
me dijo:

—No me conocía. ¡Quiere comenzar a hablar! Tiene dientes, me  
mordió aquí... y me enseñó poco más abajo de la articulación del  
pulgar. Ella me dijo que lo traería todos los meses.

Aquella vez hablamos largo tiempo sobre su hijo. Ahora no hice  
ningún comentario. Sabía que, como yo, recordaba la escena de la  
cárcel y se la repetía en su cerebro como un círculo de fuego. Esta  
era también una manera de entendernos y comprendernos. El silencio  
y la mirada perdida en algún punto. Nos dimos cita para fumarnos  
esa noche dos cigarrillos que quedaban. Hizo de regreso el mismo  
recorrido, se incorporó al círculo de jóvenes y tomó la guitarra con  
calma. Cantaron a coro con las novias colgando de la imaginación.

—No le temen a Guasina —me dije—. ¡En las canciones va todo el  
desprecio a esa amenaza de muerte!

Muy cerca de los jóvenes se destacaba por su silencio un grupo de  
campesinos, sencillos, roídas las camisas por el sudor. Herméticos,  
parecían remover su conuco en la memoria. Fijos los ojos en cada  
nota de la guitarra. Ni un movimiento. Rudos los rostros, aunque  
blanqueados por los días sin sol de los calabozos. Los muchachos les  
retornaban de vez en cuando una sonrisa infantil, ingenua, sincera,  
con alguna tristeza en los ojos. Los conocía a todos. Siempre estaban  
juntos y separados a la vez. Se entendían por monosílabos y a veces  
recordaban en voz alta su vida pasada. El más gordo cultivaba ma-  
labares en el Campo de Carabobo.

—Tenía una mujer, compañero —me dijo— que según me informó  
el viejo, el mes pasado se fué con otro. Un tal Jacinto Báez, que y  
que es Comisario Mayor de por allá. Los hijos se quedaron con el  
padre. Nueve en total. Doce años juntos y ahora se va con otro.

Semanalmente vendía sus malabares en Valencia. En octubre del 51,  
cuando hacía su venta habitual en el mercado y compraba lo neces-  
sario, fue detenido por S.N.



JOSE VICENTE ABREU

—Desde hacía tiempo estaba **vistiado** por el Comisario Mayor.

Lo llevaron a la tortura el mismo día. Plan, hierro caliente, por los pies lo guindaron de una viga y por último —en la noche— lo ataron de la cola de una mula suministrada por el Comisario.

—Un buen hecho —me dijo—. Yo no sé cuándo me desmayé. Pero no dije nada. ¡No dije nada!

No logré una palabra más. Enmudeció y permaneció con los ojos fijos en el suelo. Como ahora. Ni un solo movimiento.

—Busca una raíz —me dije— o más bien una semilla.

El estómago no le funciona bien. Soporta grandes dolores en el más estricto silencio. No se queja nunca. En su mutismo: sólo los malabares, extendidos, balanceados por el viento. Rumor de abejas entre las flores. Agua de sus manos para las raíces. Un tallo brotando, una flor que abre, otro color, otra especie, la alegría, los hijos.

—Yo no he matado a nadie todavía —dice y cierra los labios herméticamente.

En el grupo le da con el codo a su vecino, uno alto, que aun sentado destaca su cabeza por encima de los demás, y me enseña apuñando los labios como si fuera a silbar. Este me mira, me saluda entre dientes y vuelve a su quietud. Tiene unas manos nervudas y gigantes. Sus dedos parecen largas tenazas. Tenía un conuco: frijoles y plátanos. En su mismo rancho y en presencia de los hijos comenzaron a torturarlo. En S.N. lo guindaron por los testículos.

—No tendré más hijos —me dijo—. Pero ocho son algo. Dos se murieron el mes pasado.

Le pasaron un tractor por el conuco.

—Hacían una granja para los musiúes.

A los inmigrantes les dieron su tierra y los proveyeron de tractores.

—¿Octubre? —le pregunté.

RELATOS DE GUASINA

—Sí. Me entregaron. Ellos dicen que iba

Para poder sobrellevar la carga de los hijos algunos. Trabajaba en Valencia. De tarde del conuco. Arrasada la tierrita. Crecía huellas del tractor. El rancho desapareció.

El del centro usaba calzoncillos a rayas. Apero con muchos años encima. Gustaba de historias de su vida. Su hijo y su nieto

—Tres generaciones de la familia —pensaba

Era partidario de quemar.

—¿Tractores? —decía— ¡quien mienta amigo del campesino. Mi viejo me enseñó. Esta gente de ahora —se quejaba— que cocinados.

No aceptaba ninguna explicación. Una necesidad de la colectivización de la tierra.

—¿Quién ha dicho? lo mío es mío. Den que vean. Al que me la vaya a quitar, ¡

Los otros campesinos se esforzaban por la zación. Entonces su indignación rebosó por la nariz:

—¿Ustedes también? ¿Ustedes también?

Con su hijo y su nieto fue torturado en Cuando se encontraron juntos, al hijo:

—¿Qué?

—Nada.

Al nieto:

—Nada.



JOSE VICENTE ABREU

ado por el Comisario Mayor.

no día. Plan, hierro caliente, por los  
por último —en la noche— lo ataron  
ada por el Comisario.

Yo no sé cuándo me desmayé. Pero

deció y permaneció con los ojos fijos  
solo movimiento.

más bien una semilla.

a. Soporta grandes dolores en el más  
unca. En su mutismo: sólo los mala-  
or el viento. Rumor de abejas entre  
ara las raíces. Un tallo brotando, una  
specie, la alegría, los hijos.

odavía —dice y cierra los labios her-

su vecino, uno alto, que aun sentado  
de los demás, y me enseña apuñando  
Este me mira, me saluda entre dientes  
unas manos nervudas y gigantes. Sus  
Tenía un conuco: frijoles y plátanos.  
sencia de los hijos comenzaron a tor-  
por los testículos.

dijo—. Pero ocho son algo. Dos se

onuco.

musiúes.

tierra y los proveyeron de tractores.

RELATOS DE GUASINA

—Sí. Me entregaron. Ellos dicen que iba a tomar el Central Tacarigua.

Para poder sobrellevar la carga de los hijos, la mujer había repartido algunos. Trabajaba en Valencia. De tarde en tarde iba por el lugar del conuco. Arrasada la tierrita. Crecía el monte por encima de las huellas del tractor. El rancho desapareció también.

El del centro usaba calzoncillos a rayas. Arrugado el rostro, muy fuerte, pero con muchos años encima. Gustaba disentir mucho. Contaba viejas historias de su vida. Su hijo y su nieto también estaban presentes.

—Tres generaciones de la familia —pensaba.

Era partidario de quemar.

—¿Tractores? —decía— ¡quien mienta eso! La candela es el mejor amigo del campesino. Mi viejo me enseñó a trabajar, no a flojear. Esta gente de ahora —se quejaba— quiere que los frijoles nazcan cocinados.

No aceptaba ninguna explicación. Una vez que hablábamos sobre la necesidad de la colectivización de la tierra, protestó indignado.

—¿Quién ha dicho? lo mío es mío. Denme mi pedazo de tierra para que vean. Al que me la vaya a quitar, ¡lo mato! Sí, ¡lo mato!

Los otros campesinos se esforzaban por hacerle entender la colectivi-  
zación. Entonces su indignación rebotó por los ojos, por la boca, por la nariz:

—¿Ustedes también? ¿Ustedes también?

Con su hijo y su nieto fue torturado en S.N. de Trujillo. Resistieron. Cuando se encontraron juntos, al hijo:

—¿Qué?

—Nada.

Al nieto:

—Nada.



JOSE VICENTE ABREU

—Está bien, entonces.

No sabían nada del resto de la familia. El viejo había sido enemigo del Gobierno de Gómez desde su infancia. Perseguido, hostigado, la zozobra y el viento de pocos alzamientos lo habían llevado a vivir en la Cumbre de la Sierra. Junto con la familia y el tigre. En las madrugadas del frío y la ventisca. Muchos cerros vieron pasar su mula, su quema y su semilla. Larga la familia como un cordón. También fue dejando su agonía, sus cruces, junto con la huella a veces del pie, un dedo, la ceniza de los días que fueron. Pero hasta allá no llegaban ni los gritos ni la recluta. Eso era lejos, en los valles poblados y mugrientos. Sólo de vez en cuando el terrateniente con sus cuentas largas, de números dudosos, lo asediaba, lo corría, le hacía cargar la mula, levantar la familia, dejar el conuco encendido en una llamarada y seguir más arriba, más profundo, más hacia el tigre y el viento. Y otro amo y otras cuentas y más hijos también. Tendía la vista entonces y paso y paso y paso otra tierra, otro incendio, quizás otra mula menos coja, de otra fuerza y un conuco nuevo, recién sembrado, con almácigos de retoños en las trojes. Los terratenientes lo hicieron nómada a él, a sus hijos y a sus nietos. Poco sólidas las construcciones, para pocos años. Sabía que vendría otro amo tan pronto como conociera el humo de su tierra y de sus árboles. De allí que siempre se lamentara del humo de sus quemadas. Amaba las quemadas, pero odiaba el humo.

—Debieran inventar una quema sin humo —decía— ¡Eso debieran hacer!

¡Ni humo ni tractores, sólo la quema! —Y hasta él llegaron los rumores.

—Que una gente se va a alzar.

Oyó. No dijo nada. Reunió a sus hijos y sus nietos en el monte, lejos de la casa.

—Porque las mujeres no sirven para eso —me dijo en confidencia.

RELATOS DE GUASINA

Les dijo que un hombre para ser hombre el Gobierno

—Yo he peleado mucho —dijo—. Miren un fragmento de bala que tenía abotonada

Debían ir al pueblo más cercano, él, el edad. Buscarían uniformes.

—A ver qué General y qué condiciones

Y regresarían por los demás.

—Las mujeres que recen y esperen.

Bajaron al pueblo. Sólo gente de tropa y Siempre los había visto pasar.

—Pero sin mulas, ahora es que los con

Ni un General. Sólo gente de tropa. Hab

—¿Qué hay de nuevo?

—¡Nada! ¡Buscan unos alzados!

—¿Y qué General es? —dijo el viejo

—Ahora no hay General. Es el Partido

Le sonó la palabra. Recordó. Buscó el escupió con malicia.

—¿Dónde están?

—No sé. ¡Debe ser en el pueblo!

—¿En el pueblo y alzados? ¡Para alzar

Siguió por la calle principal con su machete hasta que los detuvieron. Llevaron a los

Desde entonces andan por las cárceles de la prisión. No sabían de la familia. ¿Cómo

mejor estaban sembrando un nuevo co



... familia. El viejo había sido enemigo del  
... familia. Perseguido, hostigado, la zo-  
... cientos lo habían llevado a vivir en  
... la familia y el tigre. En las madri-  
... nos cerros vieron pasar su mula, su  
... familia como un cordón. También fue  
... to con la huella a veces del pie, un  
... eron. Pero hasta allá no llegaban ni  
... ejos, en los valles poblados y mu-  
... el terrateniente con sus cuentas  
... ediaba, lo corría, le hacía cargar la  
... conuco encendido en una llamarada  
... lo, más hacia el tigre y el viento.  
... s hijos también. Tendía la vista en-  
... tierra, otro incendio, quizás otra  
... un conuco nuevo, recién sembrado,  
... rojes. Los terratenientes lo hicieron  
... etos Poco sólidas las construcciones,  
... ría otro amo tan pronto como co-  
... sus árboles. De allí que siempre se  
... as. Amaba las quemas, pero odiaba

... sin humo —decía— ¡Eso debieran

... ema! —Y hasta él llegaron los ru-

... hijos y sus nietos en el monte, lejos

... ara eso —me dijo en confidencia.

## RELATOS DE GUASINA

Les dijo que un hombre para ser hombre tenía que ir a pelear contra el Gobierno

—Yo he peleado mucho —dijo—. Miren... y enseñó, como siempre, un fragmento de bala que tenía abotonado en el hombro.

Debían ir al pueblo más cercano, él, el hijo mayor y el nieto de más edad. Buscarían uniformes.

—A ver qué General y qué condiciones —me decía.

Y regresarían por los demás.

—Las mujeres que recen y esperen.

Bajaron al pueblo. Sólo gente de tropa y unos carros de mucho ruido. Siempre los había visto pasar.

—Pero sin mulas, ahora es que los conozco.

Ni un General. Sólo gente de tropa. Hablaron al pulpero.

—¿Qué hay de nuevo?

—¡Nada! ¡Buscan unos alzados!

—¿Y qué General es? —dijo el viejo Pancho Briceño.

—Ahora no hay General. Es el Partido Democracia.

Le sonó la palabra. Recordó. Buscó el abotonamiento del plomo y escupió con malicia.

—¿Dónde están?

—No sé. ¡Debe ser en el pueblo!

—¿En el pueblo y alzados? ¡Para alzarse no hay como el monte!

Siguió por la calle principal con su machete envuelto en un viejo saco hasta que los detuvieron. Llevaron a los tres a S.N. y los torturaron. Desde entonces andan por las cárceles y ahora al Campo de Concentración. No sabían de la familia. ¿Cómo escribir? ¿A dónde? A lo mejor estaban sembrando un nuevo conuco.



JOSE VICENTE ABREU

El hijo vivía ensimismado y retraído. En la cárcel, Rafael los enseñaba a leer y yo me encargaba de modelar al nieto. Despierto, inteligente, ya empezaba a comprender su propia tragedia. Me buscaba, me preguntaba, oía y se quedaba en silencio largo rato construyendo su propia versión. Tenía el mismo nombre del viejo, pero le decíamos Panchito para distinguirlo. Aquí en el barco no estaba en el círculo de los campesinos: silencioso, con los ojos hundidos en la mayor tristeza, permanecía en el grupo de la juventud. Detrás de los ojos, el frío, la ventisca, el conuco, la familia y la mula. Algunas veces el viejo me miraba y escupía. No fumaba por el humo.

—Es mejor mascar el tabaco —decía.

El humo no tenía sentido.

—El único humo que sirve para algo, hijo, es el de la pólvora —decía con violencia de labios y pasándose la mano por el abotonamiento del plomo.

—¡Ni humo ni tractores! —repetía mientras yo los miraba a todos en conjunto.

Uno negro, tamborero de Barlovento, había quedado tuerto en la tortura. Aún no se acostumbraba a un solo ojo. Tratava de ver con los dos y no lograba otra cosa que dar la impresión de ser tuerto. El hijo mayor, apenas un adolescente, había abandonado la madre, los hermanos y el conuco para irse con una mujer.

—Se huyó el condenado —decía resignado.

Y se culpaba a sí mismo de esta decisión. Porque...

—Desde chiquito, cuando movió las manos por primera vez, le puse un tambor entre las piernas. Y el muchacho no tuvo más amor que el tambor y el baile. Ni la madre, siquiera. Para él sólo había noches y noches de San Juan...

Una cintura, las caderas, el ritmo, unos senos, ese sudor con polvo

RELATOS DE GUASINA

pegajoso de los bailes, le hacían olvidar los. Parecía que en sus hombros llevara una padre, este Isidoro Palacio, tuerto por la y rezandero, cogió el tambor y la blusa los hermanos, el conuco y el sacrificio de no hacía más que pensar en el hambre de

—Con un ojo tendrás para ver lo poco —le decían.

—¡También es verdad! —respondía con por el ojo nublado.

A veces pasaba días enteros sin comer. Pe

—¡No sé si comen! —decía—. ¡No sé

Casi lloraba. Con sus dedos gruesos y el piso de la bodega. Ritmo de tambor. C a coro "Barlovento", suspiró hondo, to a dar al sitio más oscuro de la bodega. húmedos. Alegre el único con vida, pero

—Tu tierra, negro —le dije.

Me vio conmovido, suspiró y dijo:

—¡Mis hijos!

Solamente recordaba a los hijos, el ranc la sangre, le recorría todo el cuerpo. El una tempestad en miniatura y en la boc apretados, uniformes, fuertes para la r cienda de cacao le manoteaban el jornal en una sola vuelta de tormento interior y el sermón: fetichista y redondo con ¡El cura! Cuando Isidoro se confesó la yuca, sin plátanos. Entró a la Iglesia,



## JOSE VICENTE ABREU

añdo. En la cárcel, Rafael los enseñaba a modelar al nieta. Despierto, inteligente, propia tragedia. Me buscaba, me presencia largo rato construyendo su propia vida del viejo, pero le decíamos Panchito porque no estaba en el círculo de los camorristas hundidos en la mayor tristeza, permanecía. Detrás de los ojos, el frío, la venenosa mula. Algunas veces el viejo me miraba el humo.

—decía.

a algo, hijo, es el de la pólvora —decía—  
dese la mano por el abotonamiento del

petía mientras yo los miraba a todos

ovento, había quedado tuerto en la tor-  
a un solo ojo. Trataba de ver con los  
dar la impresión de ser tuerto. El hijo  
había abandonado la madre, los her-  
con una mujer.

cía resignado.

esta decisión. Porque...

vió las manos por primera vez, le puse  
Y el muchacho no tuvo más amor que  
madre, siquiera. Para él sólo había noches

ritmo, unos senos, ese sudor con polvo

## RELATOS DE GUASINA

pegajoso de los bailes, le hacían olvidar los días de miseria y de hambre. Parecía que en sus hombros llevara una tempestad. Y cuando falló el padre, este Isidoro Palacio, tuerto por la tortura, resignado, fatalista y rezandero, cogió el tambor y la blusa del viejo y dejó a la madre, los hermanos, el conuco y el sacrificio de sus manos de tambor. Isidoro no hacía más que pensar en el hambre de su mujer y sus hijos menores.

—Con un ojo tendrás para ver lo poco que quede cuando regreses —le decían.

—¡También es verdad! —respondía conforme y se pasaba una mano por el ojo nublado.

A veces pasaba días enteros sin comer. Pensaba en los hijos y la mujer.

—¡No sé si comen! —decía—. ¡No sé si comen!

Casi lloraba. Con sus dedos gruesos y toscos tamborileaba ahora en el piso de la bodega. Ritmo de tambor. Cuando los muchachos cantaron a coro "Barlovento", suspiró hondo, tosió, estiró las piernas y fué a dar al sitio más oscuro de la bodega. A su regreso tenía los ojos húmedos. Alegre el único con vida, pero húmedo.

—Tu tierra, negro —le dije.

Me vio conmovido, suspiró y dijo:

—¡Mis hijos!

Solamente recordaba a los hijos, el rancho, la mujer, el conuco. Como la sangre, le recorría todo el cuerpo. El tambor: entre cuero y cilindro una tempestad en miniatura y en la boca el relámpago de los dientes, apretados, uniformes, fuertes para la risa y el mordisco. En la hacienda de cacao le manoteaban el jornal y la mujer. Hambre y religión en una sola vuelta de tormento interior: el cura junto con la limosna y el sermón: fetichista y redondo con la panza de gallina milagrosa. ¡El cura! Cuando Isidoro se confesó la última vez fué sin gallinas, sin yuca, sin plátanos. Entró a la Iglesia, se mojó el pulgar en la pila,



se hizo una cruz líquida en la frente y se arrodilló ante el cura. Ni gallinas ni yuca esta vez:

—¿Sólo pecados, hijo mío? —y lo miró con sus ojos de tendero defraudado.

—¡Ay, Padre! No pude traerle nada —se lamentaba Isidoro—. ¡Mucha hambre, Padre! ¡Mucha hambre! Esta semana no saqué nada del jornal. Todo quedó en la hacienda. El conuco es un rastrojo. ¡La mujer después del último parto me ha quedado muy embromada!

—¡Castigo de Dios, hijo! —sentenció impaciente el cura.

Le dijo que todo podía cambiar con otro Gobierno. Que él andaba en eso junto con otros. Sería muy pronto. Iban a fundar un sindicato. Oyó el cura. Sonrió para sus adentros: sin gallina ni yuca. Pero algo es algo —se dijo.

Y en voz alta y tierna:

—¿Y cuándo, hijo mío, será eso?

—Pronto, Padre. Este año, ¡este mes! —los ojos encendidos.

El cura meditó. Lo hizo rezar luego y desapareció por la sacristía. En la noche, muy tarde, Isidoro sintió pasos y perros alrededor del rancho. Voces, un mecate en las manos y el cuello: la tortura, la cárcel y ahora Guasina. Pero sigue rezando y maldiciendo al cura. Comienza el "Padre nuestro" y de repente no sabe lo que dice:

—¡Hijos de puta! Y se le repite la imagen de la sotana medio escondida a la entrada de su rancho. Ni yuca... en el conuco. Ni gallinas en el corral del rancho. Sólo miseria y hambre. Y junto con los hijos y la mujer, una estampa descolorida de la Virgen de Coromoto.

Sin pestañas siquiera, a su lado, "negro" Bolívar. Había sido jornalero y policía. Hábito de cordero y zorro. No decía sus cosas. Se limitaba a oír y a discutir ininteligiblemente consigo mismo. A solas, en los rincones, cuando nadie podía verlo. Sólo una vez me dijo que lamen-

taba haber sido policía. Nunca dijo si te quijada se le marcaba y se le abría una ci

—¿Una cortada? —le pregunté un día

—Sí. Una cortada —y se pasó la mano

—¿En la tortura?

—No. No me tocaron ahí. —Pero no m tampoco.

Indagué entre los que siempre estaban casi nada. Sólo sugerencias, suposiciones rido. Era un misterio.

—Dicen que es hijo de brujo —me susurra—  
—¿De dónde es? —le pregunté.

—¡Quién sabe! A todos nos dice paisan Guaiguasa y El Tuy y por Morón y Tac...  
¡eso sí!

—¿Tendrá hijos?

—Debe tener. Cuando le hablo de los m... y se pone más triste. Un misterio este "bajo, silencioso, con una cicatriz en la qui

La imaginación me hacía verle un azote e

Un grupo grande y difícil este de los ca... misas roídas por el sudor. En las manos... labios resecos. Detrás de los labios: la m... el conuco.

Evitando una cabeza aquí, un brazo allá... piernas, las caderas, avancé hacia la pr... círculos: obreros, profesionales, manufact... mente concentrados en muchos grupos de



JOSE VICENTE ABREU

rente y se arrodilló ante el cura. Ni

y lo miró con sus ojos de tendero

nada —se lamentaba Isidoro—. ¡Mu-  
bre! Esta semana no saqué nada del  
enda. El conuco es un rastrojo. ¡La  
me ha quedado muy embromada!

atenció impaciente el cura.

con otro Gobierno. Que él andaba en  
pronto. Iban a fundar un sindicato.  
ntros: sin gallina ni yuca. Pero algo es

c?

e mes! —los ojos encendidos.

uego y desapareció por la sacristía. En  
tió pasos y perros alrededor del rancho.  
y el cuello: la tortura, la cárcel y ahora  
maldiciendo al cura. Comienza el "Padre  
lo que dice:

te la imagen de la sotana medio escon-  
Ni yuca... en el conuco. Ni gallinas  
iseria y hambre. Y junto con los hijos  
orida de la Virgen de Coromoto.

, "negro" Bolívar. Había sido jornalero  
zorro. No decía sus cosas. Se limitaba  
nente consigo mismo. A solas, en los  
erlo. Sólo una vez me dijo que lamen-

RELATOS DE GUASINA

taba haber sido policía. Nunca dijo si tenía o no tenía familia. En la  
quijada se le marcaba y se le abría una cicatriz cuando movía los labios.

—¿Una cortada? —le pregunté un día refiriéndome a la cicatriz.

—Sí. Una cortada —y se pasó la mano torpemente por la quijada.

—¿En la tortura?

—No. No me tocaron ahí. —Pero no me dijo la causa de la cicatriz,  
tampoco.

Indagué entre los que siempre estaban junto a él y no me dijeron  
casi nada. Sólo sugerencias, suposiciones. Nada que él hubiera refe-  
rido. Era un misterio.

—Dicen que es hijo de brujo —me susurró un día Isidoro.

—¿De dónde es? —le pregunté.

—¡Quién sabe! A todos nos dice paisano. Como que ha andado por  
Guaiguasa y El Tuy y por Morón y Tacarigua. Conoce de agricultura,  
¡eso sí!

—¿Tendrá hijos?

—Debe tener. Cuando le hablo de los míos, se encoge sobre la cobija  
y se pone más triste. Un misterio este "negro" Bolívar. Triste, cabiz-  
bajo, silencioso, con una cicatriz en la quijada para acentuar el misterio.

La imaginación me hacía verle un azote en la quijada.

Un grupo grande y difícil este de los campesinos. Silenciosos, las ca-  
misas roídas por el sudor. En las manos las huellas de la tierra. Los  
labios resecos. Detrás de los labios: la mujer, los hijos, una quema y  
el conuco.

Evitando una cabeza aquí, un brazo allá, una mano, un tórax, unas  
piernas, las caderas, avancé hacia la proa de la bodega. En varios  
círculos: obreros, profesionales, manufactureros, artesanos, indiferente-  
mente concentrados en muchos grupos de conversación y de recuerdos.



Algunos, cuadros medios y dirigentes. Entre el vocerío empecé a distinguir un círculo, una voz, una persona.

—¿Matarlos? —decía uno que vestía unos pantalones de baño—. Matarlos es poco —roja y sudorosa la cara.

—¿Y qué harías con ellos entonces? —preguntaba un viejo obrero que usaba calzoncillos hasta las rodillas.

—¡Quemarlos vivos! Sin gasolina para alargarles la agonía. Mientras más tiempo duremos encendiéndolos, mejor. Una uña, un dedo, un hueso, la carne no toma fuego fácilmente. ¡Es un combustible lento el ser humano!

—¿Y por qué no matarlos de una vez? —replicó el obrero—. De un solo golpe, digo. Nuestra justicia no debe estar manchada de tortura.

—Porque —y se puso tan rojo como su pantalón de baño— lo que han hecho, no es cuestión digna de la justicia, sino de la venganza. No vengaremos la tortura, ni estos viajes, ni lo que nos espera, porque lo hemos recibido en carne propia, sino por lo que han sufrido y sufren nuestras madres, nuestras mujeres, nuestros hijos. Eso que nos duele a todos y que nos atormenta como una brasa en el corazón.

Calló, tomó respiración, era un maestro de escuela el que hablaba. Fue a la tortura junto con su mujer. En su presencia, en la más absoluta impotencia, la habían desnudado con calma, pacientemente, voluptuosos los labios y los ojos del torturador. Después le maltrataban los senos, la azotaban con una fusta hasta que ya no pudo resistir la vergüenza y la pena y se desmayó. El se mordía los labios y se debatía furiosamente con las amarras a que estaba guindado. Insultó. Se hizo una fiera: las muñecas se le desgarraban en el cable y la sangre le corría junto con el sudor. Los dientes le crujían... Y sólo deseaba matar, matarse. Escarbar en un cuerpo con sus uñas hasta encontrar el corazón y morderlo y escupirlo y pisotearlo, meter el dedo por un agujero y sacar un ojo, partir una costilla y sentarse a roerla como un perro. Los ojos casi se le salían de las órbitas detrás de la cortina de

cabellos que le cubrían la cara. No veía nada, estaba desmayada, desnuda. Sólo veía los tobillos, la boca espuma y sangre. La nariz esponjosa. Tensos los músculos. Quería morder y no podía. Deseo, fijo, definitivo, terminante, pero no podía matar sin instrumentos cortantes, sin la lentitud y la ausencia de movimientos: un arma nueva, un ángulo, esférico, de introducción lenta, como un martillo, pero no para golpear, sino para hundirse entre las carnes a manera de puñal.

—Matarlos con lentitud —pensaba.

Precisamente él, que durante diez años había vivido entre niños. En jardines de infancia, en parques, arrastraba en toboganes y se mecía en columpios para enseñar la alegría de la vida a los niños. Manita diminuta, suave, sin callos, sin dureza, como el vientre de donde había salido. Él, que tenía cinco. ¿Ves que es fácil? Este gordito, este niño de descontento, privilegiado y pendenciero, que no podía hacer todo.

Recordaba. Sirve para todo. Para apaciguar, para matar. Y cuando conversó conmigo, una vez más me dijo:

—Les decía a los niños que éste —de la mano izquierda— es uno de los dos dedos más útiles. Yo comprendía hasta estos momentos todo lo que me decía mis ojos, porque para mí es el instrumento. El dedo del gatillo... ¡El del gatillo! —no se me paralice! Que se me paralice todo.

Estaba enloquecido por la idea de matar, de la muerte mientras leía, mientras paseaba,



JOSE VICENTE ABREU

entes. Entre el vocerío empecé a dis-  
persona.

vestía unos pantalones de baño—  
sa la cara.

es? —preguntaba un viejo obrero que  
las.

a para alargarles la agonía. Mientras  
olos, mejor. Una uña, un dedo, un  
tilmente. ¡Es un combustible lento el

la vez? —replicó el obrero—. De un  
no debe estar manchada de tortura.

como su pantalón de baño— lo que  
de la justicia, sino de la venganza. No  
lajes, ni lo que nos espera, porque lo  
sino por lo que han sufrido y sufren  
s, nuestros hijos. Eso que nos duele  
o una brasa en el corazón.

maestro de escuela el que hablaba.  
er. En su presencia, en la más absoluta  
con calma, pacientemente, voluptuo-  
rturador. Después le maltrataban los  
hasta que ya no pudo resistir la ver-  
El se mordía los labios y se debatía  
que estaba guindado. Insultó. Se hizo  
arraban en el cable y la sangre le co-  
tes le crujían... Y sólo deseaba ma-  
uerpo con sus uñas hasta encontrar  
o y pisotearlo, meter el dedo por un  
a costilla y sentarse a roerla como un  
de las órbitas detrás de la cortina de

RELATOS DE GUASINA

cabellos que le cubrían la cara. No veía el cuerpo de su mujer tendida, desmayada, desnuda. Sólo veía los torturadores: los quemaba. En la boca espuma y sangre. La nariz esponjada por la respiración irregular. Tiesos los músculos. Quería morder y se mordía los labios. Sólo un deseo, fijo, definitivo, terminante, para toda su vida: matar... matar, pero matar sin instrumentos cortantes, sin punta, sin velocidad ni violencia de movimientos: un arma nueva, algo redondo y tosco, ni un ángulo, esférico, de introducción lenta y sádica. Podría ser algo así como un martillo, pero no para golpear, sólo para hacerle penetrar entre las carnes a manera de puñal.

—Matarlos con lentitud —pensaba.

Precisamente él, que durante diez años había llevado una vida pacífica entre niños. En jardines de infancia. El que era todo cariño, que se arrastraba en toboganes y se mecía en columpios para reír, para gritar, para enseñar la alegría de la vida a los recién nacidos. Y agarraba una manita diminuta, suave, sin callos, sin cicatrices, rosada, sedosa casi como el vientre de donde había salido y le tocaba un dedo, otro dedo: cinco. ¿Ves que es fácil? Este gordito —el pulgar— es uno. Este, descontento, privilegiado y pendenciero —el índice— dos. Sirve para todo.

Recordaba. Sirve para todo. Para apretar un gatillo, se decía. Para matar. Y cuando conversó conmigo, una de sus tardes de desesperación, me dijo:

—Les decía a los niños que éste —desdeñaba el índice, curvo, sinies-  
tro— es uno de los dos dedos más útiles. Pero te confieso que no  
comprendía hasta estos momentos todo su alcance. Lo cuido como a  
mis ojos, porque para mí es el instrumento y el símbolo de la muerte.  
El dedo del gatillo... ¡El del gatillo! —desorbitados los ojos—. ¡Que  
no se me paralice! Que se me paralice todo el cuerpo, ¡pero no el dedo!

Estaba enloquecido por la idea de matar. Meditaba en las formas de la  
muerte mientras leía, mientras paseaba, cuando veía una cicatriz o se



## JOSE VICENTE ABREU

encontraba con sus propias manos. Sin embargo, no siempre hablaba de la muerte. Generalmente su tema era la vida y lo más tierno de ella: la vida que se inicia, que comienza a crecer, a moverse, a sentir, lo que apenas es nombre y pregunta, ingenuidad y descubrimiento, asombro y duda: niñez. Se requerían horas y horas de insistencia y provocación para encenderlo en su tema de tortura, destrucción y muerte. Nunca comenzaba espontáneamente ese torrente de pasiones. Pero, también es cierto, que una vez iniciado en aquello duraba horas y horas en el incendio de su propia idea. Después de los ataques de furia quedaba agotado, quieto, mudo, los ojos entreabiertos, relajados los músculos y pronto caía en el más pesado sueño. Entonces dormía por mucho tiempo, el día y la noche de un solo tirón. Se levantaba hambriento y despejado. De todo lo anterior, un recuerdo:

—¡Matar!

Ahora estaba en uno de esos momentos en que hacía crisis. Todo el trayecto de bodega, fue lo mismo. Creía que llegaría a la locura de un momento a otro. No comió durante el viaje. Sólo hablaba. Hablaba de matar.

Su contendiente más interesado en la discusión era un viejo obrero zapatero. Con sus calzoncillos hasta las rodillas, parecía anticuado.

—Un nadador de principios de siglo —pensaba.

Robustos los brazos, la mano izquierda cubierta de pequeñas cicatrices: señal de zapatero. Los cabellos largos y peinados hacia atrás. De rato en rato intercalaba citas de Rousseau, Carlos Blanc. Ni más ni menos, un zapatero. Con la mano de las cicatrices —entre mirada y mirada— se torcía el bigote nerviosamente, mientras con la otra gesticulaba en amplios círculos extravagantes y perpetuos. La voz escondida detrás de la mano, temeroso de salpicar con la saliva y el viento de sus palabras. Entrecano el pelo y el bigote. La frente poblada de surcos preñados de sudor. Miniatura de ríos salobres. Cada surco un año de prisión.

## RELATOS DE GUASINA

—¡Un año! —solía decir—. Un tiempo sólidos, se me quedaron encerrados, sin labios, ni lengua, ni oídos; sólo sangre, gesto de locura. ¡Y aquí están! —se tocó con las cicatrices de la mano. Me han sacado del rebro.

Cuatro prisiones largas en total. Un juicio de López por seis meses.

Desde el 36 había atado su vida a esto. nario sindical. Nueve hijos y una mujer. descalzos en la Escuela, semidormidos dos años en esta última prisión y tres mujer, casi como un juego infantil, había a la lucha. Porque tanto ella como él p

—Debemos construir un mundo mejor a la vida que no hemos podido vivir...!

Responsable ella. Responsable él. Cada ción y desarrollo. El, la vida para todos hambre y sueño y tortura y sed y gritos bre, la lucha. Ni zapatos, ni sandalias la Andrajo. Andrajo el pie, la cama, el su ni zapatero la mujer! Cuando los hijos sembrada más allá del estómago:

—¿Y papá? Mamá... ¿y mi papá? —

—¡Tu papá está preso! —y como él re de todos los hombres.

Nueve hijos y aquellos ojos de cariño, padre que se sabe en la ruta del pan siempre, de sí misma, de todo lo que trañas, en sus lágrimas, en su dolor, de



Sin embargo, no siempre hablaba  
era la vida y lo más tierno de ella:  
a crecer, a moverse, a sentir, lo  
genuinidad y descubrimiento, asom-  
as y horas de insistencia y provo-  
de tortura, destrucción y muerte.  
ese torrente de pasiones. Pero,  
lo en aquello duraba horas y horas  
spués de los ataques de furia que-  
entreabiertos, relajados los múscu-  
sueño. Entonces dormía por mucho  
tirón. Se levantaba hambriento y  
recuerdo:

entos en que hacía crisis. Todo el  
creía que llegaría a la locura de un  
el viaje. Sólo hablaba. Hablaba de

la discusión era un viejo obrero  
las rodillas, parecía anticuado.

o —pensaba.

da cubierta de pequeñas cicatrices:  
os y peinados hacia atrás. De rato  
u, Carlos Blanc. Ni más ni menos,  
cicatrices —entre mirada y mirada—  
mientras con la otra gesticulaba en  
perpetuos. La voz escondida detrás  
on la saliva y el viento de sus pa-  
gote. La frente poblada de surcos  
os salobres. Cada surco un año de

—¡Un año! —solía decir—. Un tiempo en que los pensamientos más sólidos, se me quedaron encerrados, sin voz, ni aliento, ni saliva, ni labios, ni lengua, ni oídos; sólo sangre, sólo ojos, sólo puño cerrado en gesto de locura. ¡Y aquí están! —se tocaba las arrugas de la frente con las cicatrices de la mano. Me han sembrado de cataclismos el cerebro.

Cuatro prisiones largas en total. Un juicio militar entre ellas y El Obispo de López por seis meses.

Desde el 36 había atado su vida a esto. En los primeros años, funcionario sindical. Nueve hijos y una mujer. Semidesnudos los hijos, semidescalzos en la Escuela, semidormidos de fatiga y de hambre. Tenía dos años en esta última prisión y tres de no ver a los hijos. Con su mujer, casi como un juego infantil, había acordado: ella a los hijos, él a la lucha. Porque tanto ella como él pensaban:

—Debemos construir un mundo mejor a nuestros hijos. ¡Que vivan la vida que no hemos podido vivir...!

Responsable ella. Responsable él. Cada uno en su trabajo de construcción y desarrollo. El, la vida para todos. Ella, la vida de los hijos. Y hambre y sueño y tortura y sed y gritos de los hijos, la madre, el hombre, la lucha. Ni zapatos, ni sandalias la mujer y los hijos del zapatero. Andrajo. Andrajo el pie, la cama, el suelo para el sueño. ¡Ni zapatos, ni zapatero la mujer! Cuando los hijos preguntaban, con el hambre sembrada más allá del estómago:

—¿Y papá? Mamá... ¿y mi papá? —casi un sollozo.

—¡Tu papá está preso! —y como él repetía —por querer la felicidad de todos los hombres.

Nueve hijos y aquellos ojos de cariño, de alegría, de comprensión de padre que se sabe en la ruta del pan y de la vida. Añadía la madre siempre, de sí misma, de todo lo que estaba concentrado en sus entrañas, en sus lágrimas, en su dolor, de sus años de lucha:



## JOSE VICENTE ABREU

—¡Y la felicidad está prohibida! Como está prohibido que ustedes jueguen en los parques.

Y abrazaba a los hijos —caríño y hambre los abrazos—. ¡Si pudiera repartirse y entregarse en un bocado para todos! Besaba al menor y le ensortijaba a otro los cabellos con sus dedos:

—En la escuela dicen que los presos son ladrones —aventuraba uno de los menores.

—En tu escuela no saben nada de eso.

Hablaba. Explicaba. La voz débil, pero firme. Contó la vida del padre, sus amores. En el suelo, en el regazo, sobre la única mesa, apoyados en sus pies, los hijos se iban quedando dormidos. Silencio. Apagada la vela y la voz de la madre. Recordaba, suspiraba. ¿Dónde estaría ahora?

Viento por las rendijas del rancho. Olor a basura recién mojada. Una lágrima, otra lágrima. Rocío en la noche y las mejillas. Sombras. El. A escondidas, a gatas. Silencio entre sus pisadas y la tierra. Ni huellas, ni ruido. Ni surcos en la frente. Sólo un pedazo de noche. Frío en los pies y las cicatrices. En la derecha la pistola. Más oscura aún. Más negra. En la garganta el ansia de los hijos como un nudo.

—Pero no entré esa noche —me dijo—. Tenía necesidad de verlos, de tocarlos, de encontrarme con ella y amarla, por todo lo que ha podido soportar. Pero no entré.

Unos faros azotaron la oscuridad —los perros, el silencio, las voces, los oídos. Los ranchos brotaban de la luz como las mariposas. A veces junto con un hombre, un perro. El rocío brillaba como los ojos de la yerba: cristal, luz y yerba. Se adhirió a la tierra y esperó. La noche se tragó los ranchos, el perro, el hombre. Sólo hablaba la yerba con una palabra fría en las orejas. El rancho, los hijos, la mujer, muy cerca. Sentía el hambre y las lágrimas estancadas allí. Una gota de hambre ante tanto rocío. Una gota:

## RELATOS DE GUASINA

—Pero no entré.

Esperó un rato más y otra vez las luces.

—Un cerco. Creían que podía volver a

Regresó tarde a la concha. Sin esperar donde estaba escondido. Pero temía. Mucho: una visita de la mujer. Seguían el lamento y una maldición. Esperaban una nota, alimentos y pocas monedas. Los niños sospechaban algo y callaban. Intento interior.

Así una noche y otra noche hasta la tarde dar un informe a la Dirección. Contristado por el sacrificio de su mujer, sus palabras y su experiencia. Posiblemente era un práctico. Los golpes y los fracasos. De los prácticos con un sentido de la lucidez decirme siempre:

—Para ustedes ha sido más fácil comprenderlo teniendo en sus manos la teoría y la práctica. Y he aquí una práctica sin teoría.

Y mostraba las cicatrices de sus manos. Y en la práctica.

Y esa tarde mientras salía de la reunión

—Green que soy aún un robot, un hombre que obedece y realiza lo que establece un código, hipnotizado, hacia algo que desconozco.

Dio varios pasos en la acera para tomar cuando volvió en sí el hombre práctico. Una camioneta que arrancaba a gran velocidad.



JOSE VICENTE ABREU

Como está prohibido que ustedes

hambre los abrazos—. ¡Si pudiera  
para todos! Besaba al menor y  
sus dedos:

son ladrones —aventuraba uno

eso.

no firme. Contó la vida del padre,  
o, sobre la única mesa, apoyados  
ando dormidos. Silencio. Apagada  
rdaba, suspiraba. ¿Dónde estaría

olor a basura recién mojada. Una  
oche y las mejillas. Sombras. El  
sus pisadas y la tierra. Ni huellas,  
un pedazo de noche. Frío en los  
la pistola. Más oscura aún. Más  
hijos como un nudo.

jo—. Tenía necesidad de verlos,  
y amarla, por todo lo que ha

s perros, el silencio, las voces, los  
uz como las mariposas. A veces  
ocío brillaba como los ojos de la  
a la tierra y esperó. La noche se  
e. Sólo hablaba la yerba con una  
los hijos, la mujer, muy cerca.  
ncadas allí. Una gota de hambre

RELATOS DE GUASINA

—Pero no entré.

Esperó un rato más y otra vez las luces. El hombre, sin perro.

—Un cerco. Creían que podía volver a la casa de un momento a otro.

Regresó tarde a la concha. Sin esperanzas en otro intento. Ella sabía donde estaba escondido. Pero temía. Muchos habían caído en esa forma: una visita de la mujer. Seguían el rastro y al asalto. Entonces un lamento y una maldición. Esperaban ambos. Algunas veces ella recibía una nota, alimentos y pocas monedas. Respondía con letra temblorosa. Los niños sospechaban algo y callaban. Nadie hablaba, seriedad y contento interior.

Así una noche y otra noche hasta la última prisión. Sidrán salía de dar un informe a la Dirección. Contrariado, descontento, seriamente conmovido por el sacrificio de su mujer y sus hijos y aquel vacío a sus palabras y su experiencia. Posiblemente fallaba en teoría, pero era un práctico. Los golpes y los fracasos son la teoría de los prácticos. De los prácticos con un sentido de la lucha y de la vida como él. Solía decirme siempre:

—Para ustedes ha sido más fácil comprender la revolución porque han tenido en sus manos la teoría y la práctica. Yo he llegado sólo por la práctica. Y he aquí una práctica sin teoría.

Y mostraba las cicatrices de sus manos. A más teoría, menos cicatrices en la práctica.

Y esa tarde mientras salía de la reunión se repetía con amargura.

—Green que soy aún un robot, un hombre “suiche”, un autómata que obedece y realiza lo que establece un control. Un hombre que camina ciego, hipnotizado, hacia algo que desconoce.

Dio varios pasos en la acera para tomar el vehículo que lo esperaba, cuando volvió en sí el hombre práctico. Dos hombres en la esquina, una camioneta que arrancaba a gran velocidad hacia donde él caminaba:



JOSE VICENTE ABREU

S. N. En la casa que acababa de abandonar: la dirección. Sin duda reconocido. Había que avisar y hacer tiempo para la fuga de los que quedaron. Volverse a avisarles, era infantil. Huir solo en aquel auto que le abría la puerta, una cobardía y una entrega. Difería, pero tenía que salvarlos. Con las manos en los bolsillos se volvió como al descuido y extrajo la pistola. Corrió a un árbol vecino y disparó sin apuntar. De la esquina y la camioneta ya estacionada a pocos pasos, respondieron. Olor a pólvora y a muerte. Disparó ahora con calma. Debía racionar el plomo para lograr tiempo en la fuga de los demás: ya estarían alertas o saltando de casa en casa (de techo en techo) hasta la otra calle. Disparó. En la sien sintió salpicaduras de madera. ¿Herido? Apretó el gatillo otra vez mientras se llevaba la mano de las cicatrices a la cara. Ni sangre ni sesos. Astillas del árbol y sudor. Más allá de la piel, la carne y los huesos, sintió la mujer, los hijos, el viento en las rendijas, los ranchos brotando de los faros, un perro, un hombre, el rocío cuchicheándole a la oreja un mensaje, frío, líquido de yerba dolorida. Y silencio. Los hijos sin zapatos, sin comida ni escuela. Recordó que eran grises los ojos del menor. Sólo ojos grises recordó. Avispas de plomo veloz a su alrededor. Voces, carreras. Apretó el gatillo y sonó un vidrio roto. De nuevo astillas en la sien. Ni juguetes. Ni ropas. Ni cariño. Para diciembre, por Navidades el Sindicato siempre recordaba a sus hijos. Consultó al reloj, ya debían estar lejos. Buscó en sus bolsillos. Mascó algunos papeles y apretó dos veces el gatillo. Un solo disparo. Vacía la cacerina. Tiró la pistola hacia sus perseguidores y esperó. Sólo ojos grises. Ni la mujer ni el viento en las rendijas. Ni un llanto. Un silencio de cerco que se cierra. Vinieron recelosos. Miedo y sombras.

—Desde allí la tortura. Todo y nuevas prácticas. Pero se salvaron los demás: ahora llevo cicatrices no sólo en la mano sino por todo el cuerpo. Y no sé si por dentro también. Sé que tenía un solo recuerdo mientras discutía con el maestro de escuela en el barco: los hijos sin zapatos, la mujer sin sandalias, el hambre en las rendijas con el viento. Pero...

RELATOS DE GUASINA

—Sin tortura, la muerte. Parecía gritar: muchas muertes.

Y decía también:

—Porque no debemos matar por satisfacción. Matar por necesidad. Sólo lo que sea necesario. Nunca se flagela el dedo que debe amputarse.

Detrás del viejo Sidrán, como un espantajo, una lagartija de anteojos al aire. Escurridizo, nervioso, de gelatina. Aguda como un estornudo. Por la nariz y su nariz buscando aceptación y confianza en otro. Fingía admiración por cualquier frase que procedía. Entre la mayoría inspiraba asco. Hacía mella alguna en él. Olvidaba. No oía náusea. Prodigaba su mejor risa infantil y sus condiciones como sobre la cera. Cobardía y de carne y huesos que arrastraba su cola por los presos. No sufrió tortura alguna. Amenazado por oro que formaban sus dientes, salió un chupado de información. De haber sabido más, habría traído 20 hombres en total, más de cinco corrientes de falsificación de pseudónimos y actividades. Siempre en la confidencia. Se chupaba el índice mientras usaba para traducirse:

—¡Yo no fui! ¡Yo no fui!

Diez de sus víctimas venían a Guasina. Pero no por vergüenza. En los años de Gobierno había sido una silla de diputado en la Constituyente y cuando dijo mitines, fue incondicional y escaló las rampas para su protección en asambleas de importancia. Entraban y salían en las confidencias y con su inteligencia y aquellos anteojos al aire que



JOSE VICENTE ABREU

abandonar: la dirección. Sin duda re-  
er tiempo para la fuga de los que  
infantil. Huir solo en aquel auto  
a y una entrega. Difería, pero tenía  
bolsillos se volvió como al descuido  
árbol vecino y disparó sin apuntar.  
estacionada a pocos pasos, respondi-  
Disparó ahora con calma. Debía  
po en la fuga de los demás: ya es-  
n casa (de techo en techo) hasta la  
ó salpicaduras de madera. ¿Herido?  
se llevaba la mano de las cicatrices  
las del árbol y sudor. Más allá de la  
la mujer, los hijos, el viento en las  
los faros, un perro, un hombre, el  
n mensaje, frío, líquido de yerba do-  
patos, sin comida ni escuela. Recordó  
or. Sólo ojos grises recordó. Avispas  
Voces, carreras. Apretó el gatillo y  
illas en la sien. Ni juguetes. Ni ropas.  
Navidades el Sindicato siempre recor-  
oj, ya debían estar lejos. Buscó en sus  
y apretó dos veces el gatillo. Un solo  
la pistola hacia sus perseguidores y  
ujer ni el viento en las rendijas. Ni un  
se cierra. Vinieron recelosos.

nuevas prácticas. Pero se salvaron los  
sólo en la mano sino por todo el  
también. Sé que tenía un solo recuerdo  
de escuela en el barco: los hijos sin  
el hambre en las rendijas con el viento.

RELATOS DE GUASINA

—Sin tortura, la muerte. Parecía gritar: una muerte nada más, no mu-  
chas muertes.

Y decía también:

—Porque no debemos matar por satisfacción, por deseo. Debemos  
matar por necesidad. Sólo lo que sea necesario liquidarse, debe morir.  
Nunca se flagela el dedo que debe amputarse.

Detrás del viejo Sidrán, como un espantajo hecho de cieno y rata, una  
lagartija de anteojos al aire. Ecurridizo, nariz de garfio, temeroso, risa  
de gelatina. Aguda como un estornudo. Prolongada. En todo metía su  
risa y su nariz buscando aceptación y confianza. Payaseaba de un grupo  
a otro. Fingía admiración por cualquier frase y admiraba el genio de su  
procedencia. Entre la mayoría inspiraba asco y desprecio. Pero esto no  
hacía mella alguna en él. Olvidaba. No oía ni miraba el desprecio y la  
náusea. Prodigaba su mejor risa infantil y sobre él resbalaban las mal-  
diciones como sobre la cera. Cobardía y desvergüenza aquella viruta  
de carne y huesos que arrastraba su cola de reptil entre los demás  
presos. No sufrió tortura alguna. Amenazas y por las dos vetas de  
oro que formaban sus dientes, salió un chorro de nombres, de direc-  
ciones, de información. De haber sabido más, más hubiese dicho. En-  
tregó 20 hombres en total, más de cinco conchas de importancia. Identi-  
ficación de seudónimos y actividades. Siempre cara de inocencia y justifi-  
cación. Se chupaba el índice mientras usaba una expresión que podría  
traducirse:

—¡Yo no fui! ¡Yo no fui!

Diez de sus víctimas venían a Guasina. Pero para él ni remordimiento  
ni vergüenza. En los años de Gobierno había adquirido importancia y  
una silla de diputado en la Constituyente y el Congreso. Bebió mucho,  
dijo mitines, fue incondicional y escaló las mejores posiciones. Pavonea-  
ba su protección en asambleas de importancia. Su palabra y su revólver  
entraban y salían en las confidencias y consejos. Pronto se hizo una  
inteligencia y aquellos anteojos al aire que parecían más al aire aún



## JOSE VICENTE ABREU

por su escasa nariz. Entonces, hablaba mucho, promesas sin sentido, golpes de fe, juramentos de adhesión y ferocidad. Frases, frases, frases. En el fondo, aquella lástima de ahora. Silencio y sonrisas, delación y miedo. En los primeros años de la resistencia a la dictadura, se había sepultado con sus palabras y su revólver no se sabe dónde. Fue un tiempo —para él y nosotros— sin anteojos ni inteligencia. Pero en el 51 apareció de algún escondrijo cuando tuvo noticias de lo de octubre. Venía con algunas meditaciones en las entradas de su calvicie. Crítica severa, incorporación, valor y decisión de comando. Fracasó octubre y S.N. lo levantó de su escondrijo. A los pocos minutos de su detención iba con S.N. de casa en casa entregando el contenido de sus palabras.

Veinte en total. Diez venían a Guasina.

Cierta vez que sonrió de una frase de Rafael, éste indignado lo fulminó:

—No resisto la sonrisa de las ratas —le dijo.

—Ni yo —quiso bromear.

—¡Entonces, no sonría! —gritó Rafael—. ¡No sonría!

Con su hábito de reptil se iba encogiendo hasta que no quedaba en el grupo más que la indignación que provocaba su presencia. El olor a ratas desaparecía con las vetas de oro, la calvicie y los anteojos al aire.

Los petroleros, diseminados en varios grupos. Parecían la mayoría. Conversación de lago y llanos. De producción y sindicatos. La tierra negra en los ojos, en algunos azul del lago. O verde montaña, de cicales recién nacidos.

—Todos traemos algo del lago en nuestro cuerpo —me dijo uno en otra oportunidad. En los ojos, en la piel, en la carne, en el cerebro. Así no nos perdemos de él ni nos alejamos de su presencia.

Pero ahora iban muy lejos del lago, sin duda para acercarlos más. Allá el lago y aquí el hombre camino de Guasina.

## RELATOS DE GUASINA

A éste, le decían el goajiro. Doble y atrevido, oblicuos como indígena.

—Nunca he estado en libertad, primo. Me ha dado la calle una sola vez. Vos sí.

Preso el 48 había sido expulsado a las Antillas. Venía clandestino. Debía abrir un canal en el territorio colombiano. En un principio hubo ruta. El gobierno conservador había enmendado la dictadura. Era difícil burlar el régimen de los pululaban con instrucciones de asesinato para los políticos venezolanos. Se decía que era provocada por los comunistas venezolanos. “liberalismo”. No había colaboración. En la revolución revolucionaria. Sin embargo, había que El goajiro tan pronto llegó, hizo algunos amigos. Miedo liberal en la dirección, escaso gaitero, poco dinero y persecución.

Sólo una posibilidad: los contrabandistas.

—Me dije —la cara del goajiro se iluminó— que tenemos que llegar.

Y se hizo contrabandista. Después de algunos años no sin antes confiarse a ellos:

—Tiro bien —les dijo al final y terminó con cualquier arma.

Le echaron una sonrisa encima y convinieron.

—De ninguna manera sabemos quién eres, ¿verdad?

—¡Entendido!

—No sabes nada de nosotros, tampoco.



## JOSE VICENTE ABREU

hablaba mucho, promesas sin sentido, presión y ferocidad. Frases, frases, frases. Ahora. Silencio y sonrisas, delación y la resistencia a la dictadura, se había su revólver no se sabe dónde. Fue un anteojos ni inteligencia. Pero en el 51 cuando tuvo noticias de lo de octubre. en las entradas de su calvicie. Crítica decisión de comando. Fracasó octubre y o. A los pocos minutos de su detención entregando el contenido de sus palabras.

Guasina.

ase de Rafael, éste indignado lo fulminó:

ratas —le dijo.

tó Rafael—. ¡No sonría!

enciendo hasta que no quedaba en el que provocaba su presencia. El olor a de oro, la calvicie y los anteojos al aire.

en varios grupos. Parecían la mayoría. s. De producción y sindicatos. La tierra azul del lago. O verde montaña, de cicales

go en nuestro cuerpo —me dijo uno en s, en la piel, en la carne, en el cerebro. nos alejamos de su presencia.

el lago, sin duda para acercarlos más. Allá nino de Guasina.

## RELATOS DE GUASINA

A éste, le decían el goajiro. Doble y atlético. Los ojos adormilados y oblicuos como indígena.

—Nunca he estado en libertad, primo. Desde el 48, la dictadura no me ha dado la calle una sola vez. Vos siquiera has tenido tregua.

Preso el 48 había sido expulsado a las Antillas el 49. A los dos meses venía clandestino. Debía abrir un canal por la Goajira a través de territorio colombiano. En un principio hubo malos antecedentes en esta ruta. El gobierno conservador había entregado varios exilados a la dictadura. Era difícil burlar el régimen de las alcabalas. Los chulavitas pululaban con instrucciones de asesinato contra los liberales y prisión para los políticos venezolanos. Se decía que la agitación de Colombia era provocada por los comunistas venezolanos en destierro. Temía el "liberalismo". No había colaboración. En el sur guerrillas sin orientación revolucionaria. Sin embargo, había que abrir la ruta de la Goajira. El goajiro tan pronto llegó, hizo algunos sondeos. Guerrillas lejanas, miedo liberal en la dirección, escaso gaitanismo, vigilancia en la costa, poco dinero y persecución.

Sólo una posibilidad: los contrabandistas.

—Me dije —la cara del goajiro se iluminaba—, si ellos llegan, nosotros tenemos que llegar.

Y se hizo contrabandista. Después de algunas sospechas, fue aceptado, no sin antes confiarse a ellos:

—Tiro bien —les dijo al final y terminó de convencerlos—. Manejo cualquier arma.

Le echaron una sonrisa encima y convinieron.

—De ninguna manera sabemos quién eres ni qué persigues, ¿entendido?

—¡Entendido!

—No sabes nada de nosotros, tampoco.



JOSE VICENTE ABREU

—¡No sé!

—Toma, entonces —le alargaron una pistola—. Casi nunca se necesita, pero debe llevarse pronta.

—Nunca se sabe —dijo el goajiro.

—¡Nunca! —respondió el Jefe.

Durante el resto del día no lo dejaron solo. Acompañado por uno de ellos fue a buscar su maletín.

Salieron esa misma noche. Dos camiones: siete hombres con el goajiro. En las alcabalas, aguardiente y dinero. El goajiro pasaba a pie y era recogido más adelante. En algunas poblaciones, señas, contraseñas y largas paradas. Había cierta seguridad. En la Goajira, cardones, médanos, cerros erosionados. Sed. Intermitentes ranchos indígenas, separados, de techo reducido. Durante una semana convivieron con ellos en uno de estos ranchos, en la fraternidad de la chicha y el silencio. Cardón, rifle, ganado, el hombre como el médano. Una fina tela de agua, los pozos. Luz de estrella, de cocuyos y kerosene. Silencio de chicharras penetrando en los huesos y la carne del sueño. Paralizada la vida. Porque en la Goajira las cosas y los hombres parecen inmóviles, la atmósfera asfixia en un vaho de calor y lagartos escondidos en el médano. Las palabras parecen pudrirse en la boca como los dientes. El calor estancado. Las mujeres acucilladas ante el fogón todavía mirando el acontecimiento del fuego sin entenderlo. Miseria de piojos, de raquitismo, de incompreensión, de miedo. Pero...

—¿Qué le ofrece la humanidad? —me decía el goajiro—. ¿Qué civilización pretende dárselos? En Ziruma: prostitución, hambre, asesinato, explotación y pordioserismo. En los campos petroleros el camino del lumpen. En las ciudades populosas la corrupción y el arte de exhibirlos como animales. Animales más domésticos, sin jaulas, sin agresiones, dóciles. Sólo nosotros, el proletariado, puede incorporarlos, cuidando sus etapas de transición, a una vida digna de seres humanos.

Luego agregaba, en medio de su relato:

RELATOS DE GUASINA

—Los intentos actuales no tienen una solución indígena! gritan. —¿Incorporación? ¿A qué?

Respiraba hondo, conmovido. Tornaba a sequía, el ganado; ante los fogones, acucillados los cactus y yerbajos. Ziruma asomada en los cerros de una anciana pordiosera, de un asesino.

—Sólo quieren decir con aquello: he aquí la explotación. La explotación más fácil. Más fácil.

Carcomido y pegajoso por el sudor, trazó con el dedo el exterior, sólo la huella de los petroleros y un nuevo hombre en Maracaibo, en Caracas, en todos los campamentos petroleros.

—Caí en Maracaibo, en la huelga de mar.

—Sin ver a la mujer ni a los hijos...

—Temía que la siguieran hasta mi casa.

Nueve hijos. El mayor inmovilizado por la fiebre, las fiebres entre ellos.

—Aún no me han hecho la primera visita en prisión.

La mujer le escribía regularmente. Entre los rabatos optimistas del mayor. Las piernas...

—Ya sabe escribir. Ella misma lo enseñó. Ella misma asista a la escuela por temor a un completo...

En la bodega iban varios lisiados, jorobados, sólo tenía preferencia por uno que también era rálisis. Era estudiante de derecho:



## JOSE VICENTE ABREU

na pistola—. Casi nunca se necesita,

aron solo. Acompañado por uno de

niones: siete hombres con el goajiro.  
nero. El goajiro pasaba a pie y era  
as poblaciones, señas, contraseñas y  
dad. En la Goajira, cardones, méda-  
rmitentes ranchos indígenas, separa-  
una semana convivieron con ellos en  
nidad de la chicha y el silencio. Car-  
o el médano. Una fina tela de agua,  
yos y kerosene. Silencio de chicharras  
ne del sueño. Paralizada la vida. Por-  
nombres parecen inmóviles, la atmós-  
y lagartos escondidos en el médano.  
la boca como los dientes. El calor  
as ante el fogón todavía mirando el  
nderlo. Miseria de piojos, de raqui-  
do. Pero...

—me decía el goajiro—. ¿Qué civili-  
uma: prostitución, hambre, asesinato,  
los campos petroleros el camino del  
la corrupción y el arte de exhibirlos  
domésticos, sin jaulas, sin agresiones,  
riado, puede incorporarlos, cuidando  
da digna de seres humanos.

u relato:

## RELATOS DE GUASINA

—Los intentos actuales no tienen una sola gota de honestidad. ¡Incorporación indígena! gritan. —¿Incorporación a qué? —preguntaría. ¿A qué?

Respiraba hondo, conmovido. Tornaba a sus imágenes del rancho, la sequía, el ganado; ante los fogones, acucilladas las mujeres. Sed de cactus y yerbajos. Ziruma asomada en los ojos de una mujer prostituta, de una anciana pordiosera, de un asesino alcohólico y monstruoso.

—Sólo quieren decir con aquello: he aquí un nuevo hombre para la explotación. La explotación más fácil. Más dócil. Más simple.

Carcomido y pegajoso por el sudor, trazó la ruta. Fue la nueva vía. En el exterior, sólo la huella de los petroleros. Desaparición en Barranquilla y un nuevo hombre en Maracaibo, en Cabimas, en Mene Grande, por todos los campamentos petroleros.

—Caí en Maracaibo, en la huelga de mayo.

—Sin ver a la mujer ni a los hijos...

—Temía que la siguieran hasta mi concha.

Nueve hijos. El mayor inmovilizado por la parálisis infantil. Tres hembras entre ellos.

—Aún no me han hecho la primera visita, pese a mis tres años de prisión.

La mujer le escribía regularmente. Entre sus cartas, a veces unos garabatos optimistas del mayor. Las piernas inútiles, pero...

—Ya sabe escribir. Ella misma lo enseña. Es maestra y no quiere que asista a la escuela por temor a un complejo.

En la bodega iban varios lisiados, jorobados y cojos. Pero el goajiro sólo tenía preferencia por uno que también era un despojo de la parálisis. Era estudiante de derecho:



JOSE VICENTE ABREU

—Si tú eres un hombre —le dijo una vez— que puede desempeñarse por sí solo en la vida, el mío también podrá.

Aquél no tenía ni prejuicios ni complejos. Se burlaba de su impotencia para el trabajo físico, trataba de correr y ejercitaba las piernas como una oruga vertical.

Le escribió al hijo del goajiro y a su mujer. De quince en quince días les contó su vida. Un alivio para el goajiro. Y hubo correspondencia regular hasta el viaje.

Siempre el goajiro estaba al lado de Martín como con su hijo. En la bodega compartían el mismo trozo de cobija.

—Un canal para mi cariño —decía—. En Martín están todos mis hijos resumidos.

En esta forma sufría menos.

—A nuestro regreso —le decía— tienes que venir conmigo a Mara-caibo. Tienes que servirle de ejemplo.

A los tres días, los orines y los excrementos fermentaban debajo de las tablas de la bodega. Olor a rata descompuesta entre papas podridas. Amoníaco, azufre y sal reventaban en la nariz como un enjambre de hormigas. Olor a muerte y pudrición. Charca en descomposición. Barro podrido, ni la sal, ni el yodo de las ráfagas calientes que se colaban por el embudo de lona aliviaban aquel olor a muerte, a cementerio removido, a profundidades agusanadas que estallaban como una ola y se recogía. Aliento de boa. De reptil en digestión de muchos días. Mareos y náuseas. Vómitos rancios. Mierda. Carne demolida. Ya no eran sobacos de alquitrán y sábila. Ya no era la culebra del sudor hasta los calzoncillos en un néctar de gotas, casi como los pies de un insecto. Los poros taponados de polvo e inmundicias. Ahora era el fermento, la infección, el vaho de la muerte sentado en las narices como un perro con sarna y gusanera. Y disentería. La sangre brotando de una perforación invertida: como de una arteria, cintas de rojo.

RELATOS DE GUASINA

Miniatura de cataratas rojas. Y moscas disentería. Los ojos, dos moscas inmensas, la nariz de moscas. En la espalda de moscas. Dominio, posesión, andanza recía siniestro surgiendo de las rendijas más allá:

—¡El ruido! ¡El ruido! ¡Tengo un motor! Peababa las paredes de la bodega con la mano de motores!

Lo agarrábamos. Trataba de calmarse. O

—¡Que está loco! —Reía con los ojos

—¿Quién?

—¡El! —enseñaba al primero.

—Si te sigues riendo, ¡te mato!

—Risa, risa.

Otro más —pensé.

—¡Plomo! ¡Plomo! —y escondía la cabeza entre las piernas.

—Tercero —dije.

—¡Que venga el cólera! —gritaban en el

—¿Por qué el cólera? ¿Por qué no la

—¡El cólera es mejor!

—¿Qué sabes tú de la rabia?

—¡El cólera!

—¡La rabia!



JOSE VICENTE ABREU

a vez— que puede desempeñarse  
podrá.

ojos. Se burlaba de su impotencia  
er y ejercitaba las piernas como

mujer. De quince en quince días  
goajiro. Y hubo correspondencia

Martín como con su hijo. En la  
cobija.

En Martín están todos mis hijos

enes que venir conmigo a Mara-  
D.

rementos fermentaban debajo de  
scompuesta entre papas podridas.  
n la nariz como un enjambre de  
Charca en descomposición. Barro  
ráfagas calientes que se colaban  
uel olor a muerte, a cementerio  
as que estallaban como una ola  
til en digestión de muchos días.  
Mierda. Carne demolida. Ya no  
Ya no era la culebra del sudor  
gotas, casi como los pies de un  
vo e inmundicias. Ahora era el  
a muerte sentado en las narices  
Y disentería. La sangre brotando  
de una arteria, cintas de rojo.

RELATOS DE GUASINA

Miniatura de cataratas rojas. Y moscas, diminutas telegrafistas de la disentería. Los ojos, dos moscas inmensas. La boca, una línea de moscas, la nariz de moscas. En la espalda me iba sintiendo pez: escamas de moscas. Dominio, posesión, andanzas de las moscas. El tifus aparecía siniestro surgiendo de las rendijas del piso. Uno, loco. Otro más allá:

—¡El ruido! ¡El ruido! ¡Tengo un motor en la cabeza! ¡Aquí —golpeaba las paredes de la bodega con la cabeza —yo soy una colmena de motores!

Lo agarrábamos. Trataba de calmarse. Otro más allá: risa, risa, risa...

—¡Que está loco! —Reía con los ojos brotados.

—¿Quién?

—¡El! —enseñaba al primero.

—Si te sigues riendo, ¡te mato!

—Risa, risa.

Otro más —pensé.

—¡Plomo! ¡Plomo! —y escondía la cabeza entre las manos y las piernas.

—Tercero —dije.

—¡Que venga el cólera! —gritaban en el fondo de la bodega.

—¿Por qué el cólera? ¿Por qué no la rabia? —replicaban allá.

—¡El cólera es mejor!

—¿Qué sabes tú de la rabia?

—¡El cólera!

—¡La rabia!



—¡El cólera!

—¡La rabia!

Podía pasar un siglo y los ojos ensangrentados. Sueño de barbitúricos y la calma.

Negro, el cólera. Aquel color de entraña y de alarido que venía del fondo de la bodega. Pienso en vómitos y lo que se vomita. Me sube y me baja un huracán por el esófago. Calentura. El fogón de la vida hirviendo de inquietud, de miedo. Peso de barro el estómago. Los pies son la cabeza. Los brazos son las piernas. Los músculos, de hueso o de pulmón. Los cabellos son dedos. Nada está en su sitio. Se mueve, se cambia, no se siente, perece, renace. En todos los rostros mi rostro, mis ojos, mi inquietud. En mis venas un gruñir de calderas, de gritos, de voces, de moscas.

—Tengo un cerebro de colmenas, me digo.

Todo el ruido represado en mí como en un dique. Podía salirme por los poros en forma de espuma. Reventarme en el cerebro como una tripa y expandirse en abanico.

La vellosidad de espinas erectas, puntiagudas —aguijones de las avispas del ruido. Me encojo, me tapo los oídos y casi se me vuelan los sesos.

De uno en uno dejaron subir a cubierta para orinar y defecar. Cinco minutos. Con una subametralladora en el pecho y seis ojos encima esperando un acontecimiento.

Nada. De regreso a la bodega los mismos dolores y

—Las mismas ganas —decían todos—. No se puede. ¡Es como fornicar en público!

—Green que orinamos nitroglicerina y defecamos bombas —decía otro.

—Ni que fuéramos a matarlos... ¡con... mierda!...

Y crecía el excremento y el orín en la bodega. Y la locura. Y los vó-

mitos. Y el espanto. En el vientre del truo que defecaba en sus propios intestinos. La rabia. El cólera. Los gritos...

Subo y veo el mar. Un segundo solame drópico de peces. Espuma y collar de olas. Música de explosiones y azotes. A mi queda el viento salobre en las pestañas. El fondo del infierno! Este infierno exte sueños. Esto que nace y crece, a nuest deca, hambre, miseria. Lejos está la ima. A los lados, ametralladoras, en el fon cadáveres. ¿Ruinas de las batallas? De sombras, gestos y gestos, voces. Se viv se combate. Rostros, pies, cuerpos, tórax se sube da en la cara la vida; cuando se Viene de abajo de las tablas, de su cubi mento y orín en el principio, después. La personifico porque puede llamarse: Dientes de hambre, dientes de microbio, daños de la escalera son como columpio jados por los pies. Llenos de susto y g cada peldaño; una chicharra los sostiene y mano, peldaño y chicharra, arena ent plantas. Sobre los ojos de los de abajo, lluvia seca. Encima el cielo es de lona como estrellas: ojos del techo, heridas rayito de sol redondo, un foco, un ch afuera con el viento y la sal. Baila el ray silbos marinos. Baila el polvillo y la ch chorrillo de luz como de una cuerda. Res la lona. Dientes de hilo, las puntadas. l viento. Verde fue la lona. O blanca y Podía ser de viento y sal y profundida



angrentados. Sueño de barbitúricos

entraña y de alarido que venía del  
mitos y lo que se vomita. Me sube  
go. Calentura. El fogón de la vida  
eso de barro el estómago. Los pies  
ernas. Los músculos, de hueso o de  
ada está en su sitio. Se mueve, se  
En todos los rostros mi rostro, mis  
en gruñir de calderas, de gritos, de

me digo.

no en un dique. Podía salirme por  
ventarme en el cerebro como una

antiagudas —aguijones de las avispas  
idos y casi se me vuelan los sesos.

bierta para orinar y defecar. Cinco  
en el pecho y seis ojos encima

nismos dolores y

—. No se puede. ¡Es como fornicar

y defecamos bombas —decía otro.

¡con... mierda!...

la bodega. Y la locura. Y los vó-

mitos. Y el espanto. En el vientre del barco la disentería: un monstruo que defecaba en sus propios intestinos. Las moscas. El sudor. La rabia. El cólera. Los gritos...

Subo y veo el mar. Un segundo solamente. Hinchado y azul... Hidrónico de peces. Espuma y collar de olas. Lejos, un islote o una nube. Música de explosiones y azotes. A mi regreso a la bodega sólo me queda el viento salobre en las pestañas y la boca. ¡La escalera hasta el fondo del infierno! Este infierno extraño a la imaginación y a los sueños. Esto que nace y crece, a nuestros pies: prisión, tortura, bodega, hambre, miseria. Lejos está la imagen del tridente y la marmita. A los lados, ametralladoras, en el fondo, el hombre. Extensión de cadáveres. ¿Ruinas de las batallas? Desolación de peste, sombras y sombras, gestos y gestos, voces. Se vive y se muere allí. Se nace y se combate. Rostros, pies, cuerpos, tórax, barajados en mugre. Cuando se sube da en la cara la vida; cuando se baja, da en la nariz la muerte. Viene de abajo de las tablas, de su cubil podrido. Se nutre de excremento y orín en el principio, después su diente da en el hombre. La personifico porque puede llamarse: hambre, microbio, hombre. Dientes de hambre, dientes de microbio, dientes de hombre. Los peldaños de la escalera son como columpios sucesivos de la muerte. Lijados por los pies. Llenos de susto y grieta. Crujientes, un grillo en cada peldaño: una chicharra los sostenes. Se baja como un gato, pie y mano, peldaño y chicharra, arena entre los dedos, zanja entre las plantas. Sobre los ojos de los de abajo, la arena y el polvo como una lluvia seca. Encima el cielo es de lona y cuerdas. Algunas roturas como estrellas: ojos del techo, heridas de la lluvia que sangran un rayito de sol redondo, un foco, un chorrillo de luz, algo que está afuera con el viento y la sal. Baila el rayito su música de soplos y de silbos marinos. Baila el polvillo y la ceniza y la saliva cogidos del chorrillo de luz como de una cuerda. Remiendos como bocas cerradas, la lona. Dientes de hilo, las puntadas. Risa de hilo, lona, parche y viento. Verde fue la lona. O blanca y va hacia el verde. Fue. Era. Podía ser de viento y sal y profundidades marinas. O caracoles y



algas. O coral y musgo de arrecife. O de luna de tempestades y silencio. Lona que fue. Era verde. El piso, de carne humana y calzoncillos. Apenas grietas entre cuerpo y cuerpo. Ni un rostro ni una vida: carne diseminada: cajas de carne embutidas, mosaico que se une por la respiración. Ahora, desde la escalera los veía sin vida. Un ladrillo, otro ladrillo, un hombre, otro hombre apisonados de sudor, de hambre, de moscas, de dolor y recuerdos. Cemento de sudor, polvo, arena, ceniza, barro, fastidio, orín, hijos, madres, luchas entre los cuerpos. Unidos y entabados como losa de carne, luceros, sangre, lágrimas, ojos, nariz, cabellos, amor, odio. Desde la escalera, no hay ojos, ni rostro, sólo masa que suda. Podía estar muerta o viva simplemente dormida. Pero ni ojos ni rostro. Y podía regresar también, sin barco, sin dolor, sin miedo. En el cerebro junto con los hijos —como los hijos crecidos— la lucha, la revolución madura.

—¿Por qué sólo la muerte? ¿Por qué no, siempre, la vida? —me recriminaba.

Traté de fijar los ojos en un rostro:

—Aquel vive. Vivirá siempre —me dije.

Vi otro. Vive. Canta. Y otro. Todos viven. Sólo en el conjunto veo la muerte. Cuando no distingo un rostro creo que todos han muerto.

Y era que yo había inventado mi propia muerte.

Si disemino la muerte en cada pecho, todos viven. Cada uno está hecho para la vida. Algas y caracoles junto a mí. Urna de coral, acero y mar, el barco. Ahora urna de silencio. Llevábamos un día navegando por el Delta y suponíamos el mar. No dejaron subir ese último día a cubierta. Temían la mirada de los pequeños pueblos. O un conocimiento de la ruta. La bodega era como una venda en los ojos. Apretada de óxidos y ruidos. Navegar suave. Menos tumbos: dóciles los caños. Menos vaivén y látigo vivo en los costados. Menor dentellada de olas en el casco. Ahora sonrisa de corriente y marejada, el caño. Seguramente menos espuma, menos remolinos, menos vacíos. Arriba: nubes

y chaparrones. Hasta nosotros un toro que servía de respiradero. Todos de un torrente. El agua se escurría por las ranuras. La bodega venía la voz de boca en boca.

—Ya se ve el agua debajo de las tablas.

Burbujas por algunas grietas. Fermentación en la atmósfera y el cuerpo.

—¡Como un dedo para salir! ¡Como un dedo!

—¡Como un dedo!

Casi pánico. No podía ser la lluvia sino alguien dijo:

—¡Alguna laja!

¡Nadie respondió! Silencio de máquinas.

—No debe ser este chorro nada más —

—Lava las tablas por debajo —la voz de

Silencio y pánico. Imágenes de los hijos ahogados, de tablas en naufragio, la escalera sin odio. Las moscas corriendo por el rostro, por la espalda, por el pecho, por

—¡Hay que hacer algo! —gritó alguien.

Y esta voz se extendió y se hizo líquida. Dijo que pronto sería un desbarajuste.

—¡Nadie debe moverse de su sitio! —dijo en que se sostenía. Es sólo un accidente. Somos hombres que no se dejan dominar. Somos luchadores que no temen al peligro. Morir todos, sabemos que debemos hacer calma, compostura y valor!



JOSE VICENTE ABREU

cife. O de luna de tempestades y si-  
El piso, de carne humana y calzon-  
po y cuerpo. Ni un rostro ni una  
carne embutidas, mosaico que se une  
la escalera los veía sin vida. Un la-  
otro hombre apisonados de sudor, de  
recuerdos. Cemento de sudor, polvo,  
prín, hijos, madres, luchas entre los  
omo losa de carne, luceros, sangre, lá-  
mor, odio. Desde la escalera, no hay  
suda. Podía estar muerta o viva sim-  
ni rostro. Y podía regresar también,  
n el cerebro junto con los hijos —como  
revolución madura.

Por qué no, siempre, la vida? —me

tro:

—me dije.

Todos viven. Sólo en el conjunto veo  
un rostro creo que todos han muerto.  
i propia muerte.

a pecho, todos viven. Cada uno está  
coles junto a mí. Urna de coral, acero  
silencio. Llevábamos un día navegando  
mar. No dejaron subir ese último día  
e los pequeños pueblos. O un conoci-  
a como una venda en los ojos. Apretada  
ave. Menos tumbos: dóciles los caños.  
los costados. Menor dentellada de olas  
corriente y marejada, el caño. Segura-  
emolinos, menos vacíos. Arriba: nubes

RELATOS DE GUASINA

y chaparrones. Hasta nosotros un torrente por el embudo de lona  
que servía de respiradero. Todos de pie amontonados en círculo al  
torrente. El agua se escurría por las rendijas. De atrás, del fondo de  
la bodega venía la voz de boca en boca:

—Ya se ve el agua debajo de las tablas.

Burbujas por algunas grietas. Fermentos. Descomposición de la at-  
mósfera y el cuerpo.

—¡Como un dedo para salir! ¡Como un centímetro!

—¡Como un dedo!

Casi pánico. No podía ser la lluvia sino un boquete en el casco. Al-  
guien dijo:

—¡Alguna laja!

¡Nadie respondió! Silencio de máquinas y lluvia sobre lonas.

—No debe ser este chorro nada más —comentaron algunos.

—Lava las tablas por debajo —la voz de boca en boca otra vez.

Silencio y pánico. Imágenes de los hijos, de la mujer, de la madre, de  
ratas ahogadas, de tablas en naufragio, de tiburones y costa. Se veía  
la escalera sin odio. Las moscas corrían junto con el sudor por el  
rostro, por la espalda, por el pecho, por las piernas. Moscas o sudor.

—¡Hay que hacer algo! —gritó alguien con desesperación.

Y esta voz se extendió y se hizo líquida en las orejas. José compren-  
dió que pronto sería un desbarajuste humano todo aquello.

—¡Nadie debe moverse de su sitio! —dijo desde un costillar del barco  
en que se sostenía. Es sólo un accidente de la lluvia. Pronto pasará.  
Somos hombres que no se dejan dominar como ratas por el miedo.  
Somos luchadores que no temen al peligro ni a la muerte, si hemos de  
morir todos, sabemos que debemos hacerlo como hombres. ¡Por ahora  
calma, compostura y valor!



JOSE VICENTE ABREU

Habló de los hijos, de las mujeres, de la revolución y alcanzaron sus palabras hasta el final de la lluvia. Terminó la lluvia y terminó José. Tranquilos los rostros. Con algunos trapos y cobijas tratamos de secar el piso. Risas y chistes. Con las canciones se hizo la noche. La lona encima, monstruosa como el vientre de un reptil. Marcha atrás y ruido de cadenas. Un chapuzón. El ancla. Silencio ensordecedor. Aún en los oídos sonaban las máquinas. A quienes dormían los despertó el silencio.

—¿Llegamos?

—Parece.

—¿Tiraron el ancla?

—Hubo ruido de cadenas.

—¿Hace mucho tiempo que apagaron los motores?

—En estos momentos. Hubo pasos arriba y voces para echar bote al agua.

—¿Gasolina o Guasina?

—Ya veremos.

—¿Veremos?

—Si nos bajan ahora o continuamos.

De lejos se acercaba un rumor de motores.

—Una lancha —pensé.

Tropezó con el casco. Gritos. Unos minutos y ahora se alejaba el ruido. En el silencio comenzamos a distinguir algunos ruidos característicos de las noches de pueblos o de campos. Ranas, sapos y grillos a lo lejos. Murciélagos y lechuzas. Un perro ladraba ahogado por la distancia o la bodega. Chorreras de agua sobre el río. Tres pitazos avivaron el fuego de las calderas y a los que recién tomaban el sueño de nuevo.

—Guasina.

RELATOS DE GUASINA

—Pero no se oye nada.

—¿Acaso nos van a recibir con música?

—Música de las costillas, nos sacarán.

—El lote anterior lo recibieron a peñill.

—¿No oyes la música?

—Ranas, sapos y perros. Alguna vez un ciélagos.

—¿Y la brisa?

—No. Está enferma de barco y nubes.

Rio José con amargura. Me dio una palmada en broma:

—Pero la brisa canta con las nubes.

—¡Sí! Sólo canto de lluvia y trueno. En la noche.

—¿Canta o llora?

—A veces canta, a veces llora.

Callamos. Pasos arriba. Un reflector recorrió los cuerpos.

Cerramos los ojos para oír mejor, si hablaban.

—Mañana —oímos. Algunos monosílabos.

Se alejaban los pasos.

—¿Oíste? —me preguntó José —mañana.

Insistía, apagada por el agua, por la costa los grillos y los sapos. A veces la brisa un motor. Los sapos: dos brasas que flo-



JOSE VICENTE ABREU

de la revolución y alcanzaron sus  
Terminó la lluvia y terminó José.  
trapos y cobijas tratamos de secar  
ciones se hizo la noche. La lona  
de un reptil. Marcha atrás y ruido  
Silencio ensordecedor. Aún en los  
es dormían los despertó el silencio.

n los motores?

arriba y voces para echar bote

tores.

minutos y ahora se alejaba el ruido.  
guir algunos ruidos característicos  
s. Ranas, sapos y grillos a lo lejos.  
adraba ahogado por la distancia o  
e el río. Tres pitazos avivaron el  
ién tomaban el sueño de nuevo.

RELATOS DE GUASINA

—Pero no se oye nada.

—¿Acaso nos van a recibir con música?

—Música de las costillas, nos sacarán.

—El lote anterior lo recibieron a peinillazos.

—¿No oyes la música?

—Ranas, sapos y perros. Alguna vez un desacorde de lechuza y mur-  
ciélagos.

—¿Y la brisa?

—No. Está enferma de barco y nubes.

Rio José con amargura. Me dio una palmada en el hombro y continuó  
en broma:

—Pero la brisa canta con las nubes.

—¡Sí! Sólo canto de lluvia y trueno. En la calma, sólo con los árboles.

—¿Canta o llora?

—A veces canta, a veces llora.

Callamos. Pasos arriba. Un reflector recorría como un gusano vertical  
los cuerpos.

Cerramos los ojos para oír mejor, si hablaban.

—Mañana —oímos. Algunos monosílabos y un estornudo.

Se alejaban los pasos.

—¿Oíste? —me preguntó José —mañana bajamos a Guasina.

Insistía, apagada por el agua, por la costa y el barco, la monotonía de  
los grillos y los sapos. A veces la brisa incorporaba los bordones de  
un motor. Los sapos: dos brasas que flotaban en el agua, muy cerca



JOSE VICENTE ABREU

de la cabeza, en el lugar que corresponde al cuello palpitante, la música. Trasnochadores estos músicos. Incansables en la desolación de su nota. Música que asfixia y se revienta en uno dejando la inquietud disfrazada de fastidio y recuerdos. Ante ella, se piensa en poca vida. En escasa vida del hombre. Dispersa. Se distancia. Entre los techos dispersos del hombre esta música de desolación humana. El sapo y su música de agua y desolación. Entre el hombre y el hombre, esta distancia de música y de agua. Recuerdos de nuevo. Campo abierto, aire, flores, una mano, un rostro, besos. Los sapos de la isla otra vez. Afuera, en Guasina, nadie podía dormir. El barco que era prisión y tormento para nosotros, significaba para ellos una esperanza de libertad. Todos recordaban la calle, la mujer, la madre, la novia, los hijos. Esperar sólo una noche era vivir toda una vida. Mil planes, mil corazones palpitantes, mil recuerdos, mil abrazos alimentados allí en la presencia lejana del barco. Luminosa la vida y la noche. Siempre había libertades cuando llegaba el barco. Apenas tiempo para fijar los ojos en un conocido y recoger noticias. Porque siempre el barco también traía gente. A veces un hermano. La alegría se tronchaba. O el padre. Lágrimas. Oscuro el barco.

—¿Se había regresado ya?

—¡No ha vuelto a gritar!

—¿Cuánta gente vendrá?

La calle se desvanecía. Los hijos. Los recuerdos. Venía gente en el barco. Ya no se puede dormir tranquilamente.

En nuestra bodega la mayoría dormía. José había dicho:

—Tenemos que dormir completo. En Guasina no se juega. El trabajo forzado exige estar despierto.

Casi todos dormían. Yo, desvelado. Entre los párpados y el ojo como granos de arena. Había que dormir. El recibimiento era lo peor. Para el lote anterior habían hecho un callejón de guardias y peinillas. Al

RELATOS DE GUASINA

pisar tierra, una lluvia de planazos y aquella callejuela humana. La marcha perdió un brazo, otro los dedos, aquellos sangrentados y sudadas. Espuma y carnes. Tasajeadas las espaldas y los brazos. Unos de disciplina y terror. Después, aún sin **carretilla en las manos, un saco de cemento**—desde entonces herniados— dos sacos **escardilla. Pero, sobre todo, cemento.** Y en medio de todo seguían los planazos retozando por todo el penal. Ni un momento comprender aquello. El hambre más. Sabíamos que era duro el recibimiento. Habíamos acordado varias cosas de

—No correr. ¡Nunca correr! Si corren condición revolucionaria. Ante los planazos calma y valentía. Estoicamente. Resistir al fin.

—Debemos copar el número de carretillas. Nuestros ancianos no deben trabajar.

Las carretillas para la juventud. Pero no a poco. Un paso y otro paso, distancias.

—Porque venimos a Guasina para morir.

—Para nacer o para morir.

—¡Muchos morirán!

—Ellos nos mandan a morir. ¡Nosotros

—Nos mandan a morir físicamente

—Y políticamente también.

—Debemos vivir en ambos sentidos.



onde al cuello palpitante, la mún-  
Incansables en la desolación de  
enta en uno dejando la inquietud  
nte ella, se piensa en poca vida.  
a. Se distancia. Entre los techos  
e desolación humana. El sapo y  
tre el hombre y el hombre, esta  
uerdos de nuevo. Campo abierto,  
sos. Los sapos de la isla otra vez.  
rmir. El barco que era prisión y  
para ellos una esperanza de li-  
la mujer, la madre, la novia, los  
vir toda una vida. Mil planes, mil  
mil abrazos alimentados allí en  
iosa la vida y la noche. Siempre  
arco. Apenas tiempo para fijar los  
ías. Porque siempre el barco tam-  
no. La alegría se tronchaba. O el

recuerdos. Venía gente en el barco.  
te.

a. José había dicho:

n Guasina no se juega. El trabajo

Entre los párpados y el ojo como  
El recibimiento era lo peor. Para  
allejón de guardias y peñillas. Al

pisar tierra, una lluvia de planazos y una carrera desesperada por  
aquella callejuela humana. La marcha nupcial. Muchos heridos. Uno,  
perdió un brazo, otro los dedos, aquel quedó tuerto. Las camisas en-  
sangrentadas y sudadas. Espuma y carajos en la boca de los guardias.  
Tasajeadas las espaldas y los brazos. Uno a uno fue recibiendo su dosis  
de disciplina y terror. Después, aún sin reponerse de la sorpresa: una  
**carretilla en las manos, un saco de cemento a la espalda, para algunos**  
—desde entonces herniados— dos sacos. Un machete, un hacha, una  
**escardilla. Pero, sobre todo, cemento. Ni una voz. Prohibida el habla.**  
Y en medio de todo seguían los planazos, los culatazos y las heridas  
retozando por todo el penal. Ni un momento de reposo. Ni tiempo de  
comprender aquello. El hambre más allá del susto y la inquietud.  
Sabíamos que era duro el recibimiento, no nos agarraron por sorpresa.  
Habíamos acordado varias cosas de vital importancia, práctica:

—No correr. ¡Nunca correr! Si corremos dejamos muy atrás nuestra  
condición revolucionaria. Ante los planazos no correr. Recibirlos con  
calma y valentía. Estoicamente. Resistencia pacífica, pero resistencia  
al fin.

—Debemos copar el número de carretillas. Los jóvenes a las carretillas.  
Nuestros ancianos no deben trabajar.

Las carretillas para la juventud. Pero trabajo y paso de anciano. Poco  
a poco. Un paso y otro paso, distanciados, negligentes.

—Porque venimos a Guasina para morir o para nacer.

—Para nacer o para morir.

—¡Muchos morirán!

—Ellos nos mandan a morir. ¡Nosotros debemos vivir! ¡Nacer!

—Nos mandan a morir físicamente.

—Y políticamente también.

—Debemos vivir en ambos sentidos.



JOSE VICENTE ABREU

Definitivamente no pude dormir. A la mañana siguiente, sol de sangre entre las nubes y el río. Desembarcamos en Guasina para morir o para nacer.

Setiembre 9, 1952

Querida C.:

Largo es el día. Y más largo aún este camino de carretillas. A medida que se transita se extiende, duele, suda, maldice, sueña. Manos rojas, abombadas y calientes contra los manubrios de la carretilla. Tasajeadas las manos por los mangos. Tasajeada la tierra por la rueda. Tasajeados los riñones y los músculos. Sobre la tierra, detrás de la rueda, los brazos. Inalcanzable y siempre a la misma distancia, la rueda. Chilla, canta, gime, llora. La huella de los pies y la cinta de la rueda. Camisa de sudor, de tierra, de sol y de cansancio. A mitad del camino hay un árbol. Debajo del árbol, sombra. En la sombra un Guardia, una peinilla, un insulto en los ojos y la lengua. Saliva de insulto. Toda una saliva de insultos, el Guardia. El camino de la carretilla, a un metro de la sombra y del insulto. Y el Guardia —descolorido el uniforme verde, como las hojas del árbol— no dejaba pasar uno solo de nosotros sin un insulto, sin un carajo que caía en las orejas y las costillas a un metro de distancia.

—Carajos y mentadas de madre a boca de jarro —decía el compañero que venía detrás con la carretilla, cuando pasábamos la zona de peligro.

—¡Más rápido, carajos! ¡Más rápido he dicho!... ¡Estos carajos!...

La voz del Guardia entre la chicharra de la rueda, taladraba: gusano en los oídos y los ojos. Cegaban las palabras. Seguíamos: cien carretillas en total. El chirrido junto con los carajos depositados en el cuerpo como un volcán. Ruido de maldiciones en la garganta como pelusas atragantadas y sedientas.

Ensombrecidos por descoloridos sombreros, la S.N. Peinilla en mano. Fusil terciado. Cloaca de insultos y provocaciones. Menudeaban aquí,

RELATOS DE GUASINA

allá. En la sombra, bajo el sol. Andabamos. Muy pocos estacionados y quietos. Guardia. Atrás, delante, zarandeaba el c...

—¡Echale más a este carajo! Aquí uno...  
grimía la peinilla en un duelo con el a...

El mineral de hierro iba cayendo pala a...

—Mira tú, mierda —dos peinillazos en l...

Silencio rojo en el rostro de sudor. La  
raya de la boca. Ya de pie:

—¡Corre para joderte! ¡Corre!

Ni un paso. Firme. Una mirada de o...

—¡Yo no corro! ¡Haga lo que quiera! —

Desembuchó los dientes como si fuera a...

—¿No corres, carajo? ¡Hijo e puta!

Junto con las palabras le dejaba caer la  
dos, tres, siete, diez planazos. Firme.  
Guardias más llegaron y se sumaron a l...

—¡Corra!

—¡Corra!

—¡Corra! ¡Corra! ¡Carajo! ¡Aquí no h...

Les inyectaba miedo con los ojos. Ni  
golpes con los brazos. El brillo de la peinilla  
con el dolor. Despeinado. Aunque el ruido  
dejaba oír, sentía el golpe seco en la cabeza.  
sol era un garfio en la nuca. Los manubrios  
nos. Nuestro Guardia nos insultó hasta e...



A la mañana siguiente, sol de san-  
embarcamos en Guasina para morir

Setiembre 9, 1952

este camino de carretillas. A medida  
suda, maldice, sueña. Manos rojas,  
manubrios de la carretilla. Tasajeadas  
da la tierra por la rueda. Tasajeados  
e la tierra, detrás de la rueda, los  
la misma distancia, la rueda. Chilla,  
s pies y la cinta de la rueda. Camisa  
cansancio. A mitad del camino hay  
ra. En la sombra un Guardia, una  
la lengua. Saliva de insulto. Toda  
a. El camino de la carretilla, a un  
Y el Guardia —descolorido el uni-  
rbor— no dejaba pasar uno solo de  
carajo que caía en las orejas y las

boca de jarro —decía el compañero  
cuando pasábamos la zona de peligro.

do he dicho!... ¡Estos carajos!...

rra de la rueda, taladraba: gusano en  
palabras. Seguíamos: cien carretillas  
os carajos depositados en el cuerpo  
iciones en la garganta como pelusas

ombreros, la S.N. Peinilla en mano.  
y provocaciones. Menudeaban aquí,

allá. En la sombra, bajo el sol. Andaban como las ratas de un in-  
cendio. Muy pocos estacionados y quietos. Cada veinte carretillas, un  
Guardia. Atrás, delante, zarandeaba el camino. Volvía:

—¡Echale más a este carajo! Aquí uno va a dejar las tripas —y es-  
grimía la peinilla en un duelo con el aire y con su sombra.

El mineral de hierro iba cayendo pala a pala hasta llenar la carretilla.

—Mira tú, mierda —dos peinillazos en la espalda— ¿por qué te caes?

Silencio rojo en el rostro de sudor. Los puños cerrados. Apenas la  
raya de la boca. Ya de pie:

—¡Corre para joderte! ¡Corre!

Ni un paso. Firme. Una mirada de odio:

—¡Yo no corro! ¡Haga lo que quiera! —respondió Rafael.

Desembuchó los dientes como si fuera a vomitarlos:

—¿No corres, carajo? ¡Hijo e puta!

Junto con las palabras le dejaba caer la peinilla en la espalda. Uno,  
dos, tres, siete, diez planazos. Firme. La camisa se enrojecía. Dos  
Guardias más llegaron y se sumaron a los insultos y los planazos.

—¡Corra!

—¡Corra!

—¡Corra! ¡Corra! ¡Carajo! ¡Aquí no hay machos!

Les inyectaba miedo con los ojos. Ni siquiera intentaba parar los  
golpes con los brazos. El brillo de la peinilla se le metía en el cuerpo  
con el dolor. Despeinado. Aunque el ruido de mi carretilla no me  
dejaba oír, sentía el golpe seco en la carne. Me ardían los ojos. El  
sol era un garfio en la nuca. Los manubrios temblaban entre las ma-  
nos. Nuestro Guardia nos insultó hasta cansarse.



JOSE VICENTE ABREU

Definitivamente no pude dormir. A la mañana siguiente, sol de sangre entre las nubes y el río. Desembarcamos en Guasina para morir o para nacer.

Setiembre 9, 1952

Querida C.:

Largo es el día. Y más largo aún este camino de carretillas. A medida que se transita se extiende, duele, suda, maldice, sueña. Manos rojas, abombadas y calientes contra los manubrios de la carretilla. Tasajeadas las manos por los mangos. Tasajeada la tierra por la rueda. Tasajeados los riñones y los músculos. Sobre la tierra, detrás de la rueda, los brazos. Inalcanzable y siempre a la misma distancia, la rueda. Chilla, canta, gime, llora. La huella de los pics y la cinta de la rueda. Camisa de sudor, de tierra, de sol y de cansancio. A mitad del camino hay un árbol. Debajo del árbol, sombra. En la sombra un Guardia, una peinilla, un insulto en los ojos y la lengua. Saliva de insulto. Toda una saliva de insultos, el Guardia. El camino de la carretilla, a un metro de la sombra y del insulto. Y el Guardia —descolorido el uniforme verde, como las hojas del árbol— no dejaba pasar uno solo de nosotros sin un insulto, sin un carajo que caía en las orejas y las costillas a un metro de distancia.

—Carajos y mentadas de madre a boca de jarro —decía el compañero que venía detrás con la carretilla, cuando pasábamos la zona de peligro.

—¡Más rápido, carajos! ¡Más rápido he dicho!... ¡Estos carajos!...

La voz del Guardia entre la chicharra de la rueda, taladraba: gusano en los oídos y los ojos. Cegaban las palabras. Seguíamos: cien carretillas en total. El chirrido junto con los carajos depositados en el cuerpo como un volcán. Ruido de maldiciones en la garganta como pelusas atragantadas y sedientas.

Ensombrecidos por descoloridos sombreros, la S.N. Peinilla en mano. Fusil terciado. Cloaca de insultos y provocaciones. Menudeaban aquí,

RELATOS DE GUASINA

allá. En la sombra, bajo el sol. And cendio. Muy pocos estacionados y qui Guardia. Atrás, delante, zarandaba el

—¡Echale más a este carajo! Aquí un grimía la peinilla en un duelo con el

El mineral de hierro iba cayendo pala

—Mira tú, mierda —dos peinillazos en

Silencio rojo en el rostro de sudor. I raya de la boca. Ya de pie:

—¡Corre para joderte! ¡Corre!

Ni un paso. Firme. Una mirada de co

—¡Yo no corro! ¡Haga lo que quiera!

Desembuchó los dientes como si fuera

—¿No corres, carajo? ¡Hijo e puta!

Junto con las palabras le dejaba caer l dos, tres, siete, diez planazos. Firme. Guardias más llegaron y se sumaron a

—¡Corra!

—¡Corra!

—¡Corra! ¡Corra! ¡Carajo! ¡Aquí no

Les inyectaba miedo con los ojos. Ni golpes con los brazos. El brillo de la pe con el dolor. Despeinado. Aunque el dejaba oír, sentía el golpe seco en la sol era un garfio en la nuca. Los manu nos. Nuestro Guardia nos insultó hasta



JOSE VICENTE ABREU

r. A la mañana siguiente, sol de san-  
Desembarcamos en Guasina para morir

Setiembre 9, 1952

En este camino de carretillas. A medida  
que me fuele, suda, maldice, sueña. Manos rojas,  
los manubrios de la carretilla. Tasajeada  
tasajeada la tierra por la rueda. Tasajeados  
Sobre la tierra, detrás de la rueda, los  
que a la misma distancia, la rueda. Chilla,  
de los pies y la cinta de la rueda. Camisa  
de cansancio. A mitad del camino hay  
sombra. En la sombra un Guardia, una  
lengua y la lengua. Saliva de insulto. Toda  
Guardia. El camino de la carretilla, a un  
insulto. Y el Guardia —descolorido el uni-  
del árbol— no dejaba pasar uno solo de  
un carajo que caía en las orejas y las  
ancia.

de a boca de jarro —decía el compañero  
tilla, cuando pasábamos la zona de peligro.

s rápido he dicho!... ¡Estos carajos!...

chicharra de la rueda, taladraba: gusano en  
n las palabras. Seguíamos: cien carretillas  
con los carajos depositados en el cuerpo  
maldiciones en la garganta como pelusas

idos sombreros, la S.N. Peinilla en mano.  
insultos y provocaciones. Menudeaban aquí,

RELATOS DE GUASINA

allá. En la sombra, bajo el sol. Andaban como las ratas de un incendio. Muy pocos estacionados y quietos. Cada veinte carretillas, un Guardia. Atrás, delante, zarandeaba el camino. Volvía:

—¡Echale más a este carajo! Aquí uno va a dejar las tripas —y esgrimía la peinilla en un duelo con el aire y con su sombra.

El mineral de hierro iba cayendo pala a pala hasta llenar la carretilla.

—Mira tú, mierda —dos peinillazos en la espalda— ¿por qué te caes?

Silencio rojo en el rostro de sudor. Los puños cerrados. Apenas la raya de la boca. Ya de pie:

—¡Corre para joderte! ¡Corre!

Ni un paso. Firme. Una mirada de odio:

—¡Yo no corro! ¡Haga lo que quiera! —respondió Rafael.

Desembuchó los dientes como si fuera a vomitarlos:

—¿No corres, carajo? ¡Hijo e puta!

Junto con las palabras le dejaba caer la peinilla en la espalda. Uno, dos, tres, siete, diez planazos. Firme. La camisa se enrojecía. Dos Guardias más llegaron y se sumaron a los insultos y los planazos.

—¡Corra!

—¡Corra!

—¡Corra! ¡Corra! ¡Carajo! ¡Aquí no hay machos!

Les inyectaba miedo con los ojos. Ni siquiera intentaba parar los golpes con los brazos. El brillo de la peinilla se le metía en el cuerpo con el dolor. Despeinado. Aunque el ruido de mi carretilla no me dejaba oír, sentía el golpe seco en la carne. Me ardían los ojos. El sol era un garfio en la nuca. Los manubrios temblaban entre las manos. Nuestro Guardia nos insultó hasta cansarse.



—¿Qué ven, carajos? **Pa lante** es que es. Más rápido. Ya le voy a coger el culo a uno de ustedes también. Ya le...

En la vuelta siguiente llevaban a Rafael al calabozo. Sonrió a nuestro paso. Sin camisa. Apenas el cuello, las mangas y la pechera. Resecos los labios, sin saliva, el bigote mojado de sudor. Como un zarcillo le garabateaba la sangre de una oreja. Delante de él un Guardia, dos atrás: brillaba la sangre de las peinillas.

Pero ahora estoy seguro: hemos llegado para nacer.

Nadie puede destruirnos. Se equivocaron: no hay campo de concentración que pueda con nosotros.

## 2

Hombre-sudor. Hombre-carretilla. La im-  
carretilla. De ser los manubrios una pa-  
imaginé en el vientre de mi madre con  
tamaño que dan los años. Cuando va bien  
de resorte los músculos, los labios y la  
flojo, flocho, de gelatina y bofe, de tr-  
nariz y los párpados. Siempre un extra-  
tienen que permanecer en los mangos.  
Pica también el ruido en los oídos. Con-  
tímpano. La pajita del ruido, la pluma de

En un principio pueden quedar los brazos  
muñeca. Los dedos apretados a los mangos  
y sangra y logra lagunitas embalsadas e  
peces, saladas en su primer invierno, la  
sula, que inunda la mano y se solidifica  
durecida y muerta. Pero primero fue la b-  
y la carne. Bolsa que arde, quema y  
Hace más largo el desembuche de pied-  
no fueran los mismos pasos de animal  
cerrada, ¡hondos sus límites por el pa-  
tierra, sembrado el polvo con semillas  
quedan en la primera sed del suelo. Se



JOSE VICENTE ABREU

es que es. Más rápido. Ya le voy a  
también. Ya le...

Rafael al calabozo. Sonrió a nuestro  
o, las mangas y la pechera. Resecos los  
jado de sudor. Como un zarcillo le  
reja. Delante de él un Guardia, dos  
peinillas.

llegado para nacer.

quivocaron: no hay campo de concen-

## 2

Hombre-sudor. Hombre-carretilla. La impresión de formar parte de la  
carretilla. De ser los manubrios una prolongación de los brazos. Me  
imaginé en el vientre de mi madre con aquello. Miniatura. Luego este  
tamaño que dan los años. Cuando va llena: movimiento duro, apretado,  
de resorte los músculos, los labios y los carrillos. Si vacía: temblor  
flojo, flocho, de gelatina y bofe, de trapo y viento. Cosquilla en la  
nariz y los párpados. Siempre un extraño escozor mientras las manos  
tienen que permanecer en los mangos. Molesta. Incita a la locura.  
Pica también el ruido en los oídos. Como una pajita incrustada en el  
tímpano. La pajita del ruido, la pluma del sonido, la seda de la música.

En un principio pueden quedar los brazos sin manos. Muñones en la  
muñeca. Los dedos apretados a los manubrios en una roca que quema  
y sangra y logra lagunitas embalsadas en la epidermis. Lagunitas sin  
peces, saladas en su primer invierno, luego explosivas, como una cápsu-  
la, que inunda la mano y se solidifica escollo, roca, callo, piel en-  
durecida y muerta. Pero primero fue la bolsa, agua salada entre la piel  
y la carne. Bolsa que arde, quema y aleja los lugares de descarga.  
Hace más largo el desembuche de piedras de la carretilla. Como si  
no fueran los mismos pasos de animal enjaulado. La misma elipse,  
cerrada, ¡hondos sus límites por el paso y la rueda! Removida la  
tierra, sembrado el polvo con semillitas de sudor. Semillas que se  
quedan en la primera sed del suelo. Semilla que corre de la frente



## JOSE VICENTE ABREU

a la nariz y es un prisma en los ojos antes de sembrarse. Un prisma que deja ver el sol de uno, de dos, de mil colores. Color de gusano, de mariposa, de lagartija, de sapo, de flores y fatiga. Porque el sol es un insecto que corre en las espaldas, entre la camisa y la piel, debajo del pantalón, entre los calzoncillos, por el pelo, en la fatiga. O dedos de sapo que arañan la piel hasta la correa, hasta los zapatos. El insecto del sol chupa en los poros y surgen las semillas desgranadas hasta crecer de poro a poro, de pelo a pelo, de sitio a sitio y caer al suelo, al polvo, sobre la huella de la rueda. El sol las tuesta en pequeños cráteres que quedan en el polvo sediento. La lengua también se tuesta entre la boca. La saliva es de brea. Los labios pegados con brea. Sellados como los maderos del casco del lanchón.

—¡Qué agua, ni qué agua! ¡A flojiá al carajo! ¡Ni los sapos!

Prohibida el agua. A dos metros el Orinoco incitante, cristalino, embuchado de caudal y de lluvia. Pensaba que podía bebérmelo con la sed que tenía. Como una cacerola sin agua y al fuego, la garganta.

Eran las once. De ida el sol en la espalda, de vuelta en la cara. Y desde el día anterior, aún en el barco ni comida ni agua: la lengua era una llama entre las encías y los dientes. Un tubo de gas la garganta. El estómago una bombona. Los intestinos un rumor como de araguatos en duelo, en mudanza. Eran doscientos metros de recorrido. Sin parar, sin aflojar los mangos. Los brazos acalambrados y tiesos como un garabato.

En la orilla, entre el agua, se cargaba de piedras la carretilla. Del lanchón hasta allí una cadena humana, saco y saco de roca triturada que se vomitaba en el vientre de la carretilla. Diez presos en el lanchón carguero de piedra. Con las palas, entre punzadas de riñón y un dolor corvo en las espaldas, depositaban el mineral en sacos. Medio saco —otros cinco pasaban el saco de mano en mano hasta la borda del lanchón. De allí, desde lo más profundo hasta la superficie —veinte presos— agua a la cintura, a las caderas, a los muslos, a las rodillas, a las espinillas, a los tobillos— otra vez de mano en mano el saco

## RELATOS DE GUASINA

hasta el cuenco de la carretilla: hasta el codo. No es más que una prolongación gigante de la cadena humana. Entrelazada. Ni un segundo para bajar las manos. A los codos.

Beber agua por los pies, como raíces. Chupando como savia aquí, allá, en donde caen los peces del sudor. La horqueta de los dedos de los pies. Dientes las uñas. El sudor de los pies semeja labios que tragan. Y entre las horquetas, escapaba el agua. Perder su condición de corriente que tiene sed. El río va sedienta de sol y de océano. Apenas un pocito de lluvia, siquiera. Una buena

Me quitaron de la carretilla cuando me cansé del lanchón. Entonces jadeaban, casi no podía respirar una extraña figura amarilla y sudada. El Guardia les dijo cuando ya no hacían

—Para que descansen los voy a pasar a la orilla

Los diez vinieron a las carretillas. Los diez fuimos a parar a la cadena humana de los pies. Sando que podía beber agua. Pero... No. De los pies se me escapaba. Sólo barro, negro como una culebra sin cabeza. Fabrica

El pelo entrecruzado y duro de los sacos. Manos. Dolor de desolladura. Como si fueran Ojos penetrados por clavos en el entronco

Los de la carretilla en fila india. Un círculo. Hormigas que descubrían un pozo para beber en redondo. Frente a nosotros una garita. Miéndole los sostenes. Como un palomar



los ojos antes de sembrarse. Un prisma  
 dos, de mil colores. Color de gusano,  
 po, de flores y fatiga. Porque el sol  
 baldas, entre la camisa y la piel, debajo  
 os, por el pelo, en la fatiga. O dedos  
 la correa, hasta los zapatos. El insecto  
 surgen las semillas desgranadas hasta  
 pelo, de sitio a sitio y caer al suelo,  
 rueda. El sol las tuesta en pequeños  
 sediento. La lengua también se tuesta  
 rea. Los labios pegados con brea. Se-  
 sco del lanchón.

¡Lojía al carajo! ¡Ni los sapos!

es el Orinoco incitante, cristalino, em-  
 Pensaba que podía bebérmelo con la  
 la sin agua y al fuego, la garganta.

la espalda, de vuelta en la cara. Y  
 el barco ni comida ni agua: la lengua  
 y los dientes. Un tubo de gas la gar-  
 ra. Los intestinos un rumor como de  
 . Eran doscientos metros de recorrido.  
 os. Los brazos acalambrados y tiesos

argaba de piedras la carretilla. Del lan-  
 ana, saco y saco de roca triturada que  
 a carretilla. Diez presos en el lanchón  
 s, entre punzadas de riñón y un dolor  
 ban el mineral en sacos. Medio saco  
 de mano en mano hasta la borda del  
 profundo hasta la superficie —veinte  
 s caderas, a los muslos, a las rodillas,  
 - otra vez de mano en mano el saco

hasta el cuenco de la carretilla: hasta el cuenco, sí. Porque la carretilla  
 no es más que una prolongación gigante del cuenco de la mano. Inter-  
 minable la cadena humana. Entrelazada de sudor, cansancio y sed.  
 Ni un segundo para bajar las manos. Acalambrados en ángulo recto,  
 los codos.

Beber agua por los pies, como raíces. Chupar y sentir el líquido pene-  
 trando como savia aquí, allá, en donde el sol succionaba los ojillos de  
 peces del sudor. La horqueta de los dedos como bocas. Labios los  
 dedos de los pies. Dientes las uñas. El sucio, lenguas. Movía los dedos  
 de los pies semejando labios que tragan. Tragos largos, espesos, amar-  
 gos. Y entre las horquetas, escapaba el agua, huidiza, temerosa de  
 perder su condición de corriente que tiene sed de mar. El agua de los  
 ríos va sedienta de sol y de océano. Apaga su sed el mar. Para mi sed  
 un pocito de lluvia, siquiera. Una huella de res solamente.

Me quitaron de la carretilla cuando mandaron a descansar los paleros  
 del lanchón. Entonces jadeaban, casi no podían sostenerse. En el rostro  
 una extraña figura amarilla y sudada. Mueca de agonía o de tísico.  
 El Guardia les dijo cuando ya no hacían ningún efecto sus insultos:

—Para que descansen los voy a pasar a la carretilla.

Los diez vinieron a las carretillas. Los diez sustituidos, yo entre ellos,  
 fuimos a parar a la cadena humana de los sacos. Sentí algún alivio pen-  
 sando que podía beber agua. Pero... No tenía raíces. Entre los dedos  
 de los pies se me escapaba. Sólo barro, surgiendo por las horquetas,  
 negro como una culebra sin cabeza. Fabricaba culebra con los dedos.

El pelo entrecruzado y duro de los sacos me abrió lagunitas en las  
 manos. Dolor de desolladura. Como si fueran ojos vaciados en la mano.  
 Ojos penetrados por clavos en el entronque de los dedos.

Los de la carretilla en fila india. Un camino de hormigas humanas.  
 Hormigas que descubrían un pozo para calmar la sed. Iban, venían  
 en redondo. Frente a nosotros una garita, y las lenguas del agua la-  
 miéndole los sostenes. Como un palomar: huevos de plomo, deposi-



tados en celdillas de colmena en forma de correa. Vigilante, ojo de la ametralladora, negro, hueco, acechante, inquieto, girando hacia todos los lugares en donde nos diseminaban con el trabajo. Huevos de plomo los corrajes. Huevos de plomo en celdillas de colmena longitudinales. Cada huevo una vida truncada. Una vida negada, un agujero en el pecho o la sien. Un agujero por donde asomaría el ojo de la sangre. Al final de la ruta de los de carretilla, otra garita. Alta, por encima de los árboles y barracas. Pero sólo un árbol en el trayecto de las carretillas. Depositaban el mineral en montones. Un metro cúbico cada montón. Vaciaban y volvían aguijonados por el Guardia.

Ida y vuelta sin parar. Pero a paso lento. Lentitud de anciano. En un principio los Guardias reventaron de ira para hacernos apurar el paso. Ninguno prestó oídos. Paso de entierro. Cansado, pesado. Cuando venía vacía, más lento el paso. Los Guardias creían que los pies se pegaban en la huella. Brea entre el pie y la tierra.

Cuando estaba en la carretilla no me explicaba la rapidez de los del lanchón. Iban muy aprisa. Ni respirar podían. Pero ahora los que entraron a sustituirlos fueron distanciando los sacos. Poco a poco. Comenzó a abrirse un espacio de tiempo entre un saco y otro. Disminuía de volumen y peso también. Vociferaban los Guardias, maldecían, amenazaban: nada. Por respuesta arañaban las palas con mucho ruido entre las piedras y en ocasiones, dejábamos caer un saco al agua. Retardo en recuperarlo.

—¡A estos carajos hay que poderlos duro!

Sólo respuestas de palas arañando. Mucho ruido. Poca piedra. Los sacos me descosían la piel. El sol me martillaba en la cabeza. La sed. Dejé caer un saco y al meter las manos para recuperarlo, bebí dos bucheros de agua. Dulce.

Había que mover los pies constantemente. Presionando el agua contra el barro en un pedal imaginario. Tan pronto cesaba el movimiento venían los peces. Uno, otro, nerviosos, extrañados de aquel pez de

cinco aletas con una escama en cada d  
cosquillas con la curiosidad de sus suaves  
los dedos como un pezón desnutrido y  
y se escurrían asustados al menor movim  
llos: sardinas, arenques, tabascas, las  
Caribes también, pero en invierno esto  
moderados en su voracidad. Abunda la  
caribe, digo. El hambre los torna feroces.  
El sol caía vertical. De lleno el sol en l  
en el estómago y la sien. Quemante el s  
ni agua para el sol, ni agua para el ha  
tener hambre también. Bostezó varias v  
sus insultos. Junto con el hambre vino e  
saba el fusil. Se lo cambiaba de un hom  
suelo. Descansaba un minuto en la bot  
la derecha. El sombrero aquí, el sombr  
la gabarra que les servía de alojamiento.  
no dijo nada. Bebieron los demás. Prendi  
los labios. Parecía indiferente. Veintitrés  
bozo entre la nariz chata y la boca. Lamp

Bostezó, se manoteó en la boca y escupió

—¡Malditos presos! —dijo ultimando co  
mosquito que le chocó con la campanilla  
carajos estoy yo aquí!

—Sin éstos —nos veía con el ojo de l  
estaría en la casa.

Quien sabe si un trago en el galillo en  
Uniforme limpio. Sudor, si acaso entre  
ojos femeninos y codiciosos lustrándole  
mirada. Vencedor en la calle y paso de v  
las películas de veteranos sostenida a la  
esquinas miradas de hombre y hasta algu



## JOSE VICENTE ABREU

forma de correa. Vigilante, ojo de  
ante, inquieto, girando hacia todos  
n con el trabajo. Huevos de plomo  
celdillas de colmena longitudinales.  
na vida negada, un agujero en el  
de asomaría el ojo de la sangre. Al  
otra garita. Alta, por encima de  
árbol en el trayecto de las carre-  
montones. Un metro cúbico cada  
ados por el Guardia.

lento. Lentitud de anciano. En un  
e ira para hacernos apurar el paso.  
ro. Cansado, pesado. Cuando venía  
lias creían que los pies se pegaban  
tierra.

ne explicaba la rapidez de los del  
pirar podían. Pero ahora los que  
anciando los sacos. Poco a poco.  
tiempo entre un saco y otro. Dis-  
n. Vociferaban los Guardias, mal-  
respuesta arañaban las palas con  
ocasiones, dejábamos caer un saco

s duro!

Mucho ruido. Poca piedra. Los  
ne martillaba en la cabeza. La sed.  
manos para recuperarlo, bebí dos

emente. Presionando el agua contra  
Tan pronto cesaba el movimiento  
ciosos, extrañados de aquel pez de

## RELATOS DE GUASINA

cinco aletas con una escama en cada dedo y sin bocas. Provocaban  
cosquillas con la curiosidad de sus suaves dientes. Mamaban. Chupaban  
los dedos como un pezón desnutrido y reseco, tanteaban con la cola  
y se escurrían asustados al menor movimiento. Pequeños peces aque-  
llos: sardinas, arenques, tabascas, las últimas promociones del río.  
**Caribes también, pero en invierno estos pequeños sanguinarios son**  
moderados en su voracidad. Abunda la comida en invierno, para el  
caribe, digo. El hambre los torna feroces en verano. Temibles, audaces.  
El sol caía vertical. De lleno el sol en la cabeza, de lleno el hambre  
**en el estómago y la sien. Quemante el sol, quemante el hambre.** Pero  
ni agua para el sol, ni agua para el hambre. Nuestro Guardia debía  
tener hambre también. Bostezó varias veces y se habían debilitado  
sus insultos. Junto con el hambre vino el silencio del Guardia. Le pe-  
saba el fusil. Se lo cambiaba de un hombro a otro. Lo apoyaba en el  
suelo. Descansaba un minuto en la bota izquierda y otro minuto en  
la derecha. El sombrero aquí, el sombrero allá. Con insistencia veía  
la gabarra que les servía de alojamiento. Descaradamente bebí agua y  
no dijo nada. Bebieron los demás. Prendí un cigarrillo. Tampoco abrió  
los labios. Parecía indiferente. Veintitrés años a lo sumo. Apenas un  
bozo entre la nariz chata y la boca. Lampiño. Ojos de carey.

Bostezó, se manoteó en la boca y escupió con violencia: ¡una mosca!

—¡Malditos presos! —dijo ultimando con la peinilla la mosca o el  
mosquito que le chocó con la campanilla en el bostezo—. ¡Por estos  
carajos estoy yo aquí!

—Sin éstos —nos veía con el ojo de la peinilla— hasta de pernocte  
estaría en la casa.

Quien sabe si un trago en el galillo en lugar de esta maldita mosca.  
Uniforme limpio. Sudor, si acaso entre las botas. Peinado. Muchos  
ojos femeninos y codiciosos lustrándole los filos almidonados con la  
mirada. Vencedor en la calle y paso de vencedor. La cristina como en  
las películas de veteranos sostenida a la pretina por la correa. En las  
esquinas miradas de hombre y hasta algún amigote que le preguntara



JOSE VICENTE ABREU

por sus años, por sus progresos, por la muy rata aquella que le costó con la dentadura un parche en la mejilla. Se palpó el rostro sudado y de paso intentó la caza de un mosquito. Pero menos mal que ya no quedaban "señales particulares". Borroso el recuerdo y borrosas las cicatrices. Más borrosos los recuerdos, ¡claro! Aquella vez iba muy entre palos. Casi palos totalmente. A medio estreno y a medio vómito el uniforme. Ella le dijo:

—¡Bueno! —y se desvestía en silencio.

Después fue el mordisco. Puntitos rojos se vio en el espejo. ¡Si le hubiese pagado! Pero le dijo:

—¡La **autoridá** no paga, mijá! Quien ha dicho...

Y la muy rata no entendía la autoridad. El mordisco le costó aquel arresto de quince días y como quien no dice nada las tiras de distinguido a su vez. Porque ya era candidato a tiras. ¡Y sin chismes las tiene! A punta de deber cumplido, de disciplina, de frontera y de Dorado. No como el tal Montes que ya se las tenía para el próximo cuatro de agosto. Tiras de saliva y chisme las de este Montes. Color saliva debían ser. ¡O color de lengua simplemente! ¡Tiras de lengua!

¡Seis meses llevaba ya en Guasina y nada! Tan preso como:

—¡Estos carajos! ¡Me cago en estos carajos!

Hasta más preso:

—¡Por cumplir con el deber! ¡Nada más! ¡Por cumplir!

Al poco tiempo notó la distancia entre saco y saco. Más lentos que el río los sacos. Mucho río pasaba por debajo antes de pasar un saco. Muchos peces también. Muchas olas, brisa, yerbas, troncos, carameros, arena, aves y rumores antes de un saco. Entre muchas amenazas nos mandó a cinco al lanchón:

—¡Para ver si terminamos! —dijo mientras pensaba en la comida.

RELATOS DE GUASINA

Entramos al lanchón. Piedra para muchos tones—. Tomé mi pala y apenas podía en los dedos. El choque de la pala con ñones. Podían desprenderse y flotar en Un gran esfuerzo y la pala continuaba rocas trituradas. Abandoné la pala por las manos y depositarlas en los sacos. M cuando sentí en la nuca una lengua fría: L

—Con la pala —me dijo el Guardia.

Tomé la pala. Llené un saco con dificultad la pala en pocos minutos.

—Usted como que no es hombre de p Pero tiene que aprender. ¡Aquí todo m

Lo vi directamente. Relampagueaban unos pados del mismo color. Muy alto: casi da

—Yo no era malo y aquí me hicieron — Llené otro saco.

—¡Aflójela! ¡Aflójela! —me repitió—. Como si no la tuviera.

Disminuí la presión sobre la pala y fue para ver el río. Se había tragado el sol de los peces, sal de las madrigueras del la noche. Continuaba el Guardia.

En la noche acostado sobre el suelo me grillo o la misma chicharra de la carretilla gigantes, crecientes, molidas. El pelo enc de sol incrustados. Claveteado de sol el de las piernas. El río sigiloso entre los d torrente o de peces chupando en los pezo



JOSE VICENTE ABREU

... la muy rata aquella que le costó  
... mejilla. Se palpó el rostro sudado  
... mosquito. Pero menos mal que ya  
... Borroso el recuerdo y borrosas  
... recuerdos, ¡claro! Aquella vez iba  
... ente. A medio estreno y a medio

... rojos se vio en el espejo. ¡Si le

... ha dicho...

... oridad. El mordisco le costó aquel  
... en no dice nada las tiras de dis-  
... ndidato a tiras. ¡Y sin chismes las  
... o, de disciplina, de frontera y de  
... ue ya se las tenía para el próximo  
... chisme las de este Montes. Color  
... gua simplemente! ¡Tiras de lengua!

... y nada! Tan preso como:

... tos carajos!

... da más! ¡Por cumplir!

... entre saco y saco. Más lentos que  
... por debajo antes de pasar un saco.  
... as, brisa, yerbas, troncos, carameros,  
... n saco. Entre muchas amenazas nos

... o mientras pensaba en la comida.

RELATOS DE GUASINA

Entramos al lanchón. Piedra para muchos días —pensé ante los mon-  
tones—. Tomé mi pala y apenas podía cerrar las manos. Calambre  
en los dedos. El choque de la pala con la piedra hacía bailar los ri-  
ñones. Podían desprenderse y flotar en las entrañas como un mango.  
Un gran esfuerzo y la pala continuaba deslizándose en el filo de las  
rocas trituradas. Abandoné la pala para tomarlas directamente con  
las manos y depositarlas en los sacos. Me agaché para hacerlo mejor  
cuando sentí en la nuca una lengua fría: la peñilla.

—Con la pala —me dijo el Guardia.

Tomé la pala. Llené un saco con dificultad. Sudaba frío. Me agotaba  
la pala en pocos minutos.

—Usted como que no es hombre de pala —comentó el Guardia—.  
Pero tiene que aprender. ¡Aquí todo se aprende!

Lo vi directamente. Relampagueaban unos ojillos negros en unos pár-  
pados del mismo color. Muy alto: casi daba en el techo del lanchón.

—Yo no era malo y aquí me hicieron —boca sin dientes.  
Llené otro saco.

—¡Aflójela! ¡Aflójela! —me repitió—. Déjele juego entre las manos.  
Como si no la tuviera.

Disminuí la presión sobre la pala y fue más fácil. Me sequé el sudor  
para ver el río. Se había tragado el sol. Del fondo era la luz: escama  
de los peces, sal de las madrigueras del légamo, estrellas digeridas en  
la noche. Continuaba el Guardia.

En la noche acostado sobre el suelo me rondaba en el oído el mismo  
grillo o la misma chicharra de la carretilla. Apenas sueño —las manos  
gigantes, crecientes, molidas. El pelo encendido en la raíz como rayos  
de sol incrustados. Claveteado de sol el cráneo. Los pies separados  
de las piernas. El río sigiloso entre los dedos. De barro los pies o de  
torrente o de peces chupando en los pezones de los dedos. Dedos de



JOSE VICENTE ABREU

peces. Quizás junto con los peces los dedos, junto con el barro los pies, junto con el río la vida. Porque no sentía los dedos ni los pies ni la vida. Pudieron quedar aquel día, pudieron quedar esta misma noche en que pude secar esto que soy yo y que está aquí, tendido, respirando apenas, viviendo apenas: los ojos hacia la oscuridad, las manos de raíz, el occipital, la columna, las piernas de reptil aventado. Y pese a todo esto, así comenzó la vida. Entonces todo tuvo para mí el sentido de la vida. ¡Vivir! ¡No morir! Nacer allí como del estiércol, de la ceniza, de lo que se consume en uno y en todo lo que nos rodea. Teníamos que vivir.

—¿No duermes? —me preguntó José a mi lado.

—No. Ni duermo ni sueño. Aquí no se puede dormir ni soñar. Si dormimos no sabemos nacer nunca, si soñamos no encontraremos el camino de la vida. ¡Porque aquí se nace y se construye la vida que deseamos!

—¿Y la muerte? ¿Qué hay de tu muerte? —preguntó con cierta ironía.

—Quedó en el barco. Ni para morir hay tiempo aquí. ¡Sólo hay tiempo para nacer!

—Antes veías la muerte en todo. ¿Recuerdas que te dije que eras un "diputado de la muerte"?

—Sí. Antes era la muerte. Recuerda que entonces te decía también que el barco era una tumba.

—Pero no es una tumba el barco —replicó.

—¡No es! —dije cansado—.

—¿Qué es entonces?

—Una urna. De una tumba ni los gusanos pueden salir. De una urna podemos volver a la vida. El barco era una urna de acero. O un vientre inmenso. Ahora dejamos de ser sus muertos.

RELATOS DE GUASINA

—Esta misma tarde se fue. Irá con su mino al mar.

—Algunos de los que salieron en libertad la bodega. Otros saltarán en Barrancas y

—Con uno mandé la lista de todos los tataros todo esto.

—¿La inundación?

—Sí. ¡Dentro de tres días no habrá agua! me dijo que hace dos días el agua lamía se veían. ¡Mañana llegará al Manguito!

—¡Propaganda, agitación, acción de masas!

—Eso le recomendé. Sin embargo, es p

Algunos roncaban, otros cuchicheaban, otros en una sola sombra. 136 hacinados bodega. Sobre el suelo, calvo y frío. Por a culebras. Húmedo el suelo. Como un p sostenida por costillas de acero. Por fue tóricos. Dispuestas como escamas las car mo pestañas de zinc, dejando espacio par que anchas. De día brillaba la escama de tro hervía el aire. De día era imposible monstruos. Sólo con la noche se refresc volviendo a su nivel. Estas son las barrac forman el dormitorio de los secuestrados

La número uno es la nuestra, sin divis mira al río y otro a la laguna. Por este la queñas gotas. Entra el agua junto con el temor y frío. El tercer día estaba inundad parecía escapar otra vez. Bocanadas de m



JOSE VICENTE ABREU

los dedos, junto con el barro los  
ue no sentía los dedos ni los pies  
día, pudieron quedar esta misma  
soy yo y que está aquí, tendido,  
los ojos hacia la oscuridad, las  
na, las piernas de reptil aventado.  
vida. Entonces todo tuvo para mí  
horir! Nacer allí como del estiércol,  
ne en uno y en todo lo que nos

sé a mi lado.

o se puede dormir ni soñar. Si dor-  
soñamos no encontraremos el ca-  
ace y se construye la vida que de-

uerte? —preguntó con cierta ironía.

hay tiempo aquí. ¡Sólo hay tiempo

Recuerdas que te dije que eras un

da que entonces te decía también

—replicó.

gusanos pueden salir. De una urna  
era una urna de acero. O un vientre  
as muertos.

RELATOS DE GUASINA

—Esta misma tarde se fue. Irá con su vientre vacío arastrándose ca-  
mino al mar.

—Algunos de los que salieron en libertad harán el viaje completo en  
la bodega. Otros saltarán en Barrancas y continuarán por tierra.

—Con uno mandé la lista de todos los que llegamos. Le dije que con-  
tara todo esto.

—¿La inundación?

—Sí. ¡Dentro de tres días no habrá espacio seco! Uno de los viejos  
me dijo que hace dos días el agua lamía las estacadas. Esta tarde ya no  
se veían. ¡Mañana llegará al Manguito!

—¡Propaganda, agitación, acción de masa! —dije.

—Eso le recomendé. Sin embargo, es pálido lo que se diga.

Algunos roncaban, otros cuchicheaban, alguien exigía silencio. Los ros-  
tros en una sola sombra. 136 hacinados en un espacio menor que la  
bodega. Sobre el suelo, calvo y frío. Por la columna vertebral un temor  
a culebras. Húmedo el suelo. Como un pez. Techo de zinc, una bóveda  
sostenida por costillas de acero. Por fuera parecían monstruos prehis-  
tóricos. Dispuestas como escamas las canales del zinc, las ventanas co-  
mo pestañas de zinc, dejando espacio para un ojo cuadrado. Más largas  
que anchas. De día brillaba la escama del zinc. Mimetismo solar. Den-  
tro hervía el aire. De día era imposible entrar en el vientre de estos  
monstruos. Sólo con la noche se refrescaban con mucho ruido del zinc  
volviendo a su nivel. Estas son las barracas. Cuatro en total y un caney  
forman el dormitorio de los secuestrados.

La número uno es la nuestra, sin divisiones interiores. Un extremo  
mira al río y otro a la laguna. Por este lado ya se filtra el agua en pe-  
queñas gotas. Entra el agua junto con el frío de los huesos. Gotas de  
temor y frío. El tercer día estaba inundada. Mosquitos y agua. La vida  
parecía escapar otra vez. Bocanadas de mosquitos venían en el aliento



húmedo de la noche. Junto con la orquesta, húmeda también, de los sapos. Imaginaba el agua.

Ese tercer día dieron colchones y permitieron construir unos trojes como cama. Debajo de los trojes el agua. Encima nosotros. El agua como un espejo oscuro e inundo. Nosotros como los restos de un naufragio. Así viven los guaraúnos por todo el Delta, por todos los caños, en las cejitas de islas que deja la inundación. Los viejos palafitos aquí. Los viejos troncos, las viejas estacas, las barbacoas, el rito del silencio y el humo. Debajo del agua el torrente y el pez, encima del agua el cacharro de barro humeante, apetitoso, gástrico. Aquí sólo el agua, debajo, paralítica como un espejo. Encima humeantes los zancudos. Un tornillo de mosquitos en las orejas, con una punta silbante como una inyección de ruido permanente. De abajo a arriba era entonces la barraca: agua, larvas, estacas, trojes, colchón, hombre, mosquito. Amalgamados por el tanteo de la oscuridad. Atados con el nexo del insomnio. Petrificados por los ruidos de los recuerdos tristes. Aquí un hijo, allá el padre, la madre palpitando en la sien, la novia estacionada en los ojos junto con la sombra, junto con el vuelo que no se ve, que no se palpa, que pica exactamente en el poro más débil y abierto. Exactamente en un poro. Ni siquiera explora sobre la piel para taladrar. Un poro nada más en medio de ese laberinto de poros que se diseminan por el cuerpo. Rafael y Pedro taladrado todo el cuerpo en el calabozo. Quizá donde no tenían poros ahora tenían un cráter, inmenso para succionar la sangre. Lo de Rafael fue en la mañana, lo de Pedro en la tarde. Yo presencié lo de Rafael, lo de Pedro me lo contaron. Me lo contó José. Pedro sonreía mientras lo planeaban. Una sonrisa infantil. No podían tolerar esa sonrisa. Aquella alegría, aquel deseo de vivir, de sentirse hombre. Podían hacerle sangrar, pero no lograban desangrarle su sonrisa. Lo tasajearon y lo llevaron al calabozo de piedra. El mismo calabozo donde estaba desde la mañana Rafael. Desde nuestra barraca podía verse el calabozo. Por la puerta que daba a la laguna. Era de piedra. Parecía un pequeño castillo. Cuadrado. Cuatro filas de piedra. Empotrado sobre la laguna. El agua entraba y salía por el agujero que

le servía de puerta. Encima una garita. hacía un recorrido de cien metros en can bestias. A Rafael el agua le rayaba la garganta. Pedro era más alto, sólo hasta los hombros tenía dos pisos, el calabozo. El piso bajo las aguas. El segundo lo barría la ola. En él los Vigilantes. A cada instante esperaban que se abriera el agujero de la puerta. Despreocupados de la boa como una obsesión. Nosotros de la boa es el habitante más común y temido de la laguna. Muchas leyendas están entretelasadas con la boa pero estrangula. Muele los huesos entre los dientes que el hierro que intente cortarla no vale de nada, dura, como un pedernal. Mide doce metros

—Los dejarán sin sangre los mosquitos en la boa.

—Aquí siquiera se reparten entre todos los mosquitos por cabeza, decía.

—Tendrán las heridas infectadas y a morir.

—Con el agua a los tobillos. No pueden caminar.

—Y sin poder hacer nada. ¡Nada!

—Como no sea la desesperación y el dolor.

—Pueden morir —decía al fin— estrangulados.

—La boa.

—¡Indefensos! Maniatados. Carne para un ven y no de doncellas como en el cuento de los hombres que no tienen otro empeño que

El viejo Briceño a mi lado, se incorporó



la orquesta, húmeda también, de los

permitieron construir unos trojes como  
Encima nosotros. El agua como un  
s como los restos de un naufragio.  
el Delta, por todos los caños, en las  
ción. Los viejos palafitos aquí. Los  
s barbacoas, el rito del silencio y el  
e y el pez, encima del agua el ca-  
o, gástrico. Aquí sólo el agua, deba-  
ma humeantes los zancudos. Un tor-  
on una punta silbante como una in-  
pajo a arriba era entonces la barraca:  
n, hombre, mosquito. Amalgamados  
los con el nexo del insomnio. Petri-  
erdos tristes. Aquí un hijo, allá el  
ien, la novia estacionada en los ojos  
uelo que no se ve, que no se palpa,  
más débil y abierto. Exactamente en  
la piel para taladrar. Un poro nada  
oros que se diseminan por el cuerpo.  
cuerpo en el calabozo. Quizá donde  
cráter, inmenso para succionar la  
añana, lo de Pedro en la tarde. Yo  
o me lo contaron. Me lo contó José.  
an. Una sonrisa infantil. No podían  
a, aquel deseo de vivir, de sentirse  
ero no lograban desangrarle su son-  
al calabozo de piedra. El mismo  
añana Rafael. Desde nuestra barraca  
uerta que daba a la laguna. Era de  
o. Cuadrado. Cuatro filas de piedra.  
na entraba y salía por el agujero que

le servía de puerta. Encima una garita. Para llegar a ella la guardia hacía un recorrido de cien metros en canoa. Al lado los presos, como bestias. A Rafael el agua le rayaba la garganta cuando llegó a la puerta. Pedro era más alto, sólo hasta los hombros, el agua. Favorablemente tenía dos pisos, el calabozo. El piso bajo ya estaba sepultado por las aguas. El segundo lo barría la ola. En éste estaban los dos. De pie. Vigilantes. A cada instante esperaban que una boa se colara por el agujero de la puerta. Despreocupados de los mosquitos y el agua. Sólo la boa como una obsesión. Nosotros de pensarlo no dormíamos. La boa es el habitante más común y temido de las lagunas y caños del Delta. Muchas leyendas están entretejidas con su piel. No tiene ponzoña, pero estrangula. Muele los huesos entre sus anillos. Los indios dicen que el hierro que intente cortarla no vuelve a tomar filo. La piel es dura, como un pedernal. Mide doce metros de longitud.

—Los dejarán sin sangre los mosquitos —decía José, pero pensando en la boa.

—Aquí siquiera se reparten entre todos. A más personas, menos mosquitos por cabeza, decía.

—Tendrán las heridas infectadas y a merced del tétano.

—Con el agua a los tobillos. No pueden dormir.

—Y sin poder hacer nada. ¡Nada!

—Como no sea la desesperación y el desastre.

—Pueden morir —decía al fin— estrangulados.

—La boa.

—¡Indefensos! Maniatados. Carne para un sacrificio salvaje. Carne joven y no de doncellas como en el cuento, sino de revolucionarios. De hombres que no tienen otro empeño que la felicidad humana.

El viejo Briceño a mi lado, se incorporó sobre su troje:



JOSE VICENTE ABREU

—No hay que echarse a morir. Cuando Dios nos hizo a nosotros dijo: hombre. Pero en la misma hora decía el Diablo: mañana. Y así somos: hombre y mañana. Ya sabrán defenderse esos muchachos. Adonde caigas sabrás salir...

—Es verdad, viejo —dijo José.

—A mí me duelen todos ustedes como mis hijos.

Siguió sobre el tema. Callados recibíamos aquella lección. De vez en cuando los mosquitos. El viejo Briceño tenía su propia religión. Algo que había construido en la soledad de la montaña. En medio de lo inmenso. Callado, cumbre arriba. A veces no llovía en su siembra, a veces llovía mucho; se le quemaba la semilla, se le ahogaba, brotaba robusta, débil, vacía, cargada, la mazorca o la vaina. Y entonces:

—Con mañana, miijo. Y Dios mediante, iba saliendo.

Su Dios eran las leyes que rigen los fenómenos naturales. Algo que no podía tener en sus manos de campesino.

—Yo los quiero a ustedes —concluyó— y me dan ganas de llorar cuando los pienso. Ustedes no han vivido y ya casi están muertos. Yo tengo ochenta años: he visto, he caminado, he vivido en todo: conuco, mujer, hijos, quema, nietos, lances y ya puedo morir para descansar o para morir nada más. ¿Ustedes qué han vivido? Nada... Cárceles... cárceles. Todos son como mi Panchito.

Desde entonces he comprendido por qué nos veía en silencio. Siempre con los párpados encogidos como identificando su vida con la nuestra.

—Como mi Panchito —y encogió su reumatismo en el colchón.

Yo no me explicaba por qué en el barco se oponía a nuestra consigna de evitar el trabajo de los ancianos. Creía que era para eximir del agotamiento a su hijo y a su nieto. Pensé sólo en su egoísmo familiar cuando nos dijo:

RELATOS DE GUASINA

—Nosotros los viejos debemos ser los tumbrados. Los más muchachos, si acaso.

Le explicamos. Discutió como siempre y tiempo dirigían los más viejos porque la muerte y de todo. Por algo... Por algo la tonadura del plomo en el hombro y en el pecho se le cosía en el pecho en medio de la vida.

—Por algo se quema uno el pecho —

Quemaduras que ya no tienen humo...

Pero no era egoísmo —ahora demostraba que era lo más hondo, lo más compacto, lo más profundo de la vida. Había comprendido y era más práctico y material. No comprendía que debían liquidarse, quemarse, morir en el campo de concentración. Estos jóvenes:

—Que no han vivido. Que me dan lástima.

Y los viejos que ya tenían...

—Poco que hacer en este mundo —repetía— hasta en el monte se da eso: la cascabellos de comida a sus críos.

—Pero no somos cascabeles, viejo —dijo.

—¿Acaso no se chupa uno la sangre de la chupa? Blandía la lengua como un látigo.

No fue posible convencerlo. A nuestra izquierda con la cuadrilla de leñadores al monte dejaba el río. Y quizás sin él, los jóvenes su mayoría— no hubieran traído leña to

José iba en esa cuadrilla. Aún le discu



## JOSE VICENTE ABREU

ando Dios nos hizo a nosotros dijo:  
decía el Diablo: mañana. Y así somos:  
derse esos muchachos. Adonde caigas

como mis hijos.

scribíamos aquella lección. De vez en  
ricción tenía su propia religión. Algo  
ad de la montaña. En medio de lo  
A veces no llovía en su siembra, a  
la semilla, se le ahogaba, brotaba  
azorca o la vaina. Y entonces:

nte, iba saliendo.

los fenómenos naturales. Algo que  
campesino.

ncloyó— y me dan ganas de llorar  
n vivido y ya casi están muertos. Yo  
caminado, he vivido en todo: conuco,  
es y ya puedo morir para descansar  
qué han vivido? Nada... Cárceles...  
nchito.

por qué nos veía en silencio. Siempre  
identificando su vida con la nuestra.

su reumatismo en el colchón.

el barco se oponía a nuestra consigna  
nos. Creía que era para eximir del  
o. Pensé sólo en su egoísmo familiar

## RELATOS DE GUASINA

—Nosotros los viejos debemos ser los del trabajo. Ya estamos acos-  
tumbrados. Los más muchachos, si acaso, en lo más liviano.

Le explicamos. Discutió como siempre y arguyó por último que en su  
tiempo dirigían los más viejos porque sabían más de la vida. Y de la  
muerte y de todo. Por algo... Por algo... Mostró de nuevo la abo-  
tonadura del plomo en el hombro y enseñó también una cicatriz que  
se le cosía en el pecho en medio de la hilaza del pelo.

—Por algo se quema uno el pecho —decía.

Quemaduras que ya no tienen humo... ¡Ni llama...!

Pero no era egoísmo —ahora demostraba que no era egoísmo. Aquello  
era lo más hondo, lo más compacto, lo más ensangrentado de su sen-  
tido de la vida. Había comprendido y valorado las vidas con el sentido  
más práctico y material. No comprendía por qué eran los jóvenes los  
que debían liquidarse, quemarse, mutilarse en el trabajo físico del  
campo de concentración. Estos jóvenes:

—Que no han vivido. Que me dan lástima —como decía ahora.

Y los viejos que ya tenían...

—Poco que hacer en este mundo —repetía—. Vivan ustedes. Miren:  
hasta en el monte se da eso: la cascabel le sirve en los peores momen-  
tos de comida a sus críos.

—Pero no somos cascabeles, viejo —dijo José—, somos hombres.

—¿Acaso no se chupa uno la sangre de la madre por la teta? ¿No se  
la chupa? Blandía la lengua como un látigo.

No fue posible convencerlo. A nuestra llegada cogió un hacha y se fue  
con la cuadrilla de leñadores al monte. Al escaso monte visible que  
dejaba el río. Y quizás sin él, los jóvenes —estudiantes y obreros en  
su mayoría— no hubieran traído leña todo el día.

José iba en esa cuadrilla. Aún le discutía que era necesario que des-



cansara pero no lo convenció. En el camino pasaron por el conuco — sembrado por los presos— ya invadido totalmente por el agua. El viejo Briceño tomó una mazorca y con maestría fue desgranando y depositando los granos en sus bolsillos. Cuando quedó sin granos se la entregó a José mientras le decía:

—Esto somos nosotros los viejos: una tusa, sin granos ella, sin dientes nosotros. Ustedes sí tienen granos. Granos jojotos. Todos los días se cuajan más. Pero como a la mazorca tierna, hay que cuidarlos también.

Y era su tema aquel de consumir inhumanamente a los ancianos en el trabajo, para cuidar de la juventud. Los retoños, como decía. Los que apenas iban cuajando en fruto. Y esto lo decía Pancho Briceño. Precisamente el que tenía ochenta años encima.

Los demás ancianos veían aquello como una chochera de Briceño y se molestaban en lo más íntimo con sus palabras. El viejo Briceño no discutía con ellos: los miraba y bajaba la cabeza lleno de incompreensión.

No hacía más que pensar en el viejo Briceño, esa tercera noche. Después de sus palabras me invadía toda su vida en una penetración continua. Quería decirle padre, hombre, sangre, hueso, vida. Este anciano que es el padre del mundo. Y tiene una sonrisa y una bondad y unos hechos y unas palabras. Y tiene una barba y unas manos. Y tiene un pecho arañado en guerrillas y un hombro de plomo. Y camina ochenta años. Ochenta años. ¡Ochenta vidas!

Casi me dormía con un ochenta entrelazado en el subconsciente cuando se abrió la puerta de la barraca. El gusano de una linterna y voces de guardias. Se alejaron y, sin embargo, crujía la madera de los puentes interiores que nos permitían desplazarnos hasta los colchones, por encima del agua.

—¿Qué pasa? —dije.

—Los del calabozo —me respondió una voz cerca de la puerta.

—¿Rafael y Pedro? —pregunté de nuevo.

## RELATOS DE GUASINA

—Sí. —Respondió Rafael.

Simultáneamente nos levantamos José y yo.

—Aquí estamos nosotros.

Apenas se distinguían los cuerpos. Sonaban los pasos adelante.

—¿Están bien?

Encima de mí respondió Rafael:

—Más o menos.

Les dimos nuestros colchones y fósforos para ver las heridas. Algunas llagas destilaban una sanguaza. Entre llaga y llaga un tejido deshilachado. Mientras les poníamos las vendas a las heridas, el viejo Briceño había hecho un caldo. Teníamos que lavarlas, el viejo me pasó

—Es lo más indicado en estos casos.

Iniciamos la cura:

—No hemos dormido en tres días —decía él al caerle la sal—. Parece que tuviera diarrea.

Tenían fiebre. A veces escalofríos.

—El agua en los tobillos era como unos pedruzcos en la piel. Se ponía blanda y arrugada. Después se endurecía.

Fumó. Terminamos la cura.

—Mañana les contamos. Por ahora debimos dormir.

—Aquí mismo dormirán —dijo José—.

—¿Y ustedes? —preguntó Rafael.

—En estos tres colchones dormiremos nosotros.



l camino pasaron por el conuco —  
do totalmente por el agua. El viejo  
maestría fue desgranando y deposi-  
ando quedó sin granos se la entregó

na tusa, sin granos ella, sin dientes  
Granos jojotos. Todos los días se  
a tierna, hay que cuidarlos también.

nhumanamente a los ancianos en el  
Los retoños, como decía. Los que  
esto lo decía Pancho Briceño. Pre-  
ios encima.

como una chochera de Briceño y se  
as palabras. El viejo Briceño no dis-  
a la cabeza lleno de incompreensión.

Briceño, esa tercera noche. Después  
a vida en una penetración continua.  
gre, hueso, vida. Este anciano que  
sonrisa y una bondad y unos hechos  
a y unas manos. Y tiene un pecho  
de plomo. Y camina ochenta años.

relazado en el subconsciente cuando  
el gusano de una linterna y voces de  
go, crujía la madera de los puentes  
azarnos hasta los colchones, por en-

ó una voz cerca de la puerta.

nuevo.

# RELATOS DE GUASINA

—Sí. —Respondió Rafael.

Simultáneamente nos levantamos José y yo. Adelanté unos pasos y dije:  
—Aquí estamos nosotros.

Apenas se distinguían los cuerpos. Sombras. Estiré los brazos y seguí  
adelante.

—¿Están bien?

Encima de mí respondió Rafael:

—Más o menos.

Les dimos nuestros colchones y fósforos tras fósforos fuimos alumbran-  
do para ver las heridas. Algunas llagas tenían pus. Otras sin costra  
destilaban una sanguaza. Entre llaga y llaga grandes rosetas. La carne  
un tejido deshilachado. Mientras les preguntábamos y revisábamos las  
heridas, el viejo Briceño había hecho una salmuera. Cuando dije que  
teníamos que lavarlas, el viejo me pasó el pote:

—Es lo más indicado en estos casos.

Iniciamos la cura:

—No hemos dormido en tres días —decía Rafael encogiendo las carnes  
al caerle la sal—. Parece que tuviera dientes la plaga de allí.

Tenían fiebre. A veces escalofríos.

—El agua en los tobillos era como unos grilletes. Apretaba. Desgastaba  
la piel. Se ponía blanda y arrugada. Dame un cigarrillo.

Fumó. Terminamos la cura.

—Mañana les contamos. Por ahora debemos dormir.

—Aquí mismo dormirán —dijo José—.

—¿Y ustedes? —preguntó Rafael.

—En estos tres colchones dormiremos nosotros —dijo el viejo Briceño,



JOSE VICENTE ABREU

señalando el suyo y el de su hijo y su nieto—. Duerman tranquilos, ya nos arreglamos —agregó.

Hicimos silencio y prendimos otros fósforos para acomodarnos. Incómodos, pero con una gran alegría por el regreso de Pedro y Rafael. Poco a poco vino el sueño. Una tabla me dividía la espalda en dos. Con la sensación de un filo en la columna, me fuí quedando dormido. Era una anaconda en el sueño.

La montaña está hecha con la tinta verde de la clorofila. Borrosa a veces, turbia, cimbrada de nubes y de lluvia. Surgía de la descomposición del aluvión, de los yerbajos, de las raíces, de las hojas y de las ramas caídas, macilentas, renegridas, huesudas, como una mano acalambrada. En un principio da asco el barro. Pareciera derretirse el pie dentro de él. Como si fuera una raíz, como si regresara a su esencia, como si se metiera por los intersticios y grietas y tomara el cuerpo y se hiciera torrente sanguínea y hueso y carne para secarse en estatua de hombre, en ídolo, en cacharro de religión y de fe a la tierra, a la raíz, a la mano del hombre. Porque son fe en la tierra y el hombre sus ídolos de barro cocido. De este fermento que después estalla en la piel dejando la carne viva, para el más puro contacto con la tierra. Y se ponen las piernas duras, toscas, con sus botas de arcilla quebradiza, fresca. La piel de barro como la piel de un ídolo y los pies y las manos y la cara de barro. Pero en un principio da asco, náuseas, presentimiento de tragadero, de fauces absorbentes, de tentáculo de fardos abismales. Da la impresión de saliva de la tierra. O más bien de mucosa del intestino de la tierra.

En un principio, cuando recién llegamos, bajar a tierra, quería decir al barro. Era de barro todo. El suelo, los árboles, los animales, el hombre, de barro. El sol, una pelota de barro recién salido de un horno. Ya en vías de ladrillo o de cazuela, pero barro al fin. Los hombres de barro cocido por el sol. Los ojos más cocidos, el pelo chamuscado, los dientes refinados. Apenas un guayuco: bronceados, brillantes de sudor. Todos de un mismo color, que es de un mismo quemar. Desconocidas

RELATOS DE GUASINA

las viejas amistades: flacos, negros, llagados, ración de cansancio y de hambre. Las cosas en la caja torácica. Apresurado el paso de los sombreros de paja o recién confeccionados de cemento. La primera impresión es la de otra gente, de otros seres que no son los

—¿Indios? —se pregunta uno ya casi sin ver los rostros comunes?

Pero luego se revela una cara conocida y otras y todas. Detrás de las barracas, acurrucados, espantados, con el temor a un gran suceso de Colón con los indios.

—¿Por qué se esconden de nosotros? ¿Perdido la razón? ¿Amnesia? ¿Temor? Y no se atreven a todos los costados. No refán. Deben haberse ido—. Pero huían de cuando en cuando al ligro. Reaparecía, detrás de una barraca, de cabezas. Cabezas nada más. Desaparecían borraran con viento, zinc y nubes. Y luego cimo de cabezas, surgidas de los filos de

El barro y el hombre es la primera impresión extraña ahora.

Una hora antes de desembarcar nos ponían zapatos lustrosos, el cabello peinado. Era vestir con lo mejor en un traslado. Al fin—. —¿Porque puede ser la última vez que te vea de limpio.

Había trajes muy blancos, de lino, otros de mires, en fin una colección ciudadana. El viento sacaba hilos del peinado.



o y su nieto—. Duerman tranquilos, ya

otros fósforos para acomodarnos. Incó-  
gría por el regreso de Pedro y Rafael.  
na tabla me dividía la espalda en dos.  
la columna, me fuí quedando dormido.

tinta verde de la clorofila. Borrosa a  
es y de lluvia. Surgía de la descomposi-  
os, de las raíces, de las hojas y de las  
gridas, huesudas, como una mano aca-  
asco el barro. Pareciera derretirse el pie  
na raíz, como si regresara a su esencia,  
sticios y grietas y tomara el cuerpo y se  
eso y carne para secarse en estatua de  
de religión y de fe a la tierra, a la raíz,  
on fe en la tierra y el hombre sus ídolos  
nto que después estalla en la piel dejan-  
puro contacto con la tierra. Y se ponen  
sus botas de arcilla quebradiza, fresca.  
de un ídolo y los pies y las manos y la  
ncipio da asco, náuseas, presentimiento  
entes, de tentáculo de fardos abismales.  
a tierra. O más bien de mucosa del in-

n llegamos, bajar a tierra, quería decir  
suelo, los árboles, los animales, el hom-  
ota de barro recién salido de un horno.  
uela, pero barro al fin. Los hombres de  
os más cocidos, el pelo chamuscado, los  
uayuco: bronceados, brillantes de sudor.  
es de un mismo quemar. Desconocidas

las viejas amistades: flacos, negros, llagas los ojos detrás de una perforación de cansancio y de hambre. Las costillas abultando su presencia en la caja torácica. Apresurado el paso. Tímido el reposo. Grandes sombreros de paja o recién confeccionados con cartones y envoltorio de cemento. La primera impresión es la de que se está en presencia de otra gente, de otros seres que no son los conocidos en la calle.

—¿Indios? —se pregunta uno ya casi saltando al barro—. ¿Delincuentes comunes?

Pero luego se revela una cara conocida en medio del barro. Y otra y otra y todas. Detrás de las barracas, acucillados en un tronco, temerosos, espantados, con el temor a un golpe. Uno cree que así fue el suceso de Colón con los indios.

—¿Por qué se esconden de nosotros? —me preguntaba. ¿Habían perdido la razón? ¿Amnesia? ¿Temor? Y para vernos a nosotros miraban a todos los costados. No reían. Debían hablar entre sí —comentaban—. Pero huían de cuando en cuando como una lagartija ante el peligro. Reaparecía, detrás de una barraca, una, tres, cuatro, un racimo de cabezas. Cabezas nada más. Desaparecían de nuevo, como si los borrarán con viento, zinc y nubes. Y luego volvían: más grueso el racimo de cabezas, surgidas de los filos del zinc de las barracas.

El barro y el hombre es la primera impresión. Conocidos ambos pero extraños ahora.

Una hora antes de desembarcar nos poníamos la ropa más limpia, los zapatos lustrosos, el cabello peinado. Es una costumbre en la cárcel vestirse con lo mejor en un traslado. Al menos al final de un traslado: —Porque puede ser la última vez que te vistes. Y si es la última que sea de limpio.

Había trajes muy blancos, de lino, otros muy kaki, pero limpios, casimires, en fin una colección ciudadana. El sol sacaba brillos en los zapatos. El viento sacaba hilos del peinado. Las voces de los guardias



sacaban temores escondidos que se hacían de sudor, de frío, de suplicio desconocido y en presencia.

Primero se pone un pie en el barro y da asco. Se teme al lodo. Se pisa con cuidado. Se buscan los secos en pequeños saltos: un tronco, un cartón, restos de hierba, una lata. Náuseas al poner los pies. Luego se toma confianza con el barro hasta familiarizarse. No se sabe dónde se pisa, pero se pisa, escapa algo debajo de los pies, casi como un reptil, como un sapo, como carne fofa. No hay tiempo de pensar en el barro. La atención está en lo que vendrá. En lo que no se ve, ni se oye, ni se toca, pero se siente. Da asco al principio en las suelas. Después son los pies, las plantas, los dedos y las uñas agarrando como un garfio en lo duro, en lo que está debajo: una rama, un hueso, greda, arena, hierba. Y la piel es de barro. Uno se deja la bota de barro, la cuida, la remienda, porque el barro evita las picadas de mosquito. Entonces el barro es un viejo amigo. Desconocido en un principio como los hombres de guayucos mugrientos y solidificados por el lodo. Y viene el conocimiento de barro y hombre.

—Teníamos prohibido verlos, hablarles, hacer una seña o un gesto. La guardia lo prohibió.

—¿Por qué? ¿No somos presos también?

—Sí, pero hay varias razones —me decía Andrés—. Evitar el contacto de ustedes con los posibles libertados, dar la impresión del más extremo terror, no permitir la comunicación de las condiciones que hemos ido logrando establecer. Por último que no tengan auxilios en cuanto a comida, agua, cigarrillos, medicinas, etc., durante un tiempo.

—No les dio resultado. En menos de una hora rompimos estas prohibiciones.

—Cuando nosotros llegamos —siguió Andrés— duramos varios días en casi incomunicación total con los demás.

—La amenaza constante en estos casos —continuó Andrés— es muy práctica: carretilla doble, plan, calabozo y retardo de libertad, si por casualidad viene la orden en estos días.

Pero había que violar aquello y lo logramos. El río. La inundación no dejaba espacio para la intercomunicación de barracas. Todos fuimos más bien, en el pequeño cono de arcilla que se formaba. En medio de los insultos y amenazas —aunque a veces eran caricias— hubo el abrazo y los saludos, la cigarrillo, la avena, un sombrero, las botas, la fraternidad esclava. No podían impedir que desbordaban las mejores emociones reprimidas. El tiempo oculta en la voz, en las manos, en el alma más aquello que comparte su dolor. El mismo dolor que ellos habían vivido: esa ambición de mar. Porque el río tiene el mar en el invierno. Se sale de cauce. Arrastra vidas, en ese ímpetu inicial por abarcarlo todo. Se trepa en sus barrancas en un deseo de escapar que se quiere escapar con la brisa. Todo quiere esconder debajo de las piedras, en el punto empujado del cauce también. Y la barranca empuja la barranca perseguida. Pero ahora todo en su afán de mar. Y abarcaba, con tormentos y hambre. Mientras más penetraba reducía nuestra vida.

—El río vendrá de noche y acabará esto.

—No puede venir en una noche —dice— en cada segundo. Son segundos de agua.

—Pero vendrá. Flotaremos como desperdicio.

Era pesimista Andrés. A nuestra llegada a su madre y entonces todo se le había vuelto zonas. En los primeros meses de la dictadura. Recibió la noticia en la Cárcel Modelo y



## JOSE VICENTE ABREU

se hacían de sudor, de frío, de suplicio

barro y da asco. Se teme al lodo. Se pisa  
ecos en pequeños saltos: un tronco, un  
lata. Náuseas al poner los pies. Luego  
o hasta familiarizarse. No se sabe dónde  
go debajo de los pies, casi como un reptil,  
fa. No hay tiempo de pensar en el barro.  
drá. En lo que no se ve, ni se oye, ni se  
al principio en las suelas. Después son  
y las uñas agarrando como un garfio en  
: una rama, un hueso, greda, arena, hier-  
no se deja la bota de barro, la cuida, la  
ita las picadas de mosquito. Entonces el  
onocido en un principio como los hombres  
idificados por el lodo. Y viene el conoci-

hablarles, hacer una seña o un gesto. La

¿os también?

—me decía Andrés—. Evitar el contacto  
ertados, dar la impresión del más extremo  
cación de las condiciones que hemos ido  
mo que no tengan auxilios en cuanto a  
edicinas, etc., durante un tiempo.

menos de una hora rompimos estas pro-

—siguió Andrés— duramos varios días  
con los demás.

estos casos —continuó Andrés— es muy  
n, calabozo y retardo de libertad, si por  
estos días.

## RELATOS DE GUASINA

Pero había que violar aquello y lo logramos. En cierto modo contribuyó el río. La inundación no dejaba espacio para el aislamiento. Había intercomunicación de barracas. Todos fuimos concentrados o embutidos más bien, en el pequeño cono de arcilla que dejaba el agua sin invadir. En medio de los insultos y amenazas —alumbrados por el sol y las peñillas— hubo el abrazo y los saludos, las preguntas, las respuestas, el cigarrillo, la avena, un sombrero, las botas, un intercambio de cariño, de fraternidad esclava. No podían impedir este encuentro en donde se desbordaban las mejores emociones reprimidas, la ternura por tanto tiempo oculta en la voz, en las manos, en los ojos, en los gestos. Uno ama más aquello que comparte su dolor. Llegábamos a los límites del mismo dolor que ellos habían vivido: eso que está limitado por el río en su ambición de mar. Porque el río tiene siempre sus ambiciones de mar en el invierno. Se sale de cauce. Arrasa montes, ranchos, comarcas, vidas, en ese ímpetu inicial por abarcarlo todo. Todo lo que en verano se trepa en sus barrancas en un deseo de fuga. Todo. Hasta la arena que se quiere escapar con la brisa. Todo. Hasta el remolino que se quiere esconder debajo de las piedras, entre los abismos del cauce, cerca de su origen subterráneo. Todo. Porque las piedras se rezagan en algún punto empinado del cauce también. Y brota una isla y vegeta y se empina la barranca perseguida. Pero ahora no. Ahora quería abarcarlo todo en su afán de mar. Y abarcaba, con su manta de agua, la isla de tormentos y hambre. Mientras más penetraba el río en la isla más se reducía nuestra vida.

—El río vendrá de noche y acabará esto de una vez —decía Andrés.

—No puede venir en una noche —razonaba José— porque viene en cada segundo. Son segundos de agua los del río.

—Pero vendrá. Flotaremos como desperdicios.

Era pesimista Andrés. A nuestra llegada le comunicamos la muerte de su madre y entonces todo se le había vuelto fatal. Tenía sobradas razones. En los primeros meses de la dictadura había muerto su padre. Recibió la noticia en la Cárcel Modelo y a solicitud de sus familiares



lo trasladaron a su casa. Regresó a la Cárcel deshecho, en la frente una nueva arruga de preocupación. En aquel tiempo, la represión no había llegado a los extremos actuales. Aún existían ciertas consideraciones. Se dejaba ver al padre muerto o a la madre agonizante. Permitían eso. Ahora, ni las noticias telegráficas relativas a estos acontecimientos. Se sabía una muerte, sólo cuando llegaban nuevos presos. Andrés estaba viviendo las dos etapas. A los pocos días de la muerte de su padre lo expulsaron al extranjero. Regresó por la vía de Oriente. Y desde entonces hasta su caída trabajaba en el equipo de radio. Cayó con la emisora. Con él se inició la tortura en el Junquito. A estas muertes, a su expulsión, a su regreso, a la tortura, a su envío a Guasina, venía a sumarse la ruptura con su novia. Ella no lo esperaba ya. Así se lo decía en su última carta. Una carta que ni firmaba siquiera. Lacónica. Pero firme. De allí su pesimismo. Todas las noches, tan pronto encendíamos la fogata que nos servía de centro de reunión, se acercaba con su taburete y permanecía casi todo el tiempo escrutando en las llamas y el humo. Atizaba los troncos sólo para torturar el humo. El humo ahuyentaba los mosquitos, las llamas atraían las mariposas. Pequeñas mariposas. Construídas de ceniza, noche y vuelo. Andrés las miraba inquieto hasta que alguna se dejaba atrapar por las lenguas de fuego. Entonces suspiraba. Aquella reunión era nuestra escuela. Después del trabajo forzado, del ajetreo y el cansancio, continuábamos las discusiones trucas de los calabozos de Seguridad Nacional y los cursos de la Modelo. Ante el fuego, la voz. ¡Marcharán las cosas ahora! Más ricos los ejemplos.

Allí mismo estaban de manifiesto todas aquellas casas que constituían la médula de nuestra crítica. Después de las discusiones venía un intercambio de noticias. Precarias noticias al principio. Más adelante, las cosas que tú nos mandabas. En esos primeros tiempos de aislamiento y temor, la noticia fundamental era el río. Hablábamos de él, en su propio vientre. Porque esta isla no es otra cosa que una escala en el vientre del río. Una escala particular que flota.

—Pero vendrá —repetía Andrés—, flotaremos como un desperdicio.

## RELATOS DE GUASINA

Una manera de llegar al mar también. Siempre le replicaba el negro Chucho:

—¿Y por qué no lo contrario? ¿Por qué aquí?

—No digo que no nos sacará —repetía—, sacará como desperdicio.

—En eso diferimos. Nos puede sacar la inundación. No nos podrán dejar morir, te le brillaban.

—¿Quién dijo eso? —insistía Andrés—, aquí la inundación? ¿Acaso nos han...? ¿Acaso estamos en vacaciones de nuestras recuperación? Aquí nos enviaron a morir por las plagas, por el hambre, por las encías.

—Pero nos sacarán. Ya han comenzado a b... ternos. Yo oí a dos guardias comentando...

Chucho gesticulaba como remedando las abría las manos, estiraba el cuello, dejaba nervioso chupaba su pipa entre palabras y fuego, también.

—Nos han enviado —era una voz ronca—, naturaleza nos consume. Nos triture. Prec... mos querido siempre cambiarla. Aquí nos... la naturaleza. Aquí está ella peor que el... tortura.

Los demás callábamos. Esperábamos que... venir. Sólo Andrés atizaba el fuego. El vie... con las encías, casi metido entre las llama... con un vidrio, tratando de sacar en relie...



a la Cárcel deshecho, en la frente  
a. En aquel tiempo, la represión no  
ales. Aún existían ciertas considera-  
erto o a la madre agonizante. Permi-  
elegráficas relativas a estos aconteci-  
cuando llegaban nuevos presos. An-  
s. A los pocos días de la muerte de  
ro. Regresó por la vía de Oriente. Y  
abajaba en el equipo de radio. Cayó  
la tortura en el Junquito. A estas  
eso, a la tortura, a su envío a Gua-  
on su novia. Ella no lo esperaba ya.  
Una carta que ni firmaba siquiera.  
pesimismo. Todas las noches, tan-  
nos servía de centro de reunión, se  
ecía casi todo el tiempo escrutando  
a los troncos sólo para torturar el  
mosquitos, las llamas atraían las ma-  
struídas de ceniza, noche y vuelo.  
que alguna se dejaba atrapar por las  
aba. Aquella reunión era nuestra es-  
del ajetreo y el cansancio, continuá-  
los calabozos de Seguridad Nacional  
el fuego, la voz. ¡Marcharán las cosas

todas aquellas casas que constituían  
pués de las discusiones venía un in-  
oticias al principio. Más adelante, las  
esos primeros tiempos de aislamiento  
era el río. Hablábamos de él, en su  
no es otra cosa que una escala en el  
ular que flota.

—, flotaremos como un desperdicio.

Una manera de llegar al mar también, siquiera como desperdicio.

Siempre le replicaba el negro Chucho:

—¿Y por qué no lo contrario? ¿Por qué el río no nos puede sacar de aquí?

—No digo que no nos sacará —reafirmaba Andrés—, digo que nos sacará como desperdicio.

—En eso diferimos. Nos puede sacar sanos y salvos. Nos mejorará la inundación. No nos podrán dejar morir aquí—. En la boca, los dientes le brillaban.

—¿Quién dijo eso? —insistía Andrés con sarcasmo—. ¿Sacarnos de aquí la inundación? ¿Acaso nos han enviado en viaje de turismo? ¿Acaso estamos en vacaciones de nuestras actividades? ¿En estación de recuperación? Aquí nos enviaron a morir. A ser liquidados por el río, por las plagas, por el hambre, por las enfermedades, por el hombre.

—Pero nos sacarán. Ya han comenzado a buscar otro sitio en donde meternos. Yo oí a dos guardias comentando la noticia.

Chucho gesticulaba como remedando las llamas. Encogía los brazos, abría las manos, estiraba el cuello, dejaba ver el fuego de sus dientes y nervioso chupaba su pipa entre palabras para avivar el fuego. Humo y fuego, también.

—Nos han enviado —era una voz ronca la de Andrés— para que la naturaleza nos consuma. Nos triture. Precisamente a nosotros que hemos querido siempre cambiarla. Aquí nos acecha tanto el hombre como la naturaleza. Aquí está ella peor que el látigo y la electricidad de la tortura.

Los demás callábamos. Esperábamos que se agotaran ambos para intervenir. Sólo Andrés atizaba el fuego. El viejo Briceño mascaba su tabaco con las encías, casi metido entre las llamas. José labraba una totuma con un vidrio, tratando de sacar en relieve el nombre de sus hijos.



Panchito y su padre, con los ojos muy abiertos, como cazando las palabras con los párpados. Valentín recién iniciado en el paludismo, con los brazos en cruz, sobre el pecho. El catire ensimismado, indefinidos los ojos.

—Pero buscan otro sitio —dijo con timidez el negro Chucho.

—Otro sitio de tortura —comentó Andrés con amargura.

—Exactamente —dijo Rafael.

—Entonces será más benigna la naturaleza —insistió Chucho recordando que era maestro rural.

—Te equivocas, Chucho. De aquí nos sacarán a trabajar a otro sitio cuando ya no quede un solo espacio seco de trabajo, pero regresaremos a dormir y comer aquí. Sitios para el trabajo forzado, solamente, eso es lo que buscan. No es para darnos mejor vida o sacarnos de las garras del río, sino para complementar, para mejorar las condiciones de flagelación y aniquilamiento.

—Dicen que están reconstruyendo la cárcel de Barrancas —dejó en el aire Chucho.

—Eso no pasa de ser una aspiración de la Guardia. Ellos le temen tanto a la inundación como nosotros. Saben que de salir nosotros salen ellos.

—Pero no pueden dejarlos morir a ellos también, en todo caso.

—¡Claro que no!

—Entonces, por ellos pueden sacarnos.

—¡No, Chucho, no! Mientras nosotros vivimos en estas barracas inundadas, en este caney improvisado sobre estacas, ellos viven sobre una gabarra. Las barracas no flotan como la gabarra del Comando.

—Pero las plagas también los acosan.

—Y la plaga también les aumenta las promesas de cambio, de ascenso,

de porvenir, de tiras, de odio contra nosotros aquí porque nosotros estamos aquí. Ellos somos los culpables de su estada de vigilia, nosotros no existieran en estas condiciones plagas ni hambre ni campos de concentración.

—Todo el mundo dice —ya despersonaliza que la inundación nos sacará de aquí.

—Todo el mundo está equivocado. A nosotros nos envió Seguridad Nacional en plena guerra que nosotros cómo se inunda esta isla cuando nos enviaron. No los animaba otra cosa que la guerra colectiva. Pretenden que el río nos aniquile y lavan las manos.

Hubo un corto silencio. A un metro de la orilla impulsada por el rumor del río. Primeramente luego lo cubría una débil capa líquida. Ante el fuego, el viejo Briceño entraba donde llegaba el agua. Así medíamos el avance. A veces eran dos metros de avance. A veces hoy había sobrepasado la marca alarmante el agua rastreaba la marca.

—¿Qué? ¿No encuentras la estaca, viejo?

—¡No!

—Estará flotando. O la echarían estos al

—Aquí está —dijo el viejo—. Uno, dos, zancadas —cuatro— el agua a los tobillos empujón! Si sigue así esta noche, ¡ni tiempo!

—No hay por qué alarmarse —dijo José— arrastrará.

—¡Claro que no! —dijo el viejo Briceño



JOSE VICENTE ABREU

os muy abiertos, como cazando las pa-  
n recién iniciado en el paludismo, con  
cho. El catire ensimismado, indefinidos

o con timidez el negro Chucho.

entó Andrés con amargura.

naturaleza —insistió Chucho recordan-

quí nos sacarán a trabajar a otro sitio  
pacio seco de trabajo, pero regresaremos  
para el trabajo forzado, solamente, eso  
nos mejor vida o sacarnos de las garras  
r, para mejorar las condiciones de fla-

do la cárcel de Barrancas —dejó en el

ción de la Guardia. Ellos le temen tanto  
Saben que de salir nosotros salen ellos.

ir a ellos también, en todo caso.

sacarnos.

nosotros vivimos en estas barracas inun-  
do sobre estacas, ellos viven sobre una  
como la gabarra del Comando.

acosan.

ta las promesas de cambio, de ascenso,

RELATOS DE GUASINA

de porvenir, de tiras, de odio contra nosotros. Ellos creen que están  
aquí porque nosotros estamos aquí. Ellos dicen también, que nosotros  
somos los culpables de su estada de vigilancia en esta isla. Dicen que sin  
nosotros no existieran en estas condiciones y no habría Guasina, ni  
plagas ni hambre ni campos de concentración.

—Todo el mundo dice —ya despersonificaba Chucho sus intenciones—  
que la inundación nos sacará de aquí.

—Todo el mundo está equivocado. A nosotros, a este último lote,  
nos envió Seguridad Nacional en plena creciente. Ellos saben mejor  
que nosotros cómo se inunda esta isla cada año. Y, sin embargo, nos  
enviaron. No los animaba otra cosa que la premeditación de un crimen  
colectivo. Pretenden que el río nos aniquile a todos, mientras ellos se  
lavan las manos.

Hubo un corto silencio. A un metro de nosotros el agua avanzaba  
impulsada por el rumor del río. Primero se humedecía el aluvión,  
luego lo cubría una débil capa líquida. Siempre que nos sentábamos  
ante el fuego, el viejo Briceño enterraba una pequeña marca hasta  
donde llegaba el agua. Así medíamos el avance de la inundación. A  
veces eran dos metros de avance. A veces nada: centímetros. Pero  
hoy había sobrepasado la marca alarmantemente. El viejo Briceño en  
el agua rastreaba la marca.

—¿Qué? ¿No encuentras la estaca, viejo? —le gritó José.

—¡No!

—Estará flotando. O la echarían estos alarmistas al fogón.

—Aquí está —dijo el viejo—. Uno, dos, tres —caminaba a grandes  
zancadas —cuatro— el agua a los tobillos —cinco pasos y pico. ¡Buen  
empujón! Si sigue así esta noche, ¡ni tiempo de flotar vamos a tener!

—No hay por qué alarmarse —dijo José—. De una sola vez no nos  
arrastrará.

—¡Claro que no! —dijo el viejo Briceño.



JOSE VICENTE ABREU

Caían algunas gotas. En las llamas se apagaba su frío, su vuelo. Como mariposas de agua. De tempestad, de truenos y relámpagos. Hasta aquí llegaban sus alas, su voz líquida, de mar desintegrado. De torrente repartido. De bosque precipitado. Grandes estas mariposas de lluvia. A veces desatinaban el fuego y caían en la nariz, en el pelo, en la mano, estirándose como una amiba sobre la piel. Guardamos el silencio que merece el inicio de la lluvia. Casi sin respirar como para evitar su risa sobre el agua de la inundación. No respirar. No moverse. Ver el fuego solamente. La llama debatiéndose en cada gota, estirándose, elevándose a cada instante para combatirla más cerca de su origen. Como si quisiera —el fuego, la llama— alcanzarlas antes que llegaran a destino, antes que entraran, en la brasa, en la ceniza, en la tierra recalentada y seca. Apenas los ojos abiertos, enrojecidos de fuego. Porque la lluvia hinchaba al río como a una semilla. Esponjaba la piel del río. Le entregaba un furor de crecimiento y liberación. El río entonces era un mar. No había horizontes de un extremo de lluvia a otro. No había sino aquella risa apagada, continua, vaporosa entre lluvia y río. Grandes gotas: el fuego graneado de la artillería de la lluvia. Grandes, gruesas, forzudas como un primer ensayo. Después sería menuda, fina, continua hasta rellenar un pozo, otro pozo, la laguna, el río, la huella, el surco. Y cogía el camino del torrente, entonces río, también, inundación, anillo líquido, asfixiante, torrentoso.

—Lloverá toda la noche —dije.

—Sí —agregó Andrés—. Siempre llueve de noche. ¡Ni la lluvia nos favorece! ¡Si lloviera de día no trabajaríamos!

—¿No trabajaríamos? —preguntó Valentín entre temblor y temblor de las quijadas palúdicas.

—¿Y ayer? ¡Ayer llovía y trabajamos! Yo tenía fiebre.

—Salimos a trabajar pero no trabajamos. Nos cae toda la lluvia, pero no trabajamos. Los guardias por cuidarse de la lluvia no ven si trabajamos o no. Ellos se conforman con vernos mover entre la lluvia.

RELATOS DE GUASINA

—Eso sí —ratificó Valentín—. Le tem

—Llueve sólo de noche. Ni en eso nos a la hora de descanso llueve, como si se tortura.

—Pero la noche es más fresca cuando quemamos los hornos que tenemos por do

—Si no cayeran gotas fuera una felicidad bligo con una precisión telescópica. — tragedia.

Nos levantamos cuando ya la lluvia ve pagos. Todo era de carbón. El agua in poco a poco. Por encima la lluvia, por quedaría más que agua y los leños flo encontrar en pocos minutos el camino como un mensaje de vida, de palabras sitio para nuestra hoguera.

Desde el primer día, el agua había ve noches consumía nuestro espacio. Nos queña faja seca. La primera semana qu el río quería estar con nosotros. Nos p netrar en nuestro diálogo. Como si fuera al aluvión de su propio cauce. Y nosotros voz de agua dulce. Su voz levantisca qu en un solo grito. Hoy aquí, mañana que no teníamos sitio para nuestra ho puertas de nuestra propia barraca. Mañ agua corriente en la puerta. Y desde en Blanqueando las piernas. Ablandándolas. curtido por el sol. Fuego por encima, consumiendo nuestro fuego ahora.

Era poco lo que quedaba seco. Dos de



as se apagaba su frío, su vuelo. Como  
l, de truenos y relámpagos. Hasta aquí  
la, de mar desintegrado. De torrente  
o. Grandes estas mariposas de lluvia.  
añan en la nariz, en el pelo, en la mano,  
bre la piel. Guardamos el silencio que  
si sin respirar como para evitar su risa  
No respirar. No moverse. Ver el fuego  
se en cada gota, estirándose, elevándose  
más cerca de su origen. Como si qui-  
canzarlas antes que llegaran a destino,  
en la ceniza, en la tierra recalentada y  
enrojecidos de fuego. Porque la lluvia  
milla. Esponjaba la piel del río. Le en-  
o y liberación. El río entonces era un  
un extremo de lluvia a otro. No había  
ua, vaporosa entre lluvia y río. Grandes  
artillería de la lluvia. Grandes, gruesas,  
ayo. Después sería menuda, fina, conti-  
ro pozo, la laguna, el río, la huella, el  
torrente, entonces río, también, inunda-  
torrentoso.

e.

mpre llueve de noche. ¡Ni la lluvia nos  
no trabajaríamos!

antó Valentín entre temblor y temblor

bajamos! Yo tenía fiebre.

abajamos. Nos cae toda la lluvia, pero no  
uidarse de la lluvia no ven si trabajamos  
vernos mover entre la lluvia.

—Eso sí —ratificó Valentín—. Le temen a la lluvia.

—Llueve sólo de noche. Ni en eso nos beneficia la naturaleza. Siempre  
a la hora de descanso llueve, como si se rigiera por nuestro horario de  
tortura.

—Pero la noche es más fresca cuando llueve —agregó Chucho—. No  
quemamos los hornos que tenemos por dormitorio, las barracas.

—Si no cayeran gotas fuera una felicidad. A mí me cae una en el om-  
bligo con una precisión telescópica. —Sonreía Pedro de su pequeña  
tragedia.

Nos levantamos cuando ya la lluvia vencía al fuego. No había relám-  
pagos. Todo era de carbón. El agua invadía nuestro sitio de reunión  
poco a poco. Por encima la lluvia, por debajo la inundación. Pronto no  
quedaría más que agua y los leños flotando de un lado a otro hasta  
encontrar en pocos minutos el camino del mar. Nuestros leños al mar  
como un mensaje de vida, de palabras, de angustia. Ya no quedaba  
sitio para nuestra hoguera.

Desde el primer día, el agua había venido reduciéndonos. Todas las  
noches consumía nuestro espacio. Nos haría nómadas en aquella pe-  
queña faja seca. La primera semana quisimos estar junto al río. Ahora  
el río quería estar con nosotros. Nos perseguía. Como si quisiera pe-  
netrar en nuestro diálogo. Como si fuera él, uno más, atado a la tierra,  
al aluvión de su propio cauce. Y nosotros le temíamos. Evitábamos su  
voz de agua dulce. Su voz levantisca que quería alcanzarlo todo como  
en un solo grito. Hoy aquí, mañana allá, un paso, otro paso, hasta  
que no teníamos sitio para nuestra hoguera. Esta última era a las  
puertas de nuestra propia barraca. Mañana nos lavaremos la cara con  
agua corriente en la puerta. Y desde entonces todo el día en el agua.  
Blanqueando las piernas. Ablandándolas. El tronco renegrido, tostado,  
curtido por el sol. Fuego por encima, agua por debajo como se venía  
consumiendo nuestro fuego ahora.

Era poco lo que quedaba seco. Dos de las cuatro barracas. El caney



JOSE VICENTE ABREU

había desaparecido de su sitio inicial y lo habíamos construido en el único lugar seco. Guasinita, un caney sobre estacas que habíamos construido, podía soportar toda la inundación. Un gran palafito ritual. Habíamos fabricado a Guasinita en plena laguna. Profunda el agua que pasaba debajo de sus trojes. Los horcones los habíamos metido a presión con un martillete que construimos. Para llegar hasta allí hicimos un puente de más de cien metros de largo. Apenas podía pasar un hombre. Pero era un puente. Todo sobre el agua. Tapaba un hombre el agua allí en Guasinita. Y allí vivían los viejos fundadores de Guasina. Cerca de un año llevaban en la isla. Ellos soportaron la más cruel tortura, los más salvajes métodos de liquidación. Quedaban ochenta de los 446 que trajeron en el primer viaje. Obreros y campesinos éstos.

Más a la orilla de la laguna también sobre estacas, estaba el depósito y la dirección. Más veloz el agua en este sitio, donde se unía la laguna y el río. De allí salían las órdenes vestidas de verde. Todo lo humanamente posible para liquidar al hombre. Ya irás conociendo los autores.

En la barraca número uno seguíamos nosotros sobre estacas. El agua podrida, estancada, maloliente, se evaporaba con las tardes, como un vaho infecto. Al lado, la otra barraca inundada, era el degredo. Allí estaban los enfermos: tifus, tuberculosis, beri-beri, pelagra, llagas desconocidas, paludismo, malaria, etc. La disentería no se consideraba una enfermedad. Lo mismo que las úlceras en el estómago, llagas comunes, gripes, insolación, etc. Con ellas se podía trabajar —según la Guardia—. A esta barraca la llamábamos el “Palacio de las Moscas”. Allí se moría o se vivía entre moscas. Quien podía sostenerse huía de ellas al trabajo como quien se libera de la muerte.

Valentín sólo pasó dos días en ella. Tan pronto se habituó a la fiebre de su paludismo volvió al trabajo:

—Prefiero esto que esa muerte —decía—. Prefiero morir de pie.

—Pero soporta eso —le decía.

RELATOS DE GUASINA

—No puedo. Allí no se muere de la enfermedad de la atmósfera. El aire es de lepras, de tifoidea. Uno prefiere no respirar. Lo esperamos a los temblores de la fiebre. Por eso nos unimos.

Las otras dos barracas están divididas: una para el objeto. Allí vive parte del segundo grupo. En la otra la división obedece a una división de obreros. Del otro, la “especial”. En la especial no tienen trabajo forzado. Juegan, comen bien, duermen y defecan. Ni estudian. Yo sentaré de cuerpo entero. Al lado de esta barraca. Y enfrente la gabarra sobre el río. General a la Guardia. El espacio seco entre las barracas mide cuatro metros por cuatro de ancho. Lo demás, agua.

Los ranchos que nos sirven para descansar los hemos construido sobre estacas. Estamos en un palafito. Y todo esto cercado de alambre de púa. Una cinta de alambre entre los ojos. Un río, la distancia, la guardia, todo de alambre.



ial y lo habíamos construido en el  
caney sobre estacas que habíamos  
inundación. Un gran palafito ritual.  
en plena laguna. Profunda el agua  
los horcones los habíamos metido a  
construimos. Para llegar hasta allí hi-  
metros de largo. Apenas podía pasar  
odo sobre el agua. Tapaba un hom-  
allí vivían los viejos fundadores de  
en la isla. Ellos soportaron la más  
dos de liquidación. Quedaban ochen-  
primer viaje. Obreros y campesinos

én sobre estacas, estaba el depósito  
en este sitio, donde se unía la laguna  
s vestidas de verde. Todo lo huma-  
mbre. Ya irás conociendo los autores.

mos nosotros sobre estacas. El agua  
evaporaba con las tardes, como un  
raca inundada, era el degredo. Allí  
culosis, beri-beri, pelagra, llagas des-  
La disentería no se consideraba una  
eras en el estómago, llagas comunes,  
podía trabajar —según la Guardia—.  
Palacio de las Moscas". Allí se moría  
hía sostenerse huía de ellas al trabajo  
te.

a. Tan pronto se habituó a la fiebre  
o:

—decía—. Prefiero morir de pie.

—No puedo. Allí no se muere de la enfermedad que se padece sino de la atmósfera. El aire es de lepras, de tifus, de tuberculosis, de muerte. Uno prefiere no respirar. Lo esperamos. Y volvió al trabajo entre los temblores de la fiebre. Por eso nos urgía el "ARALEN".

Las otras dos barracas están divididas: en una la división no tiene objeto. Allí vive parte del segundo grupo, indiscriminadamente. Pero en la otra la división obedece a una división de clases. De un lado, obreros. Del otro, la "especial". En la especial los mimados de la dirección. No tienen trabajo forzado. Juegan al ajedrez, pescan, se alimentan bien, duermen y defecan. Ni estudian siquiera. Ya te los presentaré de cuerpo entero. Al lado de esta barraca está la planta eléctrica. Y enfrente la gabarra sobre el río. Ella le sirve de Cuartel General a la Guardia. El espacio seco entre las barracas no llega a veinte metros por cuatro de ancho. Lo demás, agua. Agua que crece cada día.

Los ranchos que nos sirven para descansar y rehacer la comida, los hemos construido sobre estacas. Estamos en una etapa superior del palafito. Y todo esto cercado de alambre de púas. No se ve sino como una cinta de alambre entre los ojos. Un cerco, otro cerco, el agua, el río, la distancia, la guardia, todo de alambre...



### 3

Y así fue la noche. Una noche líquida. Oscuridad de agua, de vapor, de nubes de carbón. Venía del agua de todos los confines de la tierra. Desde el Guainia, desde el Ventuari, desde el Casiquiare, de donde es el Vichada, el Atabapo, el Apure, el Caroní. Brotaba de la tierra y de arriba, de lo más oscuro de las nubes. Luego se tejía con la arcilla y con la yerba, y primero dibujaba con calma, un hilo, otro hilo, una figura de agua que lamía las raíces, que se extendía caracol, diseño de aborigen, rayas de la niñez sobre la greda, sobre la arena, en el terraplén apisonado de sudor y carretillas, en donde caía la planta seca, quemante como un ladrillo retorcido por el calor.

Así fue la noche.

Las pisadas de la lluvia retumbaban en tropel sobre el zinc de las barracas como si caminara sobre nuestra piel. Porque sonaba a hojas secas la sangre desbordante en la sien. Sonaba como hormigas en mudanza. Millares de hormigas. O billones de ciempiés crujientes unos encima de otros, atropellados, alocados, hambrientos. Sonaba la sangre como sonaba la lluvia.

Afuera los leños entrechocaban entre sí, golpeaban las barracas, los árboles, los alambres, un tropel en busca de salida. Crujían los árboles junto con la brisa. Inquietud de raíces. Cedía el terraplén, cedía la yerba, cedían los árboles. Las oleadas golpeaban el concreto de las barracas con furia de martinete. Cada vez que se rompían las nubes en



un relámpago, veíamos el avance de las aguas desde la boca de las barracas. Alumbraba como un cocuyo gigantesco. Y se veía el torrente acribillado por la lluvia, ciego, gaiopante, a veces un árbol como crines. A veces un puente, a veces un rancho, a veces una lata, un animal ahogado, desperdicios, lo que encontró a su paso.

Así debieron ser los diluvios de la primera edad de la tierra.

Una gota apuraba las otras, un bloque de agua otro bloque, con urgencias mágicas de cataclismo. Creíamos que el agua podía levantarnos de las trojes de un momento a otro. Varias veces metí la mano por entre las rendijas para precisar su crecimiento. Casi en el mismo sitio. No se movía el agua, dentro de las barracas. En calma. Un contraste, casi una burla amarga: permanecía en su sitio. Casi tenía la impresión de un barco en naufragio. Pensaba que podía destaparse el piso y brotar el agua. Dos días atrás ocurrió en un rancho. El agua comenzó a manar hasta reventar como una espiga. Una herida: la sangre del río a borbotones, ¿cómo curar esa herida en la tierra?

—Ahora puede suceder así —pensaba—. Puede suceder.

Y apenas sonaba el pensamiento en el cerebro. Porque no se oía ni dentro de uno mismo. Todo lo invadía la lluvia y el torrente.

Y así fue la noche.

Muy pocos dormían. Algunos permanecíamos sentados en los colchones mirando por la boca de la barraca. En espera del relámpago. En espera del agua. Puntuales en la cita con el río. Y no hablábamos tampoco. No teníamos sino oídos para la voz de la lluvia. Era voz de gatos sobre el zinc.

—No se piensa tampoco —intenté pensar— la lluvia piensa por nosotros. Ella que es la amante del río... ¡Amor de muchas gotas!

No supe ni cuándo me dormí ni cuándo terminó la lluvia. Me despertó la campana para la cuenta. Apenas quedaban las barracas. Nos hi-

cieron formar por turnos en el montículo único que quedaba seco. Como siempre boca en boca y penetrando cada uno el número y se comenzaba por el uno otra se equivocaban después de esa cifra.

Un día normal como cualquier otro, pero rostros, en la voz, en las palabras. Mucho de las aguas en la noche anterior, no quedaba espacio para el trabajo forzado corría la voz:

—¡Hoy no hay trabajo!

—¡Viva el río!

—Tendrán que sacarnos.

Pero la desilusión no se dejó esperar. Llamaron la campana para el trabajo. Cuadreros, montañas, de leña, de carpinteros, de co-

—Carretilla...

—¿Carretilla? —se preguntaba la mayoría dónde podemos trabajar con carretillas?

—Al agua, maricones, al agua.

Carretillas de agua, anfibias. Y fuimos oblijados, perezosos, el desgano en el frío baladiza que se escapaba debajo de las carretillas al agua. Ahora no chirriaban entre paso y paso. Quedaba detrás de espuma que recién se dibujaba y desahucio la greda, o la arena, o el polvo. Era un dejar huellas sobre la piel del agua, aque que se dejaba punzar con el pie, roer con para cerrarse enseguida en nuevo tejido,



JOSE VICENTE ABREU

e de las aguas desde la boca de las  
cuyo gigantesco. Y se veía el torrente  
opante, a veces un árbol como crines.  
rancho, a veces una lata, un animal  
encontró a su paso.

primera edad de la tierra.

bloque de agua otro bloque, con ur-  
reíamos que el agua podía levantarnos  
otro. Varias veces metí la mano por  
a crecimiento. Casi en el mismo sitio.  
las barracas. En calma. Un contraste,  
a en su sitio. Casi tenía la impresión  
saba que podía destaparse el piso y  
currió en un rancho. El agua comenzó  
na espiga. Una herida: la sangre del  
a herida en la tierra?

ensaba—. Puede suceder.

o en el cerebro. Porque no se oía ni  
adía la lluvia y el torrente.

rmanecíamos sentados en los colchones  
aca. En espera del relámpago. En es-  
cita con el río. Y no hablábamos tam-  
para la voz de la lluvia. Era voz de

enté pensar— la lluvia piensa por  
del río... ¡Amor de muchas gotas!

cuándo terminó la lluvia. Me despertó  
penas quedaban las barracas. Nos hi-

RELATOS DE GUASINA

cieron formar por turnos en el montículo de la bandera que era lo  
único que quedaba seco. Como siempre fue caminando el número de  
boca en boca y penetrando cada uno en la barraca. Hasta veinte el  
número y se comenzaba por el uno otra vez, porque los campesinos  
se equivocaban después de esa cifra.

Un día normal como cualquier otro, pero había optimismo en los  
rostros, en la voz, en las palabras. Muchos creían que por el avance  
de las aguas en la noche anterior, no trabajaríamos. En realidad no  
quedaba espacio para el trabajo forzado. En todas las "colas" se  
corría la voz:

—¡Hoy no hay trabajo!

—¡Viva el río!

—Tendrán que sacarnos.

Pero la desilusión no se dejó esperar. Más temprano que nunca to-  
caron la campana para el trabajo. Cuadrillas de puentes, cuadrillas de  
montañas, de leña, de carpinteros, de conuco y de piedra... y...

—Carretilla...

—¿Carretilla? —se preguntaba la mayoría—. Debe ser un error. ¿En  
dónde podemos trabajar con carretillas?

—Al agua, maricones, al agua.

Carretillas de agua, anfibias. Y fuimos con las carretillas al agua. Ne-  
gligentes, perezosos, el desgano en el frío de los pies, en la arcilla res-  
baladiza que se escapaba debajo de las plantas. Una, veinte, cincuenta  
carretillas al agua. Ahora no chirriaban. Apenas se movía la rueda  
entre paso y paso. Quedaba detrás de los pasos una pequeña estela  
de espuma que recién se dibujaba y desaparecía. No era la cinta sobre  
la greda, o la arena, o el polvo. Era una cicatriz que se cerraba sin  
dejar huellas sobre la piel del agua, aquella piel movediza, inquieta,  
que se dejaba punzar con el pie, roer con la rueda, herir con el sudor  
para cerrarse enseguida en nuevo tejido, casi como una amarra en la



rueda, como un grillete en el pie, como un ancla suave que se deja arrastrar.

El trecho era largo. Siempre en el agua. Escalonando de altos y bajos, hoyos profundos, corrientes, barro podrido, arena —una arena que mastica los pies hasta convertirlos en roca molida, minerales dispersos— basura fermentada, latas, vidrios, espinas, ramas, huesos, raíces, nunca el mismo suelo debajo de la misma planta. Nunca. Y oscilaba el agua: a los tobillos, a las rodillas, a los tobillos, cerca de los gemelos, a la cintura, todo el cuerpo, se cae, se para, la corriente arrolla y deposita cerca de los alambres. Duelen los riñones como si giraran en la rueda de la carretilla, en el círculo de la cintura. Como si se hubiesen desprendido y flotaran por dentro en una corriente ciega. Los riñones son de plomo derretido, o de carne triturada y vuelta a triturar, o de estiércol quemado en una llama inagotable. Y si se descansa, son de alfileres, o descansan en la boca de un hormiguero. Los riñones.

Cargábamos la carretilla en el lugar más profundo, en donde los primeros días habíamos depositado las piedras. Allí la corriente empujaba con fuerza. Hacía perder el equilibrio, caíamos. El lugar de descarga estaba alrededor de las barracas, en el rancho de la cocina y cerca de la dirección. Tres sitios distintos. Cada uno significaba la más cruel tortura que podía existir.

—Hay que parar el río —había dicho el subdirector—. De lo contrario nos ahogamos.

Y había que parar al Orinoco, al Orinoco, con pequeñas carretillas de piedra. Tan pronto caía el puñado de piedras en el lugar indicado, la corriente la dispersaba y se la llevaba en las mil combinaciones de sus manos. No quedaba una sola. Todas seguían el rumbo del torrente. Un solo dolor en la verija, un solo quejido. Había que recogerlas cerca del alambre adonde iba a dar la corriente más violenta, para evitar un desenlace fatal. Lo sacábamos. Había insultos, patadas, planazos en el herniado para comprobar el desmayo o el dolor y entonces

lo sustituíamos por otro. Como un relevo de la tortura. Caía uno, caía otro, el planazos como una llovizna permanente, el como si quisiera evaporarlas con el agua. No sola risa, ni una mirada de mutua compasión, ni carretilla, sólo la corriente que es peor que la carretilla, la caída, el deslizamiento, los riñones más pesado que las piedras.

Los guardias en garitas y sobre puentes impenetrables, más pesados que el sol, insensibles, el círculo de una caída, de un resbalón, de una carretilla, de un barro y tirada por un hombre de fuerzas agotadas, en la desesperación, en la más enloquecedora.

Realmente, ¿qué somos? ¿Qué son? ¿Somos?

Ante el montón de piedra, cargando la carretilla. Desde que entramos al agua con nuestras carretillas, desde que nos hemos separado por el agua. En rutas distintas.

—Tenemos que hacer algo —le dije—. Esto.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó.

—Un paro. Una huelga. Cualquier cosa.

—¡Cualquier cosa puede ser la muerte!

—La muerte antes que esto. Nos liquidan. Eso.

—Eso es desesperación. Si reaccionamos nosotros.

—¡Pero es que nos están liquidando!

—Hay que tener fuerzas para no dejarse liquidar. Los destruirán al menor intento y queda solo la vida en la actualidad.

—Pero si ya han caído siete herniados y cinco en los riñones. Pronto seremos todos.



JOSE VICENTE ABREU

el pie, como un ancla suave que se deja

en el agua. Escalonando de altos y bajos, barro podrido, arena —una arena que vertirlos en roca molida, minerales desperas, vidrios, espinas, ramas, huesos, raíces, o de la misma planta. Nunca. Y oscilaba rodillas, a los tobillos, cerca de los ge- cuerpo, se cae, se para, la corriente arrolla mbres. Duelen los riñones como si giraran en el círculo de la cintura. Como si se hu- por dentro en una corriente ciega. Los tido, o de carne triturada y vuelta a tri- do en una llama inagotable. Y si se des- cansan en la boca de un hormiguero. Los

el lugar más profundo, en donde los pri- ado las piedras. Allí la corriente empujaba equilibrio, caíamos. El lugar de descarga acas, en el rancho de la cocina y cerca de tintos. Cada uno significaba la más cruel

bía dicho el subdirector—. De lo contrario

oco, al Orinoco, con pequeñas carretillas el puñado de piedras en el lugar indicado, se la llevaba en las mil combinaciones de sola. Todas seguían el rumbo del torrente. a, un solo quejido. Había que recogerlas ba a dar la corriente más violenta, para o sacábamos. Había insultos, patadas, pla- mprobar el desmayo o el dolor y entonces

RELATOS DE GUASINA

lo sustituíamos por otro. Como un relevo de la muerte, de la muti- lación, de la tortura. Caía uno, caía otro, el río seguía creciendo, los planazos como una llovizna permanente, el sol chupando las carnes, como si quisiera evaporarlas con el agua. No había una sola voz, una sola risa, ni una mirada de mutua compasión. Sólo el agua, sólo la ca- rretilla, sólo la corriente que es peor que un grillete, sólo la fuerza ahogada, la caída, el deslizamiento, los riñones, el sol, el sol encima más pesado que las piedras.

Los guardias en garitas y sobre puentes improvisados, vigilantes, ace- chantes, más pesados que el sol, insensibles, divertidos ante el espec- táculo de una caída, de un resbalón, de una carretilla embutida en el barro y tirada por un hombre de fuerzas agotadas, casi en la agonía, en la desesperación, en la más enloquecedora ruina humana.

Realmente, ¿qué somos? ¿Qué son? ¿Somos seres humanos?

Ante el montón de piedra, cargando la carretilla, pude hablar con José. Desde que entramos al agua con nuestras carretillas habíamos perma- necido separados por el agua. En rutas distintas.

—Tenemos que hacer algo —le dije—. Esto es la muerte.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó.

—Un paro. Una huelga. Cualquier cosa.

—¡Cualquier cosa puede ser la muerte!

—La muerte antes que esto. Nos liquidan. Eso es todo... —respondí.

—Eso es desesperación. Si reaccionamos nos liquidan como ratas.

—¡Pero es que nos están liquidando!

—Hay que tener fuerzas para no dejarse liquidar. Aquí nos matarán, nos destrozarán al menor intento y queda solucionado el problema que somos en la actualidad.

—Pero si ya han caído siete herniados y cinco con no sabemos qué cosa en los riñones. Pronto seremos todos.



JOSE VICENTE ABREU

—Pero no muertos. Aún vivimos. Seremos todos si nosotros no sabemos tomar medidas.

—La mejor medida es la huelga.

—Precisamente lo que ellos quieren. Esto es una provocación.

—¿Entonces qué?

—Alargar los viajes. Retardar. Menor carga. Subir a los puentes. Evitar seguir por el lodo y la corriente.

—Al menos eso es algo...

—Sí. Algo. La huelga sería parcial. Recuerda que aquí no somos más de cincuenta. Que hay privilegios y conciliaciones entre los "especiales" y la dirección. Una huelga nuestra sería tomada como una sublevación, un alzamiento, un motín.

—Está bien.

—Hay que correr la voz. Retardar el paso, cargar menos, buscar los puentes. Dispersar la piedra aquí en el montón, para que la corriente se la lleve.

Nosotros mismos iniciamos este tipo de trabajo. Al tercer viaje todos lo poníamos en práctica. Hubo planazos, amenazas, dos para el calabozo. Pero logramos montar las carretillas por los puentes, descansar y retardar el trabajo. Mientras unos estaban en el montón de carga, otros esperábamos en el sitio de descarga. Esto se justificaba porque sobre los puentes no cabían las carretillas sino en fila india. Sonreíamos. Volvía de nuevo la vida, la confianza en nuestras propias fuerzas.

Refinamos la negligencia hasta tal punto que al día siguiente no encontraron otra fórmula que la de los sacos. Nos distribuían a todo lo largo de la corriente en una gran cadena humana para pasar los sacos de mano en mano desde el montón de piedra hasta el sitio de descarga. El agua reblandecía la piel. Los pies se agrietaban. Las piernas insen-

RELATOS DE GUASINA

sibles, sembradas como un árbol. Eran Porque las plantas se adherían a la greda sobre las rocas. Cabellos revueltos, mar el estómago rugiente y dolorido por el h uno rumiando sus propios sentimientos, las vueltas de la corriente se dibujara la

Ahora éramos cien en una gran cadena.

Una culebra de doscientas patas, de cien a cuestras. Y el rostro de cada uno era di la misma. Y los amores eran distintos miento. Cien bocas apretadas para no de campesinos y estudiantes: a doscientas p llegaba el agua. Color de azúcar, color de de comestible el río. Se iba poniendo as trico. Porque el río es del color del ham da sed el sol, como hace sangrar el saco.

Mi vecino era un obrero del Portuario de y sin embargo, no tenía más curvas que así le llamaban porque era su número en daron los callos en las manos primero qu saco, sangraba. Pero no se quejaba. Sola

—Me sangra la mano por segunda vez en

—Dentro de poco —lo consolé— como segunda vez.

—¿Entonces usted también es del puerto

—Más o menos —respondí vagamente—. ser de puerto para sangrar.

—¡Ah! —dijo mientras me pasaba el sa grado sino aquí?



JOSE VICENTE ABREU

s. Seremos todos si nosotros no sa-

eren. Esto es una provocación.

menor carga. Subir a los puentes. Evi-  
ente.

arcial. Recuerda que aquí no somos  
ilegios y conciliaciones entre los "es-  
uelga nuestra sería tomada como una  
motín.

dar el paso, cargar menos, buscar los  
í en el montón, para que la corriente

tipo de trabajo. Al tercer viaje todos  
planazos, amenazas, dos para el ca-  
as carretillas por los puentes, descan-  
tras unos estaban en el montón de  
sitio de descarga. Esto se justificaba  
abían las carretillas sino en fila india.  
vida, la confianza en nuestras propias

tal punto que al día siguiente no en-  
de los sacos. Nos distribuían a todo lo  
an cadena humana para pasar los sacos  
tón de piedra hasta el sitio de descarga.  
s pies se agrietaban. Las piernas insen-

RELATOS DE GUASINA

sibles, sembradas como un árbol. Eramos de raíces. O ventosas. Porque las plantas se adherían a la greda con la firmeza de un pulpo sobre las rocas. Cabellos revueltos, manos de araña, camisa de sal, el estómago rugiente y dolorido por el hambre. Sólo guayucos —cada uno rumiando sus propios sentimientos, ensimismados—, como si en las vueltas de la corriente se dibujara la película de los recuerdos.

Ahora éramos cien en una gran cadena.

Una culebra de doscientas patas, de cien soles encima, de mil hambres a cuestras. Y el rostro de cada uno era distinto, aunque el hambre, era la misma. Y los amores eran distintos aunque era el mismo sentimiento. Cien bocas apretadas para no dejar escapar el aliento. Obreros, campesinos y estudiantes: a doscientas partes distintas de las piernas llegaba el agua. Color de azúcar, color de limón, color de bistec, color de comestible el río. Se iba poniendo así como a sabor de jugo gástrico. Porque el río es del color del hambre. Da hambre el río, como da sed el sol, como hace sangrar el saco.

Mi vecino era un obrero del Portuario de La Guaira. Le decían "Ocho" y sin embargo, no tenía más curvas que sus inmensos músculos. Pero así le llamaban porque era su número en el Portuario. A él se le rodaron los callos en las manos primero que a mí. Entre callo, carne y saco, sangraba. Pero no se quejaba. Solamente me dijo:

—Me sangra la mano por segunda vez en mi vida.

—Dentro de poco —lo consolé— comenzaré a sangrar también por segunda vez.

—¡Entonces usted también es del puerto!

—Más o menos —respondí vagamente—. Aunque aquí no se necesita ser de puerto para sangrar.

—¡Ah! —dijo mientras me pasaba el saco—. Entonces ¿no ha sangrado sino aquí?



JOSE VICENTE ABREU

Pasé el saco al otro vecino, tomé un buche de agua corriente y le enseñé las manos:

—He sangrado en muchos sitios.

—Pero no será como la sangre de un porteño. Yo empecé a sangrar a los doce años, cuando fui a trabajar al puerto. Junto con otros muchachos me tiraron un cabo para que lo jalara. Jalé más de la cuenta. Quería probarle a los otros que tenía más fuerza que ellos.

—¿Reventó el cabo?

—¡No! Se me despellejaron las manos.

—¿Como ahora?

—Sí, pero con una diferencia...

—¿Cuál?

—No había trabajado sino con mi mamá. Ella hacía las arepas y las conservas y yo las vendía. Desde entonces tengo la cabeza chata de llevar el azafate. Pero la vieja ya no podía continuar en ese trajín y por eso me fui al puerto. Quería ganar. Como yo, encontré otros muchachos esperando turno. Nos aceptaron. Trabajamos una semana con las manos en carne viva y el Caporal o quién sabe, se cogió la paga. No nos pagaron ni esa primera sangre que era como el bautizo en el trabajo...

—¿Cuál es la diferencia?

—Que ahora no nos pagan tampoco, pero nosotros nos cobraremos. Y no con plata —los ojos casi cerrados— sino, sangre por sangre.

Entre saco y saco continuamos hablando. "Ocho" estaba en el Sindicato, sabía leer y escribir, tenía 38 años.

—¿Tienes hijos? —indagué.

—¡Yo no! Mi mujer cuatro. Dos se murieron.

RELATOS DE GUASINA

Había viajado de marinero por todo el mundo y un inglés de marinería. Las pero después de largos silencios contentaba lo que cuentan los marineros.

—¿Te escribe? —le pregunté después

—¡Sí! —recordó algo y continuó—: e

—Al menos no tienes esa preocupación

—No. Sólo me preocupa una cosa

—¿Qué?

—Que muera aquí antes de mi hora.

—No te morirás —le dije con la más

—Uno no sabe. En el mar podría morir a cualquier hora y punto, pero aquí no se sabe...

—Sí se sabe. Hemos centralizado las manos de asistencia. Es decir, estamos preparando la vida...

—Sí, es verdad... Pero medicina contra el hambre no viene en inyecciones

—Es cierto. Hemos intentado centralizar el dinero que envían los familiares para el trabajo y no hemos podido.

Cada uno de los que reciben dinero no lo comen en su estómago.

—Los que mejor comen no trabajan

—Piensan en su propia vida y como duele la vida de todos.

Callamos. Un ruido lejano de agua com



JOSE VICENTE ABREU

é un buche de agua corriente y le en-

de un porteño. Yo empecé a sangrar  
abajar al puerto. Junto con otros mu-  
a que lo jalara. Jalé más de la cuenta.  
tenía más fuerza que ellos.

manos.

mi mamá. Ella hacía las arepas y las  
de entonces tengo la cabeza chata de  
ra no podía continuar en ese trajín y  
a ganar. Como yo, encontré otros mu-  
ceptaron. Trabajamos una semana con  
poral o quién sabe, se cogió la paga.  
sangre que era como el bautizo en

oco, pero nosotros nos cobraremos. Y  
ados— sino, sangre por sangre.

hablando. "Ocho" estaba en el Sindi-  
38 años.

s se murieron.

RELATOS DE GUASINA

Había viajado de marinero por todas Las Antillas. Hablaba papia-  
mento y un inglés de marinería. Las palabras las soltaba lentamente,  
pero después de largos silencios contemplativos le gustaba hablar, con-  
taba lo que cuentan los marineros.

—¿Te escribe? —le pregunté después de un rato de silencio.

—¡Sí! —recordó algo y continuó—: el Sindicato le pasa algo.

—Al menos no tienes esa preocupación.

—No. Sólo me preocupa una cosa

—¿Qué?

—Que muera aquí antes de mi hora.

—No te morirás —le dije con la más absoluta convicción.

—Uno no sabe. En el mar podría morir o en el puerto y morir en mi  
hora y punto, pero aquí no se sabe...

—Sí se sabe. Hemos centralizado las medicinas y nombrado un equipo  
de asistencia. Es decir, estamos preparados para la vida. Para cuidar  
la vida...

—Sí, es verdad... Pero medicina con hambre no cura. El remedio  
para el hambre no viene en inyecciones...

—Es cierto. Hemos intentado centralizar todas las entradas, todo el  
dinero que envían los familiares para lograr una mejor alimentación  
y no hemos podido.

Cada uno de los que reciben dinero no piensa más que en su propio  
estómago.

—Los que mejor comen no trabajan.

—Piensan en su propia vida y comodidad, pero ni por asomo les  
duele la vida de todos.

Callamos. Un ruido lejano de agua contra piedra.



JOSE VICENTE ABREU

Parecía que nos evaporábamos. El aire quieto. La corriente entre las piernas. Rabo de un perro juguetón, el torrente. El saco de mano en mano, como de tierra en tierra el agua, como de nube a nube el sol, como de rama en rama un hilillo de viento que despeinaba las hojas en un segundo y era un canto, un salto, un vuelo, un pájaro. Chapoteábamos el agua con los pies, casi como un baile para evitar el punzón de los mosquitos. Porque hay tantos mosquitos trabajando sobre la corriente como en la montaña. Pican en las piernas, en los brazos, en las espaldas, como si bebieran el agua cristalina en los pozos de los poros. Para los mosquitos cada poro es un pozo, inagotable debajo del agua tiene la veta roja de la sangre. ¡La sangre! Si tuviera mil litros, mil litros quisieran beberse. Carmelo hablaba. Era tornero. 26 años, siete hermanos en total. Mayores que él los demás. Hasta el 50 había trabajado en las petroleras. Concretamente en la Planta de Refinería de Caripito. Quedó cesante a raíz de la huelga de mayo. Despidos masivos. Pululaban por las calles los obreros buscando a donde ir. Después era en las carreteras, barbudos, cansados, aún los zapatos embadurnados de petróleo hasta que no quedaba sino el polvo, las huellas y un sabor a miseria en el crepúsculo. En Caracas deambuló por las calles. Otro turno. El Sindicato. Reuniones. El doce y a la cárcel.

—Vea —me tendió la mano derecha— lo que no me hizo el turno me lo hizo S.N. —Tenía un dedo corvo como un garfio. ¡Un dedo menos!

Sonó la voz de la campana llamando a trabajar. Salimos al agua directamente. Iba a decir algo cuando apareció el guardia peinilla en mano.

—Vamos, carajos, a trabajar —y nos indicaba con la peinilla el lugar de las piedras.

Ibamos con el agua a las rodillas. De nuevo formamos la cadena. Todo el rumor del agua, las voces, el viento, los árboles, el sol articulaban en mí un solo pensamiento:

—¡Los que trabajan, no comen...!

RELATOS DE GUASINA

No comen pan. Aquí no hay pan... No viento y el árbol y el sol y el agua. Nada de la cadena humana, la cueva de los cientos los pómulos, afilados, el hueso b entreabiertas, negligentes, sin voluntad oscilante, en equilibrio. Puede caerse y por el agua.

Se acalambran los pies. Desaparecen las los paños de hierbas que arranca el río raíces tiernas, los tallos para mascar, es fruta desconocida, se rescata también y si es venenosa. Queda un sabor ácido. ticado. Pero son muy pocas las frutas porque los peces no las desperdician. semillas, todo es bueno para el hambre cierta distancia se maldice. Corre en la entre los dientes de un pez y ya no se v pre pasan lejos de la cadena humana Hambrientos nos miramos y nos pasamos inexpresivo para los sacos. Porque los raíces. Volvemos a ser como nuestros corriente las arrastra a gran velocidad. mi izquierda me da con el codo para de

—¡Vamos a hacer una sociedad.

—Bueno —le respondo sin preocupación

—Cuando yo tenga el saco —continúa— bita, usted la coge para los dos. De igual ted tenga el saco en sus manos.

—Trato hecho —respondí.

—Lo hago con usted porque éste —y quedaba a su izquierda— ya tiene con



aire quieto. La corriente entre las  
 , el torrente. El saco de mano en  
 agua, como de nube a nube el sol,  
 le viento que despeinaba las hojas  
 salto, un vuelo, un pájaro. Chapo-  
 como un baile para evitar el punzón  
 os mosquitos trabajando sobre la  
 n en las piernas, en los brazos, en  
 gua cristalina en los pozos de los  
 ro es un pozo, inagotable debajo  
 angre. ¡La sangre! Si tuviera mil  
 . Carmelo hablaba. Era tornero.  
 Mayores que él los demás. Hasta  
 leras. Concretamente en la Planta  
 ante a raíz de la huelga de mayo.  
 as calles los obreros buscando a  
 teras, barbudos, cansados, aún los  
 asta que no quedaba sino el polvo,  
 el crepúsculo. En Caracas deambuló  
 licato. Reuniones. El doce y a la

na— lo que no me hizo el torno  
 corvo como un garfio. ¡Un dedo

o a trabajar. Salimos al agua direc-  
 areció el guardia peinilla en mano.

os indicaba con la peinilla el lugar

e nuevo formamos la cadena. Todo  
 ento, los árboles, el sol articulaban

## RELATOS DE GUASINA

No comen pan. Aquí no hay pan... No comen nada. Nada dicen el viento y el árbol y el sol y el agua. Nada de comer y en los rostros de la cadena humana, la cueva de los ojos, como promontorios cenicientos los pómulos, afilados, el hueso brotando de la piel. Las bocas entreabiertas, negligentes, sin voluntad para cerrarlas; la mandíbula oscilante, en equilibrio. Puede caerse y romperse o dejarse arrastrar por el agua.

Se acalambran los pies. Desaparecen las carnes. Cuando pasan cerca los paños de hierbas que arranca el río, se toman y se arrancan las raíces tiernas, los tallos para mascar, escupir, tragar. A veces es una fruta desconocida, se rescata también y se pregunta a los campesinos si es venenosa. Queda un sabor ácido. El aliento es de monte masticado. Pero son muy pocas las frutas que pasan ante las piernas, porque los peces no las desperdician. Virutas, ramas, hojas, raíces, semillas, todo es bueno para el hambre. Cuando amarillea un jobo a cierta distancia se maldice. Corre en la corriente, a veces se hunde entre los dientes de un pez y ya no se ve en pocos segundos. Y siempre pasan lejos de la cadena humana que no se puede abandonar. Hambrientos nos miramos y nos pasamos los sacos de piedra. Un odio inexpresivo para los sacos. Porque los sacos no permiten recoger las raíces. Volvemos a ser como nuestros antepasados: recolectores. La corriente las arrastra a gran velocidad. El compañero que tengo a mi izquierda me da con el codo para decirme:

—¡Vamos a hacer una sociedad...

—Bueno —le respondo sin preocupación.

—Cuando yo tenga el saco —continúa— y viene una fruta o una yerbita, usted la coge para los dos. De igual manera hago yo cuando usted tenga el saco en sus manos.

—Trato hecho —respondí.

—Lo hago con usted porque éste —y me enseñó con un gesto el que quedaba a su izquierda— ya tiene contrato con otro.



—¡Está bien!

El negro sonrió. Con el único colmillo que le quedaba. Escrutaba el agua como un pescador antes de echar las redes.

—Aquí en el agua hace más hambre que en la montaña. Ayer no la sentí casi, en el monte. Hoy siento el estómago colgado en el espinazo.

—Debes tener el estómago como un chinchorro vacío y colgado de costilla a costilla...

—¿Y usted no?; lo dirá en broma, pero es así...

—Yo también.

Iba a decir algo, pero se encorvó y agarró algo: una joba. La miró frunciendo los labios por la salivación y me la alargó.

—Tómela. Cómasela usted...

Negué con la cabeza.

—No, hombre... ¡Cómasela usted!

—No. Yo me comí una hace poco —replicó.

—Y yo también.

—¡Ah! bueno. Así, sí... —Y se la metió en la boca.

—Son ácidas —dijo entre muecas ácidas— pero quitarán la hambrazón...

Aquel gesto de desprendimiento me recordó una conversación que sostuvo José con los de la "especial". Ellos comían bien, disponían de algunas comodidades, recibían dinero de sus familiares, leían, escribían, en ellos se destacaban pretensiones de inteligencia y, sin embargo, eran egoístas estomacales y se empequeñecían aún más de lo que se captaba a primera vista. Se llamaban a sí mismos dirigentes. Adoptaban poses, contraían los músculos de la cara y en la voz había un tufillo de dignidades de comedia. Ya en la calle conocía estos pe-

queños "dirigentes". Uno gordo y s... plo, en una reunión de obreros cuida... Parecía decirse:

—¿Qué importa el contenido?

Esperaba que todos habláramos. Cal... ción se relamía el labio superior com... lengua. Mucho oído ponía o parecía... cluido, solucionado, que había un si... daba ningún aspecto teórico-práctico... blaba. Entreabría los labios primero... de tono, enronquecía, afinaba, arruga... como un arrancador de raíces. En e... lo anterior un tanto ampuloso con... periódico recién salido. Un día se lo... pañeros rieron. El sonrió a su vez co... Porque nunca aceptaba discusión c... eclecticismo.

Reflexionaba sobre la vida pasada d... saco, mirando correr el agua, cuando... día de la garita que nos tenía acog... apurando el trabajo, había llamado al... bajó con sus pesadas botas de peso... pasos desesperados, entre carajos, ma... nosotros. Seguimos el mismo ritmo h... hacia la garita y, cuando ya estaba l... otro guardia, señalándonos con la pe...

—¿Este? —Nos ponía la punta de l... garita negaba.

—¿Este? ¡Este tampoco! ¡Al carajo!

Por fin puso la peinilla en el pecho... de la izquierda que hacía poco habí...



JOSE VICENTE ABREU

lo que le quedaba. Escrutaba el  
ar las redes.

e que en la montaña. Ayer no la  
estómago colgado en el espinazo.

n chinchorro vacío y colgado de

pero es así...

y agarró algo: una joba. La miró  
n y me la alargó.

—replicó.

a metió en la boca.

ácidas— pero quitarán la ham-

recordó una conversación que sos-  
. Ellos comían bien, disponían de  
ro de sus familiares, leían, escri-  
siones de inteligencia y, sin em-  
empequeñecían aún más de lo que  
aban a sí mismos dirigentes. Adop-  
s de la cara y en la voz había un  
Ya en la calle conocía estos pe-

RELATOS DE GUASINA

queños “dirigentes”. Uno gordo y siempre recién afeitado, por ejem-  
plo, en una reunión de obreros cuidaba extraordinariamente su exterior.  
Parecía decirse:

—¿Qué importa el contenido?

Esperaba que todos habláramos. Callado, en pose de exagerada aten-  
ción se relamía el labio superior como si absorbiera las palabras con la  
lengua. Mucho oído ponía o parecía poner. Cuando todo estaba con-  
cluido, solucionado, que había un silencio de comprensión y no que-  
daba ningún aspecto teórico-práctico de la cuestión por debatir, ha-  
blaba. Entreabría los labios primero en un susurro silbante, cambiaba  
de tono, enronquecía, afinaba, arrugaba el entrecejo y hacía un gesto  
como un arrancador de raíces. En el fondo nada: una repetición de  
lo anterior un tanto ampuloso con alguna cita de cualquier libro o  
periódico recién salido. Un día se lo dije en una reunión. Los com-  
pañeros rieron. El sonrió a su vez con cinismo y no aceptó el debate.  
Porque nunca aceptaba discusión con nadie. Siempre conciliación,  
eclecticismo.

Reflexionaba sobre la vida pasada de los “especiales”, entre saco y  
saco, mirando correr el agua, cuando sucedió algo que temía. El guar-  
dia de la garita que nos tenía acogotados con sus gritos e insultos  
apurando el trabajo, había llamado al recorrida. No sé que le dijo. Este  
bajó con sus pesadas botas de pescador y entró en la corriente. A  
pasos desesperados, entre carajos, maldiciones y resbalones llegó hasta  
nosotros. Seguimos el mismo ritmo lento de trabajo. Volvió la cabeza  
hacia la garita y, cuando ya estaba frente a nosotros, le preguntó al  
otro guardia, señalándonos con la peinilla:

—¿Este? —Nos ponía la punta de la peinilla en el pecho. El de la  
garita negaba.

—¿Este? ¡Este tampoco! ¡Al carajo!

Por fin puso la peinilla en el pecho del negro Baldomero —mi vecino  
de la izquierda que hacía poco había hecho la sociedad de las raíces



## JOSE VICENTE ABREU

conmigo—. Debió contestarle el acusador que sí, pues lo sacó de la cadena. Le preguntó por qué se había salido de la fila hacía poco:

—¿Yo? —contestó Baldomero con alguna angustia en la voz.

—¡Sí, carajo, usted! Se hace el bolsa.

—¡Ah! —dijo Baldomero, ingenuo— a cogé una jobita.

—¿Una jobita? ¿Acaso lo tenemos aquí para recoger jobitas? —y le cruzó el pecho de un peinillazo.

—¡Toma tu jobita, carajo!

La peinilla relampagueaba con el sol. Seco el sonido en la carne. Roja, morada, azul, la sangre.

—¡Corra! —le gritó después de ocho golpes de peinilla— ¡Corra!

—¡No corro! —gritó el negro con furia y avanzó un paso hacia el guardia.

Poco a poco se le acercaba. El guardia retrocedía sin dejar de tirarle la peinilla de cualquier manera y a cualquier parte del cuerpo. Baldomero parecía que arrastraba el agua con sus pies siempre hacia el guardia. Y éste hacia atrás, mirando la garita con desesperación. Nosotros permanecemos quietos. Sin un movimiento. Los sacos de piedra en las manos. Casi todos con un saco. Veíamos la garita y veíamos a Baldomero. La voz se corría con el susurro del agua:

—Si disparan a Baldomero, matamos al guardia con los sacos. ¡Pero calma! ¡Calma! Agarraba el saco con ambas manos. El guardia de la garita hizo sonar ruidosamente el mecanismo de su fusil. Esperamos. Me zumbaban las orejas y los riñones. Casi salto. El guardia levantó la peinilla pero no la descargó contra Baldomero esta vez. Baldomero dejó de avanzar también. Sólo el río hablaba. Por fin el guardia:

—¡Vuelva a la fila! ¡Vuelva a la fila! —se desesperaba, jadeaba, la frente líquida. Baldomero sin darle la espalda entró en la fila. Tenía los ojos rojos. No veía. No le pasó el saco sino que fui hasta el si-

## RELATOS DE GUASINA

guiente. El guardia no se fijó; desde llamaban.

Este que apenas hacía unos segundos domero, ahora iba entre chistes y jo otro Guardia.

—¡Malditos carajos! —dijo en voz a

—Parecen un entierro —agregó—. S cura.

Detrás del Guardia Altuve, íbamos Jo Baldomero. En medio de la crisis nervi sobrevino la fiebre. Pensamos que se En pocos minutos decidimos llevarlo disposiciones y prohibiciones vigentes. protestas o temor entre los demás pr por los brazos y yo por las piernas.

Al sentir el ruido que hacíamos con Altuve volvió la cabeza:

—¡A dónde van, carajos! —Y apunta

—¡A la barraca! —respondí— ¡Se de

—Fue el de los... el de la joba

—¡Sí!

Nos miró indeciso y siguió en sus cálcul Bueno, qué se hace. Fue en servicio.

—¿Se desmayó? —preguntó— ¿no se

—¡No! —respondió José con asperza

Seguimos adelante.

—¡Epa! ¡Párense!



JOSE VICENTE ABREU

usador que sí, pues lo sacó de la  
bía salido de la fila hacía poco:

alguna angustia en la voz.

— a cogé una jobita.

— aquí para recoger jobitas? —y le

l. Seco el sonido en la carne. Roja,

cho golpes de peinilla— ¡Corra!

furia y avanzó un paso hacia el

ardía retrocedía sin dejar de tirarle  
a cualquier parte del cuerpo. Bal-  
agua con sus pies siempre hacia el  
o la garita con desesperación. Noso-  
movimiento. Los sacos de piedra  
aco. Veíamos la garita y veíamos a  
susurro del agua:

os al guardia con los sacos. ¡Pero  
con ambas manos. El guardia de  
mecanismo de su fusil. Esperamos.  
nes. Casi salto. El guardia levantó  
tra Baldomero esta vez. Baldomero  
ío hablaba. Por fin el guardia:

fila! —se desesperaba, jadeaba, la  
è la espalda entró en la fila. Tenía  
sé el saco sino que fui hasta el si-

RELATOS DE GUASINA

guiente. El guardia no se fijó; desde el puente que va a la garita lo  
llamaban.

Este que apenas hacía unos segundos estuvo a punto de matar a Bal-  
domero, ahora iba entre chistes y jorobas celebrándole los chistes a  
otro Guardia.

—¡Malditos carajos! —dijo en voz alta.

—Parecen un entierro —agregó—. Sólo faltan los monaguillos y el  
cura.

Detrás del Guardia Altuve, íbamos José, “Ocho” y yo, cargando con  
Baldomero. En medio de la crisis nerviosa que lo acometió de repente,  
sobrevino la fiebre. Pensamos que se desmayaría. Y miedo al tétano.  
En pocos minutos decidimos llevarlo a la barraca violando todas las  
disposiciones y prohibiciones vigentes. Decidimos ir los tres para evitar  
protestas o temor entre los demás presos. “Ocho” y José lo tomaron  
por los brazos y yo por las piernas.

Al sentir el ruido que hacíamos con nuestros pies en la corriente,  
Altuve volvió la cabeza:

—¡A dónde van, carajos! —Y apuntaba con la peinilla.

—¡A la barraca! —respondí— ¡Se desmayó en el trabajo!

—Fue el de los... el de la joba.

—¡Sí!

Nos miró indeciso y siguió en sus cálculos: —Le dí duro. Si se muere...  
Bueno, qué se hace. Fue en servicio.

—¿Se desmayó? —preguntó— ¿no serán calambres más bien?

—¡No! —respondió José con aspereza.

Seguimos adelante.

—¡Epa! ¡Párense!



JOSE VICENTE ABREU

Aminoramos la marcha que era lenta de por sí con el agua a las rodillas:

—O sigan, pues.

Seguimos. Altuve continuaba tras nosotros.

En la noche Baldomero deliraba, se levantaba de la troja, intentaba correr. No quería que lo tocaran, que le vieran los huesos:

—¡Los huesos no! ¡Los huesos no! ¡Déjenme! ¡No me saquen los huesos!

Le habíamos limpiado las heridas y curado lo mejor posible. Pese a las primeras protestas aceptó que lo curara.

—¡Tú sí! —me dijo— ¡Tú eres mi socio!

Volvía la crisis nerviosa.

—¡Los huesos no! No me saquen los huesos.

Debía tener visiones grotescas.

—¡Esa piedra! ¡Me cae! ¡Me cae el saco!

—¡No es nada! —le decía— estamos aquí todos para curarte.

Silencio en el grupo. Sólo las palabras y frases desarticuladas de Baldomero. El hambre me martilleaba en la sien. Me dolía la cabeza. Todos estábamos agotados por el hambre, el trabajo y la tensión nerviosa del día. El viejo Briceño, sentado a los pies de Baldomero, parecía un ídolo. Un ídolo hambriento, cansado, mascando su tabaco con insistencia. Tal vez le apaga el hambre. Algo mastica, al menos.

Entró José con leche caliente. Sentí gran alivio. Desde el principio pensé que la leche podría recuperar a Baldomero de su estado de debilidad. Suponía que a más de las heridas, magullones y golpes que tenía Baldomero, era a consecuencia del agotamiento y el hambre, el delirio y la locura.

En un principio el trabajo forzado, las condiciones insalubres, la tor-

RELATOS DE GUASINA

tura diaria del hambre y las peinillas hicieron daño a la salud. Pero a medida que el organismo se recuperaba, a medida que la piel y se perfilaban como astillas desgastadas, la capacidad de resistencia física se agotaba. En estos estados de lucha entre la vida y la muerte, los trabajos no nos proporcionaban el alimento necesario. Los verdugos. Eramos sólidos. Las carnes eran intactas, en todo su vigor. Cada fibra era fuerte. En el mismo momento, completos los elementos de la vida, el hambre, cuando no hubo alimentos para el organismo consumió los músculos, los tendones. Entonces se vaciaban los pectorales, los brazos, era consumido por el sol, por el agua, por la tensión nerviosa, por la tortura, por el trabajo como un diente insaciable. Y nos íbamos quedando los huesos forrados en la película de la piel. El pecho como una tempestad. Una disolución de sangre. La carretilla pesaba más, el cuerpo se enmarañaba e inquietos. Cualquier signo de debilidad no había fuerzas, un cuerpo de donde

Luego te hablaré de todas las enfermedades.

La leche caliente reanimó algo a Baldomero. Las arrugas de la frente se le formaban cuando intentaba morder el perol de aluminio. El agua en los ojos, en los huesos.

El viejo Briceño maquinalmente se llevaba el dedo de plomo en el hombro. Pensé que iba a caer y quedó con los ojos fijos en Baldomero. Con la punta de los dedos se daba en el hombro un imperceptible que movía los labios para



## JOSE VICENTE ABREU

de por sí con el agua a las rodillas:

nosotros.

se levantaba de la troja, intentaba  
que le vieran los huesos:

¡Déjenme! ¡No me saquen los

y curado lo mejor posible. Pese a  
o curara.

¡socio!

los huesos.

el saco!

os aquí todos para curarte.

bras y frases desarticuladas de Bal-  
a en la sien. Me dolía la cabeza.  
hambre, el trabajo y la tensión ner-  
ntado a los pies de Baldomero, pa-  
o, cansado, mascando su tabaco con  
mbre. Algo mastica, al menos.

entí gran alivio. Desde el prin-  
ecuperar a Baldomero de su estado  
de las heridas, magullones y golpes  
cuencia del agotamiento y el ham-

o, las condiciones insalubres, la tor-

## RELATOS DE GUASINA

tura diaria del hambre y las peinillas hicieron poca mengua en nuestra salud. Pero a medida que el organismo agotaba sus reservas, sin posibilidades de recuperación, a medida que los huesos iban aflorando a la piel y se perfilaban como astillas desgastadas —casi como dientes— la capacidad de resistencia física se agotaba, hacía crisis provocando estos estados de lucha entre la vida y la muerte. El primer día todos los trabajos no nos proporcionaban el agotamiento total que esperaban los verdugos. Eramos sólidos. Las carnes eran sólidas. Los músculos intactos, en todo su vigor. Cada fibra en su sitio. Compacto el organismo, completos los elementos de la vida. Pero cuando arreció el hambre, cuando no hubo alimentos para recuperar aquellas fuerzas, el organismo consumió los músculos, los tendones, cada fibra de carne. Entonces se vaciaban los pectorales, los muslos, las espaldas. Todo era consumido por el sol, por el agua, por los trabajos forzados, por la tensión nerviosa, por la tortura, por todo esto que se mueve aquí como un diente insaciable. Y nos íbamos desgastando hasta quedar los huesos forrados en la película de la piel. Cualquier gripe sonaba en el pecho como una tempestad. Una disentería se prolongaba en meses de sangre. La carretilla pesaba más, el agua era más fría, los sueños enmarañados e inquietos. Cualquier aire provocaba un desmayo. Ya no había fuerzas, un cuerpo de donde extraerla.

Luego te hablaré de todas las enfermedades del hambre.

La leche caliente reanimó algo a Baldomero —sudaba—. Entre las arrugas de la frente se le formaban canales brillantes y fríos. A veces intentaba morder el perol de aluminio. Respiraba grueso. El hambre en los ojos, en los huesos.

El viejo Briceño maquinalmente se llevaba la mano a la abotonadura de plomo en el hombro. Pensé que iba a hablar, pero luego se calmó y quedó con los ojos fijos en Baldomero. Ni un solo movimiento. Sólo con la punta de los dedos se daba en el hombro casi con el mismo ritmo imperceptible que movía los labios para masticar su tabaco... Aquellos



JOSE VICENTE ABREU

ojos cenicientos estaban tristes. Parecía buscar en lo más profundo de sus recuerdos. Lo vi. Desvió los ojos.

—¡No se nos ponga triste, viejo!

Me miró el campesino, el guerrillero, con aquellos ojos de ceniza que habían visto tanto...

—No estoy triste —respondió—. ¡Y ustedes son yo mismo!

No oíamos más que las palabras sueltas de Baldomero que caía de nuevo en el delirio. Afuera empezaba a tintinear la lluvia sobre los zincs en la barraca... Quietud de cansancio. Estoy en otra parte lleno de recuerdos.

De plomo, el río. Una culebra de plomo. Sereno, como si acumulara una tormenta. Como si se encogiera y se enroscara para saltar. Allí están sus años acumulando el agua, la greda, la arena, la furia que arrasa, se expande, invade, estalla. Todo está quieto, pero por encima y por debajo se acumula la tempestad. De las raíces hasta la cumbre de los árboles las hormigas forman un hilo de caravana. Un hilo rojo o negro o del color de la tierra de la cueva. Huyen las hormigas de las cuevas. Llevan los hijos y las migas, regresan, suben, tienen en los pasos la inquietud húmeda de la atmósfera. Y hay calma en el río e inquietud de insectos. Porque las hormigas conocen las tormentas y no gustan de esperarlas en los bajos. Suben a los copos y allí esperan en un solo enjambre, en una sola bola, apiñada, entrelazada formando la trabazón de la vida. Una sola que salga del enjambre encuentra la muerte. Una que dé unos pasos fuera de los pasos a que están condenadas en la bola de la vida, está caminando hacia su propia destrucción. La vida es colectiva. ¡La vida!

Yo sé que Vicente pensaba así mientras iba arañando la tierra con el pico. Me lo repetía siempre.

—Aún pienso algo —decía—. Pienso o recuerdo u observo...

Miro para ver cómo van formando las nubes. A veces le ponen una

RELATOS DE GUASINA

máscara de sombras al sol. A veces le ponía al filo de los rayos. A veces... El sudor corría otra vez en los tajos de la espalda. El sudor en las heridas.

—Y le puedo decir algo al sol, también. Anillo, fragua, anhelo, maldito chupador, sudor, tabardillo...

—Y soy justo —decía—. Si fuera agricultor, sembraría los frutos, fuentes de vida. Pero...

Vicente agitado, jadeante. Los ojos muy abiertos a contemplar las cosas a su alrededor, empañados por una túnica blanquecina, la vida resaca y al mismo tiempo metálica, pero tosía con insistencia. Se maldecía a sí mismo más distinguía en medio de su tos. Como...

—Hoy no me quiere dejar un momento en paz. Todo se acumula en un solo día para liquidarnos sino despojos.

Tosió, escupió y tomó su pico para seguir trabajando con miedo. Temía por su vida. Desde hacía por las tardes siempre tenía fiebre. Pero seguía tirando el pico.

Tiradito lo veía de reojo cuando tosía, cuando la frase quedaba trunca en medio de la tos, cuando en una hemotisis, en los pulmones de su cuerpo los tejidos y en el vacío en que debía estar la visión de unos pulmones como fieltros de algodón de la pala de tierra que suspendía la vida más arriba, cerca del terraplén de escombros como un fuelle roto cada pulmón. Como el herrero de su pueblo. En el barro veía...



JOSE VICENTE ABREU

parecía buscar en lo más profundo de  
ojos.

ero, con aquellos ojos de ceniza que

¡Y ustedes son yo mismo!

ueltas de Baldomero que caía de nue-  
a a tintinear la lluvia sobre los zincs  
sancio. Estoy en otra parte lleno de

e plomo. Sereno, como si acumulara  
giera y se enroscara para saltar. Allí  
gua, la greda, la arena, la furia que  
a. Todo está quieto, pero por encima  
pestad. De las raíces hasta la cumbre  
an un hilo de caravana. Un hilo rojo  
e la cueva. Huyen las hormigas de las  
nigas, regresan, suben, tienen en los  
atmósfera. Y hay calma en el río e  
hormigas conocen las tormentas y no  
. Suben a los copos y allí esperan en  
bola, apiñada, entrelazada formando la  
que salga del enjambre encuentra la  
fuera de los pasos a que están conde-  
caminando hacia su propia destrucción.

mientras iba arañando la tierra con el

Pienso o recuerdo u observo...

ndo las nubes. A veces le ponen una

RELATOS DE GUASINA

máscara de sombras al sol. A veces le ponen una almohada de vapores  
al filo de los rayos. A veces... El sudor le mete la sal de sus mordis-  
cos otra vez en los tajos de la espalda. Dientecillos de sal que es el  
sudor en las heridas.

—Y le puedo decir algo al sol, también —decía—. Le puedo decir.  
Anillo, fragua, anhelo, maldito chupador, secante de la espalda, fuente de  
tabardillo...

—Y soy justo —decía—. Si fuera agricultor lo haría Dios, misterio de  
los frutos, fuentes de vida. Pero...

Vicente agitado, jadeante. Los ojos muy fijos en las cuencas, habitua-  
dos a contemplar las cosas a su alrededor. Ojos envejecidos. Parecían  
empañados por una túnica blanquecina, opaca. Se diría que era una  
nata reseca y al mismo tiempo metálica. Quería continuar hablando  
pero tosía con insistencia. Se maldecía a sí mismo, a los objetos que  
más distinguía en medio de su tos. Como un arco la caja torácica.

—Hoy no me quiere dejar un momento la tos —dijo—. Parece que  
todo se acumula en un solo día para liquidarnos, para no dejar de no-  
sotros sino despojos.

Tosió, escupió y tomó su pico para seguir cavando. Tiradito lo miraba  
con miedo. Temía por su vida. Desde hacía varios días tosía mucho y  
por las tardes siempre tenía fiebre. Pero insistía en hablar mientras  
tiraba el pico.

Tiradito lo veía de reajo cuando tosía, cuando se ahogaba, cuando una  
frase quedaba trunca en medio de la fatiga. Pensaba, irremediablemente,  
en una hemotisis, en los pulmones de su amigo, en la destrucción de  
los tejidos y en el vacío en que debía caer el aire aspirado. Tenía la  
visión de unos pulmones como flecos del color de la arcilla, del ta-  
maño de la pala de tierra que suspendía inconscientemente para descar-  
garla más arriba, cerca del terraplén de escala. Y se imaginaba que era  
como un fuelle roto cada pulmón. Como el viejo fuelle de su padre, el  
herrero de su pueblo. En el barro veía un esputo. Como si por aquel



JOSE VICENTE ABREU

hoyo escupiera la tierra consumida y extenuada por la tuberculosis de los picos. Pero él no tenía temor al contagio. Quería a Vicente y en medio de sus sentimientos le surgía la idea fija de ofrecer su cuerpo a la enfermedad. Muchas veces quedaba dominado con aquella cosa repetida.

—¡Si fuera yo!

Y se lo repetía hasta que el cansancio y el sueño devolvían a la mañana siguiente en manos del trabajo forzado. Dormían en la misma barraca y siempre estaban juntos en el trabajo. Vicente le daba interminables charlas de todo lo que sabía:

—¡Para que termines tus estudios aquí! —le decía.

Y lo iba transformando en un muchacho responsable, sereno, amplio. Porque Tiradito, por su edad, por la misma alegría inicial de la lucha estudiantil, por su romanticismo era antes de su prisión hasta cierto punto irresponsable, despreocupado —medio loco— como solían decirle.

Y que estaba en las luchas de calle por hacer algo, por rebelión adolescente, por un vago sentido de justicia medio adivinada. Cuando se inició en la actividad clandestina, sabía que luchaba contra la dictadura pero no conocía exactamente para quiénes luchaba. Desconocía la lucha de clases y no entendía bien las discusiones que en torno a ésta emprendían algunos de sus compañeros. Cuando alguien le dijo que “la dictadura es una expresión directa del imperialismo”, preguntó: —¿y qué es el imperialismo? Pero nadie dijo nada. Ahora en manos de Vicente desde la Modelo, ya comprendía algo. Sabía para quién y por qué luchaba. Y se ruborizaba al pensar en su ignorancia.

—Y pensar que me creía el dueño de la verdad —decía—. Y es ahora cuando sé por qué estoy preso.

—Porque todo es un proceso —le decía Vicente—. No puedes caminar desde que naces. ¿O es que crees que el hombre nace sabio del vientre de su madre?

RELATOS DE GUASINA

Pero ahora inevitablemente, veía en su... Los veía ya de tierra. Y no dejaba de... le habían reactivado la enfermedad. ¡C... nas con la punta de una peinilla!

Vicente tosía, hablaba y picaba.

—¿Me quieres hacer un favor? —dijo a... súplica.

—¿Qué? —preguntó Vicente.

—Que no trabajes y descansas, ¡yo haré

—Pero si me siento bien. Sólo esta mal

—Por eso es que no quiero que trabaje

—Ya pasará. Debe ser por los planazos.

—Bueno. Sí. Pero mientras pasa, será n

—¡No, hijo! No te inquietes. Verás cómo

Insistió Tiradito y Vicente continuó tra

—No seas ridículo —dijo Vicente. Tir... continuó hasta la hora de descanso. Al s... excavación y le entregaron la ropa a Vi

Vicente tenía treinta años, aunque la en... cia de ancianidad. Y él se sentía zaci... tos que nunca publicaba y había esta... de Filosofía y Letras de la Universidad... sus estudios.

Aquellas falsas concepciones lo enfor... bras que ya se formaban en sus palme... todo el kantianismo llevados y traídos... —en metálico— que se dejaban sobre



JOSE VICENTE ABREU

y extenuada por la tuberculosis de  
al contagio. Quería a Vicente y en  
la idea fija de ofrecer su cuerpo a  
daba dominado con aquella cosa re-

ancio y el sueño devolvían a la ma-  
bajo forzado. Dormían en la misma  
en el trabajo. Vicente le daba inter-  
sabía:

aquí! —le decía.

uchacho responsable, sereno, amplio.  
la misma alegría inicial de la lucha  
era antes de su prisión hasta cierto  
lo —medio loco— como solían de-

lle por hacer algo, por rebelión ado-  
justicia medio adivinada. Cuando se  
sabía que luchaba contra la dictadura  
quiénes luchaba. Desconocía la lucha  
discusiones que en torno a ésta em-  
eros. Cuando alguien le dijo que “la  
ta del imperialismo”, preguntó: —¿y  
die dijo nada. Ahora en manos de Vi-  
endía algo. Sabía para quién y por qué  
sar en su ignorancia.

ño de la verdad —decía—. Y es ahora

—le decía Vicente—. No puedes cami-  
e crees que el hombre nace sabio del

RELATOS DE GUASINA

Pero ahora inevitablemente, veía en su pala los pulmones de su amigo. Los veía ya de tierra. Y no dejaba de toser. Pensaba que los planazos le habían reactivado la enfermedad. ¡Como si le taladraran las cavernas con la punta de una peinilla!

Vicente tosía, hablaba y picaba.

—¿Me quieres hacer un favor? —dijo al fin Tiradito con un tono de súplica.

—¿Qué? —preguntó Vicente.

—Que no trabajes y descansas, ¡yo haré el trabajo de los dos!

—Pero si me siento bien. Sólo esta maldita tos...

—Por eso es que no quiero que trabajes.

—Ya pasará. Debe ser por los planazos.

—Bueno. Sí. Pero mientras pasa, será mejor que no trabajes...

—¡No, hijo! No te inquietes. Verás cómo con el trabajo me pasa...

Insistió Tiradito y Vicente continuó trabajando, tosiendo y hablando.

—No seas ridículo —dijo Vicente. Tiradito esperaba. Pero Vicente continuó hasta la hora de descanso. Al sonar la campana salieron de la excavación y le entregaron la ropa a Vicente para que se vistiera.

Vicente tenía treinta años, aunque la enfermedad le daba una apariencia de ancianidad. Y él se sentía anciano. Era periodista. Escribía cuentos que nunca publicaba y había estudiado dos años en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. No quiso continuar sus estudios.

Aquellas falsas concepciones lo enfermaban más que las primeras sombras que ya se formaban en sus pulmones. El mundo, la vida, Kant y todo el kantianismo llevados y traídos en los labios de especuladores —en metálico— que se dejaban sobrecoger por la pseudo angustia de



la imposibilidad de no sé qué cosa en sí. Idealizaciones, abstracciones y, en extremo, negaciones rotundas de la materia.

Tiradito oía las palabras de su maestro. Porque Vicente, esquelético, de profundas ojeras, que tosía, que cuando estaba en la superficie contemplaba el río como queriéndole arrancar con los ojos la fuerza, la furia, la belleza, hablaba para Tiradito y para sobrevivir.

—¿Por qué no te quedas esta tarde descansando? —le dijo Tiradito al fin, camino del rancho.

—Porque estoy bien. Además, mientras yo descanse, tú, otro cualquiera trabajaría por mí y yo no quiero contribuir a la tortura de nadie. . .

—Pero es que tú no estás bien.

—Así soy. Esa debe ser mi condición. Por otra parte, no quiero dejarte solo.

Siguió la discusión entre los dos, llegó la hora de volver a tomar los hierros de trabajo y Vicente volvió. En la noche la tos fue más violenta. Pero ya con el alba estaba más tranquilo. Tiradito creía que podía sobrevenirle la hemotisis y terminar de una vez. Varias veces le preguntó como se sentía.

—Bien —respondía Vicente.

—¿Bien?

—Sí. Bien.

Cavernosa la voz, interrumpida por la tos. Ya en la madrugada, Tiradito no pudo ocultar sus temores y le dijo que podía morir.

—No temas —respondió Vicente— sé cuándo puedo morir. Te prometo decirte el día que deje de ser esto definitivamente.

Entonces fue cuando se tranquilizó un poco Tiradito y pudo dormir hasta el amanecer. Pese a la tos y al insomnio, Vicente amaneció alegre, tranquilo, con mayor vida en la respiración. Pero luego en medio del

cansancio, a mitad de jornada presentaba un embargo no se quejó. Ahora, el guardia con una larga nariz a la boca de la excavación. Hacía una gran urgencia y el guardia apuraba, amenazaba, decía la peinilla como en una cátedra de flo-

Pasaron los meses. El día de nuestro deseo en libertad estaba Vicente. Tiradito casi lo olvidó la noche anterior cuando se hablaba de libertad. Una cosa que en la excarcelación de su amigo, le había ido a un sanatorio y no salir hasta estar totalmente sana una vez. Porque Vicente al entrar a la cárcel, en semestrales, estaba en perfectas condiciones. Guasina lo debilitó y volvió la enfermedad. Él quería vivir y sanarse para emprender de nuevo la

—Ya tú estás en condiciones, Tiradito, ahora no me defraudarás.

—¿Y si no está su libertad? ¿Si está la mía? ¿Otra?

No podía dormir. Por fin en medio de sus pensamientos que le pareció razonable: si venía su libertad, él podía salir con su nombre. Con esto se du-

Al día siguiente vino la excarcelación de Vicente. La alegría de ver a su amigo en condiciones de salud, pero al mismo tiempo le causaba dolor. A Vicente en el avío que hacen los presos con la vigilancia lo despidió hasta muy cerca de

Al mes de estar en Guasina, una tarde, después de la correspondencia, Tiradito, en un rincón que le dio la carta que había recibido, lloraba. Me le a-

—¿Qué pasa? —le dije alarmado.



## JOSE VICENTE ABREU

sa en sí. Idealizaciones, abstracciones y  
s de la materia.

maestro. Porque Vicente, esquelético,  
que cuando estaba en la superficie con-  
ble arrancar con los ojos la fuerza, la  
radito y para sobrevivir.

tarde descansando? —le dijo Tiradito

mientras yo descanse, tú, otro cual-  
quiero contribuir a la tortura de nadie. . .

n.

dicción. Por otra parte, no quiero dejarte

os, llegó la hora de volver a tomar los  
vío. En la noche la tos fue más violenta.  
ás tranquilo. Tiradito creía que podía  
minar de una vez. Varias veces le pre-

por la tos. Ya en la madrugada, Tiradito  
le dijo que podía morir.

nte— sé cuándo puedo morir. Te pro-  
le ser esto definitivamente.

uilizó un poco Tiradito y pudo dormir  
s y al insomnio, Vicente amaneció alegre,  
la respiración. Pero luego en medio del

## RELATOS DE GUASINA

cansancio, a mitad de jornada presentaba un aspecto de cadáver. Sin embargo no se quejó. Ahora, el guardia asomaba constantemente su larga nariz a la boca de la excavación. Había que apurar más, había urgencia y el guardia apuraba, amenazaba, maldecía, carajeaba y blandía la peinilla como en una cátedra de florete.

Pasaron los meses. El día de nuestro desembarco, entre los que iban en libertad estaba Vicente. Tiradito casi lloraba y reía a la vez. La noche anterior cuando se hablaba de libertades, no pensaba en otra cosa que en la excarcelación de su amigo. Vicente le había prometido ir a un sanatorio y no salir hasta estar totalmente curado como la primera vez. Porque Vicente al entrar a la cárcel, según las radiografías semestrales, estaba en perfectas condiciones de salud. El hambre de Guasina lo debilitó y volvió la enfermedad. Pero él le había prometido vivir y sanarse para emprender de nuevo la lucha. Hasta le dijo:

—Ya tú estás en condiciones, Tiradito, ahora sabes por qué luchas. Sé que no me defraudarás.

—¿Y si no está su libertad? ¿Si está la mía? ¿Cómo sustituir una por otra?

No podía dormir. Por fin en medio de sus devaneos surgió una idea que le pareció razonable: si venía su libertad y no la de Vicente, éste podía salir con su nombre. Con esto se durmió.

Al día siguiente vino la excarcelación de Vicente. El se quejaba y sentía la alegría de ver a su amigo en condiciones de recuperar su escasa salud, pero al mismo tiempo le causaba dolor separarse de él. Ayudó a Vicente en el avío que hacen los presos con sus cosas y contra toda la vigilancia lo despidió hasta muy cerca del barco.

Al mes de estar en Guasina, una tarde, después que repartieron alguna correspondencia, Tiradito, en un rincón que había escogido para leer la carta que había recibido, lloraba. Me le acerqué:

—¿Qué pasa? —le dije alarmado.



JOSE VICENTE ABREU

Me miró secándose las lágrimas:

—¡Vicente! —me dijo estirándome la carta.

—¿Murió?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Lee la carta.

Leí. Era una carta de la novia de Vicente. Decía que había muerto en su casa. A los quince días de estar en Caracas, que poco antes de morir le pidió que le escribiera esta carta a Tiradito y reprodujera estas que eran sus últimas palabras: "Voy a morir hoy. Recuerda siempre que debes sustituirme en lo convenido".

Septiembre 9, 1952

Querida C.: La anterior debes haberla recibido de manos de Tiradito. Como te decía en la nota adjunta, es un buen muchacho. Nació aquí después del parto de su madre y la sociedad en que vive. Se ha hecho un hombre. Ha visto y sentido en su propia carne todas estas miserias. Conoce el río, las entrañas de la isla, las fauces de la montaña, la caldera del sol, el insecto del viento y las agallas de los peces y de los hombres. Cuando llegó apenas conocía su propio nombre, ahora conoce el nombre de todos. Debo decirte que es la obra póstuma de Vicente. No nos deja otra cosa que un hombre para la lucha, un sustituto, uno que logró hacer aquí, procrear aquí en este vientre de la isla. Porque Guasina es un vientre. Aquí se nace, pero aquí se muere también. Muchos serán los vivos, pero más serán los muertos. Yo te iré contando cómo se nace y cómo se muere.

No te decía mucho de Tiradito en la nota adjunta, porque creímos iba a ser expulsado. Por tu carta me entero que no llegó a la Modelo, co-

RELATOS DE GUASINA

mo esperábamos, sino a la calle directamente a hacer enlace con la novia de Vicente. Iba a hacer el trabajo nuestro. Ella querrá hacer algo por su amigo. Desde aquí te ayudaremos en esto con frecuencia. Rafael se encargará de continuar el relato. Tú sabrás salir adelante con esca-



JOSE VICENTE ABREU

ome la carta.

de Vicente. Decía que había muerto en  
ar en Caracas, que poco antes de morir  
arta a Tiradito y reprodujera estas que  
y a morir hoy. Recuerda siempre que  
ido”.

Septiembre 9, 1952

haberla recibido de manos de Tiradito.  
nta, es un buen muchacho. Nació aquí  
y la sociedad en que vive. Se ha hecho  
en su propia carne todas estas miserias.  
e la isla, las fauces de la montaña, la  
iento y las agallas de los peces y de los  
conocía su propio nombre, ahora co-  
bo decirte que es la obra póstuma de  
a que un hombre para la lucha, un sus-  
quí, procrear aquí en este vientre de la  
entre. Aquí se nace, pero aquí se muere  
vos, pero más serán los muertos. Yo te  
cómo se muere.

o en la nota adjunta, porque creímos iba  
me entero que no llegó a la Modelo, co-

RELATOS DE GUASINA

mo esperábamos, sino a la calle directamente. Por medio de él podrás  
hacer enlace con la novia de Vicente. Búscala y comprométela en el  
trabajo nuestro. Ella querrá hacer algo digno de la memoria de su  
amigo. Desde aquí te ayudaremos en esto. Tiradito hará que nos escriba  
con frecuencia. Rafael se encargará de ella. En fin, sigamos nuestro  
relato. Tú sabrás salir adelante con escasa colaboración nuestra.



## 4

Querida C:

En Venezuela hay muchas ratas... Me perdonas, ¿pero cómo llamarlos? Las hay de todos los tamaños, de todos los colores, de grandes y de pequeños colmillos. Podemos decir en lenguaje comercial, "a escoger". No había gusto que no resultara satisfecho. Si por ejemplo nuestro gusto es dado a las predilecciones de color, allí están las barcinas, las pardas, las blancas, todos los colores en materia de pelos. Y todos los tipos de pelos también: gruesos, tupidos, ralos, de erizo, en resorte, en fin, sin agregar más ¡todos los pelos! ¡Sí! todos los tipos de ratas. Las hay rechonchas de piel lustrosa, con los más caros afeites burgueses, acá y allá distribuidos con acuciosidad, a la moda. Se pavonean las de rasos finos, con un dejo de blancura universitaria en la frente y hablan inglés y conocen de leyes y escriben y oran poniendo toda la suavidad de sus manos en adulaciones. En la calle las veía: ratas que podían ser indiscriminadamente policías o Ministros de Justicia, cabos de presos o Ministros de Educación. Todo dependía allá de las necesidades del mandón de turno.

¡Que necesitaba un Ministro! ¡Pues no faltaba más! ¡Ministros son los que sobran en este país! ¡Ministros o ratas! De ninguna manera es una crisis la falta de Ministros. Con estirar la mano, tiene. Estirar la mano a los muy conocidos agujeros de ratas: y hay el agujero para los doctores y el agujero para los militares y el de las "fuerzas vivas",



en fin, toda una ciudadela de agujeros que se diseminan de piernas abiertas al mejor postor. Pululan los equipos de ratas. Hay muchas ratas en Venezuela. Yo vi ratas abogados, con su portafolio debajo del brazo, en una cátedra universitaria, en una consultoría jurídica, entre los papelotes de un tribunal de justicia y las vi médicos, recomendando en S.N. las torturas más eficaces.

Porque conocía esa tragedia, sabía que habían muchas ratas en este país. (No sé por qué los grandes biólogos no se instalan entre nosotros). Sabía todo esto y sin embargo creía en un límite. Suponía que había cosas que las muy ratas no podrían hacer. Al menos me imaginaba que nuestras ratas desconocían el oficio. Pero me equivocaba.

Ahora comprendo que dominan todos los oficios que necesita un régimen de terror. No solamente los oficios "humanos" del terror, sino también los más inhumanos, los más perversos, los más sangrientos medios que le garantizan al régimen el apoyo del imperialismo. Con lo anterior creía tener un cuadro completo de clasificación. Todas las variedades de esa especie. ¡No podía haber más! ¡Y uno se equivoca! Había más. ¡Y qué tipos! ¡Qué variedad! Por sí solos pueden representar la especie. Por sí solos pueden sintetizar en sus mejores proporciones el gran agujero de ratas que representa la dictadura. Con esto me quiero referir a las ratas que el régimen escogió como sus representantes, como los intérpretes de su política en Guasina. Política de chacales, de monstruos, de reptiles, concretamente la política que desarrolla el imperialismo en este país.

En un principio, desde que zarpamos de La Guaira con "rumbo desconocido", no podía ser más homogéneo, más brutal, más endemoniado el grupo de "la autoridad". Las había militares y civiles. Los primeros G.N., los más perversos, los más rudos, los más brutales, los más entendidos en las formas de flagelación, recogidos de los "recorridos de campo", de las Colonias Móviles de El Dorado, comandados por un cerril teniente de frontera poseído de las más extrañas enseñanzas

inquisitoriales. Los otros, miembros de S del proletariado que se recoge en todas las ratas, ratados éstos por dos matones de profesión y otros por dos cargos en regímenes anteriores.

Dos equipos de bestias que se complementan con las torturas, mutilaciones, ensañamiento y crueldad contra los reclusos de El Dorado, (esa es la esencia de la política a palos, homosexualismo y crímenes políticos de los hechos a realizar. Unos por intención política. Actos habituales en esta representación de la "cultura occidental", lo más perfecto, lo más puro de sus relaciones).

El Teniente Ramiro fue el primer Jefe de la carnicera, que los ojos se le saltaban histéricamente. Las ratas no pueden pensar ni cuando se agitan. Muy corto de piernas, muy redondo, muy segundo por los padecimientos de su abstracción de todo, un acentuado complejo de inferioridad que se ha formado en la Escuela Militar. Los peores abusos con los secuestrados por los que no pudiera realizar en los presos para degradarse, para sentirse el dueño de los hombres, de la vida, de la muerte (para él el universo es Guasina). bajo su bota (esa inmunda bota de los carniceros que pisan, que atrapan, que entierra la vida o en las inmundicias). Ni sus propios sudores desmanes. El absoluto. El creía que su Sargento y como tal debía estar a sus órdenes, los creyentes no encontraban otra justificación.

Recorría el campo guarnecido de sus mentes (los presos tenían que retirarse a su habitación ni menos como podía presentarse en un campo).



...jeros que se diseminan de piernas  
...los equipos de ratas. Hay muchas  
...ogados, con su portafolio debajo del  
...en una consultoría jurídica, entre  
...cia y las vi médicos, recomendando

...a que habían muchas ratas en este  
...logos no se instalan entre nosotros).  
...ía en un límite. Suponía que había  
...hacer. Al menos me imaginaba que  
...io.

...odos los oficios que necesita un ré-  
...s oficios "humanos" del terror, sino  
...s perversos, los más sangrientos me-  
...el apoyo del imperialismo. Con lo an-  
...pleto de clasificación. Todas las va-  
...ría haber más! ¡Y uno se equivoca!  
...variedad! Por sí solos pueden repre-  
...eden sintetizar en sus mejores propor-  
...que representa la dictadura. Con esto  
...e el régimen escogió como sus repre-  
...de su política en Guasina. Política de  
...les, concretamente la política que de-  
...país.

...amos de La Guaira con "rumbo desco-  
...ogéneo, más brutal, más endemoniado  
...había militares y civiles. Los primeros  
...s rudos, los más brutales, los más en-  
...elación, recogidos de los "recorrías de  
...es de El Dorado, comandados por un  
...seído de las más extrañas enseñanzas

inquisitoriales. Los otros, miembros de S.N., reclutados en esa escoria del proletariado que se recoge en todas las cárceles del mundo. Jefaturados éstos por dos matones de profesión que habían ejercido diferentes cargos en regímenes anteriores.

Dos equipos de bestias que se complementan. Unos, prácticos en vejaciones, mutilaciones, ensañamiento y crueldad que aprenden en la persona de los reclusos de El Dorado, (esa escuela superior de rehabilitación a palos, homosexualismo y crímenes). En los otros, la consciencia política de los hechos a realizar. Unos actuaban por costumbre, los otros por intención política. Actos habituales y conscientes reunidos en esta representación de la "cultura occidental", como lo más acabado, lo más perfecto, lo más puro de sus relaciones entre los hombres.

El Teniente Ramiro fue el primer Jefe de la G.N. Una rata rechoncha, carnívera, que los ojos se le saltaban histéricos y redondos. No pensaba. Las ratas no pueden pensar ni cuando se agitan en el cepo de sus padecimientos. Muy corto de piernas, muy redonda la panza. Maldecía cada segundo por los padecimientos de su abstinencia prolongada. Y en medio de todo, un acentuado complejo de inferioridad por el hecho de no haberse formado en la Escuela Militar. Ese complejo lo entregaba a los peores abusos con los secuestrados políticos. No había nada que no pudiera realizar en los presos para degradarlos, para empuqueñecerlos, para sentirse el dueño de los hombres, de la vida, del mundo, del universo (para él el universo es Guasina). Todo estaba bajo su puño y bajo su bota (esa inmundicia bota de los carceleros que no sabe otra cosa que pisar, que atrapar, que enterrar la sangre en el polvo de la tierra o en las inmundicias). Ni sus propios subordinados escapaban a sus desmanes. El absoluto. El creía que su Dios tenía unos galones de Sargento y como tal debía estar a sus órdenes. Y debía ser así, al menos, los creyentes no encontraban otra justificación a su Dios.

Recorría el campo guarnecido de sus mejores armas, rodeado de asistentes (los presos tenían que retirarse a su paso como insectos) ni más ni menos como podía presentarse en un campo de batalla. Dos pistolas,



JOSE VICENTE ABREU

tres asistentes con fusil ametrallador, del pecho le colgaban unos anteojos de larga distancia y se movía como en un desplazamiento peligroso. Miraba al sesgo. Se complacía en sí mismo y en su huella, miraba su sombra como un acontecimiento. Quería para sí mismo un porte de general victorioso, de héroe de epopeya o de comandante cinematográfico de la Gestapo. (Napoleón en las pirámides de miseria de Guasina).

Alguien lo veía siempre rata en el estercolero:

—¿Qué me ve este carajo? —preguntaba al guardia más cercano. (El no hablaba a los presos).

El guardia automáticamente levantaba la culata del fusil y la descargaba en la cabeza del infeliz. Caía. Sangraba. Pero cada gota de sangre maldecía junto con los ojos.

—¿Qué me ve este carajo? —como si comprendiera ese lenguaje mudo de la sangre derramada.

Y el guardia daba ahora otro culatazo en los pulmones. Los dientes le brillaban.

—¡Póngale carretilla doble!... ¡Falta de respeto! —“falta de respeto”, se lo iba repitiendo a sus pasos, al río, al ruido de la carreteilla que se quedaba atrás. “¿Verme? ¿A mí?”.

—Yo soy un hombre como cualquier otro.  
¿Acaso no soy un hombre como cualquier otro?

—Sí, mi Teniente —respondía un guardia.  
¿Y quién se lo pregunta?

El guardia evadía su mirada. El sol casi se dejaba caer en el río. O sus rayos. Porque si el sol se cae se moja, se apaga, deja la luz depositada en el fondo del río como un hierro viejo. Deja la luz...

¿Y a usted quién se lo pregunta?

RELATOS DE GUASINA

El río puede tragarse toda la sangre de

Ni los peces, más salados con la sal, con las venas que se...

—No saben sino contestar... Contestar y hacerse los locos cuando es con ellos

Cuando trabajan y están cansados el péndulo.

—¿Por qué cuando se les pregunta no

El guardia, mudo, como una tara, se le tocarse el casco. Sin duda lo tenía en e

—Mi Teniente, yo creía...

—Creía... Creía...

El viento es un esmeril cuando recoge

—Creía... ¡Creía! ¡Estúpidos!... D mierda.

Al guardia se le metía el ruido de la c un hormiguero. Los presos sienten el h manos y en los pies.

Un hormiguero que abre sus grietas a  
—¡Guardia!

Sonaron los tacones de las botas:

—¡A su orden, mi Teniente!

—¿A usted le gustaría una carretilla?

El guardia sintió que se le derretían l metía en la sien. Pero pudo contestar

—¡No, mi Teniente!



JOSE VICENTE ABREU

...dor, del pecho le colgaban unos an-  
...vía como en un desplazamiento peli-  
...acía en sí mismo y en su huella, mi-  
...niento. Quería para sí mismo un porte  
...e epopeya o de comandante cinemato-  
...en las pirámides de miseria de Gua-

...estercolero:

...eguntaba al guardia más cercano. (El

...ntaba la culata del fusil y la descar-  
...a. Sangraba. Pero cada gota de sangre

...o si comprendiera ese lenguaje mudo

...atazo en los pulmones. Los dientes le

...Falta de respeto! —“falta de respeto”,  
...al río, al ruido de la carreteilla que se  
...?”.

...quier otro.  
...cualquier otro?

...un guardia.

...sol casi se dejaba caer en el río. O sus  
...moja, se apaga, deja la luz depositada  
...rro viejo. Deja la luz...

...ata?

RELATOS DE GUASINA

El río puede tragarse toda la sangre de los hombres y no se pone rojo.  
Ni los peces, más salados con la sal, con ese sabor de la sangre de las  
venas que se...

—No saben sino contestar... Contestar... cuando no les preguntan  
y hacerse los locos cuando es con ellos la cosa.

Cuando trabajan y están cansados el pelo cae en la frente de los presos,  
un péndulo.

—¿Por qué cuando se les pregunta no contestan? ¿Por qué?

El guardia, mudo, como una tara, se llevó una mano a la frente para  
tocarse el casco. Sin duda lo tenía en el mismo sitio, pesado y caliente

—Mi Teniente, yo creía...

—Creía... Creía...

El viento es un esmeril cuando recoge la arena con sus manos.

—Creía... ¡Creía! ¡Estúpidos!... Dentro del pellejo no tiene sino  
mierda.

Al guardia se le metía el ruido de la carretilla y le picaba en los oídos  
un hormiguero. Los presos sienten el hormiguero de la carretilla en las  
manos y en los pies.

Un hormiguero que abre sus grietas a través de la piel.

—¡Guardia!

Sonaron los tacones de las botas:

—¡A su orden, mi Teniente!

—¿A usted le gustaría una carretilla?

El guardia sintió que se le derretían las manos. Ahora el ruido se le  
metía en la sien. Pero pudo contestar bruscamente:

—¡No, mi Teniente!



JOSE VICENTE ABREU

Puede escaparse uno cada noche de tormenta. Entonces la oscuridad tiene todas sus bocas abiertas a la sombra. Los pasos se quedan escondidos en el cuerpo del trueno.

—Entonces, tiene quince días de castigo, sin casco en el “primer sector”.

El guardia sintió que las manos se le cuajaban de nuevo. No estaban derretidas.

A un guardia —si es verdaderamente un carcelero— no se le derriten las manos como a los presos. Se llevó la mano al casco, en el rostro se hizo una sombra y dijo seco, casi con sed:

—A su orden, mi Teniente. (Miraba el río por encima de los hombros de Ramiro). ¿Por qué no los echarían al río de una vez? El río se traga un hombre como se traga tantos peces. Un hombre y un preso. Dentro del río. Malditos presos... No habría castigos entonces. Sólo una mancha roja unos segundos, sólo unos huesos después y con el tiempo lodo, arcilla, arena, nada.

—En el primer sector, sin casco —repitió el Teniente.

Los rayos del sol se introducen en la piel como un barreno. El guardia sentía ganas de correr y matar un preso.

—Matar un preso...

En El Dorado significa mejor consideración y estima de los superiores y después de algunos trámites, el ascenso, las tiras (unas tiras en El Dorado: 500 palos a un preso). Aquí es una mayor identificación con los objetivos del régimen.

—Y desde ahora mismo —carraspeó con los ojos brotados el Teniente.

Todos los guardias tratan de superarse en los castigos y torturas. Todos buscan una credencial de malos. Quien más tortura, quien busca mejores formas de tormento, está menos expuesto a los castigos del Teniente. Este es el gran torneo de la tortura. Una emulación de crueldad.

RELATOS DE GUASINA

—Ahora mismo —repitió el Teniente

—Entendido, mi Teniente...

En el vientre de los peces y de los hombres.

El guardia Ramón, después de dejar su puesto para el “primer sector” a pagar su castigo en esa situación por los presos. El Teniente tiene una estrella y gana más. Un superior.

—Siempre —repetía— y con la punta de la arena mientras marcaba el paso por la

—Por algo es un superior...

Los presos introducían las estacas con un dedo en el barro allí. El Teniente...

—Un superior tiene razón siempre... Los presos.

Pero el sol se introduce en el pelo y quemaba más. El sol como que no quemaba.

—Nunca dicen nada. Ni cuando muere un

Están cansados los presos. En la frente les caen las lágrimas.

—Quince días...

Los sesos pueden derretirse.

—Sin casco...

El pelo suena como chamizas secas. A cada paso del pelo se deposita en los viejos. Con los dedos.

—Quince días... Alguien tiene que pagar

A intervalos de segundo caía el martinet



JOSE VICENTE ABREU

de tormenta. Entonces la oscuridad  
a sombra. Los pasos se quedan escondidos  
castigo, sin casco en el "primer sector".

se le cuajaban de nuevo. No estaban  
ente un carcelero— no se le derriten  
levó la mano al casco, en el rostro se  
í con sed:

raba el río por encima de los hombros  
charían al río de una vez? El río se  
tantos peces. Un hombre y un preso.  
. . . No habría castigos entonces. Sólo  
sólo unos huesos después y con el  
da.

—repitió el Teniente.

en la piel como un barreno. El guardia  
un preso.

consideración y estima de los superiores y  
ascenso, las tiras (unas tiras en El Do-  
qué es una mayor identificación con los

speó con los ojos brotados el Teniente.  
erarse en los castigos y torturas. Todos  
Quien más tortura, quien busca mejo-  
menos expuesto a los castigos del Te-  
la tortura. Una emulación de crueldad.

RELATOS DE GUASINA

—Ahora mismo —repitió el Teniente mientras se retiraba.

—Entendido, mi Teniente. . .

En el vientre de los peces y de los saurios hace muy poco bulto un hombre.

El guardia Ramón, después de dejar su casco en el Comando, partió para el "primer sector" a pagar su castigo. Entendía que se encontraba en esa situación por los presos. El Teniente es un superior. Para eso tiene una estrella y gana más. Un superior tiene razón siempre.

—Siempre —repetía— y con la punta de la bota levantaba montículos de arena mientras marcaba el paso por la playa.

—Por algo es un superior. . .

Los presos introducían las estacas con un martinete. El río debía pararse allí. El Teniente. . .

—Un superior tiene razón siempre. . . Yo tengo razón frente a los presos.

Pero el sol se introduce en el pelo y quema. Y si el pelo es de erizo, quema más. El sol como que no quema a los presos. . .

—Nunca dicen nada. Ni cuando muere un preso dicen nada.

Están cansados los presos. En la frente les cae el pelo como un péndulo.  
—Quince días. . .

Los sesos pueden derretirse.

—Sin casco. . .

El pelo suena como chamizas secas. Achicharradas. Después la ceniza del pelo se deposita en los viejos. Con los años.

—Quince días. . . Alguien tiene que pagar esto. . .

A intervalos de segundo caía el martinete forzado por seis manos de



secuestrados. Los brazos del martinete son negros. Ese color que toma la sangre con el tiempo. Diez martinetes sobre diez estacas. En el río, las pequeñas olas, no dejan dibujar la silueta de los presos.

—Más rápido, ¡carajos!... Más rápido —gritaba entre paso y paso el guardia Ramón.

Como una batería sonaba el choque de maderos. El viento lo llevaba a lo largo de la playa. Medio kilómetro a la redonda. Arriba en el barranco se veían las barracas, un árbol y las cuatro garitas. En la playa a cada veinte metros ¡hay una garita! Dos ojos, un fusil ametrallador y un fastidio. La gabarra del Comando, sobre la arena, depositada como un reptil marino varado por su peso.

—Malditos quince días...

Cada segundo es un golpe. Casi un trueno, pero ni una nube siquiera. Los sesos pueden brotar por los poros. Como manteca derretida. Un golpe seco. En las manos es una cuchillada. En los riñones, en los pulmones, en la sien duele la punzada de los golpes. La vida se desgarrar, se tuerce, se seca, cae una rama. En el río se dibuja imprecisa, pequeña, débil, removida cada segundo por el viento. Este tamaño tiene uno, este tamaño de los golpes que da y que recibe.

—Más rápido, ¡carajos! No están clavando espinas...

Cuando el sudor cae en un ojo, se ven todas las cosas de bulto.

—¿Como que no es con usted? —preguntó el guardia Ramón.

Sólo el ruido del martinete. La gota de sudor queda como otro ojo. Es un cristal de diversos colores.

—¿No me oye? ¿Se hace el sordo?

Ezequiel Rojas se quitó el sudor de los ojos con el dorso.

—¿Yo? —preguntó.

—Sí, usted... cuando le hable un superior, atienda... ¡Un superior!

— Ah! ¿Es conmigo?

—¡Ya se lo dije, carajo! —Como la lengua allí, carajo!

Ezequiel Rojas continuó en el río, con el hacer nada.

—¡Ah! ¿Usted es macho? —Y saltó al agua.

Ezequiel esperó. Lo cruzó a peinillazos. La estaca. El río dibujaba su silueta más imprecisa. El río se le cansaba el brazo. Entre los golpes de la peinilla, como un eco. Apenas golpes sobre la cabeza de otro con una peinilla. Un hombre. En el río. En donde apenas se iniciaba la cinta.

En los ojos de los demás presos había esa e  
frente a un muerto. Nunca nos acostumb  
tormento de un compañero de prisión lo  
cibiéramos en nuestra propia carne el mism  
de miedo.

El guardia Ramón sentía el sol en el cuerpo, en las espaldas, en las espaldas, en las espaldas. El sol le inyecta algo en el cuerpo. Algo que se introduce en la piel. Y tenía que liberarse. Cada día, los ojos del Teniente, la amenaza fija de matar un hombre. (Un hombre no puede salir por dentro sin pronunciar una sola palabra. El sol subía por el brazo y veía en la peñilla un hombre). (Cuando se mata un hombre siempre duele). Tenía que liberarse, poner fin a esa situación. Tenía que desprenderse como su propia sombra. Era un hombre. Los ojos aquella gota de sudor. Parecía una lágrima. Valor, de vida, de impotencia. Veía sólo el guardia.



ete son negros. Ese color que toma  
netes sobre diez estacas. En el río,  
la silueta de los presos.

bido —gritaba entre paso y paso el

e de maderos. El viento lo llevaba  
metro a la redonda. Arriba en el ba-  
pol y las cuatro garitas. En la playa  
ita! Dos ojos, un fusil ametrallador  
do, sobre la arena, depositada como  
peso.

a trueno, pero ni una nube siquiera.  
poros. Como manteca derretida. Un  
uchillada. En los riñones, en los pul-  
a de los golpes. La vida se desgarró,  
n el río se dibuja imprecisa, pequeña,  
e el viento. Este tamaño tiene uno,  
y que recibe.

clavando espinas...

ven todas las cosas de bulto.  
—preguntó el guardia Ramón.

ta de sudor queda como otro ojo. Es

o?  
de los ojos con el dorso.

un superior, atienda... ¡Un superior!

—¡Ah! ¿Es conmigo?

—¡Ya se lo dije, carajo! —Como la lengua, blandía el sable—. ¡Salga de allí, carajo!

Ezequiel Rojas continuó en el río, con el agua a la rodilla, ahora sin hacer nada.

—¡Ah! ¿Usted es macho? —Y saltó al agua.

Ezequiel esperó. Lo cruzó a peinillazos. No se movía. Parecía una estaca. El río dibujaba su silueta más imprecisa aún... Al guardia Ramón se le cansaba el brazo. Entre los golpes del martinete, los de la peinilla, como un eco. Apenas golpes sobre la carne. Un hombre descarnaba a otro con una peinilla. Un hombre. Un guardia. Una rata. Junto al río. En donde apenas se iniciaba la cinta de la playa.

En los ojos de los demás presos había esa expresión que ponen los niños frente a un muerto. Nunca nos acostumbremos a mirar un crimen. El tormento de un compañero de prisión lo recibimos todos. Como si recibiéramos en nuestra propia carne el mismo dolor. Impotentes. Llenos de miedo.

El guardia Ramón sentía el sol en el cuero cabelludo, una corona de espinas. El sol le inyecta algo en el cuerpo. Para un pastor es un tábano que se introduce en la piel. Y tenía que liberarse de algo: aquellos quince días, los ojos del Teniente, la amenaza de la carretilla, aquella idea fija de matar un hombre. (Un hombre no, un preso, algo que gime por dentro sin pronunciar una sola palabra). Tenía que liberarse. Ya le subía por el brazo y veía en la peinilla un instrumento de liberación. (Cuando se mata un hombre siempre duele la herida en los dedos). Tenía que liberarse, poner fin a esa situación que se le desprendía sin desprenderse como su propia sombra. Ezequiel tenía otra vez en los ojos aquella gota de sudor. Parecía una lágrima: una gota de furia, de valor, de vida, de impotencia. Veía sólo el bulto, sólo la sombra del guardia.



—¿No oye? ¿No oye? ¿Por qué no sale de allí? —jadeaba el guardia mientras levantaba por décima vez la peinilla.

Los demás presos querían hablar. Querían decirle algo. (No te dejes matar, obedece). Pero ni cuando mueren dicen nada. ¡Ni cuando mueren! Es preferible morir en silencio, como es preferible nacer cuando no se pronuncia una sola palabra. Todos querían decirle a una voz:

—Hermano, sal de allí. No queremos que mueras... Tú eres mejor que todos nosotros.

Pero no. Un hombre, si es el mejor, debe dar el último ejemplo con la vida. La síntesis de la vida puede ser la forma como morimos. Es lo último que damos.

Cayó la peinilla de nuevo. En la sien. Ezequiel dio una vuelta y se hundió en el agua. Algunas burbujas. El guardia dio la alarma con el pito (las gallinas siempre anuncian cuando ponen un huevo. El pito es esencial. Estoy seguro que si muero en Guasina, sonarán los pitos mucho tiempo). De las garitas bajaron tres guardias al trote. Sonaban las llaves de sus fusiles en medio de los saltos que amortiguaba la arena.

El río puede tragarse un hombre. Los peces y los saurios hacen lo demás. El río puede tragarse el mundo. El río puede tragarse el sol, como todas las tardes con el crepúsculo. Una piedra en el cuello del sol y mañana no habría luz. No habría luz, ni hombres, ni plantas, ni nada.

—Este como que ya no vive —señaló el guardia Ramón con la punta de la peinilla en el lugar de donde todavía se liberaban las burbujas.

Hubo silencio. Los martinetes callaban.

—¿Se murió? —Preguntó uno de los guardias recién llegados.

—¡Le di donde era! —sonrió pálido el guardia Ramón.

—¿Donde era o donde no era? —preguntó otro de los guardias guiñando un ojo.

—Para mí, donde era —respondió el guardia obstinado! ¡Será una ración menos!

Poco a poco emergió el rostro de Ezequiel.

—Como que vive todavía —observó el guardia mudo. ¿Por qué no lo tiramos para lo

—Bueno —dijo el guardia Ramón tomando y arrastrándolo a la orilla.

—¿Y estos carajos por qué no trabajan? —ñalando al grupo. Traquearon los fusiles.

—¡A trabajar! A trabajar, si no quieren

A intervalos comenzaron a sonar de nuevo.

Uno a uno. Casi como un quejido, y decían

—¡Lo mataron! ¡Lo mataron!

A pocos pasos del lugar de trabajo el río los presos se bañaban allí. Ahora entre el guardia mecían a Ezequiel sosteniéndolo por las piernas. Sin conocimiento aún, Ezequiel se cayó. Un golpe de agua, las olas y el cuerpo cayeron. Nuevo, ni un murmullo del río. Como si

—¿Te fijaste cómo dobló las piernas? —dijo el guardia Ramón.

—No fue una buena zambullida —comentó

Todos chasquearon los dientes e imitaron a Ezequiel al caer, cuando sintieron otro chocar con el fondo.

Era el indio Matías Ruiz. Mientras me iba había abandonado el brazo del martinete.



no sale de allí? —jadeaba el guardia  
ez la peinilla.

Querían decirle algo. (No te dejes  
mueren dicen nada. ¡Ni cuando mue-  
cio, como es preferible nacer cuando  
Todos querían decirle a una voz:

remos que mueras... Tú eres mejor

mejor, debe dar el último ejemplo con la  
ser la forma como morimos. Es lo últi-

la sien. Ezequiel dio una vuelta y se  
bujas. El guardia dio la alarma con el  
cian cuando ponen un huevo. El pito  
ni muero en Guasina, sonarán los pitos  
bajaron tres guardias al trote. Sonaban  
edio de los saltos que amortiguaba la

re. Los peces y los saurios hacen lo de-  
mundo. El río puede tragarse el sol, co-  
púsculo. Una piedra en el cuello del sol  
habría luz, ni hombres, ni plantas, ni

—señaló el guardia Ramón con la punta  
onde todavía se liberaban las burbujas.

s callaban.

no de los guardias recién llegados.

pálido el guardia Ramón.

? —preguntó otro de los guardias guiñan-

RELATOS DE GUASINA

—Para mí, donde era —respondió el guardia Ramón—. ¡Ya me tenía  
obstinado! ¡Será una ración menos!

Poco a poco emergió el rostro de Ezequiel, una gran burbuja roja.

—Como que vive todavía —observó el guardia que había permanecido  
mudo. ¿Por qué no lo tiramos para lo hondo?

—Bueno —dijo el guardia Ramón tomando a Ezequiel por los cabellos  
y arrastrándolo a la orilla.

—¿Y estos carajos por qué no trabajan? —dijo el primer guardia se-  
ñalando al grupo. Traquearon los fusiles y gritaron:

—¡A trabajar! A trabajar, si no quieren otro ombligo en las tetas.

A intervalos comenzaron a sonar de nuevo los martinetes. Con desgano.

Uno a uno. Casi como un quejido, y decía el martinete:

—¡Lo mataron! ¡Lo mataron!

A pocos pasos del lugar de trabajo el río era profundo. Por las tardes  
los presos se bañaban allí. Ahora entre el guardia Ramón y el otro  
guardia mecían a Ezequiel sosteniéndolo por los brazos y por las pier-  
nas. Sin conocimiento aún, Ezequiel se quejaba. Luego un chapuzón,  
un golpe de agua, las olas y el cuerpo que desaparecía. La calma de  
nuevo, ni un murmullo del río. Como si nada.

—¿Te fijaste cómo dobló las piernas? —nervioso reía el guardia  
Ramón.

—No fue una buena zambullida —comentó el de la sugerencia.

Todos chasquearon los dientes e imitaban las vueltas que dió Eze-  
quiel al caer, cuando sintieron otro choque en el agua. Otro cuer-  
po caía.

Era el indio Matías Ruiz. Mientras mecían el cuerpo de Ezequiel,  
había abandonado el brazo del martinete que le correspondía y a



toda prisa se lanzaba sobre las burbujas. Los guardias no lo vieron, distraídos como estaban con el condenado a muerte. Sólo oyeron cuando cayó al agua. Después lo vieron nadar precipitadamente. El guardia Ramón lo apuntó con su carabina y disparó. De nuevo surgió Matías y se sumergió. Todos los guardias apuntaban hacia el río. Más tarde apareció con Ezequiel. No dispararon. Nadaba pesado. Como a cien metros de la orilla. El río había arrastrado a Ezequiel hacia lo más profundo, pero el indio Matías conocía. Cansado, chorreante con el agua a la cintura Matías arrastraba a Ezequiel hacia la playa. En la orilla muchos guardias esperaban. El disparo los había alarmado y abandonaron sus puestos para correr a la playa. Era un acontecimiento de valor. Un hábito de oficio, acudir al lugar de alarma. Sobre todo si es un disparo. Un solo disparo no significa un gran peligro. Por eso es posible arriesgar el pellejo con valor.

Al pisar la arena, Matías recibió la primera descarga de culatazos y peñillazos. Pero Ezequiel yacía en tierra y él sabía que estaba vivo. En sus manos sentía aún el calor de su cuerpo. Le importaba muy poco lo que le hicieran. ¿Qué más podían hacerle ahora? ¿Qué más? ¿La muerte? Ya no le importaba morir. Toda la vida de Guasina y la que pudiera llevar posteriormente, abundaba, estaba de más, era sobrevivir. Sólo sobreviviría para algo grande. Ya en S.N., en medio de la tortura, había crecido el límite de sus días. Tenía muchas muertes a cuestas. Murió una vez cuando no pudo tener hijos y cuando no pudo ser un hombre de ciencias y cuando le limitaron el estómago y las manos, cuando no pudo cosechar su propio trabajo y desde que nació condenado a la miseria, al hambre, a los días restantes, de gusano, anduvo siempre muerto. Ni siquiera cuando se incorporó a la lucha pensó que podría adquirir su propia felicidad. Siempre creyó que él sólo era una contribución. Desde entonces había creído que todo aquello, todos esos días en los que había comenzado a realizar por sí mismo sus sueños, era sobrevivir. Lo repetía cada vez que intimidaba, cada vez que necesitaba levantar la moral de los demás. Entonces los ojos se le reducían, eran apenas dos lunares muy negros y había más pómulos en su cara india:

—Todos nosotros nos estamos sobrevivir, desde que superé la muerte a

Pero esta vez, junto al río, con Ezequiel que no iba a sobrevivir. Una doble llaga medían el cuerpo. Pero quería ver el sol. Ezequiel y aquellos hombres que tenían las manos y al miedo. Quería ver todo esto, maldiciones y juramentos de los guardias, todo, que la había cogido con su madre. realizado el heroísmo de venir en interior

—¡Se la echa de macho! ¡Dale en las bol

Y el sol le creció por dentro en un golpe. Aunque se le estaba derramando el



s burbujas. Los guardias no lo vieron, el condenado a muerte. Sólo oyeron lo vieron nadar precipitadamente. El su carabina y disparó. De nuevo surgió los guardias apuntaban hacia el río. Ezequiel. No dispararon. Nadaba pesado. lla. El río había arrastrado a Ezequiel el indio Matías conocía. Cansado, chura Matías arrastraba a Ezequiel hacia los guardias esperaban. El disparo los en sus puestos para correr a la playa. or. Un hábito de oficio, acudir al lugar un disparo. Un solo disparo no sig- es posible arriesgar el pellejo con valor.

bió la primera descarga de culatazos y ta en tierra y él sabía que estaba vivo. calor de su cuerpo. Le importaba muy é más podían hacerle ahora? ¿Qué más? taba morir. Toda la vida de Guasina y ormente, abundaba, estaba de más, era ía para algo grande. Ya en S.N., en recido el límite de sus días. Tenía mu- ó una vez cuando no pudo tener hijos ombre de ciencias y cuando le limitaron ando no pudo cosechar su propio trabajo o a la miseria, al hambre, a los días res- siempre muerto. Ni siquiera cuando se que podría adquirir su propia felicidad. era una contribución. Desde entonces lo, todos esos días en los que había co- mismo sus sueños, era sobrevivir. Lo ba, cada vez que necesitaba levantar la ces los ojos se le reducían, eran apenas había más pómulos en su cara india:

—Todos nosotros nos estamos sobreviviendo —decía—. Yo me sobrevivo, desde que superé la muerte a que me condenaron.

Pero esta vez, junto al río, con Ezequiel tirado a sus pies, parecía que no iba a sobrevivir. Una doble lluvia de culatas y sables le medían el cuerpo. Pero quería ver el sol por última vez y el río y a Ezequiel y aquellos hombres que tenían los martinets adheridos a las manos y al miedo. Quería ver todo esto para no oír las palabrotas, maldiciones y juramentos de los guardias. El guardia Ramón, sobre todo, que la había cogido con su madre. Y otro guardia que había realizado el heroísmo de venir en interiores al lugar, repetía:

—¡Se la echa de macho! ¡Dale en las bolas para ver! ¡Dale!

Y el sol le creció por dentro en un golpe definitivo. Era suyo ese sol. Aunque se le estaba derramando el río en la cabeza.



## 5

Ramiro sonreía mientras el cabo le informaba.

—¿Son todas las novedades, cabo? —preguntó como significando: ¿es todo lo que han hecho hoy? ¡Es muy poco, cabo! (se puede hacer más, cabo).

—Sí, mi Teniente. ¡No hay más! —respondió el cabo.

Ramiro siguió meciéndose en la hamaca, distraído, con una sonrisa que no quería decir nada. Los ojos fijos en la pared: seguía los pasos de las moscas, sus coitos, ese andar pegajoso por las manchas de saliva disecada (como si cada mosca quisiera descubrir el tipo de esputo, su contenido, el tipo de bacilo que había allí para llevarlo en sus patas y diseminarlo por todo el penal). Ramiro las veía. Pero no tenía objeto ver aquellas moscas (un buen aliado, las moscas). El cabo esperaba en posición de firme. Debajo de la hamaca descansaba el fusil ametrallador del Teniente. Al alcance de la mano. Ramiro permanecía la mayor parte del tiempo allí. En la garita del Comando. Desde el punto de vista militar...

—De aquí lo domino todo, cabo, ¿sabe? —repetía siempre como para convencerse a sí mismo de su seguridad.

Veía el fusil ametrallador. Y paseaba la vista por todo aquel vacío. Sólo en uno que otro rincón, pilas de potes de conserva, agua en depósitos de lona, una caja de pertrechos, otra de granadas, una cuer-



da, un sable. Eso era su reducto... Napoleón, la telaraña, y él en el centro de la telaraña.

—Desde aquí lo domino todo, cabo, ¿sabe?

¡No quería dudar en ese sentido! Insistía. Los guardias decían que era un gran estratega y eso era su tema favorito... Repetía. El cabo de la novedad tenía que soportarlo. Ya constituía un aspecto del parte.

—Con el parte viene la estrategia —decían. ¡Y cómo aprende uno!

—Mire, cabo, fíjese bien. (Ahora estaba de pie con el fusil ametrallador en las manos. Daba pasos de guerra). Por esta ventana domino el río, lo domino en el ángulo exacto... Por esta otra el penal, por aquella la dirección, el depósito y las garitas 3 y 4. Mire, cabo...

El cabo todos los días ponía ojos de ignorancia. De cosa en tinieblas. Después era lo otro:

—Aquí tengo de todo, cabo, ¿ve? Sólo me falta una mujer, una india, cualquier cosa, ¿sabe? Con una mujer en la guerra sé resistir muy bien... Se pelea, cabo... Se pelea... Porque estamos en guerra, cabo, ¿sabe?

Una mujer. Pero el Comando no hace caso. ¡Si comprendiera!

—¿Cuánto hubiésemos hecho ya? ¿Cuánto?

Un hombre se siente el dueño de la tierra cuando ha poseído una mujer.

—¡Entonces sabe que tiene sexo, cabo, y para qué lo tiene! ¡Para qué lo tiene! Esto se hincha, cabo, sin mujer, ¿sabe?

Se paseaba desolado.

—Mire, cabo: nada... Sol. Las moscas en la pared... Las moscas... Ellas sí, cabo. Ellas sí saben cómo es la cosa... Y no se les hincha nada.

Caía en la hamaca y se ponía las manos en el zinc. Las había contado para contar pero siempre se le olvidaba el número cada tarde. Era una disciplina. Y sin que eran cinco canales las obstruidas por fijado con el clavo a la viga. Cinco nadafectas. El cabo seguía en actitud de firmeza. La capacidad de movimiento en cualquier place. El cabo de pie.

—Puede retirarse, cabo...

Daba media vuelta el cabo. Movimiento nient le gustaban así. Pero cuando abría a Ramiro.

—¡Me olvidaba, cabo! Hágame llegar al

Sonaba la puerta. Los pasos se alejaban. sacaba una mano de la hamaca y tocaba la

—Mi compañero, mi mujer, mi madre.

Suave la culata al tocarla imperceptiblemente los dedos. Como un pezón o más todavía, como

—Las de ella eran así. A un tiempo duras. Apenas las toco y se me escapan, se me

En otro tiempo. Más allá. Lejos. Poseerla y quedar ciego. Cuando las cosas se le iban poniendo oscuras. Abría la puerta de la vida. ¡desnúdate! ¡rápido!

—A mi regreso las tendría duras otra vez. La culata entre las manos.

Sonó la puerta, unos tacones y una voz:

—¡A su orden, mi Teniente! —dijo el g



... Napoleón, la telaraña, y él en

cabo, ¿sabe?

Insistía. Los guardias decían que  
tema favorito... Repetía. El cabo  
arlo. Ya constituía un aspecto del

—decían. ¡Y cómo aprende uno!

ra estaba de pie con el fusil ame-  
pasos de guerra). Por esta ventana  
ángulo exacto... Por esta otra el  
el depósito y las garitas 3 y 4. Mi-

s de ignorancia. De cosa en tinieblas.

ve? Sólo me falta una mujer, una in-  
n una mujer en la guerra se resiste  
Se pelea... Porque estamos en gue-

no hace caso. ¡Si comprendiera!

va? ¿Cuánto?

o de la tierra cuando ha poseído una

exo, cabo, y para qué lo tiene! ¡Para  
cabo, sin mujer, ¿sabe?

Las moscas en la pared... Las mos-  
saben cómo es la cosa... Y no se les

Caía en la hamaca y se ponía las manos en la nuca. Miraba las canales  
del zinc. Las había contado para contarle a su mujer cuántas había,  
pero siempre se le olvidaba el número. Siempre tenía que hacerlo  
cada tarde. Era una disciplina. Y sin embargo, siempre recordaba  
que eran cinco canales las obstruidas por el martillo, cuando lo habían  
fijado con el clavo a la viga. Cinco nada más. Las otras estaban per-  
fectas. El cabo seguía en actitud de firme. No había sillas. Una silla  
resta capacidad de movimiento en cualquier lugar que uno se des-  
place. El cabo de pie.

—Puede retirarse, cabo...

Daba media vuelta el cabo. Movimientos ceñidos. Porque al Te-  
niente le gustaban así. Pero cuando abrió la puerta oyó de nuevo  
a Ramiro.

—¡Me olvidaba, cabo! Hágame llegar al guardia Contreras.

Sonaba la puerta. Los pasos se alejaban. Cada cierto tiempo Ramiro  
sacaba una mano de la hamaca y tocaba la culata de su fusil...

—Mi compañero, mi mujer, mi madre.

Suave la culata al tocarla imperceptiblemente. En la punta de los  
dedos. Como un pezón o más todavía, como una teta:

—Las de ella eran así. A un tiempo duras y suaves. Pero ahora...  
Apenas las toco y se me escapan, se me diluyen en las manos...

En otro tiempo. Más allá. Lejos. Poseerla en los momentos que sentía  
quedar ciego. Cuando las cosas se le iban haciendo pequeñas hasta  
ponerse oscuras. Abría la puerta de la casa y gritaba a su mujer:  
¡desnúdate! ¡rápido!

—A mi regreso las tendría duras otra vez. Como cuando niños. Y  
la culata entre las manos.

Sonó la puerta, unos tacones y una voz:

—¡A su orden, mi Teniente! —dijo el guardia Ramón.



No se movió. Abiertos los ojos, se frotaba los dedos uno contra otro. Como buscando una sensación ida.

—Podrá tenerlos duros para entonces... ¡Desnúdate! ¡Rápido!

El guardia Ramón sintió deseos de preguntar. Debía ser con él porque no había nadie más. Pero era preferible esperar. No debía cometer otro error ese día. Se limitaba a repetir:

—¡A su orden, mi Teniente!...

Ramiro saltó. Rojos los ojos le brotaban como las palabras...

—¡Ya sé! ¡ya sé!... ¡Usted está a mi orden! ¿No lo sé yo?

Pero no respondió el guardia Ramón. Era preferible callar. Ramiro se dulcificó otra vez. Suavemente los dedos le rozaban la cara. Buscaba en sus propias mejillas las de su mujer. No.

—No las puedo encontrar porque se quedaron con ella. Sólo encuentro la huella de los barros y la barba.

Acné como pezones, nada más.

Bajó la mano. Vio al guardia. Rígido. Los botones correctamente abrochados. Un guardia solamente. Si hubiese sido otra cosa. (El guardia Ramón bajó los ojos). Quizás... En la pared... No solamente las moscas. Pero nada, solamente aquel guardia...

—Guardia Ramón...

—¡A su orden, mi Teniente!

Había que ceñirse lo mejor posible. Todo tenso, un hilo de telaraña.

—Le suspendo el castigo...

El guardia Ramón sintió que le extraían el sol que llevaba introducido en el cerebro.

—La novedad de esta tarde vale la pena tenerla en cuenta...

Una comezón de galones en el brazo. Podían ser un día de fiesta nacional. Y eso que había hecho muy poco todavía. ¡Si lo hubiese

matado! ¡Solamente eso! Ahora mismo puesto con permiso.

—Así es que se hace respetar la autoridad.

—Sólo cumplo con mi deber, mi Teniente. Los tacones en ese momento.

—A mí me gusta reconocer el valor. Lo hizo bien, guardia... lo

El guardia Ramón quiso ensanchar sus

—Están en el calabozo de piedra. Dejen que cojan la "doble" en la cuadrilla, mi Teniente...

—¡Claro que vi! De aquí lo dominaba

La estrategia. Acarició los binoculares.

Y el Teniente inició su viejo tema. De movimiento con precisión. Y el guardia... La ventana, el río, la dirección, el penalti de la "disciplinaria".

—Todo, guardia... Nada se me escapaba. Anteojos de larga distancia— no dejaba. El poleón tenía un viejo catalejo, guardia... la pared.

—Usted, por ejemplo, guardia, no veía aquellas moscas. Yo lo veo en detalles

Vio largo rato. Fornicaban las moscas

—Tengo de todo, guardia. Sólo me falta cualquier cosa...

Los ojos se le agrandaban. Nada, tenía que... En cualquier parte.



JOSE VICENTE ABREU

se frotaba los dedos uno contra otro.  
ida.

entonces... ¡Desnúdate! ¡Rápido!

de preguntar. Debía ser con él por-  
era preferible esperar. No debía co-  
omitaba a repetir:

...  
e brotaban como las palabras...

tá a mi orden! ¿No lo sé yo?

Ramón. Era preferible callar. Ramiro  
nte los dedos le rozaban la cara. Bus-  
de su mujer. No.

orque se quedaron con ella. Sólo en-  
s y la barba.

ás.

a. Rígido. Los botones correctamente  
ente. Si hubiese sido otra cosa. (El  
. Quizás... En la pared... No sola-  
solamente aquel guardia...

osible. Todo tenso, un hilo de telaraña.

le extraían el sol que llevaba introdu-

vale la pena tenerla en cuenta...

el brazo. Podían ser un día de fiesta  
echo muy poco todavía. ¡Si lo hubiese

RELATOS DE GUASINA

matado! ¡Solamente eso! Ahora mismo saldría con tiras y por su-  
puesto con permiso.

—Así es que se hace respetar la autoridad.

—Sólo cumplo con mi deber, mi Teniente... —¡Claro! Debía sonar  
los tacones en ese momento.

—A mí me gusta reconocer el valor. Usted solo, en medio de tanto  
preso... Lo hizo bien, guardia... lo hizo bien.

El guardia Ramón quiso ensanchar sus posibilidades y agregó:

—Están en el calabozo de piedra. Desnudos. Mañana los saco para  
que cojan la "doble" en la cuadrilla "disciplinaria". Además, usted  
vio, mi Teniente...

—¡Claro que vi! De aquí lo domino todo, ¿sabe?...

La estrategia. Acarició los binoculares.

Y el Teniente inició su viejo tema. Daba pasos de guerra. Cada mo-  
vimiento con precisión. Y el guardia oyó rígido toda la explicación.  
La ventana, el río, la dirección, el penal, las garitas, la playa, la zona  
de la "disciplinaria".

—Todo, guardia... Nada se me escapa. Y esto —le enseñaba los  
anteojos de larga distancia— no deja que mis ojos mientan. Na-  
poleón tenía un viejo catalejo, guardia, ¿sabe? Puso los ojos en  
la pared.

—Usted, por ejemplo, guardia, no ve perfectamente lo que hacen  
aquellas moscas. Yo lo veo en detalles con los anteojos.

Vio largo rato. Fornicaban las moscas: suspiraba.

—Tengo de todo, guardia. Sólo me falta una mujer, una india, cual-  
quier cosa...

Los ojos se le agrandaban. Nada, tenía que resolver aquello. Esa no-  
che... En cualquier parte.



## 6

El calabozo de piedra estaba debajo de la garita cerca a la laguna. Más tarde lo denominaron el calabozo del "chivo". Apenas tenía un agujero como puerta. Era estrecho para una sola persona. De pie era imposible. El techo daba en la nuca. Muchas veces los pasos del guardia de la garita se introducían por la columna vertebral. Dentro el musgo, fuera el sol. Siempre disecábamos las heridas en las piedras. Eran manchas negras. Pero así y todo podíamos distinguirlas con facilidad. Porque cada uno fue dejando su piedra marcada. Cada piedra tenía nuestro propio nombre. Era una identificación del hombre con las rocas, con los minerales, con las cosas —testimonio del dolor, de la desesperación, de la impotencia material para resolver aquello. Cada piedra, cada roca tiene el nombre de un preso en el tormento.

Cuando salía alguien del calabozo, después de contar su vida allí, se le abordaba con las preguntas familiares:

—¿Y mi roca? ¿La viste? ¿Sabes cuál es?

Es decir, la roca donde estaba su sangre.

—Está bien, hombre, como que le crece el musgo. Es un buen abono la sangre humana. Quedó al lado de la mía. Mi sangre y tu sangre son vecinos. (Todas las sangres se identifican en el instrumento de tortura).



Y cierra la noche. Una roca. Un hombre. La herida se queda primero como una mariposa. Luego no es sino un murciélago. En la roca. En el hombre. La cicatriz es solamente el fósil de la herida. Ha perdido la vida, pero ha quedado la huella.

—De mariposa a murciélago... —Se repetía Ezequiel.

Oscuro. El indio Matías miraba por el agujero que daba al cielo. Pero sólo podía mirar semi-echado en el suelo.

—De mariposa o... Del golpe de la cabeza aún le salían las mariposas. Sin curas. No lo habían curado. Oyó las palabras del guardia Ramón sin darle importancia:

—¡Que les caigan gusanos...!

Antes las mariposas son gusanos también. La etapa de los gusanos...

La etapa de las mariposas.

Al indio Matías, tan pronto mejoró, se lo contaron. En el río, apenas era unas burbujas. Solamente eso: unas burbujas... ¡A lo que puede reducirse un hombre! —Se lo había dicho el indio. Con el disparo se hizo un arbolito de agua en la superficie. Un arbolito que ha podido formarse en su sangre. Por eso le decían a Matías el pesimista. Un disparo y no se asusta. Solamente se le queda grabado el detalle. Un arbolito de agua... Cerca de la nariz...

—Si no me sumerjo me salpica los ojos. Creo que los salpicó, no estoy seguro...

Relámpagos. Cerca de allí había una tempestad. Arriba el guardia caminaba. Podía tener miedo.

—Si lo quisiera encendería un cigarrillo en el rayo... (¡Rayo! ¡Una candelita!...)

Los pasos del guardia se acercaban. Bajaba.

Seguramente nos alumbrará la cara a ver si estamos aquí...

Llegó. No alumbró. Susurró:

—¿Están allí?

—¡Sí! ¡Dónde más!

—¿Están bien?

Silencio.

—Dejen estos cigarrillos y estos fósforos en el calabozo.

Era distinto.

—Vivimos —respondió entonces Ezequiel.

—Es una casualidad. Con los que se p... la orden. —El rostro del guardia era su... garía a saberse.

Relámpagos... Los pasos se alejan. A... intervalos se avivaban. Relámpagos: un... dían verse las manchas de las piedras. hombres. Las huellas quedarían grabada... sangre. Relámpagos. Ya los pasos de... lumna vertebral.

Y había que resolverlo esa misma no... necer así. Y menos en la persona de u... en su imaginación se sentía héroe de... en el humo de acontecimientos en do... sona, señores, en persona). Aquella Bat... Casi seguro estaba de haber participa... Y si no, ¿por qué la recordaba? ¿Po... delante de Negro Primero en su homb... haber andado allí. Y así se lo confesó...



JOSE VICENTE ABREU

ombre. La herida se queda primero  
sino un murciélago. En la roca.  
lamente el fósil de la herida. Ha  
o la huella.

—Se repetía Ezequiel.

por el agujero que daba al cielo.  
o en el suelo.

de la cabeza aún le salían las mari-  
urado. Oyó las palabras del guardia

también. La etapa de los gusanos...

ró, se lo contaron. En el río, apenas  
unas burbujas... ¡A lo que puede  
bía dicho el indio. Con el disparo se  
uperficie. Un arbolito que ha podido  
le decían a Matías el pesimista. Un  
te se le queda grabado el detalle. Un  
nariz...

a los ojos. Creo que los salpicó, no

ía una tempestad. Arriba el guardia

cigarrillo en el rayo... (¡Rayo! ¡Una

caban. Bajaba.

cara a ver si estamos aquí...

RELATOS DE GUASINA

Llegó. No alumbró. Susurró:

—¿Están allí?

—¡Sí! ¡Dónde más!

—¿Están bien?

Silencio.

—Dejen estos cigarrillos y estos fósforos. Boten las colillas fuera del  
calabozo.

Era distinto.

—Vivimos —respondió entonces Ezequiel.

—Es una casualidad. Con los que se portan como ustedes ya saben  
la orden. —El rostro del guardia era su voz. ¿Quién era? Nunca lle-  
garía a saberse.

Relámpagos... Los pasos se alejan. Abajo quedan dos brasas y a  
intervalos se avivaban. Relámpagos: una bombilla de segundos. Po-  
dían verse las manchas de las piedras. Y dos grandes manchas, dos  
hombres. Las huellas quedarían grabadas. Las rocas, los hombres, la  
sangre. Relámpagos. Ya los pasos de arriba no entraban por la co-  
lumna vertebral.

Y había que resolverlo esa misma noche. Aquello no podía perma-  
necer así. Y menos en la persona de un Teniente. Menos en él, que  
en su imaginación se sentía héroe de la independencia. Solía verse  
en el humo de acontecimientos en donde debió participar (en per-  
sona, señores, en persona). Aquella Batalla de Carabobo, por ejemplo.  
Casi seguro estaba de haber participado allí, aunque viviera ahora.  
Y si no, ¿por qué la recordaba? ¿Por qué sentía la respiración ja-  
deante de Negro Primero en su hombro derecho? Estaba seguro de  
haber andado allí. Y así se lo confesó esa noche al guardia Ramón y



al distinguido Flores cuando iban en la lancha del comando hacia Sacupana. Casi se lo confesó. De la noche, del río le surgían aquellas imágenes. ¡Estaba seguro! Allí venían en tropel. El motor era como el fragor. No veía sino el conjunto. No tenía tiempo de tomar en cuenta los detalles. (En una batalla nunca se tiene una visión de conjunto). El viento le daba en el rostro, la noche lo envolvía por todas partes. ¡Aquella batalla! ¡Aquel dominio! Y ahora aquí.

El guardia Ramón iba alegre y tarareaba algo como una canción. Había logrado la confianza del Teniente. ¿Qué más? Porque eso era confianza, llevarlo con él a Sacupana ¡a una misión delicada! Entre tantos guardias lo seleccionó a él. Y pensar que todo el día lo pasó castigado en el "primer sector". Sin casco. El sol como una lengua deritiéndole el cerebro. ¡Casi se lo derrite!

Y con amenaza de carretilla.

Pero el Teniente valora, aprecia, sabe escoger. Estrategia.

—Por algo era un superior. Un superior siempre tiene razón.

El distinguido tenía que reconocerle esta nueva perspectiva. No tenía tiras, pero era de la confianza del Teniente. Más que las tiras. Con todo y ser distinguido tenía que vérselas ahora con él. Todo se resuelve.

—¡Qué Teniente!

El distinguido Flores sabía a lo que iban a Sacupana. No era la primera vez. No era.

—El Teniente es un hombre práctico.

Cada vez que hablaba de las moscas y de la mujer, en su desesperación se agarraba el sexo. Había una misión delicada a Sacupana. La última vez no hubo problemas. Fue con la enfermera del Dispensario. ¡Qué asco! Una mujer que había descubierto el mercurio-cromo.

—Aquello era un pellejo.

Ni dientes tenía. Fue algo fácil. Se le pensario. El quedó de guardia en la p. Teniente hacía mucha bulla. Ella estaba el Teniente la dominaba, la tumbaba opusiera.

—Fue fácil... Nadie se fijaba en aque

Era que el Teniente tenía que domi por encima de la vida.

—¡Y si no, no fuera Teniente ¡Se ¡Se tiene que ser!

Esa noche ni cocuyos había en las call pocos pasos quedaba allí todas las r principio y luego quedaron mudos. N biesen dicho...

—¿Les echo una rociada, mi Teniente? el seguro al fusil ametrallador.

—No... No —susurró el Teniente— estrategia, guardia.

La noche multiplicó el susurro y lo f El pueblo sabía que había llegado el los chinchorros.

Después del motor de la lancha, de los el silencio. Ni siquiera una luz que i Los rostros y las intenciones. Cuando tran en el cerebro. O en eso que pu guardias.

Cerebro o... Porque a veces me pre drá haber un cerebro que seleccione lo tienen. No puedo creer otra cosa.



an en la lancha del comando hacia  
e la noche, del río le surgían aquellas  
venían en tropel. El motor era como  
unto. No tenía tiempo de tomar en  
batalla nunca se tiene una visión de  
n el rostro, la noche lo envolvía por  
¡Aquel dominio! Y ahora aquí.

y tarareaba algo como una canción.  
Teniente. ¿Qué más? Porque eso era  
cupana ¡a una misión delicada! Entre  
él. Y pensar que todo el día lo pasó  
Sin casco. El sol como una lengua  
se lo derrite!

ia, sabe escoger. Estrategia.

a superior siempre tiene razón.

ocerle esta nueva perspectiva. No tenía  
del Teniente. Más que las tiras. Con  
que vérselas ahora con él. Todo se

lo que iban a Sacupana. No era la pri-

práctico.

moscas y de la mujer, en su desespera-  
bía una misión delicada a Sacupana. La  
s. Fue con la enfermera del Dispensario.  
había descubierto el mercurio-cromo.

# RELATOS DE GUASINA

Ni dientes tenía. Fue algo fácil. Se le dijo y aceptó. En el mismo dis-  
pensario. El quedó de guardia en la puerta. Y casi se oía, porque el  
Teniente hacía mucha bulla. Ella estaba de acuerdo y, sin embargo,  
el Teniente la dominaba, la tumbaba, como si a última hora se  
opusiera.

—Fue fácil... Nadie se fijaba en aquel pellejo.

Era que el Teniente tenía que dominarlo todo. Su dominio estaba  
por encima de la vida.

—¡Y si no, no fuera Teniente ¡Se tiene que ser Teniente, carajo!  
¡Se tiene que ser!

Esa noche ni cocuyos había en las calles de Sacupana. Un silencio de  
pocos pasos quedaba allí todas las noches. Los perros ladraban al  
principio y luego quedaron mudos. No dijeron nada más. Y si hu-  
biesen dicho...

—¿Les echo una rociada, mi Teniente? —Y el guardia Ramón le quitó  
el seguro al fusil ametrallador.

—No... No —susurró el Teniente—, venimos en son de paz. La  
estrategia, guardia.

La noche multiplicó el susurro y lo fue depositando en los rincones.  
El pueblo sabía que había llegado el Teniente y se acurrucó más en  
los chinchorros.

Después del motor de la lancha, de los perros y de las voces, se cerró  
el silencio. Ni siquiera una luz que indicara una vida. Oscuro todo.  
Los rostros y las intenciones. Cuando las noches son así se concen-  
tran en el cerebro. O en eso que pueden tener un Teniente y dos  
guardias.

Cerebro o... Porque a veces me pregunto: ¿Será un cerebro? ¿Po-  
drá haber un cerebro que seleccione tales actos? Y necesariamente  
lo tienen. No puedo creer otra cosa.



—En la pulpería del ciego los espero —les dijo Ramiro empinándose en lo más elevado de la calle.

—Entendido, mi Teniente —y tomaron la calle que seguía paralela al río.

La pulpería del ciego.

—Que ni de ciego ni de tonto tiene un pelo.

Se repetía Ramiro, mientras ascendía. Ni ciego ni tonto. Sólo que se lo hace. No ve aquello que puede traerle complicaciones.

—Y es lo mejor para un comerciante —trataba de justificarlo el Teniente—. Y bien dicen: No hay mejor ciego que aquel que no quiere ver.

Al menos Benito Salazar no veía las cosas que hacía el Teniente. Y se lo había dicho:

—Ni a mi mujer, mi Teniente. Ni a mi mujer le cuento nada... Porque usted sabe cómo son las mujeres... Mi pulpería se siente honrada con su presencia... Siéntese aquí al lado de la motorola. Usted debe estar cansado...

Ramiro apenas entreabría los labios como respuesta. Lo dejaba hacer y decir. ¡Qué hombre tan bueno este Benito!

—Usted dispense que lo dejé tocar dos o tres veces. Pero era que la Margarita me tenía... Usted sabe... ¡Como araguato en bejuca!... je, je, je... Hoy vino precisamente y tuve que cerrar temprano. Je, je, je. Porque la Margarita es una mujer...

Pero ya Ramiro no le oía. Aprovechó que Benito Salazar rastreaba una botella de brandy español (traída especialmente de Barrancas para el Teniente) y se deslizó al cuarto de matrimonio. Benito siguió:

—Muy de su hogar... Es la que trae estas cosas de Barrancas —volvió los ojos buscando al Teniente y como no lo vio se bebió su ración de un solo trago. Escupió.

—Estos malditos tragos... ¡Cuándo co... le puede gustar a mi Teniente...

Bebió de nuevo. Escupió con calma:

—¡Ah! mi Teniente... Fue a ver la d... Ya se lo estará diciendo ella misma. E... diarios. Por algo están mandando...

Ramiro sonrió en la puerta y tocó de... pués que tocaba, los golpes se le depo... de los dedos. Siempre recordaba esa p... la mujer de Benito. ¡Una mujer! En... había enseñado a bañarse bien. Todas l... tarse. Por eso le quedaba a uno el olor... la nariz. ¡Qué mujer! ¡Ni esa noche n... toda la vida... Pero, ¿y Benito? ¡Ahí... ser ni le cuadra otro apodo como el d...

—Ciego, ciego... ¿Usted como que está... Lejos. Del fondo de la casa venía trast... una vela:

—¡Ya voy, mi Teniente!... ¡Ya voy! ¡N... Ramiro volvió a tocar, violento, pese a... nito. Era así.

—Es que la oscurana no me deja, mi T... accidentada. Me va a tener que mandar... ñana...

Abrió. A la luz de la vela parecía de c...

—Voy a tener que llevármelo para allá... a servirme.

—¡No diga eso, mi Teniente! La planta... a ver qué hacía. ¡No diga eso, hombre!



pero —les dijo Ramiro empinándose  
 tomaron la calle que seguía paralela

tiene un pelo.

endía. Ni ciego ni tonto. Sólo que  
 puede traerle complicaciones.

mercante —trataba de justificarlo el  
 hay mejor ciego que aquel que no

a las cosas que hacía el Teniente. Y

Ni a mi mujer le cuento nada...  
 as mujeres... Mi pulpería se siente  
 iéntese aquí al lado de la motorola.

bios como respuesta. Lo dejaba hacer  
 no este Benito!

tocar dos o tres veces. Pero era que  
 ed sabe... ¡Como araguato en be-  
 o precisamente y tuve que cerrar tem-  
 garita es una mujer...

provehó que Benito Salazar rastreaba  
 l (traída especialmente de Barrancas  
 l cuarto de matrimonio. Benito siguió:

a que trae estas cosas de Barrancas  
 Teniente y como no lo vio se bebió  
 Escupió.

—Estos malditos tragos... ¡Cuándo como la caña! Yo no sé como  
 le puede gustar a mi Teniente...

Bebió de nuevo. Escupió con calma:

—¡Ah! mi Teniente... Fue a ver la doña. No esperó por el recado.  
 Ya se lo estará diciendo ella misma. Esta no es gente de interme-  
 diarios. Por algo están mandando...

Ramiro sonrió en la puerta y tocó de nuevo. Oscura la noche. Des-  
 pués que tocaba, los golpes se le depositaban en el eco tembloroso  
 de los dedos. Siempre recordaba esa primera noche con Margarita,  
 la mujer de Benito. ¡Una mujer! En Curiapo el hermano José la  
 había enseñado a bañarse bien. Todas las noches... Antes de acos-  
 tarse. Por eso le quedaba a uno el olor de sus cabellos enredados en  
 la nariz. ¡Qué mujer! ¡Ni esa noche ni nunca dijo nada! Como si  
 toda la vida... Pero, ¿y Benito? ¡Ahí está Benito! Mejor no puede  
 ser ni le cuadra otro apodo como el de:

—Ciego, ciego... ¿Usted como que está muerto? O es que quiere...  
 Lejos. Del fondo de la casa venía trasteando la voz de Benito con  
 una vela:

—¡Ya voy, mi Teniente!... ¡Ya voy! ¡No se me ponga así, hombre!  
 Ramiro volvió a tocar, violento, pese a que oía los afanes de Be-  
 nito. Era así.

—Es que la oscurana no me deja, mi Teniente, y la planta la tengo  
 accidentada. Me va a tener que mandar al mecánico de Guasina, ma-  
 ñana...

Abrió. A la luz de la vela parecía de cenizas.

—Voy a tener que llevármelo para allá unos días, para que aprenda  
 a servirme.

—¡No diga eso, mi Teniente! La planta queda lejos y estaba viendo  
 a ver qué hacía. ¡No diga eso, hombre! Un amigo como yo, ni en



el cielo... ¡Y si no que lo diga Margarita! —ahí está ella que lo puede decir... ¡Marg!...

—No la llames. Tengo que hablarte a ti.

—Usted diga, mi Teniente...

—Dame la llave que tienes del Dispensario y una de tus botellas reservadas... y deja la puerta abierta que pronto viene una comisión a rendirme un parte...

En su cuarto, la Margarita trataba de oír y esperaba. Quizás para otras ocasiones hubiese salido. Pero ahora era mejor esperar en su dormitorio. Tratándose del Teniente era mejor estar allí, que en otra parte. Salir a su encuentro no era correcto. Sería más de bulto para Benito. ¡Pobre! ¡Cómo tiene que disimular las cosas!

—¡Y yo no tengo por qué ponerlo en disimulos mayores! ¡No señor! ¡Dios me libre! ¡Salir! ¡Qué va! ¡Mejor espero!

Espera. Solamente detrás de una puerta, en una repisa-altar, la vela de los Santos. Pero la apaga:

—¡Que la prenda él si quiere!

Las carnes le saltaban con el pulso.

—¡Benito es un Santo! ¡Pobrecito!

Tenía que entregarse siempre al Teniente, al Hermano José, a un hombre, para valorar a Benito. Para ella era la última vez que lo iba a hacer. Siempre se lo prometía y le resultaba difícil...

—¡Pobrecito!

Y no venía el Teniente.

—Será después de la comisión... ¡Caramba! ¡Y cómo tarda!

Por fin pasos: el guardia y el distinguido se cuadraron ante Ramiro.

—¡Permiso, mi Teniente!

—¡Diga!

—¡La señora no acepta la proposición!

—¿Cómo que no acepta? Yo no quiero pla esa orden!

Esta vez temblaba Ramiro. Los ojos brogre le iba a romper la cara en mil agujeros.

—¡Regresen! ¡Y ya saben! ¡Al Dispensario el pueblo. Allá los espero...

—¡Ahora sí! —Saltó la Margarita en su cuarto.

Esperó. Todo el chinchorro se estremecía. Nada. Ramiro no llegó hasta la Margarita después que salió la Comisión, abandonada a grandes trancos, hizo la distancia al Dispensario llabando en la sien sus propios pasos! Casi se le caía el cerebro. Un paso y sentía cómo le penetraban las deformidades de la calle. Inmenso, pero capaz de pedirle al río que se detenga (de las aguas). Consideraba que nada existía que le dijera: ¡Día decir!

—¡Yo lo soy todo! Todo, ¿entendido?

Y ejercía su dominio. Precisamente ahora las cosas estaban hechas para su dominio. De las cosas. El... sencillamente él... Ujé: ¡un cosmos! Todos lo creían capaz de salvarlos solamente, pero ahora lo verían. Ahora su dominio. Ni los de su casta se salvaban de él.

Para él no eran más que:

—Muñecos. Esos que salen de la Escuela...



JOSE VICENTE ABREU

a Margarita! —ahí está ella que lo

arte a ti.

Dispensario y una de tus botellas  
abierta que pronto viene una co-

aba de oír y esperaba. Quizás para  
Pero ahora era mejor esperar en su  
ente era mejor estar allí, que en otra  
era correcto. Sería más de bulto para  
ue disimular las cosas!

lo en disimulos mayores! ¡No señor!  
ya! ¡Mejor espero!

na puerta, en una repisa-altar, la vela

e!

ulso.

cito!

al Teniente, al Hermano José, a un  
Para ella era la última vez que lo iba  
ía y le resultaba difícil...

... ¡Caramba! ¡Y cómo tarda!

distinguido se cuadraron ante Ramiro.

RELATOS DE GUASINA

—¡Diga!

—¡La señora no acepta la proposición!

—¿Cómo que no acepta? Yo no quiero que acepte, ¡sino que cumpla esa orden!

Esta vez temblaba Ramiro. Los ojos brotados, casi saltados. La sangre le iba a romper la cara en mil agujeros.

—¡Regresen! ¡Y ya saben! ¡Al Dispensario! Así tengan que incendiar el pueblo. Allá los espero...

—¡Ahora sí! —Saltó la Margarita en su chinchorro—. Ahora vendrá...

Esperó. Todo el chinchorro se estremecía en un temblor de sombras. Nada. Ramiro no llegó hasta la Margarita esa noche. Inmediatamente después que salió la Comisión, abandonó la pulpería de Benito, y a grandes trancos, hizo la distancia al Dispensario. ¡Como le martillaban en la sien sus propios pasos! Casi un camello al galope en su cerebro. Un paso y sentía cómo le penetraba la tierra, sus caminos, las deformidades de la calle. Inmenso, poderoso (un hombre así es capaz de pedirle al río que se detenga y luego percibir la quietud de las aguas). Consideraba que nada existía sin él, fuera de él. Podía decir:

—¡Yo lo soy todo! Todo, ¿entendido?

Y ejercía su dominio. Precisamente ahora verían su dominio. Porque las cosas estaban hechas para su dominio. Esa era la única naturaleza de las cosas. El... sencillamente él... Un Teniente. Como si se dijera: ¡un cosmos! Todos lo creían capaz de la frontera y de Guasina solamente, pero ahora lo verían. Ahora verían su capacidad, su dominio. Ni los de su casta se salvaban de este desfile.

Para él no eran más que:

—Muñecos. Esos que salen de la Escuela son muñecos.



Que no saben lo que es la vida: un contrabandista, un preso, el lomo de un río, la plaga de la selva... El mundo.

—Soldaditos de salón. (¡Nada más que eso!)

Ni lo que era una mujer siquiera. Poseer una mujer...

—¡Poseerla porque se arrebata! Se toma. Porque lo pide el sexo. ¡Carajo!

No las maripositas de las fiestas: carmín, seda, fuegos artificiales... sino una mujer.

—¡Lo que se llama una mujer!

—No son más que Tenientes de uniforme. Habladores de artillería.

No había luz en el salón del dispensario y seguía paso a paso abriendo todos los rincones. De vez en cuando lanzaba puntapiés al aire y una interjección, un juramento, un bufido que sonaban como una detonación. Bebió un trago.

—Y no por aguardiente, sino por hombre. ¡Por hombre! ¡Porque se es hombre!

Hubiera deseado una botella blanda, como una teta. Hay que inventar la botella-teta. Lo mejor en la guerra. ¡Estrategia, carajo! Para chuparla, para apretarla contra su mejilla y que se hiciera fuego y sangre y herida palpitante.

—¡Mierdas! ¡Tenienticos de escuela!

—Habladores de artillería...

Eructó.

—¡Mierdas! La escuela es esto y la frontera... Después quieren venir a hacer las cosas mejor que uno.

Que si los informes, la disciplina, la técnica, los castigos, la mejor manera de planear a los hombres y sacarles sangre sin heridas... ¡Están prohibidas las heridas!

—Mierdas... Como si eso se aprenden que aprender de uno. Hasta a putas como de estrategia!...

Bebe otro trago.

—Y son los Ministros...

Deja de caminar y se quita la guerrera. arrancara los vestidos a una mujer.

—¡Y cómo tardan estos carajos!

En algún escondrijo del dispensario había un armario que fue de los purgantes. No había luz y señalaba su presencia. Debe haber amor. No calla el grillo. ¡No calla! Como en su organismo. La aspiración del grillo como una semilla seca en el aire. ¡Reventar. dispersas. Reventar. En algún lugar las dispersas. ¡Reventar!... El último trozo

Pasos. La luz penetra y cabecea en las paredes.

—Aquí está, mi Teniente. ¡Ordenes cu... Suenan los tacones...

—Apague esa linterna, ¡estúpido! ¡Apague!

Salen los guardias. A Ramiro en su brazo tierno. Un brazo que tiembla. Un brazo en la oscuridad. Con la otra mano le tiembla... ¿Por qué tiembla? ¿No es a tiembla en la otra mano. Pero le desgarran el cuello. Y sin embargo tiembla. Tiembla, llora, llora. ¡Puede gritar todo lo que quiera! todos esos gritos. ¡Estrategia!

Antes, mucho antes, desde que la vio por



JOSE VICENTE ABREU

contrabandista, un preso, el lomo  
El mundo.

ás que eso!)

Poseer una mujer...

Se toma. Porque lo pide el sexo.

carmin, seda, fuegos artificiales...

uniforme. Habladores de artillería.

sario y seguía paso a paso abriendo  
ndo lanzaba puntapiés al aire y una  
fido que sonaban como una detona-

r hombre. ¡Por hombre! ¡Porque se

anda, como una reta. Hay que in-  
en la guerra. ¡Estrategia, carajo! Para  
mejilla y que se hiciera fuego y sangre

cuela!

o y la frontera... Después quieren  
que uno.

ina, la técnica, los castigos, la mejor  
bres y sacarles sangre sin heridas...

RELATOS DE GUASINA

—Mierdas... Como si eso se aprendiera en los libros. Siempre tie-  
nen que aprender de uno. Hasta a beber. ¡Se debe saber tanto de  
putas como de estrategia!...

Bebe otro trago.

—Y son los Ministros...

Deja de caminar y se quita la guerrera. Se estremece. Siente como si le  
arrancara los vestidos a una mujer.

—¡Y cómo tardan estos carajos!

En algún escondrijo del dispensario hay un grillo. Puede estar en el  
armario que fue de los purgantes. No hace más que cantar. Así domina  
la oscuridad y señala su presencia. Debe estar en un período activo del  
amor. No calla el grillo. ¡No calla! Como si quisiera tomar todo el aire  
en su organismo. La aspiración del grillo ante la hembra. Reventar co-  
mo una semilla seca en el aire. ¡Reventar! No quedarán sino las patas  
dispersas. Reventar. En algún lugar las hormigas esperan el aconteci-  
miento. ¡Reventar!... El último trozo de aire sonoro.

Pasos. La luz penetra y cabecea en las paredes y armarios del cuarto.

—Aquí está, mi Teniente. ¡Ordenes cumplidas!

Suenan los tacones...

—Apague esa linterna, ¡estúpido! ¡Apáguela!

Salen los guardias. A Ramiro en su mano le queda aprisionado un  
brazo tierno. Un brazo que tiembla. Un brazo que intenta desaparecer  
en la oscuridad. Con la otra mano le busca el cuello. El también  
tiembla... ¿Por qué tiembla? ¿No es acaso el amo? Se le deshace el  
cuello en la otra mano. Pero le desgarras el vestido. Desgarra la tela.  
Y sin embargo tiembla. Tiembla, llora, grita. Pero le desgarras el ves-  
tido. ¡Puede gritar todo lo que quiera! ¡Puede gritar! El río se traga  
todos esos gritos. ¡Estrategia!

Antes, mucho antes, desde que la vio por primera vez, su imaginación



la había hecho suya muchas veces. Cada vez que veía las moscas en la pared, sustituía la imagen de su mujer por ésta. ¡Esta pequeña! Recién saliendo del río con un vestido corto, andrajoso, chorreante como sus cabellos. Reía con sus otros hermanitos y jugueteaba con el río. ¡Reía! Ni que fuera un remolino, ni que fuera la espuma o sencillamente una onda del río.

Eustacia tenía trece años. Aún iba a la escuela unitaria de Sacupana y su crecimiento había sido lento, de mala alimentación. Apenas comenzaban a destacarse algunas formas de mujer, pese a los senos y la viveza de los ojos. Rasgos indígenas finos, el rostro. Hija de pescadores, había aprendido a cuidar a sus hermanitos mientras sus padres se entregaban a las grandes corrientes del río siguiéndole la huella a los peces. Cuando no podía solucionar por sí sola un problema a sus hermanitos, recurría a la ayuda de la vieja Francisca, la comadrona. Y Francisca sabía siempre:

—Ma Francisca —le decía— los muchachos no quieren salir del río y no me hacen caso...

—No le des en la comida lo que más les guste y se lo haces ver... Yo misma iré para decírselos...

—Ma Francisca, los muchachos tienen miedo... ¡Y yo también!

—Yo voy a dormir con ustedes... Llévate mi chinchorro de una vez.

Y un día que Benito le dijo que se acercara por allá:

—¡Con la noche! ¡Con la nohecita! —dijo con cierto mimo Benito.

Ella le pidió a la vieja Francisca que la acompañara. Francisca ya sabía lo que quería Benito y acompañó a Eustacia sin decirle nada. En la pulpería hizo que entrara Eustacia primero, después ella. No se la esperaba Benito. Y quiso entender que era en demanda de algo y se afanó en satisfacerla lo más pronto posible. Eustacia esperaba en un rincón.

—No, no quiero nada de tu puerco ni que quiero es que no te hagas el muy... más bien a hacerle el amor a tu mujer, a...

—¿Yo, Ma Francisca? ¿Cómo cree?

Pero Francisca se encolerizó y lo insultó. Benito no encontraba salida. Por fin se lucionó la vieja Francisca.

Cuando te hable de Sacupana te contaré Eustacia y tantas personas de este pueblo. Pero esta noche no pudo nada la vieja Francisca. Eustacia tenían tres días ya tras los peces. Francisca:

—Los muchachos tienen miedo... ¡Yo!

Ella había venido a pasar la noche con los perros. Dormían ya. Despertaron con los perros.

—¡Gente, Ma Francisca. ¿Será mi mamá?

—No —dijo Ma Francisca— ya los perros. Se acercaban los ladridos de los perros. El miedo del río.

—¡Y es para acá, Ma Francisca!

No respondió. Antes había oído un motor. Quiénes eran. Solamente ellos hacían eso. Como si todo el mundo tuviese que d... entregarlo todo a estos héroes que venían...

Francisca sabía que no venían a nada bueno. Los casos no llegarían a la casa. No tenían nada. ¿dónde encontrar? Una vieja y cuatro niños viejas... y a los niños...



JOSE VICENTE ABREU

Cada vez que veía las moscas en la  
jer por ésta. ¡Esta pequeña! Recién  
to, andrajoso, chorreante como sus  
itos y jugueteaba con el río. ¡Reía!  
uera la espuma o sencillamente una

a la escuela unitaria de Sacupana  
de mala alimentación. Apenas co-  
nas de mujer, pese a los senos y la  
s finos, el rostro. Hija de pescado-  
s hermanitos mientras sus padres se  
del río siguiéndole la huella a los  
por sí sola un problema a sus her-  
a vieja Francisca, la comadrona. Y

nuchachos no quieren salir del río y

más les guste y se lo haces ver...

enen miedo... ¡Y yo también!

. Llévate mi chinchorro de una vez.

se acercara por allá:

ta! —dijo con cierto mimo Benito.

que la acompañara. Francisca ya sabía  
ó a Eustacia sin decirle nada. En la  
cia primero, después ella. No se la  
er que era en demanda de algo y se  
nto posible. Eustacia esperaba en un

RELATOS DE GUASINA

—No, no quiero nada de tu puerco negocio —dijo Francisca—. Lo  
que quiero es que no te hagas el muy macho con esta niña. Aprende  
más bien a hacerle el amor a tu mujer, a ver si es otra cosa.

—¿Yo, Ma Francisca? ¿Cómo cree?

Pero Francisca se encolerizó y lo insultó de mil maneras distintas.  
Benito no encontraba salida. Por fin se fueron. Y esto también lo so-  
lucionó la vieja Francisca.

Cuando te hable de Sacupana te contaré otras cosas de esta vieja, de  
Eustacia y tantas personas de este pueblo mártir, este pueblo héroe.  
Pero esta noche no pudo nada la vieja Francisca. Los padres de Eus-  
tacia tenían tres días ya tras los peces. Eustacia le había dicho tem-  
prano a Francisca:

—Los muchachos tienen miedo... ¡Yo también!

Ella había venido a pasar la noche con los muchachos.  
Dormían ya. Despertaron con los perros.

—¡Gente, Ma Francisca. ¿Será mi mamá?

—No —dijo Ma Francisca— ya los perros no ladraran. Es otra gente.  
Se acercaban los ladridos de los perros. Entre ladrido y ladrido, el ru-  
mor del río.

—¡Y es para acá, Ma Francisca!

No respondió. Antes había oído un motor atravesar el río. Ella sabía  
quiénes eran. Solamente ellos hacían esa alharaca cuando llegaban.  
Como si todo el mundo tuviese que despertar para recibirlos, para  
entregarlo todo a estos héroes que venían del sacrificio —de Guasina.

Francisca sabía que no venían a nada bueno. Esperó. En el peor de los  
casos no llegarían a la casa. No tenían nada que buscar allí. ¿Qué po-  
dían encontrar? Una vieja y cuatro niños. No eran muy dados a las  
viejas... y a los niños...



—No creo.

Pero los pasos se detuvieron en la entrada de la casa. Vacilaban. No había puertas. Solamente una estaca en diagonal.

—¿Será aquí? —oyó Francisca.

—Sí. ¡Aquí es! La última casa está más allá. Esta es la que buscamos.

Una linterna alumbró la estaca a todo lo largo. La separaron y entraron.

—¡Buenas! —dijo uno.

Francisca, que como todas las comadronas dormía con los vestidos puestos, ya estaba de pie y salía del pequeño tabique que separaba el recibo de la casa, del dormitorio.

—Buenas —respondió. (Eran dos: un distinguido y un guardia).

—¿Qué se les ofrece?

—¡Se fugó un preso del penal! —Soltó el distinguido.

Francisca casi delata sus sentimientos. Le alegraba la fuga de un preso. Pero supo decir con indiferencia:

—Nosotros no sabemos nada.

El distinguido lo observaba todo a la luz de su linterna. Con miedo, Eustacia apenas había asomado el rostro por el tabique.

—El rastro del preso nos ha traído hasta aquí.

—¡No puede ser! Aquí no ha entrado nadie...

—Yo no sé, señora. Sólo digo que el rastro. Una señora nos acaba de informar que algunas personas vieron cuando Eustacia conducía el preso por aquí.

—¿Eustacia? Si esta niña no ha salido, sino para buscarme.

—Yo no sé señora —insistió el distinguido—. Nos vamos a llevar a Eustacia para la Comisaría. Una declaración.

—¡Pero si ésta es una niña! ¿Cómo va a...

El distinguido vacilaba. Nunca le habían gustado las cosas de Ramón. Ramón le daba con el codo incitándolo a que se fuera. Él no quería. Se quedó inmóvil. Alumbró de nuevo el rostro de la niña para comprender su rostro infantil y soñador.

—¿Yo no puedo ir por ella? —sugirió Francisco.

En la oscuridad sonrió el guardia Ramón. Él sabía que si se iba, le esperaba. Vacilaba. No le gustaban estas cosas. Era mejor dejar esto y decirle cualquier cosa que conformarse con Margarita. Al fin y al cabo...

—¡Bueno! Yo voy a consultar, señora...

—Pero... —protestó el guardia Ramón.

—Vamos a consultar —dijo el distinguido—, pero no por la calle y los perros.

A él no le gustaban estas cosas. Era muy joven para tener relaciones con una mujer, la violencia estaba prohibida, no debía mediar el temor, el miedo...

—¡Nada parecido! —se lo repetía el distinguido.

Porque para eso se es hombre, para saber manejar a una mujer con dulzura. Para que sus deseos se cumplieran sin carga dolorosa.

—Y debe ser siempre una mujer. Una mujer completa, una mujer completa.

Siempre el Teniente Ramiro lo traía para eso. Siempre el mismo asco. Solamente.

—Por disciplina.

Y se resignaba. Porque creía que Ramiro sabía lo que quería y lo escogía para que se rebelara.



la entrada de la casa. Vacilaban. No  
ca en diagonal.

á más allá. Esta es la que buscamos.  
odo lo largo. La separaron y entraron.

comadronas dormía con los vestidos  
del pequeño tabique que separaba el

s: un distinguido y un guardia).

—Soltó el distinguido.

entos. Le alegraba la fuga de un preso.

o a la luz de su linterna. Con miedo,  
el rostro por el tabique.

do hasta aquí.

entrado nadie...

que el rastro. Una señora nos acaba de  
vieron cuando Eustacia conducía el

salido, sino para buscarme.

el distinguido—. Nos vamos a llevar a  
na declaración.

—¡Pero si ésta es una niña! ¿Cómo va a salir? Es una niña.

El distinguido vacilaba. Nunca le habían gustado esas cosas. El guardia Ramón le daba con el codo incitándolo a proceder por la fuerza. Pero no quería. Se quedó inmóvil. Alumbró de nuevo a Eustacia y no dejó de comprender su rostro infantil y soñoliento.

—¿Yo no puedo ir por ella? —sugirió Francisca.

En la oscuridad sonrió el guardia Ramón. El distinguido no se lo esperaba. Vacilaba. No le gustaban estas cosas. ¿Por qué seguía allí? Era mejor dejar esto y decirle cualquier cosa al Teniente. Tendría que conformarse con Margarita. Al fin y al cabo era lo mejor.

—¡Bueno! Yo voy a consultar, señora...

—Pero... —protestó el guardia Ramón.

—Vamos a consultar —dijo el distinguido y alumbró de nuevo hacia la calle y los perros.

A él no le gustaban estas cosas. Era muy joven. Si había que establecer relaciones con una mujer, la violencia estaba de más, los terceros sobraban, no debía mediar el temor, el miedo, ni nada parecido.

—¡Nada parecido! —se lo repetía el distinguido.

Porque para eso se es hombre, para saber hacer el amor. Para lograr una mujer con dulzura. Para que sus deseos no sean una imposición, una carga dolorosa.

—Y debe ser siempre una mujer. Una mujer completa. Para un hombre completo, una mujer completa.

Siempre el Teniente Ramiro lo traía para estas cosas, siempre. Y sentía cierto asco. Solamente.

—Por disciplina.

Y se resignaba. Porque creía que Ramiro sabía su criterio en estas cosas y lo escogía para que se rebelara.



—Como poniéndome una concha de mango.

¡Pero se equivoca! El cumplía. Cumplía siempre. No podía decir Ramiro que era:

—Indisciplinado y desertor. ¡Eso nunca!

Las órdenes lo eximían de responsabilidades. Pero le daba asco.

Cuando le informó a Ramiro, éste ni lo dejó terminar siquiera. El había pensado intimar y decirle estas cosas. Pero ni siquiera lo dejó terminar.

De regreso a la casa de Eustacia se sentía agotado. Pensaba, le daba vueltas al asunto y no encontraba una solución. El Teniente esperaba. Había que llevarle su presa de cualquier manera. ¿Y si no se la llevaba?

La disciplina... ¡Las órdenes!

El guardia Ramón por el contrario hablaba mucho. Insultaba, maldecía, juraba. Toda la jerga de cuartel que estaba a su alcance, desfiló por la calle.

¿Qué se creará esa vieja? ¿Que vamos a dejar de cumplir una orden porque ella no quiere?

Quizás allí estaban sus tiras. ¡Quizás así las había obtenido el distinguido! ¡Y qué silencioso que iba el distinguido!

—Vieja indisciplinada. Aquí la gente no tiene disciplina. No tiene. Hay que meterla por el carril.

El Teniente comprendería de lo que era capaz. No solamente sabía manejar presos, sino también civiles. ¡El dijo que de cualquier manera! ¡Ya lo verá!...

—Usted habla mucho, guardia —lo recriminó el distinguido.

—¡Es que esa vieja me tiene lleno ya!

—Usted sabe que las órdenes no se comen.

El distinguido como que no quiere nada. No tiene. Ya lo sabrá.

En la puerta estaba Francisca. Había hecho inclusive a Eustacia— y esperaba. Ella debía salir. No era la primera vez que salía bien de casa.

—Hay que llevar a la niña —dijo el distinguido.

—La niña no puede salir. ¡Iré yo! ¡Yo res...

—Es que ésa es la orden, señora. Usted...

—Pero, distinguido, usted no creará que...

Pero el guardia Ramón no la dejó terminar.

—¡Ah! tú ¡vieja bruja! ¡Entonces, tú!

Y sin que el distinguido lo pudiera evitar...

Francisca cayó (la sangre tiene a veces efectos quejidos).

El distinguido veía con odio al guardia...

—¿Cómo hace eso? —fue lo que pudo...

—Para terminar de una vez, mi distinguido...

Hubiese querido vaciarle el cargador de la pistola no se movía. Eustacia que se había caído cómo caía Francisca. Salió. Tenía que hacer algo. El guardia se vio su pequeño rostro y un momento que le servía de dormilona. Los cabellos...



## JOSE VICENTE ABREU

de mango.  
mplía siempre. No podía decir Ra-  
nunca!  
bilidades. Pero le daba asco.  
e ni lo dejó terminar siquiera. El  
estas cosas. Pero ni siquiera lo dejó  
se sentía agotado. Pensaba, le daba  
una solución. El Teniente esperaba.  
quier manera. ¿Y si no se la llevaba?  
hablaba mucho. Insultaba, maldecía,  
ue estaba a su alcance, desfiló por la  
vamos a dejar de cumplir una orden  
quizás así las había obtenido el distin-  
el distinguido!  
ente no tiene disciplina. No tiene. Hay  
que era capaz. No solamente sabía  
les. ¡El dijo que de cualquier manera!  
—lo recriminó el distinguido.  
leno ya!

## RELATOS DE GUASINA

—Usted sabe que las órdenes no se comentan y menos en la calle.

El distinguido como que no quiere nada. ¡Mejor! Ya lo sabrá el Teniente. Ya lo sabrá.

En la puerta estaba Francisca. Había hecho acostar a los muchachos — inclusive a Eustacia — y esperaba. Ella debía hacer frente a la situación. No era la primera vez que salía bien de estas cosas.

—Hay que llevar a la niña —dijo el distinguido.

—La niña no puede salir. ¡Iré yo! ¡Yo respondo por ella!

—Es que ésa es la orden, señora. Usted comprenderá...

—Pero, distinguido, usted no creará que ella esconda un preso. En todo caso yo...

Pero el guardia Ramón no la dejó terminar.

—¡Ah! tú ¡vieja bruja! ¡Entonces, tú!

Y sin que el distinguido lo pudiera evitar le descargó la culata del fusil.

Francisca cayó (la sangre tiene a veces el color de la noche). Ni un quejido.

El distinguido veía con odio al guardia Ramón.

—¿Cómo hace eso? —fue lo que pudo articular.

—Para terminar de una vez, mi distinguido. No voy a ganarme un arresto, y... Por culpa de esta vieja.

Hubiese querido vaciarle el cargador de su fusil de una vez. Francisca no se movía. Eustacia que se había asomado, sintió más que vio cómo caía Francisca. Salió. Tenía que hacer algo. A la luz de la linterna del guardia se vio su pequeño rostro y un largo camisón de la madre que le servía de dormilona. Los cabellos en desorden. Estupor, miedo,



rígidos los labios dejaban ver sus dientes. El guardia Ramón con un paso largo traspuso el cuerpo de Francisca y la agarró por un brazo.

—Aquí está, mi distinguido... ¡Aquí está...!

En la calle Eustacia quería gritar y no podía. Le salía algo gutural, pastoso, un ladrido. Silente. Iba descalza. Casi en el aire. El distinguido marchaba atrás con el fusil ametrallador en las manos. Quería dispararle todo el cargador por la espalda. Y una y otra vez le sonaban en sus oídos las palabras del guardia Ramón.

—Aquí está, mi distinguido... ¡Aquí está!

Como si se hubieran quedado colgados de la noche. A la distancia de sus oídos. Eustacia era apenas una columnita blanca suspendida por el guardia Ramón.

—Pesa... Está gordita, mi distinguido... —y ensayó una risa.

El distinguido arrastraba los pies. Iba cansado.

—Una orden... Nada más que una orden —se repetía.

Buscando una justificación. No dijo nada la vieja Francisca. Ni un quejido. Estará muerta... Fue en la cabeza. Le quedará una raya en el pelo para el resto de sus días.

—Aquí está, mi distinguido... ¡Aquí está!...

La noche como que no quería tragarse esas palabras. Ni los perros ladraban para acuchillarlas.

Otra vez en el río se oía el motor. La cancelación en el agua. Los perros ladraron por la distancia. Quedaba la brisa recogida, la gente recogida. La cicatriz. Ni siquiera los gallos dijeron la hora. Los perros les hubiesen cerrado el pico con el pico. Pero se comprende ese lenguaje de los grillos. (El motor se queda dormido).

El distinguido agarraba con todas sus fuerzas la "borda" y dejaba que el viento le diera en la cara. Todo el ruido del motor le repetía aquel grito. El escenario de todo y el grito no se movía. El distinguido, sólido, como si el tiempo no transcurriera. Allí estaba. Podía tocarlo, verlo. Podía oírlo. Podía sangrar. Pero el viento no lo arrancaba. El viento no le quitaba los ojos, pero el grito no. Y el motor podía traerle las condiciones, su corazón entero, pero aquel grito no le encontraba su expresión en ese ruido infernal. Fue estar lejos del dispensario. No quería estar allí. Que todo se lo tragara la distancia antes de que llegara. Por eso le dijo al guardia Ramón:

—Quédese aquí, guardia. Tengo que hacer



s dientes. El guardia Ramón con un Francisca y la agarró por un brazo.

Aquí está...!

r y no podía. Le salía algo gutural, lescalza. Casi en el aire. El distinguido trallador en las manos. Quería dispa- alda. Y una y otra vez le sonaban en a Ramón.

¡Aquí está!

olgados de la noche. A la distancia de na columnita blanca suspendida por el

nguido... —y ensayó una risa.

es. Iba cansado.

una orden —se repetía.

dijo nada la vieja Francisca. Ni un en la cabeza. Le quedará una raya en ías.

¡Aquí está!...

tragarse esas palabras. Ni los perros la-

Otra vez en el río se oía el motor. La canoa iba rompiendo las constelaciones en el agua. Los perros ladraron por última vez. En el pueblo quedaba la brisa recogida, la gente recogida, el dolor recogido en una cicatriz. Ni siquiera los gallos dijeron la hora. Como si aquellos hombres les hubiesen cerrado el pico con el pánico. Sólo un grillo. Y allí se comprende ese lenguaje de los grillos. (A veces en los pueblos todo se queda dormido).

El distinguido agarraba con todas sus fuerzas el mango del "fuera de borda" y dejaba que el viento le diera en los ojos. Se sentía torpe. Todo el ruido del motor le repetía aquel grito. Como si él hubiese sido el escenario de todo y el grito no se moviera de él y permaneciera estático, sólido, como si el tiempo no transcurriera. Allí estaba ese grito. Allí estaba. Podía tocarlo, verlo. Podía desgarrarse en él y dejarlo sangrar. Pero el viento no lo arrancaba. El viento podía arrancarle los ojos, pero el grito no. Y el motor podía tragarse sus palabras, sus maldiciones, su corazón entero, pero aquel grito seguía. Como si hubiese encontrado su expresión en ese ruido infernal. Y eso que su decisión fue estar lejos del dispensario. No quería nada. No quería oír nada. Que todo se lo tragara la distancia antes de penetrar en sus oídos. Por eso le dijo al guardia Ramón:

—Quédese aquí, guardia. Tengo que hacer algunas cosas.



Sonrió el guardia con picardía:

—Algunas cosas, mi distinguido. ¡Algunas cosas!

El distinguido no lo soportaba ya. Quedarse un segundo más era vaciarle el cargador. Precipitadamente se alejó. En la otra calle vio un reflejo en la pulpería de Benito. Apuró el paso. Benito esperaba como un perro.

—Deme ron —le dijo.

—¿Ron, distinguido? ¡Estas niñas de aquí no gustan del ron!  
El distinguido lo miró de nuevo. Casi con el mismo odio que al guardia Ramón.

—Deme ron —le dijo de nuevo, secamente.

Benito comprendió que no quería otra cosa. Trasteó. Sirvió.

—Démelo en una botella. Es para llevármelo.

Le dio la botella. Salió. Vacío un buen trago. Casi no sintió la brasa en la garganta. Caminó hacia la casa de Eustacia. En la puerta quedó tendida. Seguramente ya no tenía sangre. La pobre vieja. Le quedaría una raya en el pelo para el resto de sus días. Si era que le quedaban esos días. Tres casas antes de llegar le ladraron otra vez los perros. Otro trago. (Ni siquiera como agua caliente). ¡Un culatazo a una pobre vieja! Seguramente los niños estarían llorando. Miedo de ver un muerto. Una vieja muerta. O sangre. Los ojos estarían abiertos como las estrellas. Las venas estarían abiertas. Otro tributario del río. Los perros le darían vueltas y lamerían la sangre. Por eso estarían alborotados, por eso le salían al encuentro.

—¡Debí matarlo de una vez! —dijo en voz alta.

Y oyó de nuevo el chasquido de la culata en el cráneo de Francisca. Otro trago. No llegó hasta la casa de Eustacia. Los perros corrían hacia él, ladraban y regresaban. Tendría los cabellos pegados a la tierra. Estarían pegados como una peluca. Pero no siguió. Ahora no sabía

adónde iba. Sólo que caminaba. Y a veces bien. Estaban amotinados por la sangre de los perros. Y caminó. Debía caminar.

De no ser por el grito hubiese seguido todos los tragos y vio al guardia y el dispensario. Y lo oyó todo. El primero, el grito. Pero sobre todo el primero. ¡Aquello tido la pobre niña. Debió correr en lo oscuridad el miedo hasta caer definitivamente de la falda de su madre desgarrada. Casi echa a volar el olvido del uniforme y las tiras (y órdenes) por dentro todo el cuerpo. ¡Le gritaba! ¡Ese aquel temblor de carne recién arrancada. ¡El trago le gritó en la garganta, en el estómago todo de nuevo y comprobó que era el guardia Ramón se masturbaba —el fusil del distinguido le quitó el seguro al fusil a

—¡Este perro! ¡Este perro! —pero no dijo su pecho.

Y se lo repetía el motor. El grito. Como el grito, —el dolor— el miedo. ¡El grito! ¡Ese bruscamente tenía para que se los tragara. Se tragaría la canoa, el motor, el Teniente. Eso que era el grito. Eso que quedó en la noche. Como los ojos abiertos de Francisca, la

La canoa avanzaba entre las constelaciones de agua entraba por la borda y arañaba. Se dejaba arañar, le agradaba. Ni siquiera se meable. Era muy fina la garra del río que muy fina. De lo contrario hubiese dejado el rastro que tenía el Teniente. En todo



¡Algunas cosas!

Quedarse un segundo más era vaciar-  
se alejó. En la otra calle vio un reflejo  
el paso. Benito esperaba como un perro.

de aquí no gustan del ron!  
Casi con el mismo odio que al guardia

o, secamente.

a otra cosa. Trasteó. Sirvió.

para llevármelo.

un buen trago. Casi no sintió la brasa  
a casa de Eustacia. En la puerta quedó  
nía sangre. La pobre vieja. Le quedaría  
sto de sus días. Si era que le quedaban  
llegar le ladraron otra vez los perros.  
no agua caliente). ¡Un culatazo a una  
niños estarían llorando. Miedo de ver  
O sangre. Los ojos estarían abiertos como  
an abiertas. Otro tributario del río. Los  
merían la sangre. Por eso estarían albo-  
encuentro.

—dijo en voz alta.

de la culata en el cráneo de Francisca.  
casa de Eustacia. Los perros corrían hacia  
endría los cabellos pegados a la tierra.  
peluca. Pero no siguió. Ahora no sabía

adónde iba. Sólo que caminaba. Y a veces un trago. Y los perros tam-  
bién. Estaban amotinados por la sangre de la vieja. Una revuelta de  
perros. Y caminó. Debía caminar.

De no ser por el grito hubiese seguido sin saber adónde. Le pasaron  
todos los tragos y vio al guardia y el dispensario. Había regresado al  
dispensario. Y lo oyó todo. El primero, el segundo, el tercero, el cuarto  
grito. Pero sobre todo el primero. ¡Aquel grito! Debía haberse deba-  
tido la pobre niña. Debió correr en lo oscuro y caer y llorar y mania-  
tarla el miedo hasta caer definitivamente, cansada, temblorosa, con la  
falda de su madre desgarrada. Casi echa a correr en su auxilio. Casi se  
olvida del uniforme y las tiras (y órdenes, son órdenes). Y le gritaba  
por dentro todo el cuerpo. ¡Le gritaba! Con aquella voz de niña. Con  
aquel temblor de carne recién arrancada. Pero se echó otro trago. Y  
el trago le gritó en la garganta, en el estómago, en la sangre. Lo miró  
todo de nuevo y comprobó que era el dispensario. En la puerta el  
guardia Ramón se masturbaba —el fusil descansaba en la pared. El  
distinguido le quitó el seguro al fusil ametrallador.

—¡Este perro! ¡Este perro! —pero no disparó. Apretó la culata contra  
su pecho.

Y se lo repetía el motor. El grito. Como una síntesis de aquello. El  
grito, —el dolor— el miedo. ¡El grito! Sólo con cambiar de rumbo  
bruscamente tenía para que se los tragara el río. Sólo con eso. Y el río  
se tragaría la canoa, el motor, el Teniente, el guardia, el grito. El,  
que era el grito. Eso que quedó en la noche como una estrella. ¡El grito!  
Como los ojos abiertos de Francisca, la vieja comadrona.

La canoa avanzaba entre las constelaciones del río. A veces una garra  
de agua entraba por la borda y arañaba el rostro del guardia Ramón.  
Se dejaba arañar, le agradaba. Ni siquiera se subía el cuello del imper-  
meable. Era muy fina la garra del río que penetraba por la borda. Era  
muy fina. De lo contrario hubiese dejado el rastro de las uñas: como  
el rastro que tenía el Teniente. En todo el rostro arañazos.



—Ahora le pueden doler, mi Teniente... Pero entonces... ¡Hum!  
¡Qué le iban a doler!

—Tiene razón, guardia... No me dolieron... —Sonreía con cierto placer.

Entonces no. El guardia se lo imaginaba. Mientras estuvo en la puerta del dispensario oyó todos los ruidos, la voz del Teniente, sus pasos, por último ese desgarrar de telas que precedió al grito. Al primer grito. ¡Cómo hubiese querido suplantar al Teniente! Estar en su lugar. Ser el dueño. Pero llegará el día. ¡Llegará! Un día, otro día, un año, otro año, una tira, otra tira, y por fin la estrella. ¡Llegará! Entonces, ya verían. ¡Ya verían! Una mujer, otra mujer, otra mujer... Y lo haría mejor que el Teniente. No dejaría escapar una sola gota de placer y por último se la entregaría al guardia de turno. Que el guardia gozara también algo. Como él esperó ahora. Porque él esperaba que después del Teniente fuera él. Esperaba que lo llamara. Pero no lo llamó. El Teniente lo quería todo para sí:

—Ni un repele siquiera.

Y tener que apoyar la espalda a la pared, entrecerrar los ojos para ver el rostro de una mujer en el río y masturbarse...

Acaso no se encontraría tan cansado como se sentía ahora. Acaso no le dieran ganas de caminar por el río como si se tratara de una pista. Entonces fuera feliz, así el río se lo tragara.

Le dio a la vieja y el Teniente tendría que reconocer que de no ser por él, no hay nada. Porque este distinguido como que no tiene...

—Sangre en el ojo.

Este distinguido que siempre está contemplando las cosas, como si la mujer lo hubiese abandonado. Este distinguido que no sabía llevar las tiras. Ya lo vería el Teniente cuando se lo contara. Tenía que ver quién tenía más cara de distinguido.

—Debe estar cansado, mi Teniente...

—¡Ahora es que me siento mejor!

—Pero le costó...

—No mucho.

¡Cómo lo niega el Teniente! ¡Cómo lo... Pero en el supuesto que no encontrara... bía otro detalle... las piernas.

—¿Cómo hizo con las piernas, mi Teniente?

Las piernas, casi como una ostra, pero...

—¡Es cuestión de método...! —sonrió.

Como una ostra. Y sin embargo... Los Afloran las entrañas. Una ostra que se... como si pretendiera tragarse el mar.

—Ya no hay ostra. Ya no hay ostra.

El guardia Ramón se lo imaginaba. Al... tornaba a lo esencial como si quisiera arr... de placer. Quería tener lo esencial siempre... esencial... Un minuto que ni el Teniente...

—Con todo y ser Teniente.

Ha podido gozar como él. A la postre él... ¡Que probara otro este goce! ¡Que lo prob... drían ver. ¡Un día!

Las ostras se tragan un mar en miniatura.

No decía nada el Teniente. Iba de pie. N... tenía que soportarlo de pie. Estaba satisfecho.



teniente... Pero entonces... ¡Hum!

ne dolieron... —Sonreía con cierto

imaginaba. Mientras estuvo en la puerta  
idos, la voz del Teniente, sus pasos,  
que precedió al grito. Al primer grito.  
al Teniente! Estar en su lugar. Ser  
legará! Un día, otro día, un año, otro  
fin la estrella. ¡Llegará! Entonces, ya  
otra mujer, otra mujer... Y lo haría  
ría escapar una sola gota de placer y  
ardia de turno. Que el guardia gozara  
hora. Porque él esperaba que después  
que lo llamara. Pero no lo llamó. El

la pared, entrecerrar los ojos para ver  
o y masturbarse...

cado como se sentía ahora. Acaso no le  
río como si se tratara de una pista.  
se lo tragara.

endría que reconocer que de no ser por  
stinguido como que no tiene...

está contemplando las cosas, como si la  
Este distinguido que no sabía llevar las  
ando se lo contara. Tenía que ver quién

—Debe estar cansado, mi Teniente... Después de tanto trabajo...

—¡Ahora es que me siento mejor!

—Pero le costó...

—No mucho.

¡Cómo lo niega el Teniente! ¡Cómo lo niega! El oyó cómo jadeaba.  
Pero en el supuesto que no encontrara dificultad para tumbarla. Ha-  
bía otro detalle... las piernas.

—¿Cómo hizo con las piernas, mi Teniente?

Las piernas, casi como una ostra, pero...

—¡Es cuestión de método...! —sonrió.

Como una ostra. Y sin embargo... Los marinos en pocos segundos.  
Afloran las entrañas. Una ostra que se abre. Entonces... todo boca  
como si pretendiera tragarse el mar.

—Ya no hay ostra. Ya no hay ostra.

El guardia Ramón se lo imaginaba. Algunas cosas escapaban. Pero  
tornaba a lo esencial como si quisiera arrancar de ello el último sorbo  
de placer. Quería tener lo esencial siempre. Que no se le escapara. Lo  
esencial... Un minuto que ni el Teniente:

—Con todo y ser Teniente.

Ha podido gozar como él. A la postre él gozaba más que el Teniente.  
¡Que probara otro este goce! ¡Que lo probara! ¡Sólo él! Un día lo po-  
drían ver. ¡Un día!

Las ostras se tragan un mar en miniatura.

No decía nada el Teniente. Iba de pie. No quiso sentarse. La canoa  
tenía que soportarlo de pie. Estaba satisfecho.



¡Un hombre!

Ahora estaba tirada en un lugar del pueblo.

—Que recogieran los despojos.

Sólo él vivía sobre la tierra. El río tenía que sentir su vida. ¿Quién más? Las moscas en la pared ya no se mofarían de él. Sería de otro. En la pared... Las moscas... Pero nunca como él.

Todo se supo en el Penal casi la misma noche. El guardia Ramón era el encargado de divulgarlo. No desperdiciaba ocasión. Cuando se encontraba con otro guardia se lo contaba. Siempre de un modo diferente. Entonces eran el Teniente y él. Los dos, porque casi hubo una pelea y el Teniente no quería tiros. Cuerpo a cuerpo. Unos indios familiares de la muchacha. Pero todo salió bien. Entre los dos. Para los presos hubo dos versiones. La del guardia y la del distinguido. El distinguido había querido descargarse. Buscó varios presos y les dio su versión.

—Yo no tengo la culpa en nada —repetía constantemente.

Temblaba. Tomaba una expresión de fiera, de dolor, de miedo, de impotencia.

Al fin terminó. Se sintió más seguro.

—¡Yo no tengo la culpa!

La otra versión era la del guardia Ramón. Cuando ya los otros guardias no querían oírlo y le hacían el vacío en el comedor, en las garitas y en los sitios de "recorrida", no tuvo otro remedio que proporcionarse un auditorio con los presos. Sobre todo en "la especial" siempre tenía un público selecto que todas las veces ponía una cara de interés. Allí, sentado en una hamaca, con buen café y cigarrillos, los de "la especial" le oían una vez, otra vez, siempre que el guardia Ramón llegaba por allí.

RELATOS DE GUASINA

—En mala tónica —como decían. Y sien

Cuando yo llegué aún se comentaba esta cupana, Eustacia, Francisca y los niños... noche. Más adelante, cuando te hable de

Pero la diaria satisfacción de Ramiro la larga distancia. Cuando se cansaba de pared, tomaba sus anteojos y observaba de trabajo. Ni un detalle se le escapaba. La estrategia). Las carretillas, los terrapción, las estacadas, en fin todos los lugares recorría las carretillas como un gusano. daba instrucciones de trabajo.

—¡Cabo! Aquel hombre ¿por qué se par

—¡Orina! mi Teniente.

—¿Cómo que orina? ¿Acaso es hora de tilla doble!

El cabo salía a dar la orden. Regresaba y blema.

—¡Aquel carpintero, cabo! ¿Por qué mir de nosotros?

—No sé, mi Teniente.

—¡Tres planazos!

Salía el cabo.

—¿Por qué trabaja en sombra el labrador

—Rinde más, mi Teniente.

—¡Nada!... ¡Nada!... ¡Al sol!... ¡To bajar en el sol!



del pueblo.

o tenía que sentir su vida. ¿Quién  
o se mofarían de él. Sería de otro.  
ero nunca como él.

a misma noche. El guardia Ramón  
o desperdiciaba ocasión. Cuando se  
contaba. Siempre de un modo dife-  
él. Los dos, porque casi hubo una  
s. Cuerpo a cuerpo. Unos indios fa-  
o salió bien. Entre los dos. Para los  
guardia y la del distinguido. El dis-  
e. Buscó varios presos y les dio su

—repetía constantemente.

de fiera, de dolor, de miedo, de im-

uro.

Ramón. Cuando ya los otros guar-  
el vacío en el comedor, en las garitas  
o tuvo otro remedio que proporcio-  
Sobre todo en "la especial" siempre  
las veces ponía una cara de interés.  
buen café y cigarrillos, los de "la  
rez, siempre que el guardia Ramón

—En mala tónica —como decían. Y siempre una versión diferente.

Cuando yo llegué aún se comentaba esta hazaña. Más tarde, ya en Sa-  
cupana, Eustacia, Francisca y los niños me contaban los sucesos de esa  
noche. Más adelante, cuando te hable de Sacupana, te diré otras cosas.

Pero la diaria satisfacción de Ramiro la encontraba en sus anteojos de  
larga distancia. Cuando se cansaba de ver fornicar a las moscas en la  
pared, tomaba sus anteojos y observaba minuciosamente los campos  
de trabajo. Ni un detalle se le escapaba. (De aquí lo domino todo...  
La estrategia). Las carretillas, los terraplenes, los equipos de explora-  
ción, las estacadas, en fin todos los lugares, su ojo se alargaba. Su ojo  
recorría las carretillas como un gusano. Observaba. Simultáneamente  
daba instrucciones de trabajo.

—¡Cabo! Aquel hombre ¿por qué se para con la carretilla?

—¡Orina! mi Teniente.

—¿Cómo que orina? ¿Acaso es hora de orinar? ¡Póngamele la carre-  
tilla doble!

El cabo salía a dar la orden. Regresaba y lo encontraba con otro pro-  
blema.

—¡Aquel carpintero, cabo! ¿Por qué mira para acá y se ríe? ¿Se ríe  
de nosotros?

—No sé, mi Teniente.

—¡Tres planazos!

Salía el cabo.

—¿Por qué trabaja en sombra el labrador de estacas?

—Rinde más, mi Teniente.

—¡Nada!... ¡Nada!... ¡Al sol!... ¡Todo el mundo tiene que tra-  
bajar en el sol!



JOSE VICENTE ABREU

—¡Hay mucha gente en las barracas, cabo! ¿Por qué? ¿Es que no hay peinillas?

—Son los enfermos, mi Teniente.

—¡Qué enfermos ni qué enfermos! ¡Aquí no hay enfermos! Aquí lo que hay es presos. Con plan no hay enfermos, con "planicilina". ¡Con "planicilina"!

Volvía los anteojos hacia el río. ¡Un conquistador!

Había peces que parecían de plata o de azogue. La conquista, el fragor. Hachas, hierro contra hierro. ¡En el río! En el río no era posible. En la playa. La sangre tenía que formar tentáculos rojos antes de llegar a la orilla. ¡El fragor! Un hombre que corre lleno de miedo. Tiene que matarlo por la espalda.

—¡Cabo! ¡Cabo!

—A la orden, mi Teniente. ¡A la orden!

—Aquella hoguera. ¡Aquella hoguera! ¿Qué es?

Asomaba los ojos el cabo:

—Un fogón para derretir brea. Están reparando un lanchón.

—No quiero hogueras en la playa. Que lo hagan en la cocina. ¡En la cocina!

Más adelante volveré sobre Ramiro. Por lo pronto dejémoslo allí. ¡Porque Ramiro es una larga historia! En Guasina todo se asocia con Ramiro.

Después de Ramiro, enviaron una pequeña rata doméstica. Rechoncha también. Con una superabundancia de tejido adiposo. Caminaba balanceándose, como un barril en alta mar. Tímido. Era lo apropiado después de la crisis de Ramiro. Llegó como resultado de las quejas

RELATOS DE GUASINA

de Payares y Martínez. Para restablecer el Campo de Concentración, el régimen de todo rango personal e incapaz de ser en manos de Payares y Martínez, particularidades. Era de la sierra. Perdió todo. Martínez y Payares lo usaban a su antojo. Es decir, se repartían el presupuesto, como lo llamaba Martínez, como negocio, precisamente por esto fue la diferencia. Payares y Martínez no aceptaban iguales. Payares tiene derecho a participar del reparto de venta de cemento, de la compra de las utilidades de la "Cueva del H

—Esas son evoluciones comerciales expresión de Payares.

Evoluciones.

Martínez se quejó. Primero fue con

—Ramiro lo quiere todo... como si e

Lo repetía ante los presos. Eso culmi

Quiroga, que así se llamaba el otro T dinero. Para él aquello era una ca puesto de guardia le había dado tan transacciones con los contrabandistas provecho. ¿Para qué discrepancias que lo mejor era meterse bajo el ala poderosos, habían sacado a Ramiro. todo. Debía cuidar esto que era una

Tampoco era de escuela. Venía de la rado, mucho contrabando. Con la p



JOSE VICENTE ABREU

s, cabo! ¿Por qué? ¿Es que no hay

! ¡Aquí no hay enfermos! Aquí lo  
y enfermos, con "planicilina". ¡Con

¡Un conquistador!

o de azogue. La conquista, el fragor.  
el río! En el río no era posible. En  
nar tentáculos rojos antes de llegar a  
que corre lleno de miedo. Tiene que

orden!

uera! ¿Qué es?

stán reparando un lanchón.

a. Que lo hagan en la cocina. ¡En la

niro. Por lo pronto dejémoslo allí.  
istoria! En Guasina todo se asocia

a pequeña rata doméstica. Rechoncha  
cia de tejido adiposo. Caminaba ba-  
alta mar. Tímido. Era lo apropiado  
Llegó como resultado de las quejas

RELATOS DE GUASINA

de Payares y Martínez. Para restablecer la autoridad de éstos en el Campo de Concentración, el régimen enviaba a esta nueva rata, carente de todo rango personal e incapaz de pensar por sí solo. Lo entregaban en manos de Payares y Martínez, para limar todo roce entre las autoridades. Era de la sierra. Perdió todo dominio sobre la guardia. Martínez y Payares lo usaban a su antojo. Con él vino la política del botín. Es decir, se repartían el presupuesto y demás utilidades del negocio, como lo llamaba Martínez, con el más fino sentido comercial. Precisamente por esto fue la diferencia con Ramiro. Este exigía partes iguales. Payares y Martínez no aceptaron. El Teniente, decían, sólo tiene derecho a participar del reparto del presupuesto. Pero... de la venta de cemento, de la compra de madera, de piedra, de alimentos, de las utilidades de la "Cueva del Humo", etc... nada.

—Esas son evoluciones comerciales —decía Martínez repitiendo la expresión de Payares.

Evoluciones.

Martínez se quejó. Primero fue con Payares, luego con los presos:

—Ramiro lo quiere todo... como si el trabajo de uno no vale nada...

Lo repetía ante los presos. Eso culminó con algo que más adelante te contaré.

Quiroga, que así se llamaba el otro Teniente, se conformó. Solamente dinero. Para él aquello era una cantidad fabulosa. Nunca, ningún puesto de guardia le había dado tanto, ni en la frontera. Ni en las transacciones con los contrabandistas. Sólo dinero. Había que sacar provecho. ¿Para qué discrepancias de mando? ¿Para qué? El sabía que lo mejor era meterse bajo el ala de Payares y Martínez. Ellos eran poderosos, habían sacado a Ramiro. Ramiro era absorbente. Lo quería todo. Debía cuidar esto que era una buena entrada.

Tampoco era de escuela. Venía de las filas. Mucha frontera, mucho Dorado, mucho contrabando. Con la protección de sus familiares llegó



a Teniente. Y era un Teniente. Eso le bastaba. Ahora era la oportunidad de algún dinero. Nada más.

Payares le decía a Ramiro:

—Los presos no rinden en el trabajo.

—Esa es cuenta mía —le respondía—. Yo comando la guardia. Usted no tiene por qué entrometerse.

Payares decía:

—A veces necesito un guardia y no puedo tomarlo. ¡No me obedecen!

—No tienen por qué obedecerle. ¡Ellos son militares y sólo deben obedecerme a mí! Si necesita un guardia, pídamelo. No dé órdenes por su cuenta.

Esto fue ya para el final del período de Ramiro, cuando se rompió la unidad de comando.

Payares le decía a Quiroga:

—Los presos no rinden...

—Ustedes son los que saben de esto. Dé las órdenes. Yo las cumplo. Quiroga le decía a la guardia:

—El señor Payares y el señor Martínez son los directores del Penal. Nosotros estamos bajo sus órdenes inmediatas.

—Así sí —decía Martínez— nos entenderemos. No hay problemas, Teniente, no hay problemas.

Y recordaba cuando Ramiro le hacía decirle "mi Teniente" cada vez que se dirigía a él.

Quiroga obedecía. No le interesaba más que el dinero. Recorría los campos de trabajo de la mano de Martínez: no opinaba nunca. Dejaba hacer. Sólo cuando se trataba de un castigo, intervenía. Pero siempre para recomendar mayor rudeza. Era una manera de demostrar su autoridad ante los presos. Porque a veces se apenaba de su situación.

De lo que pudieran pensar los presos. ¡De lo que piensan! Se apenaba. ¡Que lo mandara ser cualquier preso: cualquier preso. ¡Un

Sin embargo, él era el Teniente. Pelo liso. tranquilidad para los presos reaccionaba que lo habían reducido tenía su escape de Vejaba, maldecía, castigaba en silencio. ¡Porque él era el Teniente! Obeso. Sus contra Payares y Martínez no podía reaccionar. ¡Como los presos! Ellos satisfacían sus necesidades habían comprado. Eran unos ojos muy pequeños. Había gaba en los civiles, en los presos. Creo que justificaban su presencia. A veces pensaba que era penal, ni presos, ni guardia, ni dinero. Esperando para exigir nuevas remesas. Parecía saltar los botones de la guerrera. Ensando pequeñas cosas. Aquello, por ejemplo, de para aprovechar los desperdicios. Requisito de los presos para vendérselas luego en la bodega. Había vendido el agua de no tener el Orión.

Cerebro de cartón. Un pobre títere que  
que lo accionan. La dirección civil lo ab-  
minios quedaron reducidos a nada. Pero  
entre los presos. ¡Son políticos! No se s  
El pelo de cerda. Hizo una misa para ben  
tonces los planazos son cosa bendita. Entr  
¡Un Teniente! Ramiro era absorbente. Est  
en las pequeñas cosas. Ramiro era despótic  
parecía venir de sus manos. Quiroga era e  
¡Un Teniente! Le temía a Payares y Mart  
que era un Teniente, con los presos, en  
Podía demostrarlo.



so le bastaba. Ahora era la oportu-

ajo.

— Yo comando la guardia. Usted

o puedo tomarlo. ¡No me obedecen!

Ellos son militares y sólo deben obedecer la guardia, pídamelo. No dé órdenes por

do de Ramiro, cuando se rompió la

sto. Dé las órdenes. Yo las cumplo.

Martínez son los directores del Penal. No me des órdenes inmediatas.

Entenderemos. No hay problemas,

acía decirle "mi Teniente" cada vez

ba más que el dinero. Recorría los pasillos. Martínez: no opinaba nunca. Dejaba un castigo, intervenía. Pero siempre era una manera de demostrar su autoridad. A veces se apenaba de su situación.

## RELATOS DE GUASINA

De lo que pudieran pensar los presos. ¡Eran políticos! ¡Quién sabe lo que piensan! Se apenaba. ¡Que lo mandara un civil! Un civil podía ser cualquier preso: cualquier preso. ¡Un civil!

Sin embargo, él era el Teniente. Pelo liso. En los momentos de mayor tranquilidad para los presos reaccionaba contra ellos. La condición a que lo habían reducido tenía su escape del lado de los secuestrados. Vejaba, maldecía, castigaba en silencio. Apenas si movía los labios. ¡Porque él era el Teniente! Obeso. Sus movimientos retardados. Pero contra Payares y Martínez no podía reaccionar. Aunque eran civiles. ¡Como los presos! Ellos satisfacían sus urgencias de dinero. Lo habían comprado. Eran unos ojos muy pequeños, sin cejas. Y se vengaba en los civiles, en los presos. Creo que más que todo era para justificar su presencia. A veces pensaba que sin él no podría existir el penal, ni presos, ni guardia, ni dinero. Era algo que le venía madurando para exigir nuevas remesas. Parecía que la panza le iba a hacer saltar los botones de la guerrera. Ensanchaba su dominio sobre las pequeñas cosas. Aquello, por ejemplo, de comprarse unos cochinos para aprovechar los desperdicios. Requisar y decomisar las hojillas de los presos para vendérselas luego en la "Cueva del Humo". Hubiese vendido el agua de no tener el Orinoco a tiro de saliva.

Cerebro de cartón. Un pobre títere que quiere liberarse de las cuerdas que lo accionan. La dirección civil lo absorbía. Aun sus propios dominios quedaron reducidos a nada. Pero no se resignaba. Al menos entre los presos. ¡Son políticos! No se sabe nunca lo que piensan. El pelo de cerda. Hizo una misa para bendecir las armas. Desde entonces los planazos son cosa bendita. Entra la liturgia en la espalda. ¡Un Teniente! Ramiro era absorbente. Este se dejaba absorber, salvo en las pequeñas cosas. Ramiro era despótico, cruel, sanguinario. Todo parecía venir de sus manos. Quiroga era dominado por la Dirección. ¡Un Teniente! Le temía a Payares y Martínez. Pero podía demostrar que era un Teniente, con los presos, en las pequeñas cosas diarias. Podía demostrarlo.



JOSE VICENTE ABREU

Quiero terminar con los militares para entrar luego con los civiles. Por eso te hablaré ahora del Teniente Contreras. Tampoco era de escuela y venía de la montaña también. Llegó en la etapa de la decadencia del Campo de Concentración. La organización en células había culminado. Teníamos un comando político y todos los actos de resistencia al régimen penal muchas veces desesperaban a las autoridades. La resistencia clandestina unitaria no era una frase más sino un hecho. La mora en el trabajo, el deterioro de los instrumentos, el relajamiento de la disciplina oficial, la valentía ejemplarizante frente a la guardia y el combate diario de las enfermedades marcaban un nuevo camino para los presos. Faltaba mucho. Lo esencial. La liquidación del hambre y los privilegios. Pero el hambre no se puede vencer por la negativa de los privilegiados a formar cooperativas. Preferían, los de "la especial", comer bien aunque el mundo se desintegrara de hambre a su alrededor.

El Campo de Concentración se hacía cada vez más pesado para el régimen. Por otra parte, Guasina pasó a primer plano en la lucha de la calle. Las masas combatían a Guasina. La liquidación de Guasina pasó a ser un objetivo concreto de las masas venezolanas. Mítines, manifestaciones, propaganda mural, mariposas, folletos, todos los sistemas de propaganda se volcaron a combatir al régimen por la carnicería de Guasina. No había un sector que no manifestara su repudio. El régimen se aislaba. En esta situación llegó el Teniente Contreras. Un hombre diferente. Trajo consigo a su mujer. Entró en conversaciones con los presos. No aceptó dinero de Payares y Martínez y prohibió a la guardia hacerlo. Decía que Guasina "perjudicaba" a su "coronel" y se concretó a hacer del campo un sitio racional de vida. Fue la etapa de Sacupana, la suya.

—Yo no puedo eliminar el trabajo forzado —decía—. Si estuviera en mis manos, lo haría...

Pero estableció condiciones de trabajo diferentes.

—La guardia no interviene en nada. Sólo estamos para cuidar.

RELATOS DE GUASINA

Y llegó al acuerdo de organizar el trabajo.

—El trabajo no debe ser forzado.

Y así fue como se eliminó el horario flagrantemente. La liquidación paulatina.

Payares y Martínez desesperaban. Trataron. Inventaron varios motines de los prisioneros. Intentaron la resistencia política a Contreras y hasta intentaron las relaciones amorosas con los presos. La única que trajo mayor beneficio a los secuestrados fue la historia anterior de Guasina. Lloraba frente a las mujeres, novias, hijos. Influyó abiertamente. Y pasaba largas horas en los campos de trabajo de los presos.

Muy dulce. Muy tierna. Con las noches del penal a oír nuestras guitarras, nuestras canciones, esas cosas que hacíamos para no renunciar.

Me dijo un día:

—¿Tan joven lo mandaron aquí?

—¡Más joven aún, señora...

—¡Tú no sabes lo que es la vida!

—Comienzo a conocerla por aquí. Una buena vida.

Creo que no me entendió. Seguramente me empezó a renunciar a algo.

Otro día me dijo:

—¿Tú madre está viva?

—Hace dos meses supe que vivía. No sé si se sabe.



s para entrar luego con los civiles. Teniente Contreras. Tampoco era de es- bién. Llegó en la etapa de la deca- ón. La organización en células había o político y todos los actos de re- s veces desesperaban a las autorida- itaria no era una frase más sino un deterioro de los instrumentos, el re- , la valentía ejemplarizante frente a las enfermedades marcaban un nuevo mucho. Lo esencial. La liquidación o el hambre no se puede vencer por a formar cooperativas. Preferían, los ue el mundo se desintegrara de ham-

hacía cada vez más pesado para el a pasó a primer plano en la lucha a Guasina. La liquidación de Gua- creto de las masas venezolanas. Mí- mural, mariposas, foiletos, todos los on a combatir al régimen por la car- n sector que no manifestara su re- esta situación llegó el Teniente Con- o consigo a su mujer. Entró en con- ceptó dinero de Payares y Martínez Decía que Guasina "perjudicaba" a ucer del campo un sitio racional de la suya.

o forzado —decía—. Si estuviera en

trabajo diferentes.

da. Sólo estamos para cuidar.

# RELATOS DE GUASINA

Y llegó al acuerdo de organizar el trabajo con los presos.

—El trabajo no debe ser forzado...

Y así fue como se eliminó el horario flagelante, las tareas forzadas, la liquidación paulatina.

Payares y Martínez desesperaban. Trataron de comprarlo. No pudie- ron. Inventaron varios motines de los presos, le atribuyeron una mi- litancia política a Contreras y hasta intentaron asignarle a su mujer relaciones amorosas con los presos. La mujer de Contreras fue la que trajo mayor beneficio a los secuestrados. Se horrorizaba de la historia anterior de Guasina. Lloraba frente a las cartas de madres, mujeres, novias, hijos. Influyó abiertamente para mejorar la situación. Y pasaba largas horas en los campos de trabajo para suavizar el dolor de los presos.

Muy dulce. Muy tierna. Con las noches se llegaba hasta los caneyes del penal a oír nuestras guitarras, nuestra música, las recitaciones, esas cosas que hacíamos para no renunciar definitivamente a la ternura.

Me dijo un día:

—¿Tan joven lo mandaron aquí?

—Más joven aún, señora...

—¡Tú no sabes lo que es la vida!

—Comienzo a conocerla por aquí. Una buena escuela.

Creo que no me entendió. Seguramente para ella en esta escuela uno empieza a renunciar a algo.

Otro día me dijo:

—¿Tú madre está viva?

—Hace dos meses supe que vivía. No sé si aún vive. Aquí nunca se sabe.



—¿Por qué hablan ustedes así? ¿Por qué no confían en Dios?

—Nos han enseñado a vivir un día. Un solo día. Nunca sabemos qué sucederá mañana. Mi madre puede morir un día sin que yo lo sepa... Muchas madres han muerto. Todos sabemos las noticias después de muchos meses. La correspondencia se pierde. No llega nunca.

Algunos días después podíamos escribir quincenalmente. Pero ella no sabía que los hijos de Martínez se emborrachaban con el dinero de la correspondencia.

Un día amaneció una ametralladora Jockin a las puertas del penal. Creíamos que era por la situación de calle. Vino el Teniente: ojos de trasnocho, cansado, preocupado. Quería decirnos algo. Le preguntamos.

—He tenido noticias de un motín. Tomo medidas.

Le aseguramos que se trataba de un engaño. Fuimos más lejos, se lo atribuimos a la paternidad de Martínez. No dijo nada. Retiró la Jockin. Nos tomó más confianza y amenazó a las autoridades civiles. Su mujer ese día entró sola al penal, como para desmentir los infundios. Y no era un hombre que pensaba democráticamente el Teniente Contreras. Sostenía que había necesidad de un régimen fuerte en Venezuela para poder "hacer la nacionalidad". Pero sin prisiones para el pueblo. Sólo para los demagogos...

—Los que han hecho tanto mal con sus palabras. Mi Coronel debe darse cuenta que ellos son los culpables. Hay que fusilarlos.

Sin duda era un hombre contradictorio. Creía en la nobleza de las fuerzas armadas. Su mujer lo ayudaba. Por sí solo se hubiera ahogado en el Orinoco.

—Se puede gobernar en paz.

En medio de tanta oscuridad sentía cierto dolor. Era sensible al sufrimiento. Quizás muy en el fondo se sentía invadido por esa misión

de nuestras fuerzas armadas desde la infancia. Era sensible. Dentro de su uniforme respiraba el hambre. Lo hacía palpar y justificarse ante los hombres. Tenía que pagar. Payares y Martínez le reclamaban su ad-

—Mi Coronel... ¡Sólo mi Coronel!

Su mujer lloraba. Un hombre podía caer por los huesos:

—Si fuera por mí, no hubiera trabajo para

Tenía que conciliarse y así lo hacía. Entraba humano. Humano por su mujer. La oía. La oía que llorara siempre. Sólo las lágrimas de la mujer. Algo que se ama. La oía... Continuaba

Más adelante te contaré otras cosas. No me da miedo la ocasión porque temo nos descubran esta vez. Y su mujer pueden esperar. Vamos a de-



JOSE VICENTE ABREU

¿por qué no confían en Dios?

Un solo día. Nunca sabemos qué  
morir un día sin que yo lo sepa. . .  
sabemos las noticias después de  
e pierde. No llega nunca.

ibir quincenalmente. Pero ella no  
emborrachaban con el dinero de la

a Jockin a las puertas del penal.  
e calle. Vino el Teniente: ojos de  
ría decirnos algo. Le preguntamos.

Tomo medidas.

n engaño. Fuimos más lejos, se lo  
ez. No dijo nada. Retiró la Jockin.  
a las autoridades civiles. Su mujer  
ara desmentir los infundios. Y no  
ráticamente el Teniente Contreras.  
régimen fuerte en Venezuela para  
sin prisiones para el pueblo. Sólo

on sus palabras. Mi Coronel debe  
bles. Hay que fusilarlos.

torio. Creía en la nobleza de las  
ba. Por sí solo se hubiera ahogado

a cierto dolor. Era sensible al su-  
se sentía invadido por esa misión

RELATOS DE GUASINA

de nuestras fuerzas armadas desde la independencia y que no cuaja.  
Era sensible. Dentro de su uniforme respiraba algo humano. Lo con-  
movía el hambre. Lo hacía palpar. Y buscaba cualquier cosa para  
justificarse ante los hombres. Tenía que andar entre contradicciones.  
Payares y Martínez le reclamaban su adhesión al régimen:

—Mi Coronel. . . ¡Sólo mi Coronel! . . .

Su mujer lloraba. Un hombre podía caer de cansancio sobre sus pro-  
pios huesos:

—Si fuera por mí, no hubiera trabajo forzado. No hay que forzar.

Tenía que conciliarse y así lo hacía. Entre los presos se decía que era  
humano. Humano por su mujer. La oía. La complacía. No quería una  
mujer que llorara siempre. Sólo las lágrimas. . . Las lágrimas de una  
mujer. Algo que se ama. La oía. . . Conmovía. El amor no es de rocas.

Más adelante te contaré otras cosas. No quisiera dejarlas para otra  
ocasión porque temo nos descubran esta vía. El Teniente Contreras  
y su mujer pueden esperar. Vamos a dejarlo.



## 8

Te voy a completar el cuadro de las ratas. No sería completo sin ellos. Puede escribirse mucho de las ratas. Muchas cosas. Pero no se conocen bien hasta no dar con éstas. Viven aquí, comen aquí, fornican aquí, ojalá puedan morir aquí. Son dos. Yo no conozco de latines y por eso no las clasifico. Sus nombres vulgares son: Juan Manuel Payares y Alfredo Martínez. Dos ratas, dos monstruos, dos seres cuya genealogía más remota se remonta a los más crudos períodos geológicos. Tienen ojos. Tienen garras. Caminan erectos como el hombre. Y no les quedan otros rastros de la niñez. Son de esos carniceros que desarrolla la burguesía para lanzarlos tras la presa. Son ratas carniceras.

Juan Manuel Payares es el director del Penal. Un asesino a sueldo. Un matón de oficio. Allá por su juventud, alquiló su puñal para liquidar un hombre. Desde entonces éste fue su camino. Uno tras otro, no sé cuántos, quedaron en sus noches. Los puñales se iban poniendo negros en sus manos. Uno tras otro. Y una vez no lo pudieron salvar sus inquilinos. Pero no dijo una palabra. (La profesión recomienda el silencio). Ni una palabra. El oficio es de ciegos, de mudos, de eunucos, (Sólo el silencio es una credencial) y los tribunales... Algunos años. Muy pocos. Al Castillo de Puerto Cabello. Considerado. Había dinero de por medio. Sólo algún tiempo. Lo necesario para la consagración. En el Castillo fue jefe de pandilla. (Los puñales venían del muelle, colgados a lo largo de la columna vertebral). Pandilla de puñales. Todo queda en silencio. Hay pánico. Los otros presos están a su servicio.



Más tarde o más temprano lo excarcelan. Se deja sumergir en el olvido. ¡Que nadie lo recuerde! Sólo la pandilla de puñales entonces tiene vigencia. Tiene otros a su servicio. No necesita él mismo correr riesgos. Un pariente militar lo vincula a los conspiradores de noviembre y allí hace carrera. No tiene escrúpulos. Nunca pudo saber en qué consistió el escrúpulo. Es el perro de presa de la dictadura hasta que lo envían a Guasina como Director. Un viejo amigo del Castillo, inseparable de él, le sirve de asistente. Este es su congénere. En los días de aventura supieron compartirlo todo. El dinero, la cárcel, la mujer.

Alto, corpulento, blanco, gran consumidor de alcohol, en Guasina la mayor parte del tiempo estaba borracho, decía discursos incoherentes, sacaba el revólver, amenazaba, contaba todos sus crímenes y pretendía conversar amistosamente con sus víctimas. Los recuerdos eran crudos entonces. Vivía sus noches. Se tambaleaba. Martínez lo recogía en el temor de peores confesiones.

—Yo maté a Santiago Díaz... ¡Yo lo maté!...

El viento se tragaba todas las voces lentamente. ¡Santiago Díaz! En un rancho. Las moscas azules le cepillaban los dientes con las patas. En la nariz, en los oídos, en los ojos, las moscas azules. Quedó muerto con gusanos en la boca y los intestinos. Como si la sed se transformara en larvas.

Los gusanos... ¡Los gusanos!... ¡Los gusanos! Agonía de gusanos. Una larga semana. En un rancho:

—¡Yo lo maté!...

Había que matar... ¡Un hombre!... ¡dos hombres!... ¡tres hombres!... ¡cuatro hombres!... Todos los hombres. Con moscas azules... Con gusanos en la boca surgiendo como dientes. (El terror se siembra con gusanos). Con el hombre que no deja crecer la vida... En un rancho... ¡Solo! Ni el rumor del río. Sólo la sed. La lengua seca. Los dientes resecos, tostados, de muchos siglos de intemperie.

—¡A Santiago Díaz hemos debido tirarlo al río!...

No deja huella el río. Es una tumba larga. E

boca. Un muerto. Había que tener un mu

—¡Crece la disciplina con un muerto!

En los ojos se le iba dibujando el rancho. C  
Los gusanos comiéndose las moscas. El dio

—¡Hay que dejarlo morir. ¡Que nadie lo at

Y a quien se meta, ¡un tiro! Lo dejaron en  
nada. Sólo al final. Cuando ya los gusanos l  
testinos y en la lengua se extremó el trabajo. No  
Ni para darse cuenta de uno mismo. Azul la  
les. Como si le hicieran una máscara. Que no  
agonía. ¡Moscas azules! y se murió. Casi nad  
delató su presencia.

Pero Payares en sus borracheras parecía volv

—¡Nadie puede decir nada! Yo lo maté!...

Y arrugaba el rostro. Casi como una agonía.  
en los ojos, en la boca, como si arrancara m  
patas pegajosas. Las moscas de Santiago Díaz  
las manos, sin reposo:

—¡Estas moscas azules!

—¿Qué moscas, señor Payares? —preguntab  
La borrachera le hace ver moscas en el vien

—¡Las moscas!... ¿Usted no las ve? No la  
azules.

Tambaleaba. Casi movía las piernas como u  
tiago Díaz! Siquiera en otras muertes fue ac  
Lo hundió. La sangre era caliente en los dedo  
bre. Se debatía. Luchaba contra su puñal.



excarcelan. Se deja sumergir en el ol-  
Sólo la pandilla de puñales entonces  
servicio. No necesita él mismo correr  
vincula a los conspiradores de noviem-  
e escrúpulos. Nunca pudo saber en qué  
ro de presa de la dictadura hasta que  
ector. Un viejo amigo del Castillo, inse-  
ente. Este es su congénere. En los días  
o todo. El dinero, la cárcel, la mujer.

consumidor de alcohol, en Guasina la  
borracho, decía discursos incoherentes,  
contaba todos sus crímenes y pretendía  
sus víctimas. Los recuerdos eran crudos  
Se tambaleaba. Martínez lo recogía en

... ¡Yo lo maté!...

as voces lentamente. ¡Santiago Díaz! En  
le cepillaban los dientes con las patas.  
los ojos, las moscas azules. Quedó muerto  
s intestinos. Como si la sed se transfor-

!... ¡Los gusanos! Agonía de gusanos.  
rancho:

ombre!... ¡dos hombres!... ¡tres hom-  
. Todos los hombres. Con moscas azu-  
boca surgiendo como dientes. (El terror  
a el hombre que no deja crecer la vida...  
el rumor del río. Sólo la sed. La lengua  
stados, de muchos siglos de intemperie.  
debido tirarlo al río!...

RELATOS DE GUASINA

No deja huella el río. Es una tumba larga. Es una tumba que desem-  
boca. Un muerto. Había que tener un muerto.

—¡Crece la disciplina con un muerto!

En los ojos se le iba dibujando el rancho. Como dos moscas azules.  
Los gusanos comiéndose las moscas. El dio la orden.

—Hay que dejarlo morir. ¡Que nadie lo atienda!

Y a quien se meta, ¡un tiro! Lo dejaron en un rancho. Nadie supo  
nada. Sólo al final. Cuando ya los gusanos le habían comido los in-  
testinos y en la lengua se extremó el trabajo. No había tiempo para nada.  
Ni para darse cuenta de uno mismo. Azul la frente. Las moscas azu-  
les. Como si le hicieran una máscara. Que no se le viera el rostro en  
agonía. ¡Moscas azules! y se murió. Casi nadie lo supo. Sólo la urna  
delató su presencia.

Pero Payares en sus borracheras parecía volverse loco, amenazaba:

—¡Nadie puede decir nada! Yo lo maté... ¡Yo lo maté!

Y arrugaba el rostro. Casi como una agonía. Los dedos en la nariz,  
en los ojos, en la boca, como si arrancara moscas. Moscas azules, de  
patas pegajosas. Las moscas de Santiago Díaz en su rostro. Inquietas  
las manos, sin reposo:

—¡Estas moscas azules!

—¿Qué moscas, señor Payares? —preguntaba un guardia sonriente.  
La borrachera le hace ver moscas en el viento.

—¡Las moscas!... ¿Usted no las ve? No las puede ver porque son  
azules.

Tambaleaba. Casi movía las piernas como un moribundo. ¡Ese San-  
tiago Díaz! Siquiera en otras muertes fue activo. Blandió un puñal.  
Lo hundió. La sangre era caliente en los dedos. Reaccionaba un hom-  
bre. Se debatía. Luchaba contra su puñal.



—¡Pero éste! ¡Pero éstos!

—¡En frío!

Solamente no permitir nada. ¡Ni agua! ¡Que fuera la sed! ¡El sol! ¡Las moscas! ¡Los gusanos! Un hombre que no ve el puñal que lo asesina. Un hombre que lo liquida su propia muerte porque se auxilia, se ayuda. No se le da oportunidad a la vida. Otros hombres han visto el puñal. Otros hombres lo vieron.

—¡En frío!

Que se lo coman en vida los gusanos que se formaron en sus intestinos. Que lo achicharre la sed que le sembraba de pus la lengua. Que se lo tragara el sol y las moscas fornicaran en sus labios de moribundo. Y todo verlo así como quien ve correr el río. Sólo esperando el gran acontecimiento de la muerte. ¡Expectante! Ni siquiera aguardiente bebió en estos días. Después fue la borrachera. Pero no vio moscas azules. ¡No las vió! Las moscas azules llegaron un día en que se sintió solo. Tuvo que dispararles con su revólver. Para ahuyentarlas. Para que supieran. Esa primera vez llegaron y casi se convierten en sus ojos. Podía tener ojos de moscas azules. Podía cuando estaba borracho. Ni que se bañara el rostro en aguardiente y se le pusiera más rojo aún como la carne roja en la que caminan los gusanos.

La carne roja. Los gusanos.

Por eso odiaba a los presos ¡Porque son carne roja!

Pasada la borrachera, no podía dormir. Sentía una brocha en su rostro. Salía de la cama y tomaba una de las canoas a motor. No podía dormir. Recorría el río. El motor sonaba como una multitud de moscas. Un enjambre. Pero se iban quedando atrás en la espuma de gusanos que se formaba en el río.

Fue una muerte que llevó consigo mucho tiempo. Ese Santiago Díaz. Abandonó el campo y fue a la capital. Regresó. Dijo que era una

muerte más. Una muerte más. ¡Un hombre en las borracheras dialogaba con él, como figuraba la de Santiago. A veces le escuchaba la mano amenazando su sombra.

—¿Qué es eso, Juan Manuel? ¿Estás hablando con la sombra!

—¿Miedo? ¿Qué miedo?

Y no le decía nada más. No quería que él, que había matado tanta gente! ¡El, que había matado tanta gente! ¡El, para todas las muertes!

—¡El aguardiente te vuelve loco!

Después de algún tiempo las moscas de la sombra:

—¡Yo soy una mosca azul! Yo soy una

Sólo cuando bebía. Sin alcohol no le importaba. Así llegó a un acuerdo con Martínez.

—Sólo cuatro "palos". Yo te controlo.

Entonces no sintió más a Santiago Díaz.

él. Había que matar. Un solo muerto asustó a un verdugo europeo. La primera vez. Muchos días. Pero luego... Es natural que sea más natural. Cabezas sangrantes. Un hombre tratara de una creación.

A Payares lo impresionó aquella muerte de un hombre. Pero sólo en las borracheras. Cuando el mismo quedaba roto. Cuando la máscara del hombre dominante, quedaba reducida a la de las moscas y hombres, moscas-hombres, azules, sus patas.



¡Agua! ¡Que fuera la sed! ¡El sol!  
hombre que no ve el puñal que lo  
la su propia muerte porque se auxilia,  
ad a la vida. Otros hombres han visto  
ron.

usanos que se formaron en sus intes-  
que le sembraba de pus la lengua.  
moscas fornicaran en sus labios de mo-  
quien ve correr el río. Sólo esperando  
uerte. ¡Expectante! Ni siquiera aguar-  
spués fue la borrachera. Pero no vio  
moscas azules llegaron un día en que  
rles con su revólver. Para ahuyentarlas.  
a vez llegaron y casi se convierten en  
moscas azules. Podía cuando estaba bo-  
stro en aguardiente y se le pusiera más  
la que caminan los gusanos.

Porque son carne roja!

dormir. Sentía una brocha en su rostro.  
de las canoas a motor. No podía dormir.  
aba como una multitud de moscas. Un  
ndo atrás en la espuma de gusanos que

nsigo mucho tiempo. Ese Santiago Díaz.  
la capital. Regresó. Dijo que era una

RELATOS DE GUASINA

muerte más. Una muerte más. ¡Un hombre que no debía vivir! Pero  
en las borracheras dialogaba con él, con su propia sombra que se  
figuraba la de Santiago. A veces le encontraba Martínez revólver en  
mano amenazando su sombra.

—¿Qué es eso, Juan Manuel? ¿Estás loco? ¡Le tienes miedo a tu  
sombra!

—¿Miedo? ¿Qué miedo?

Y no le decía nada más. No quería que supieran esta debilidad suya.  
¡El, que había matado tanta gente! ¡El, que sabía todas las muelas  
para todas las muertes!

—¡El aguardiente te vuelve loco!

Después de algún tiempo las moscas desaparecieron. El era la única  
mosca:

—¡Yo soy una mosca azul! Yo soy una mosca...

Sólo cuando bebía. Sin alcohol no le importaba nada. Un muerto más.  
Así llegó a un acuerdo con Martínez.

—Sólo cuatro "palos". Yo te controlo.

Entonces no sintió más a Santiago Díaz. Quería otros muertos como

él. Había que matar. Un solo muerto asusta. Y si no que se lo pre-  
guntan a un verdugo europeo. La primera ejecución los desvela mu-  
chos días. Pero luego... Es natural que un hombre muera. Es lo  
más natural. Cabezas sangrantes. Un magnífico corte, como si se  
tratara de una creación.

A Payares lo impresionó aquella muerte. Sobre todo ver morir un  
hombre. Pero sólo en las borracheras. Cuando el rígido control de sí  
mismo quedaba roto. Cuando la máscara de frialdad, de calma, de  
hombre dominante, quedaba reducida a las muelas de horror, de mos-  
cas y hombres, moscas-hombres, azules, que tejen los gusanos con  
sus patas.



Y siguieron las muertes. La muerte de un solo hombre asusta.

—¡Asusta!

Pero... Después fue Mamerto Chacón. Cosme Damián Peña, Roberto Fossi y los que se tragó el río y los que sacaron moribundos a Tucupita que luego no regresaban y desaparecían. De tifus... Del agua, de los excrementos, en las patas de las moscas azules.

Pero...

—¿Murió de tifus? —preguntó el carpintero a Payares.

Labraba una urna, tosca, sin adornos, sólo para que los huesos no se quebraran al dar en la tierra. Pero...

—¿Murió de tifus?

Los ojos de Payares eran dos moscas azules:

—Aquí no hay tifus...

—¿No hay? —insistió el carpintero...

La respuesta de Payares tomó otro camino.

—¡Guardia!

—¡A su orden!

—¡Carretilla para este carajo y quince días de calabozo!...

—¡Entendido!...

—Aquí no hay tifus. ¿Quién dijo que había tifus?... ¿Hay tifus?

El carpintero no respondió...

—; Hay tifus?

El carpintero observó un pleito de moscas azules.

—¿Hay tifus...?

## RELATOS DE GUASINA

Por eso las vacunas antitíficas que le  
las entregaba a los presos.

—Aquí no hay tifus, ¿sabe?

Las vacunas se las traga el río. El  
semanas.

—No hay tifus...

Los presos veían destruir las vacunas  
casos nuevos... Guasina se transformó  
se paseaba con un cortejo de moscas  
dolía la vacuna del tifus... La vacuna  
los brazos del río donde debe deposi-  
rito. Casi la magia de los poderosos en  
Porque en el río donde duerme el tifus

Y creció el tifus junto con la laguna.  
verdugos. Había moscas azules en to

Cien casos, ciento cincuenta, doscientos  
bajo se oye la fricción de sus alas. No  
Los excrementos quedaban como una  
aislamiento. Pero podía extenderse a la  
a la vacuna. Había miedo. Los presos

Payares repetía:

—¡No pueden morir todos aquí! Son casos!

Y se inició el traslado de los moribundos. Los que llegaron nunca... otros murieron allá en Chacón.

Un viejo cuadro. Mamerto Chacón...



JOSE VICENTE ABREU

de un solo hombre asusta.

ón. Cosme Damián Peña, Roberto  
que sacaron moribundos a Tucupita.  
aparecían. De tifus... Del agua,  
las moscas azules.

carpintero a Payares.

os, sólo para que los huesos no se  
...

as azules:

o...

ro camino.

uince días de calabozo!...

que había tifus?... ¿Hay tifus?

moscas azules.

RELATOS DE GUASINA

Por eso las vacunas antitíficas que llegaban en las encomiendas no se las entregaba a los presos.

—Aquí no hay tifus, ¿sabe?

Las vacunas se las traga el río. El río quedaba vacunado todas las semanas.

—No hay tifus...

Los presos veían destruir las vacunas. Y fiebre... Todos los días casos nuevos... Guasina se transformaba en un degredo... Payares se paseaba con un cortejo de moscas azules... En el brazo aún le dolía la vacuna del tifus... La vacuna... Y si viene del río es en los brazos del río donde debe depositarse la vacuna. Casi como un rito. Casi la magia de los poderosos en la fuente de los grandes valles. Porque en el río donde duerme el tifus debe dormir también la vacuna.

Y creció el tifus junto con la laguna. Payares sentía la pasión de los verdugos. Había moscas azules en todos los rostros.

Cien casos, ciento cincuenta, doscientos. Sólo cuando una mosca vuela bajo se oye la fricción de sus alas. No había tiempo para la profilaxia. Los excrementos quedaban como una garra en el sucio colchón. Ni aislamiento. Pero podía extenderse a la guardia. Podía extenderse, pese a la vacuna. Había miedo. Los presos esperaban la muerte de tifus.

Payares repetía:

—¡No pueden morir todos aquí! Son muchos... ¡Si fueran pocos casos!

Y se inició el traslado de los moribundos a Tucupita. Algunos no llegaron nunca... otros murieron allá. Y aquí en Guasina: Mamerto Chacón.

Un viejo cuadro. Mamerto Chacón... Le quedaron los ojos abiertos.



JOSE VICENTE ABREU

No quiso dejar de llevarse esos últimos momentos que le ofrecía esa  
rata muerta que anda por allí:

—Cultura occidental...

¿Entiendes?

Una rata muerta:

—¡Cultura occidental!...

ESTE LIBRO SE TERMINO D  
EL 20 DE FEBRERO DE 19  
TALLERES TIPOGRAFICOS  
ANGEL GARCIA E HIJO, S  
EL CONDE - CARA



JOSE VICENTE ABREU

timos momentos que le ofrecía esa

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR  
EL 20 DE FEBRERO DE 1969, EN LOS  
TALLERES TIPOGRAFICOS DE MIGUEL  
ANGEL GARCIA E HIJO, SUR 15, 107,  
EL CONDE - CARACAS.



Regresó al país después del derrocamiento de la dictadura y fue Jefe de Redacción del diario "Tribuna Popular", desde 1958 hasta su clausura en 1960.

En 1962 fue condenado por un Tribunal Militar a seis años y seis meses de presidio, por presunta participación en el movimiento insurreccional de Carúpano, ocurrido el 4 de mayo de 1962. Estuvo recluso de nuevo en la cárcel de Ciudad Bolívar, en el Cuartel San Carlos y Hospital Militar de Caracas, de donde salió bajo fianza de custodia familiar, por razones de salud, en agosto de 1963. Entonces publicó su libro SE LLAMABA S. N. del cual han aparecido hasta hoy tres ediciones en Venezuela, una en Cuba y una en la Unión Soviética y se preparan otras en Alemania, Francia y España. En 1964 obtuvo la conmutación de la pena de cárcel por exilio y con su esposa y sus hijos se trasladó a Checoslovaquia, Unión Soviética y Cuba, fijando por último su residencia en Bulgaria, donde ejerció como Profesor de Literatura y Castellano en la Universidad de Sofía. Fue indultado por el Presidente de la República pocos meses antes de cumplir la condena que le había sido impuesta y regresó a Venezuela en diciembre de 1967.

Actualmente está revisando los originales de su novela LAS CUATRO LETRAS, en la cual ha venido trabajando durante varios años.

ILUSTRACION DE LA PORTADA: DARIO LANCINI,  
CARCEL DE CIUDAD BOLIVAR, 1953.